

DYLAN MARTINS

*Conquistando*  
*a* TIAGO



DM

**CONQUISTANDO**  
**A TIAGO**

**DYLAN MARTINS**

## **Conquistando a Tiago**

©Todos los derechos reservados.

©Dylan Martins

1ªEdición: **Enero, 2019**

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos **son productos de la imaginación** del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

**Capítulo 1**

**Capítulo 2**

**Capítulo 4**

**Capítulo 5**

**Capítulo 6**

**Capítulo 7**

**Capítulo 8**

**Capítulo 9**

**Capítulo 10**

**Capítulo 11**

**Capítulo 12**

**Capítulo 14**

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

## Epílogo

# Capítulo 1



Emmy estaba desesperada, podía verla tras los cristales de mi despacho, ella estaba justo frente a mí, al otro lado del pasillo. Resoplaba, negaba con la cabeza, apartaba el teclado, estaba verdaderamente jodida.

Hacía un mes que su novio Julio la había dejado por otra, ella no lo asumía, no se lo esperaba, no notó ningún cambio en su conducta, nada que le hiciera presagiar a Emmy que algo estaba sucediendo.

Me daba pena, era una chica guapa, simpática, responsable, lo tenía todo, soñaba con su boda que se celebraría el próximo verano y de la noche a la mañana perdía la ilusión por todo lo que había preparado.

Esa noche habíamos quedado para salir juntas, era viernes. Me había costado varios días de intento el convencerla, pero al final lo conseguí.

Su cara era el reflejo de su alma, del dolor, de la rabia, de sentirse perdida...

Yo nunca había sufrido algo así, más que nada porque mis relaciones no habían durado más de dos meses. Por mi culpa, lo admito, cuando pasaba el mes ya les empezaba a encontrar fallos, me entraba el agobio y quita, quita, mejor sola...

No podía dejar de mirarla, los gestos, hablaba sola, me daba tanta pena ver a Emmy así que sentía impotencia.

Fui a su despacho para invitarla a un café y aprovechar para fumar en el patio trasero un cigarro, era en el único lugar donde se podía fumar de todo el recinto, por eso le plantaron una máquina de café justo al lado de la puerta.

—Esta noche lo pasaremos bien —dije echándole mi brazo por sus hombros.

—No sé si es buena idea...

—Claro que lo es, por supuesto, es una idea genial, no puedes estar así y él disfrutando con otra. ¿Crees que te mereces eso?

—Pero Abigail...

—Ni Abigail, ni nada —dije metiendo las monedas en la máquina de café.

—Está bien, pero vas a tener la más triste de las compañías —dijo con gesto de pena.

—De eso nada, dos buenos tequilas y unas cervezas serán la cura de todo mal —le puse su café en las manos.

—Gracias.

—No hay de qué. No quiero hacerte daño, pero quiero que recuerdes a ese tío en todo momento, feliz, en brazos de otra, eso hasta que te des cuenta de que no se merece ni una lágrima tuya, que mientras él está feliz, tú estás perdiendo el tiempo.

—Eres muy bruta —rio—, pero tienes razón. Esta noche me lo intentaré pasar bien —dijo dando una calada al cigarro.

—Quiero que te olvides de él lo antes posible —le di un beso en la frente.

—Abigail, creo que lo que más daño me hace es su traición, el que llevara tiempo con ella y estuviera preparando una boda conmigo.

—Es un hijo de... —me encogí de hombros.

—Lo peor de todo es que yo lo creía...



—Lo mejor de todo es que ya no estás con él —hice un guiño.

Volvimos a subir al despacho, quedando en vernos esa noche en la puerta del restaurante.

Volví a observarla desde lejos, ya su cara era más normal, aunque llevaba la penitencia por dentro, lo que yo le había dicho le había servido para no sufrir más de lo necesario.

Salí al mediodía feliz, era viernes y eso significaba que no se trabajaba hasta el lunes.

Llegué a mi apartamento, en el centro de la ciudad, me encantaba el ambiente que se respiraba en mi calle, una de las más frecuentadas de Vigo.

Abrí las persianas del salón hasta arriba, necesitaba que entrara ese precioso sol con el que nos había recibido el mes de Junio.

Me senté en la mesa de la cocina a comer pasta que había preparado el día anterior, espaguetis al salmón, uno de mis platos preferidos.

Miré Facebook en el móvil, no solía comentar nada, pero me gustaba ver los estados de la gente, así chismeaba un poco y me ponía al día de la vida de muchas personas que no veía desde hacía tiempo; pero era gracioso, todos mostraban su lado más bonito y alegre, menos algunas que se dedicaban a poner esos post graciosos llenos de indirectas que lanzaban a alguien pero se daban por aludidos todos los contactos. Así de patética eran las redes, pero en la que todos, de una forma más activa o no, estábamos en ellas.

De repente vi que Emmy había cambiado su estado, extraño ya que no escribía desde su ruptura con Julio.

“Hoy comienza una nueva vida.”

Eso me gustaba y más que gustar, me encantaba, así que le puse esa reacción del corazón, por una vez tenía que interactuar, el estado se lo había merecido.

Un rato después estaba en el sofá durmiendo una siesta cuando la puerta

sonó bruscamente.

Abrí y ahí estaba Emmy, con unos taconazos, unos vaqueros pitillos muy ajustados y una camiseta roja fina con un gran escote, su melena sujeta en una cola y los labios rojos.

—La hostia...

—¿Te gusto? —me guiñó el ojo.

—A mí y a todo el que se te cruce hoy por el camino. Pasa —dije sin dejar de mirarla, estaba preciosa y muy seductora—. Pero son las siete nada más... —miré extrañada el reloj.

—Pues estaba aburrida y pensé que mientras tú te preparabas, yo me tomaba aquí un vino —sonrió mientras ponía sobre la mesa la botella de Rioja que traía.

—¡Me apunto! —fui a coger dos copas —Me encantó tu post —grité desde la cocina.

—Ya lo vi —soltó una sonrisa—. Tienes razón, él pasándose de muerte con otra y yo llorando por ese desgraciado... ¡Nunca más!

—Así me gusta —dije mientras intentaba descorchar la botella y la miraba sin perder la sonrisa, parecía otra y eso me gustaba.

—He pensado que podemos ir al pub de Rock que sirven esas espectaculares hamburguesas y además tiene un ambiente de copas muy chulo.

—Sí, además podemos ir andando y a la vuelta dormimos aquí, así no tienes que conducir.

—Fantástico, esta noche nos vamos a beber hasta el agua de los floreros —decía felizmente.

—Hombre, tanto como el agua de los floreros... —me entró una risa imparable —Imagino que el pub tendrá reserva para abastecernos —seguí a carcajadas.

—Más les vale, este cuerpo tiene que salir ahí fuera —señaló a la calle—. comerse el mundo. Esta noche lo voy a dar todo —tocó las palmas, emocionada.

—¡¡¡Ay!!! Me lo estoy viendo venir —puse cara de resignación.

—El año que viene cumplimos treinta años, así que es hora de empezar a comerse el mundo —dijo un trago largo.

—Pero no en una noche —solté otra risa.

—Ya veremos lo que nos depara las siguientes horas. Por cierto, ve a ducharte ya, estamos perdiendo un tiempo valioso —me sacó la lengua.

—Emmy...

—Abigail... —miró al baño para mandarme allí.

—Vale —bebí la copa de un sorbo y me fui sonriendo.

Era increíble el cambio tan grande que había dado en unas solas horas, esa actitud la hacía diferente, no se merecía un sufrimiento por alguien como Julio, demasiado había sufrido ya durante el último mes en el que era un alma en pena.

Me puse unos vaqueros, igual que ella, ajustados, pitillos, con unos tacones, la camiseta con escote pero en negra y el pelo recogido en un moño informal, los labios rojos, era mi color favorito.

Al salir, ella me tocó el silbato a modo piropo, yo sonreí mientras negaba con la cabeza, Emmy me había sorprendido gratamente y sabía que lo íbamos a pasar bomba.

## Capítulo 2

Entramos por la puerta del Rock, ambientado totalmente, siempre estaba hasta la bola, nos cogimos un hueco en la barra y nos pedimos dos hamburguesas completas con dos copas de vino.

—Hamburguesas con vino —solté una carcajada, era para matarnos, vaya rebujo.

—No podemos perder nada de tiempo en ingerir alcohol —sonrió.

—Miedo me da de cómo acabará la noche —puse los ojos en blanco.

—Pues brutal, algo me dice que va a ser la noche de nuestras vidas —me sacó la lengua—. A la mierda Julio, a la mierda todo, empieza mi nueva vida —chocó su copa con la mía.

—Pero podemos empezarla pasito a pasito —resoplé.

—Ah no, eso es de cobardes y yo soy una guerrera —me hizo un guiño.

Las hamburguesas tenían una pinta brutal, nos la comimos sin hablar, solo nos hacíamos gestos de placer, era un espectáculo para el sabor, así que la disfrutamos como si se nos fuera la vida en ello.

Cuando terminamos nos pedimos dos copas de vino más, estaba riquísimo y nos apetecía más que tomar cubatas, así que allí nos quedamos en ese rincón de la barra, escuchando la música y observando todo el movimiento que había en aquel lugar hasta que...

—¡Auch! —grité al sentir el pisotón.

—Perdón —dijo un chico guapísimo que parecía que había sido sacado de una revista—. ¿Te hice mucho daño?

—A ella no, pero a mí me has roto el corazón y eso tiene multa — irrumpió Emmy con un descarado total.

—Vaya, eso no me lo esperaba. Me llamo Tiago, permitidme invitaros a una copa por el desastre causado. ¿Estás bien? —me preguntó preocupado.

—Sí, ya se pasó —sonreí—. Me llamo Abigail y ella es...

—Emmy —volvió a irrumpir mi amiga, que estaba de lo más graciosa.

—Por favor, tres vinos más de estos —dijo Tiago al camarero, sin cortarse, ante la mirada de nosotras, estábamos babeando.

—No era necesario...

—¿Cómo que no? Te pisa y además es un bombón, claro que es necesario que se quede y nos invite —dijo Emmy de forma descarada.

—Estoy de acuerdo con ella —sonrió—. Ah, ahí está mi amigo, lo estaba esperando —dijo haciendo señas para que se acercara. —Saúl, ellas son Emmy y Abigail.

—Un placer —dijo tendiéndonos la mano.

—Ah no, a mí me das dos besos —dijo Emmy sin dejar de perder el tiempo.

Negué con la cabeza mirando a Tiago, algo me decía que él también estaba sorprendido, como yo, que le gustaba, al menos eso entendía con su mirada seductora. Y a Emmy, la llegada de Saúl le cambió el plan, se notaba que se sonrojó más con él.

—Mi amiga es así —dije a Tiago, encogiéndome de hombros.

—Muy simpática, sí —me hizo un guiño que por poco se me caen hasta los pantalones, por no decir las bragas, eso me hizo sonrojar.

—¿Sois de Vigo? —pregunté para romper el hielo, ya Emma estaba charlando con Saúl.

—Somos de Vigo, compañeros de trabajo y salimos de vez en cuando los viernes —sonrió.

—Nosotras también somos compañeras de trabajo y es el primer viernes que salimos juntas —solté una carcajada.

—Entiendo, antes salíais con amigas diferentes...

—No, ella tenía un prometido con el que se iba a casar en verano y la dejó por otra hace poco y yo salía con mi amiga Anaís, pero hace dos semanas se fue a vivir a Dublín, por motivos de trabajo. Así que llevo varios días convenciendo a Emmy de salir, para que no la pase llorando por los rincones —dije tras pensar que por qué le contaba eso a él.

—Pues no se le ve muy afectada —dijo mirándola.

—Eso desde esta tarde que se coló en mi casa, no me esperaba ese cambio, esta mañana aún era un alma en pena y le tuve que leer la cartilla, de ahí ese intento por hacerme caso. Cuando llegó esta tarde y la vi así, aluciné, me alegré mucho, dice que hoy empieza su nueva vida.

—Interesante —hizo un gesto de sorprendido—. De todas formas lo superará, es joven.

—Sí, solo tiene veintinueve años, como yo —sonreí.

—Sois dos niñas —puso los ojos en blanco—. Yo tengo cuarenta y Saúl tiene cuarenta y dos.

—Tanto como niñas... —negué con la cabeza —¿Tan viejo te ves?

—Para nada, pero ya pasé la década de los treinta y vosotras aún ni entrasteis.

—Entonces tendréis hasta hijos, ¿no? —pregunté con ironía.

—Ah no, Saúl no y yo mucho menos—sonrió mordiéndose el labio.

—¿Mujer? ¿Novia? ¿Un perro? ¿Un gorila? —solté una carcajada esperando que me dijera que tenía.

—Nada —negó con la cabeza riendo y encogiéndose de hombros.

—Vamos, que no te aguanta ni Dios.

—Y a ti, ¿te aguanta alguien?

—¿A mí? No me aguanto ni yo, ¿quién me va a aguantar? —puse una sonrisa picarona.

Se quedó sonriendo, con esa mandíbula pronunciada que era toda una provocación, su cabello rubio al aire, a media cabeza, su tono de piel dorada, sus ojos marrones claros, su cuerpo que se notaba que estaba definido, me hacía babear, estaba con una sonrisa floja que no podía con ella. Además, algo me decía que Tiago era algo gordo a nivel profesional, su talante, su pantalón de pinza impecable y a su justa medida, su camisa blanca entreabierta pegada al cuerpo con mucho estilo y la chaqueta que dejó apoyada sobre un taburete, a juego con el pantalón. Todo demasiado perfecto.

—Seguro que hay alguien que se muere por aguantarte...

—Por cierto... ¿Cómo se te ocurre salir un viernes por la noche en traje chaqueta? —solté una carcajada.

—Tuve una reunión después del trabajo y de allí vine hacia aquí, había quedado con Saúl, ni tiempo me dio ir a cambiarme. ¿Tan mal estoy? —puso gesto de intriga.

—Para nada, la verdad —lo miré de arriba a abajo pensando que estaba de rechupete—. Te queda bien, no se te llega a ver formal del todo, sabes llevar la ropa con estilo —sonreí pensando que había salido de esa.

—¿Dónde trabajáis?

—Pues en X mats, en las oficinas.

—El gigante de las ventas online...

—Efectivamente, junto a otras dos, pero estamos posicionados entre los tres primeros del mundo, pero vamos, el dinero lo ven los jefes, nuestras nóminas siguen iguales —solté una carcajada.

—Cabrones... —dijo en tono gracioso.

—Hijos de... —sonreí —Bueno no, que sigan ganando y nos mantengan los puestos, tampoco nos podemos quejar, tenemos nuestro mes de

vacaciones, dos pagas completas, dos medias y los días de asuntos propios.

—Entonces no está nada mal...

—¿Y vosotros en que trabajáis?

—Tenemos empresas a nivel internacional —puso gesto de hasta aquí puedo llegar.

—Vamos, que os va bastante bien...

—No nos podemos quejar —se mordió el labio.

—Eso sonó a que tenéis un futuro brillante —solté una carcajada.

—¿Ah sí? —dio un trago, sonriendo.

—La próxima la pagáis de nuevo —bromeé.

—Por supuesto, pero en la zona del jardín, me apetece un cigarrillo.

—A mí también.

Se lo dijimos a los chicos, dijeron que ahora nos buscaban, parecía que estaban emocionados solos, pero a mí, en el fondo, me hacían un favor, me daban ganas de seguir charlando a solas con Tiago, me parecía interesante, simpático y, además, estaba para encerrarse con él en un cuarto varios días.

Nos sentamos en una esquina de la barra exterior, todos estaban en las mesas, así que cogimos sitio y pedimos dos vinos.

—¿Vives con tus padres?

—¡Qué dices! Primero me llamas niña, ahora que sí vivo con mis padres... ¿Tan pocas posibilidades tengo de que se me vea una chica independiente? —resoplé negando con la cabeza mientras reía.

—Perdón —puso su mano en el pecho mientras sonreía —Claro que te veo una mujer independiente, pero como eres tan joven...

—Y dale con lo de joven, a tu lado sí lo soy, al final vas a conseguir que te llame viejo —resoplé.

—Mejor me puedes llamar cuarentón.

—¿Cuarentón? Viejo con todas las letras —solté una carcajada.



—Entonces el cuarentón está con una niña, tomando una copa de vino.  
¡Qué suerte! ¿No?

—Pues sí, puedes llamarte dichoso —bromeé.

—Ya veo, quién me lo iba a decir...

—¿Decir qué?

—Nada, que estoy agradecido con el destino —dio un sorbo de la copa mientras ponía un gesto de lo más sensual.

—Mañana te querrás morir cuando no sepas nada de mí y tengas que mandar a la mierda a tu destino —bromeé, las copas de vino me hacían un efecto devastador.

—¿No saber de ti? ¡Imposible! Trabajas en Xmats...

—¡Mierda! Debí ocultar ese dato. De todas formas, solo entra personal autorizado —me encogí de hombros.

—Personal autorizado...

—Así mismo —puse gesto de sentirlo.

—Ya lo veremos...

—Ah no, a mí no me montes un pollo en la empresa —reí nerviosa.

—Tranquila, no osaría hacerlo.

—Si quieres saber de mí, me llamas por teléfono, apunta —dije aprovechando para hacerme la graciosa y que anotara mi teléfono.

—Te hago una perdida y me anotas —dijo mientras yo aguantaba mi risa por saber que ya había conseguido mi propósito, pero ya que estaba graciosa... iba a seguir.

—Ya te tengo, ahora —abrí el Facebook en el móvil para que lo viera —dime cómo te busco, por si no me localizas por el teléfono, me puedes hablar por el Messenger —dije en un intento de tenerlo como contacto y revisar en otro momento su perfil.

—Dame —dijo agarrando mi móvil y buscando su perfil—. Toma ya me

has pedido solicitud, ahora la acepto —me guiñó el ojo.

—Ya te tengo localizado —bromeé felizmente.

—No, localizada te tengo yo...

—¡Suerte la mía! —sonreí ampliamente.

—Espero que así te parezca...

—Eso no lo entendí —protesté.

—Que espero que lo de la suerte lo sigas pensando siempre —me guiñó un ojo.

—Pues esperemos —sonreí, sin comprender nada, ni que me estuviera pidiendo un amor para toda la vida, o algo que aún no había ni comenzado y que probablemente ni comenzaría.

Mi amiga seguía sin aparecer por la terraza, estaba muy cómoda con Saúl por lo que podía presagiar. A mí me pasaba lo mismo con Tiago, así que me importaba poco que tardara lo que quisiera.

—Y dime, Abigail, ¿cómo se te presenta el verano?

—Pues trabajando y con un mes de vacaciones que seguramente lo divida en dos quincenas separadas. Quiero ir unos días a Dublín a ver a mi amiga Anaís, además de ir a algún lugar a hacer un poco de turismo y desconectar.

—Pinta bien —afirmaba con la cabeza.

—¿Y tu verano cómo pinta?

—Pues aún no tengo planes, de todas formas soy de improvisar —me hizo un guiño.

—Eso suena muy bien, es bueno improvisar, dicen que lo improvisado sale mejor.

—Puede ser...

Charlamos hasta que, un rato después, aparecieron Saúl y Emmy para

unirse a nosotros. Se notaba mucho feeling entre ellos y a mi compañera parecía que se le habían olvidado todas las penas, aunque parecía así desde que llegó a mi casa, así que yo feliz de verla divirtiéndose y coqueteando con alguien.

—Abigail, me voy a ir con Saúl que pasa de camino por mi casa —me puso una sonrisa pícaro—. ¿Te importa?

—Ah no, para nada... —dije sonriendo pero sorprendida.

—Yo te acompaño a ti luego, ¿te parece?

—Tiago, vivo cerca...

—Da igual, pero te acompaño y no hay nada más que hablar —me hizo un guiño.

—Sí, acompáñala —dijo Emma dándonos dos besos de despedida.

—Mañana hablamos.

Y se fueron, dejándome a solas con Tiago, cosa que para mí era más que perfecto, estaba a gusto con él y no quería que terminara la noche.

—Otras dos copas —pidió al camarero.

—Al final salimos a gatas —bromeé.

—Tranquila, solo tengo que levantar el teléfono y vienen a por nosotros —hizo gesto interesante.

—Será chulo...—negué con la cabeza, riendo.

—¿Para qué están los taxis?

—Es verdad, pensé que tenías chófer...

—Ya... —soltó una carcajada en la que por poco escupe el trago que estaba dando.

—¿¿¿Tienes???

—Sí, tengo el teléfono de los taxis...

—¡Ufff! No puedo contigo.

—¿En serio?

—Nada, déjalo —reí pensando que iba a seguir jugando al despiste.  
—¿Qué haces mañana?  
—Ni idea, ¿por?  
—Por nada —puso cara de no darle importancia.  
—¿Vas a seguir jugando a la ambigüedad? —torcí los labios.  
—¿Ambigüedad? —Puso los ojos en blanco.  
—¡Nada! No puedo contigo —protesté resoplando.  
—¿Qué te apetece hacer?  
—¿Cuándo?  
—Ahora... —rio.  
—Pues estoy bien como estoy... No entiendo la pregunta.  
—¿Te apetece ir a otro sitio?  
—Claro, a una playa de una isla de las Canarias o Baleares, pero trabajo el lunes y no soy rica —me encogí de hombros.  
—¿Vamos?  
—Claro, ahora mismo en mi jet privado —bromeé.  
—Podemos ir a un lugar donde ponen los mejores desayunos del mundo —me guiñó el ojo.  
—Son las cinco de la mañana —puse los ojos en blanco.  
—Bueno, en un rato podemos salir hacia allá, creo que lo sirven a partir de las seis.  
—¿Estás hablando en serio? —reí.  
—¿Qué raro tiene ir a desayunar?  
—No sé, la hora, el vino...  
—Y luego chocolate con churros —una sonrisa se dibujó en sus labios.  
—¿Y dónde es ese lugar?  
—Tendrás que venir y descubrirlo...  
—No sé si debo de fiarme de ti —puse gesto dudoso.

—Bueno, tienes un buen rato para pensarlo.

—Vale, me has convencido, chocolate con churros...

—Eso es estupendo —sonrió feliz.

Un rato después salimos de allí y nos montamos en un taxi que ya nos esperaba en la puerta, le dio la dirección y llegamos a una pedanía donde estaban los típicos bares de piedras, pero este no lo conocía, era especial, con unas vistas impresionantes a un río, con las mesas en una terraza al aire libre en plena naturaleza.

—Churros con chocolate —hice un gesto de placer al verlos sobre la mesa.

—Todo tuyos —dijo señalando al plato.

—Es precioso este sitio...

—Lo es, yo suelo venir cuando salgo hasta tarde.

—No me extraña, qué paz...

—Cuéntame de tu vida, imagino que tienes familia.

—Tengo un hermano, se llama Abel, tiene 13 años, llegó por sorpresa —solté una carcajada recordando el día que mi madre descubrió su embarazo.

—Vaya —sonrió.

—Mi padre se llama Abel también y mi madre Sara, se llevan tres años, él tiene cincuenta y nueve y ella cincuenta y seis, son los dos funcionarios, trabajan en el Ayuntamiento de Vigo.

—Eso está genial...

—¿Y tú?

—No tengo hermanos, ni padre... Mi madre se llama Erika, tiene 60 años, mi padre murió cuando yo tenía un año, así que ni recuerdo tengo, pero dejó a mi madre bien respaldada, no le hizo falta trabajar y pudo llevar una vida acomodada, además de sacarme hacia delante sola. Nunca rehízo su vida, nunca superó la muerte de mi padre.

—Vaya...

—Una gran madre, una gran persona, pero un poco cascarrabias —puso los ojos en blanco y solté una carcajada.

—De esas que como suegra mejor lejos, ¿no? —reí.

—Así es —afirmó, resignado, con la cabeza.

—Ay Dios, la que te queda...

—Bueno, todo es dar la vuelta a la tortilla —dijo mordisqueando los churros—. Tuve una novia que creí que una de las dos terminaría asesinada por la otra, obvio.

—¿Estás de coña?

—No, se llevaban a muerte, además ni disimulaban, yo evitaba juntarlas, pero a veces era inevitable —volvió a poner los ojos en blanco.

—¿Tan difícil es? —pregunté intrigada.

—Mucho...

—Wow, pues suerte cuando vuelvas a tener novia.

—Suerte para ella —volvió a poner los ojos en blanco—. en contra mía nunca va —rio.

—Imagino —solté una carcajada.

Después de un buen desayuno con unas vistas impresionantes, volvió a llamar a un taxi y nos llevó hasta la puerta de mi casa. Se bajó a despedirse y me dijo, señalando a su móvil, que estaríamos en contacto.

—Claro —dije sonrojada.

—Nos vemos —me guiñó el ojo, mordiéndose el labio.

Entré a mi casa, temblorosa, al cerrar la puerta me apoyé sobre ella, no me podía creer la noche tan mágica que había tenido junto a ese desconocido, lo bien que me había sentido y, sobre todo, las ganas que tenía de volverlo a ver.

Me costó coger el sueño, eran casi las nueve de la mañana, estaba

rendida, pero las imágenes de toda la noche no paraban de agolparse en mi cabeza, como diapositivas, así como las bromas, las indirectas y todo lo que había acontecido de la forma más imprevista que hubiera imaginado.

Miré el WhatsApp para ver si tenía foto y ahí estaba, precioso, con un fondo espectacular blanco de un despacho y él sentado en un sillón de cuero color vainilla, al más estilo portada de revista de lujo... Babeé hasta quedarme dormida.

## Capítulo 3



Miré el reloj del móvil y eran las cuatro de la tarde, tenía varias notificaciones, pero primero necesitaba un café, una pastilla para la resaca y una buena ducha para volver a ser persona.

Empecé por la ducha, mientras recordaba a Tiago y la noche tan mágica que había tenido con él, luego me tomé la pastilla con un vaso de agua fría y me serví el café.

Me senté en el sofá para tomarlo y miré las notificaciones del móvil, una era de Emma contándome que se había vuelto a enamorar, me entró un ataque de risa, había vuelto a quedar con Saúl para cenar por la noche, le respondí que me alegraba mucho y que disfrutara como si no hubiera un mañana.

Entré a Facebook y lo primero que veo es que Tiago había aceptado mi solicitud de amistad, esa que él mismo se envió desde mi móvil, se me dibujó una sonrisa en los labios, así que me propuse revisarle todo su muro.

No me lo podía creer, su último estado era de esta mañana a las ocho cuando aún estaba conmigo desayunando, le tiró una foto a la mesa con el paisaje de fondo, súper cuidada la imagen y un comentario que me hizo despertar bruscamente.

“No se trata de la calidad de la mesa, ni siquiera del paisaje, se trata de la compañía con la que se viven estos momentos. Feliz sábado.”

Blanco y en botella... ¡Moría! Eso iba por mí, solo por mí y nada más que por mí.



Le di un me encanta y sonreí como una quinceañera que acaba de hacer una de las suyas. Luego seguí revisando su Facebook. ¡La hostia! Este tío era algo, no un empresario sin más, su casa. que tanto mostraba con sus fotos. era un espectáculo de elegancia, modernidad, sin que le faltase un detalle.

La zona exterior era a lo Presley, una piscina de rocas y palmeras que invitaba a meterse en ella y no salir, unas hamacas de estilo balinés impresionantes y una zona de barbacoa con barra.

¿Y yo pensaba que me iba a llamar en algún momento e íbamos a volvernos a ver? ¡La llevaba clara! Ese tío debía tener a medio Vigo y medio mundo detrás de él, babeando por ese bombón que, además, tenía una vida de lo más acomodada y lujosa.

Cuba, New York, París, Florencia, Santorini, Ibiza, Maldivas... Entre todos los destinos que había visitado y mostrado en su muro, eso sí, al tío se le veía que le respetaban y le seguía mucha gente de ambiente distinguido, cosa que impresionaba, estaba acostumbrada a los muros de la gente que conocía donde las indirectas o mostrar su felicidad amorosa era lo que más se veía.

¿Quién cojones era Tiago? ¿Qué tipo de empresa tenía? Si podía tener a las que quisiera... ¿Por qué no intentó nada conmigo? ¿Acaso solo le gustaba para charlar esa noche? Era un tipo con el que, obviamente, ninguna mujer se podía ilusionar, aunque todas lo hicieran, pero la última palabra estaba claro que la tenía él.

Me asusté, escuché como el ruido de una piedra sobre el cristal del salón, un ruido seco y rápido, me levanté para mirar por la venta.

—¿¿¿Tiago???

—Así me puso mi madre —dijo encogiéndose de hombros mirando hacia arriba, apoyado en un flamante Audi negro, tipo 4x4—. Tienes diez minutos, te espero —me guiñó el ojo.

—¿Para qué? —pregunté con una sonrisa estúpida, sin entender nada.

—Para lo que sea. ¡Aligera! —dijo mientras se metía en el coche, lo tenía parado sobre la acera.

¡Ay, Dios! Estaba hecha un manojo nervios ¿Qué hacía ahí? ¿Dónde me iba a llevar? Y lo peor... ¿Qué me ponía?

Bueno, él iba vestido informal, un polo blanco y unos vaqueros con unos náuticos. Vaqueros pegados, mis zapatos bailarinas en blancas y una camiseta del mismo color, la chaqueta vaquera en la cintura, mi bolso grande en color rojo a juego con mis labios, un litro de perfume de Carolina Herrera y lista para que me llevara donde quisiera.

—Estás preciosa —dijo abriéndome la puerta del copiloto.

—Y digo yo... ¿Por qué no me llamaste y hubiera estado lista?

—Así te sorprendía mejor —dijo arrancando el coche y guiñando el ojo.

—Y por curiosidad, ¿dónde vamos?

—Ni idea...

—¿En serio? —pregunté sorprendida.

—Aja...

—¿Sueles ir secuestrando chicas sin saber dónde llevarlas? —pregunté bromeando.

—Para nada, siempre hay una excepción —dijo volviendo a guiñar el ojo.

—Y yo me lo creo...

—Ese ya es tu problema —dijo saliendo a la autopista—. ¿Qué tal dormiste? —cambió radicalmente el tema.

—Bien, me desperté con un dolor de cabeza impresionante, pero el café, la ducha y dos buenas pastillas han hecho que vuelva a ser persona. ¿Y tú?

—Yo me levanté a las dos, me duché, me fui al centro comercial, compré ropa interior y pijamas para los dos, comí algo y te recogí.

—¿¿¿Pijama y ropa interior???

—Aja...

—¿¿¿Aja???

—No quería ponerte en el compromiso de dormir desnuda...

—¿¿¿Dormir???

¿¿¿Desnuda???

¡¡¡Me estoy perdiendo!!!

—Se nos puede hacer de noche en cualquier lugar, el coche, las copas, no sé, lo mismo tenemos que dormir por ahí... ¿No crees? —dijo sin inmutarse.

—Claro, como creer... ¿Y si eres un psicópata?

—Pues estás a tiempo de pedirme que vuelva y te deje en casa o, de lo contrario, arriesgarte y descubrir si mereció la pena.

—Ah no, tira para adelante, Emmy se va de cena con Saúl y yo me voy a quedar aburrída en casa, me la juego, me la juego —dije riendo.

—Buena elección —sonrió con ese aire seductor que me ponía cardíaca—. ¿Playa, montaña o ciudad?

—Me encanta la playa, pero me da que sería más divertido la montaña... ¡Bah! No tengo ni idea de tus planes, así que donde quieras —hice una mueca.

—Nos vamos a los Pirineos... Tengo una casa allí con unas vistas impresionante...

—¿Como la que muestras en Facebook?

—Es la que muestro en Facebook, la de Vigo no la enseñé nunca —me guiñó el ojo.

—¿En serio vamos a esa casa?

—Aja...

—Para, que compremos vino —dije muerta de risa.

—Allí tengo una bodega...

—¿Quién eres?

—Ah, soy Tiago, un placer...

—¡Tonto!

—¿Qué quieres saber?

—¿A qué te dedicas exactamente?

—Soy empresario...

—¿Empresario de qué?

—Tengo empresas...

—Ya, y yo bragas... ¿Qué tipo de empresas?

—¿Qué tipo de bragas?

—Venga, pregunté primero, lo mío es ironía...

—Tengo empresas, la próxima vez que nos veamos prometo enseñarte una parte...

—Ah... ¿Nos volveremos a ver? —pregunté emocionada pero aparentando estar bromeando.

—Pues claro. ¿Lo dudabas?

—Por supuesto...

—¿Ah sí?

—Tendrás a miles en espera —negué con la cabeza mientras reía.

—No soy como piensas...

—¿Y cómo eres o cómo piensas que yo pienso que eres?

—Me ves mujeriego, por mi posición económica me ves...

—¡Perdón! Y tu físico que impresiona —solté una carcajada.

—¿Me vas a dejar contestar? —ríe poniendo los ojos en blanco.

—Perdón —seguí riendo—. sigue, sigue.

—Por mi posición y mi vida te crees que me muevo de falda en falda y no es así. Claro que podría, pero no, más que nada porque vivo muy centrado en mi trabajo, que por ahora ha sido lo más importante y primordial para mí.

—O sea, vives para trabajar...

—Y para disfrutar de vez en cuando, poder adquirir mis caprichos y para vivir cómodamente.

—¿Y piensas vivir toda la vida para trabajar y tus caprichos?

—Espero poder crear mi familia, pero estamos hablando de cosas mayores y eso ni lo tengo ni lo quiero —me guiñó el ojo.

—No sé qué decir —volví a soltar una carcajada, esta vez nerviosa.

—Bueno, vamos a disfrutar de lo que queda de sábado, un buen vino, una buena cena con unas impresionantes vistas y cómo no, un buen desayuno —me guiñó el ojo.

—Me parece genial, muy buena idea, suena a planazo total.

Y tanto que sonaba a planazo... El camino se pasó rápido, con él todo pasaba así, su compañía era de lo más gratificante, así que ya estábamos en lo que sería nuestra estancia las próximas horas, en esa preciosa casa que imponía verla en real.

## Capítulo 4



Estaba en el jardín observando todo, Tiago estaba en la barra sirviendo dos copas de Rioja, mirándome seductor a la vez que sonreía, yo hacía lo mismo de reojo, pero tenía mis retinas embelesadas por ese entorno, la combinación del paraje natural que tenía ante mí y el imponente jardín de la casa.

—¡Cásate conmigo! —grité bromeando mientras reía, levantaba las manos y hombros en señal de que aquello era, simplemente, genial.

Tiago soltó una ligera carcajada mientras negaba con la cabeza y ponía la copa ante mí, que ya me había apoyado en la parte exterior de la barra.

—¿Te gusta entonces mi refugio? —preguntó suavemente, de forma seductora, esa que le salía natural como la vida misma y que a mí me hacía casi desplomarme.

—Si este es tu refugio... No quiero imaginar tu casoplón —puse los ojos en blanco mientras reía.

—Lo mismo es un apartamento cerca de tu casa...

—Sí, en el bloque de al lado, no te jode —volví a poner los ojos en blanco mientras negaba con la cabeza.

—Quién sabe —sonrió haciendo un guiño.

—A mí no me marees que aún estoy de resaca —dije dando un trago al vino.

—No sería tan grande cuando estás bebiendo de nuevo...

—Las pastillas milagrosas me dejaron casi nueva —sonreí irónicamente —. ¿Sueles venir a menudo?

—Sí, de vez en cuando me vengo aquí a perderme unos días y trabajar un poco.

—¿Trabajar?

—Claro, yo trabajo mucho desde mi casa, salgo cuando es necesario y viajo cuando alguna reunión lo requiere.

—Tienes un punto de misterio que me pone nerviosa —reí.

—¿Sí? ¿Te pongo nerviosa?

—Ajá...

Y tanto que me ponía nerviosa, era tan perfecto, tan correcto, tan seductor, tan sexy, tan... Estaba flotando en una nube, a la vez que estaba deseando de que pasara algo entre nosotros, pero él parecía ir con calma, seducía pero sin prisas, agasajaba de atención pero sin ser pesado, sonreía pero sin ser excesivo, era todo aquello que ves en un actor en una película y pensaba que los hombres así no existían, al menos eso creía hasta que conocí a Tiago.

—Dame un minuto ahora regreso —dijo alejándose al interior de la casa.

Recordé en ese momento que me había dicho que había comprado pijama y ropa interior para los dos, me salió otra sonrisa más, una de tantas de las que llevaba desde hacía unas horas en que lo conocí.

Era de esas cosas que te cuentan que suceden y piensas ¡no se lo cree ni Dios! Pues eso, ni yo misma me podía creer lo que me estaba sucediendo. Tiago era como de otro planeta, no era uno más de los que quedaban en el mercado, que iban de graciosos, la mayoría vivían de sus padres, solo buscaban sexo al minuto de conocerte sin disfrutar de una buena conversación, no sé, pero Tiago era aquello que era difícil de encontrar, aunque era verdad que solo lo conocía de hacía horas y que un tipo así no se iba a quedar a mi lado, de eso era consciente.

Me senté en el taburete de la barra y miré el móvil, tenía un mensaje de mi madre preguntándome cómo estaba, le contesté que feliz como una

perdiz...

—Aquí estoy —dijo poniendo en la barra un plato de jamón y queso.

—¿Lo has cortado ahora?

—No, el año pasado, pero como sabía que vendrías, pues lo dejé ya listo con antelación —bromeó.

—¡Gracias! —cogí una loncha.

—Cuéntame un poco de ti...

—¿Me estás haciendo una entrevista?

—Para nada, solo curiosidad...

—¿Qué quieres saber?

—Lo que tú quieras contarme —volvió a llenar las copas de vino.

—Mi vida es muy normal, trabajar, salir de vez en cuando y pagar la hipoteca —me encogí de hombros.

—¿Es tuyo el piso? Pensé que estabas alquilada.

—Soy pobre pero trabajadora —solté una carcajada—. me compré el piso cuando me hicieron fija, mis padres me ayudaron con la entrada.

—Genial, chica responsable.

—Por supuesto, una que mira por dos euros —seguí riendo.

—¿Eres feliz con tu trabajo?

—Buena pregunta —le señalé con el dedo aguantando la copa—. Me gusta mucho en el departamento que me pusieron ahora, como que me ascendieron un escalón, pero es que ahora trabajo más cómoda, con presión por los tiempos pero mucho más tranquila. No es que sea el trabajo de mis sueños, pero voy contenta todos los días.

—¿Dónde te gustaría llegar dentro de tu empresa?

—Pues no es que se pueda progresar ya mucho más, lo siguiente sería a Jefa de departamento y creo que eso me traería muchos dolores de cabezas, así que aspiro a poco más, a que me suban la nómina un poco y listo —le



saqué la lengua en plan broma.

—Bueno, mandaré a dos rusos a tu jefe para amenazarlo y que te suban la nómina —levantó la ceja.

—¡Venga! Y que me den las tardes libres, que de lunes a jueves hago doblete —me encogí de hombro.

—¿Algo más?

—Déjame pensar... —continué la broma —Vale, es que se cuenta que el tío es un monstruo en la cama, ya lo probó alguna, que si uno de consolación me puede tocar a mí, agradecería que me lo metieran como extra este mes —bromeé.

—¿¿¿Te quieres acostar con tu jefe???

—¡Espera! Dicho así suena muy mal. Déjame decirlo a mí, que no lo conozco, sabemos que está casado...

—Encima casado, menudo cabrón...

—Y cuentan que es un monstruo en la cama —sonreí.

—¿Un monstruo? ¡Un cabrón! Ese es un animal.

—La culpa es de su mujer por aguantarlo —dije riendo.

—¿Entonces lo amenazamos con que pase una noche también contigo?  
—puso cara de resignación.

—Nada, que me suban el sueldo —puse los ojos en blanco.

—¿Más días de vacaciones?

—También, ya que lo amenazas que sea por derecho —solté una carcajada.

—Ese se va a enterar —dijo con gesto de dedo incluido señalando al suelo.

—Así me gusta —le saqué la lengua de nuevo.

—¿Sabes que vamos a cenar esta noche la mejor carne de todo el norte de España?

—¿Sí? ¿Te vas de cacería? —Bromeé.

—No, llamé por teléfono al mejor restaurante a la brasa de la zona, ahora nos traerán la cena recién hecha —me guiñó el ojo.

—Ummm eso suena muy bien.

—Te propongo algo...

—Adelante.

—Nos ponemos los pijamas y volvemos a bajar, cómodos, a tomar vino y deleitarnos con esa excelente parrillada que está por llegar. ¿Te parece?

—¡Me encanta! Una cena en pijama, al aire libre, en este entorno, este jardín, esta casa. ¡Ya!

Tiago soltó una risa, me hizo señas para entrar en la casa, lo seguí hasta el dormitorio.

—Toma, puedes entrar al baño, yo me cambio aquí —dijo dándome una bolsa de papel preciosa, de una tienda de ropa interior muy exclusiva, además de señalarme la puerta del baño.

—Gracias —reí.

Aquello era de lo más irreal que me había sucedido, ni mi mente hubiera alcanzado a llegar a imaginar una situación así, pero yo estaba de lo más cómoda.

Abrí la bolsa y vi un pijama de lo más bonito, un pantalón corto amarillo con flores bordadas pequeñas del mismo color y la camiseta de tirantes blanca, con un buen escote y una flor en amarilla bordada en una esquina de la cintura.

Me quedaba genial, me veía muy favorecida, además había un conjunto de ropa interior muy bonito, se veía cómodo y nada picante, había tenido tacto, pero yo ya tenía mi ropa interior puesta y esa la dejaría para ducharme por la mañana.

Salí y lo vi sonriendo. Estaba guapísimo con esa camiseta de manga

corta blanca y ese pantalón de pijama largo de rayas en tonos azules, celeste y blanco.

—¡Estás preciosa! —dijo mirándome de arriba a abajo.

—Tú también estás genial —me sonrojé a reventar.

—Vamos —hizo el gesto de la mano para que pasara.

Bajamos al jardín y volvimos a la barra, a tomar más vino mientras esperábamos la cena.

—¿Por qué me has invitado a venir? —pregunté intrigada y animada por los vinos.

—Pues no lo sé, ayer me caíste muy bien, pasé una velada muy amena contigo y hoy pensé que podía repetir, me quedé con ganas de más.

—¿De más? —puse cara de susto.

—Sí, de charlar contigo más tiempo, seguir conociéndote y continuar con la sonrisa que solo tú tienes el arte de sacarme.

—¿Arte? ¿Me estás llamando payasa?

—¡Para nada! Te estoy diciendo que tienes magia, que ayer pasé una velada muy agradable y simpática contigo, te estoy diciendo que me supo a poco...

—¡Ah vale! —resoplé bromeando.

—Te fías muy poco de mí...

—¿Yo? ¡Qué dices! Desde luego... ¡Qué malpensado! —bromeé haciéndome la ofendida.

—Creo que hasta este momento no hice nada por lo que dejarte entrever de que no debes de fiarte de mí.

—Ya, ya —di un buen trago.

—¿Te estás burlando de mí?

—¡Qué dices! Dios me libre —me persigne.

Un fuerte timbre sonó en la finca y Tiago fue a abrir, eso era la cena que

estábamos esperando y que rápidamente vino con otro chico cargado de todo y lo dejaron sobre la mesa del porche, luego se despidió de él y lo acompañó a la puerta.

—Joder, qué bien preparado —dije mirando aquella parrillada con patatas fritas.

—Siéntese, por favor —me retiró la silla.

—¿Ahora me trata de usted?

—Anda, come y disfruta de la cena —sonrió ampliamente y a mí se me caía todo.

—La verdad es que tiene un pinta impresionante.

—¿Crees que te pondría algo que no tuviera calidad? —se mordió el labio.

—Ah no, por supuesto, señor fino...

—No soy fino, pero si exigente para lo que quiero y me gusta tratar a las personas como se merecen, no te voy a dar algo que no quiera para mí.

—Eso sonó muy ambiguo...

—Quizás...

—¿Quizás?

—Quizás quise que sonará de forma ambigua —me guiñó el ojo y me señaló al plato para que comiera.

—Eres el señor misterio...

Tiago sonreía, disfrutaba en todo momento de mi compañía, eso se notaba, no se le veía aburrido, se le veía relajado y sonriente, eso me tranquilizaba.

—Soy misterioso... ¿En serio? ¿Parezco así?

—Eso añadido a que causas mucho respeto...

—¿Y por qué causo respeto? —se mordió el labio ligeramente.

—No sé, pero cada persona somos diferentes, tú causas mucho respeto,

marcas distancias sin quererlo a la vez que derrochas acogida y paz, eres una mezcla muy rara —solté una carcajada.

—No soy diferente, soy el resultado de cómo me miras —cortaba la carne.

—Bueno, aquí el único resultado es que esto está de muerte, jugosa, deliciosa y el vino...

—Tengo la sensación de que el universo ha conspirado para que hiciera una noche como esta —dijo señalando al cielo.

—El verano está llegando con más fuerza que nunca —sonreí feliz por ello.

—Estaba pensado que quizás este verano, si te apetece llegado el momento, te quiero invitar a un sitio en el que me gusta perderme varios días y creo que te va a encantar, además estoy seguro de que serías una compañía perfecta.

—¿Y qué sitio es ese?

—Ah no, no te lo pienso decir, si aceptas llegado el momento... será una sorpresa.

—Según cómo te portes de aquí a mañana —sonreí, era obvio que aceptaría cualquier invitación de Tiago, tenía un algo que quería terminar de conocer, era especial, aunque fuera como amigo, pero era especial su forma de ser y hacerme sentir.

—¿Ves que me esté portando mal? —sonrió negando con la cabeza.

—Para nada, ahora mismo te considero un angelito caído del cielo —puse los ojos en blanco.

La cena fue de lo más divertida, bromeando, contando anécdotas, cuando terminamos recogimos la mesa, lo pusimos todo en el lavavajillas de la cocina y nos sentamos en su salón, con un amplio sofá kilométrico que parecía sacado de las típicas revistas de decoración.

Dos ginebras con tónica, una música de fondo de lo más variopinto y unas charlas a modo confidencia que nos hacía sentir de lo más cómodos y relajados.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Miedo me da ese tono —dije sonriendo y con intriga.

—¿Miedo? Ya no te pregunto —se mordió el labio riendo mientras jugueteaba con la copa.

—Dale, estoy preparada —puse los ojos en blanco.

—¿Cuándo fue la última vez que te acostaste con un hombre?

—¿Y a ti qué te importa? —solté una carcajada.

—Está bien, veo que no estabas preparada para la pregunta como dijiste...

—Estaba de bromas, no tengo veinte años —sonreí—. creo que fue hace un año por ahí, ya se me debe de haber olvidado hasta cómo se hace —puse los ojos en blanco y Tiago soltaba una carcajada—. ¿Y por qué esa curiosidad?

—Te veo un poco monja...

—¿¿¿Monja??? ¿Estás esperando a que me tire encima de ti? —solté una carcajada nerviosa.

—¡¡¡No!!! —rio negando con la cabeza —Es por lo que pone en tu neceser —lo señaló y vi la frase que decía: A falta de sexo en mi vida, buenos son los bombones.

—Ya entiendo —reí.

—Por eso te pregunté, para comprarte unas cuantas cajas de Ferrero Rocher —se encogió de hombros reventando a reír.

Me estuve riendo media hora, me dolía el lado, aunque prefería que me diera una noche de lujuria y pasión a unas cajas de bombones, pero fue tan graciosa la situación que no tuvimos agallas de frenar esas risas durante un

buen rato.

Mi sensación era inquietante, pero de forma personal, tenía un rebujo de sensaciones que estaba a punto de terminar para encierro psiquiátrico, era todo muy chocante, por un lado me moría porque me abrazara, me tocara, me besara, me hiciera todo lo que le diera la gana, por otro me gustaba ese respeto y tacto que mostraba hacia mí, por otro tenía dudas de si me veía como solo una buena compañía o por lo contrario tenía algún sentimiento de deseos hacia mí ¡Me estaba volviendo loca!

Seguimos bromeando y en un momento no sé cuándo, terminamos los dos en el sofá acostados, charlando, cara a cara, tapados con una sábana, había sacado los asientos y se había convertido aquello en una cama gigante, donde estábamos de lo más a gusto, más melosos pero... ¡Sin tocarnos!

Aquello era de coña, con un super bombón en la cama, ardiendo en deseos y babeando y riéndome con sus cosas...

## Capítulo 5



—¿Tiago? —pregunté al despertar y ver que estaba sola.

Seguro que me dejó durmiendo ahí y se fue a la cama, otra cosa no me entraba en la cabeza. Me estiré y de repente escuché;

—Buenos días, el desayuno está listo —decía Tiago asomándose por la puerta del salón con una gran bandeja.

—Pensé que estabas durmiendo en tu habitación. Buenos días —sonreí.

—No, para tu desdicha debo decir que dormí toda la noche contigo —me guiñó el ojo.

—Voy al baño, necesito lavarme la cara —le saqué la lengua.

Ni polvo mañanero ni nada, reí mirándome al espejo mientras me lavaba los dientes. A final la siguiente idea era ¿Sería gay? ¡No! Mejor quitar esa idea de la cabeza.

Volví al salón y di un trago del café que me había preparado.

—¿Ha dormido bien?

—Genial, podría haber dormido mejor pero no me puedo quejar —solté descaradamente mientras aguantaba la risa.

—Explícame eso —dijo mientras continuaba poniendo el jamón sobre el pan tostado.

—Nada, cosas mías —le saqué la lengua.

—Ah no, no me vengas con dobleces ¿Qué hubieras necesitado para dormir mejor? —preguntó con gesto sugerente.

—Come, come... —bromeé.

—¿No me vas a contestar?



—No sin la presencia de mi abogado —saqué la lengua.

—¿Te produce malestar contestarme a eso?

—Estaba bromeando, Tiago —puse los ojos en blanco.

—No —se levantó y puso la tostada delante de mí y para mi asombro se sentó detrás de mí, en el sofá, yo estaba sobre un taburete de la medida del sofá pegada a la mesa, él quedó justo atrás de mí, pegado a mí, yo entre sus piernas que estaban abiertas a cada lado de las mías. Metió las manos por debajo de mi camiseta bordeando mi cintura y su cara sobre mi hombro, con su boca pegada a mi oreja—. ¿Seguro que estabas bromeando? —preguntó con voz ronca pero en tono suave.

—Aja —dije sin moverme, nerviosa perdida y sujetando la taza de café.

—¿Y no te hubiera gustado que pasara algo así? —dijo subiendo su mano a mi pecho, que estaba libre, sin sujetador.

—Puede —solté el aire contenido.

—¿Y por qué te cuesta tanto admitirlo? —su tono y su forma de acariciar mis pechos me estaban poniendo de lo más subida, di un sorbo al café y lo dejé sobre la mesa.

—Estaba bromeando —mi voz era totalmente agitada.

—¿Sabes que puede salirte muy cara la broma? —preguntaba mientras bajaba su mano hasta entrar por mis bragas y acariciar mis partes más íntimas.

—Ya veo —mi voz era entrecortada y no sabía ni cómo actuar, me sentía a su merced, a lo que él quisiera hacer conmigo.

Metió un dedo en mis partes, hasta donde pudo llegar, yo di un respingo, y con el otro brazo me agarró para sujetarme, luego lo sacó y comenzó a jugar con mi clítoris, mientras besaba mi cuello y lo mordisqueaba.

Comenzó un juego con sus dos manos que era imparable, con una mano introducía sus dedos y con la otra acariciaba mi clítoris, yo respiraba

aceleradamente y dejaba mi cabeza caer hacia atrás, él sabía cómo manejar la situación se le veía cómodo y seguro, cada vez fue más rápido y sincronizado hasta que llegué al orgasmo, chillando como hacía mucho que no lo hacía y sintiendo que tocaba el cielo con las manos.

—¿Hubieras dormido así mejor? —Besó mi cuello y se levantó, fue al baño, se lavó las manos y volvió a seguir desayunando.

No contesté a esa pregunta pero se me dibujo una sonrisa en los labios difícil de quitar.

—Te has quedado muda... —arqueó la ceja sonriendo.

—Me he quedado muerta —solté una risa—. ¿Y tú?

—Yo qué...

—Ahora te toca a ti —saqué la lengua.

—Yo no me quejé de poder dormir mejor —mordisqueó la tostada.

—Eso no vale —protesté.

—Anda come, coge fuerzas —rio.

—Hasta para el sexo eres misterioso —puse los ojos en blanco—. Que si la tienes pequeña no pasa nada, soy de las que piensa que mejor calidad que cantidad —Bromeé.

—Ya... —negó con la cabeza riendo.

Tras el desayuno llevamos las cosas a la cocina y me besó, me sentó sobre la mesa y comenzó a besarme como nunca nadie lo había hecho, lento pero de forma muy seductora y juguetona, yo estaba sonrojada, estaba rendida ante él, a lo que quisiera, a lo que me ofreciera, lo deseaba de todas maneras y con todas mis ganas.

Tiró de mi pantalón y bragas y me dejó sentada solo con mi camiseta, se desabrochó el pantalón y se puso un preservativo, abrió mis piernas, con sus manos en mis caderas me empujó hacia el filo de la mesa y me la metió de una estocada.

Era perfecto, era una sensación indescriptible ver su cara disfrutar mientras su cuerpo se regocijaba de placer penetrando al mío, me hacía vibrar, me hacía sentir que era la mujer con más suerte del mundo en esos momentos.

Tras terminar, me invitó a ducharme con él, mientras jugueteábamos y seguimos disfrutando de nuestros cuerpos y del sexo...

Volvimos a Vigo, el camino era de lo más triste bajo mi punto de vista, había pasado con él las mejores horas de mi vida y sobre todo me sentía a su lado especial, eso que no sentía desde hacía mucho tiempo.

Él acariciaba mi mano mientras conducía y me trataba con todo el cariño del mundo, antes de dejarme en casa me dio un precioso beso...

Entré pensando que no me había dicho nada de volver a vernos, eso me ponía triste, pero conociendo como actuaba, lo mismo, en cualquier momento me volvía a dar una sorpresa, al menos eso quería pensar, no quería ni imaginar que una vez hubiera conseguido acostarse conmigo y tener lo que quería, me tacharía de la que posiblemente sería su larga lista.

## Capítulo 6



Volver al trabajo, despertar con una sonrisa recordando ese fin de semana y volver a la realidad, era algo que me llenaba de inquietudes.

Saludé a Emmy que me esperaba en la puerta con un café, nos fumamos un cigarro y me contó lo feliz que estaba por el fin de semana que había pasado con Saúl y que habían quedado en verse el próximo. Sonreí al verla tan feliz y le conté que yo también lo había pasado genial, pero que no me había vuelto a decir de quedar.

—Seguro que te llama —dijo riendo.

—Más le vale, por mi salud mental...

Tras tomar el café y fumarnos el cigarro volvimos a la oficina y me puse a trabajar intentando de quitarme de la cabeza a Tiago, era imposible, los recuerdos se agolpaban en mi cabeza, las ganas de volverlo a ver eran intensas, pero intentaba poner los pies sobre la tierra, él tendría a la que quisiera, ser una más de su lista me partía el alma.

Miré el correo para poner toda la agenda del departamento al día, tenía el viernes la reunión mensual, no tenía preparado aún los balances que debía de aportar, así que me puse manos a la obra, tenía que terminarlo lo antes posible.

La mañana fue rápida y salí a comer con Emmy, luego teníamos que volver al turno de tarde, pero ese se solía pasar muy rápido, así que el día voló gracias a Dios y pude irme a mi casa, estaba con la sensación de vacío, el no tener noticias de Tiago me inquietaba.

Una ducha, un sándwich y al sofá, miré Facebook y vi que Tiago había

puesto un nuevo estado.

“Deja que la vida te sorprenda. Feliz inicio de semana.”

¿Iría en plan indirecta para mí? ¿Para todas? ¡Ay! Me estaba volviendo loca, di un like y aparté el móvil, quería dormir temprano, olvidarme de todo, estaba demasiado nerviosa.

Martes por la mañana y despierta muy temprano...

Me preparé un café y me senté en la cocina a tomarlo tranquilamente, era muy temprano y disponía de bastante tiempo antes de ir al trabajo.

Ese día pasó rápido también, los balances me absorbían mucho tiempo, por la tarde al salir me fui directa a casa de mis padres, tenía ganas de ver a mi hermano Abel y entregarle la camiseta del Betis que me había pedido, eso de seguir los videos del futbolista Joaquín le había hecho tener esas ganas por su camiseta, la verdad que eran muy graciosos, mi hermano me solía enseñar muchos de ellos.

Su cara al abrir el regalo era un poema, además venía firmada por él, me había hecho el favor un amigo que su hermano era amigo de él, una serie de coincidencias que hicieron que le diera a mi hermano su tan deseado regalo y con firma incluida.

Mi padre se puso a preparar unas pizzas y mi madre a contarme sobre todas las novedades familiares, así que la tarde se pasó rápida y cuando nos dimos cuenta estábamos cenados y yo despidiéndome de ellos para irme para casa.

No había ningún cambio de estado por parte de Tiago, tampoco se había puesto en contacto conmigo en ningún momento y yo, pasaba de hacerlo, no quería parecer pesada y mucho menos desesperada por hablar con él.

El miércoles me fui de compras después del trabajo, me metí en un centro comercial a quemar tarjeta y ahogar las penas, así que me compre algunas cosas de cara al verano y de repente vi un bikini blanco muy

elegante, con unas argollas de plata en cada cadera y en medio del pecho, era precioso, lo miré embobada tocando su perfecta textura.

—Debe de quedarte genial...

—¡Joder! Qué susto —me puse la mano en el corazón riendo al ver a Tiago.

—¿Tan feo soy?

—Un poco nada más —bromeé sonriendo.

—Vamos, te invito a cenar, vamos a pagar antes esto —dijo quitándose el biquini de las manos y dirigiéndose a caja.

—Pero dámelo, pago yo —dije intentando quitárselo.

—No —hizo gesto de que no se lo intentara quitar—. lo pago yo, luego te explico —lo puso delante de la cajera para que se cobrara.

—¿Qué me tienes que explicar? —resoplé.

Me ignoró mientras pagaba sonriente mi bikini, yo estaba alucinando con el señor mago, que aparecía cuando menos lo esperaba y donde menos imaginaba.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —pregunté mientras salíamos de la tienda.

—Te seguí cuando saliste del trabajo —me guiñó un ojo y me echó la mano por encima del hombro.

—¿Ahora vas de detective?

—Sí tú supieras... —hizo una mueca simpática.

—¿Me estás vigilando?

—¿Yo? ¡Qué va! No, no —aguantaba la risa—. para nada. ¡Dios me libre! —se persignó bromeando.

—Uy, no me convence mucho tu respuesta —dije dándole un beso en la mejilla mientras me mantenía sujeta por los hombros.

—¿Qué te apetece cenar?

—Un Burger King...

—¿En serio? —preguntó riendo y sorprendido.

—Ajá...

—Pues vamos a un Burger de esos —dijo apretándome cariñosamente a él.

Llegamos al Burger que había en la primera planta, nos pedimos dos menú y nos sentamos en la terraza que había al aire libre.

—Me dijiste que la próxima vez que nos viéramos sobria algo más de tu trabajo...

—Pero hoy no cuenta, hoy no estabas en mis planes —me guiñó el ojo.

—¡Ay! No sé si tomármelo bien o mal eso...

—Deberías tomártelo bien, hice una aparición entre la última que tuvimos y la próxima que tengo pensada, señal de que tenía ganas de verte, ¿no crees? —mordisqueó la hamburguesa.

—Bueno, dicho así hasta queda bonito. ¿Y cuándo es la próxima vez? —pregunté a sabiendas que no me lo diría.

—Muy pronto...

—¿Y si ese día tengo planes?

—No los tendrás —me guiñó el ojo.

—Muy seguro estás tú —le saqué la lengua a modo burlona—. ¿Qué planes tienes este finde?

—Planes...

—Sí, planes ¿No sabes qué son planes? —puse los ojos en blanco.

—Sí, claro que lo sé...

—¿¿¿Y??? Te advierto que me estás sacando de quicio —dije señalándole con el tenedor de plástico.

—Pues trabajo el viernes hasta el mediodía —dijo levantando las manos en son de paz, bromeando—. luego no sé qué haré, todo depende...

—¿De qué depende? —puse cara de asesina.

—Va, baja eso que no das miedo —dijo cogiendo el tenedor de mis manos y poniéndolas sobre la mesa—. Para el viernes faltan dos días —me guiñó el ojo y me dio por contestada.

—¡No puedo contigo! —volví a coger el tenedor con fuerzas y riendo.

—Baja eso...

Cogí el tenedor y lo pinché en el centro de su hamburguesa que estaba sobre la mesa.

—Todo tuyo —lo señalé sonriendo irónicamente.

—Wow... Pues sí que los tienes bien puestos... —aguantó de reír.

—¿Los ovarios? Muy bien puesto, sí —hice una mueca.

—Me encantas con tu parte más juvenil —dijo mordiendo un lado de la hamburguesa sin quitar el tenedor.

Sabía que nunca me iba a hablar de sus planes y que tenía la sartén por el mango, pero por momentos como estos, todo merecía la pena, me hacía reír y me trataba con mucho cariño, aguantaba mis bromas y tenía un sentido del humor que a mí me hacía derretir.

Después de la cena fuimos hasta donde tenía aparcado mi coche, justo al lado estaba el suyo, nos despedimos con un abrazo y un precioso beso, me dio un cachete en el culo y me dijo que hablaríamos.

En una nube, en un sueño, así estaba yo con Tiago, viviendo algo que no se podía definir, sin saber qué pasaría mañana.



## Capítulo 7



Por fin viernes, el día anterior lo pasé en plan tonto, floja, pensando en Tiago y en la aparición que hizo por el centro comercial el miércoles.

Ya era viernes y esperaba que al salir del trabajo me esperara alguna sorpresa por su parte, al menos eso deseaba con todas mis fuerzas.

Me metí en el despacho, preparé todo para la reunión y allí fui a aguantar a los jefes que solo veía en reuniones o una vez al año, charla, datos, balances y hasta el mes siguiente.

—Buenos días —dije en general mientras tomaba asiento.

—Buenos días —escuché en general, pero una voz muy familiar sobresalía.

Levanté la cabeza y veo sentándose en la mesa principal de jefes a Tiago, no me lo podía creer. ¿Qué hacía ahí?

Lo miré intrigada y se encogió de hombros mientras disimulaba con una sonrisa pícaro que me estaba haciendo reír a mí también.

De repente entró Mauro, el que solía llevar la voz cantante de aquella reunión. Comenzó saludando y de repente... ¡Bomba!

—Hoy tenemos el placer de contar con el señor Caruso, Tiago Caruso.

¡Coño! Caruso, es Caruso, el mayor accionista al que nadie le pusimos aún cara. ¡No podía ser! El jefe de toda mi empresa era Tiago. ¿Como podía ser eso? En esos momentos no sabía si reír o llorar, salir corriendo o que la tierra me tragase, no podía en esos momentos ni mirarlo, solo escuchaba los aplausos de recibimiento a Tiago por parte de los asistentes.

Mauro siguió hablando mientras yo no podía mirar al frente, ni siquiera podía levantar la cabeza, me había acostado con mi jefe y lo que era peor me había enamorado de él, de uno de los millonarios más importantes del planeta, su cara no se había filtrado nunca, cuidaba mucho su privacidad y además apenas nada se sabía de él, vamos, el Tiago que yo conocía, el señor misterio en todos los aspectos de su vida.

Cuando me tocó hablar y exponer los balances de mi departamento, sentía que iba a desmayar, me puse a explicarlo temblorosa, con el habla entrecortada y muy nerviosa por la situación, por un momento miré a Tiago que aprovechó para guiñarme un ojo y decirme con la mano que me tranquilizara.

Terminó la reunión y Tiago me pidió que me esperase, cuando todos se fueron, él cerró la puerta de la sala.

—Te dije que en el próximo encuentro sabrías más de mi trabajo —acarició mi espalda.

—Tiago... —negué con la cabeza, enfadada.

—Abigail, no me vengas con nada extraño, no me digas que esto altera algo.

—No es eso, pero eres mi jefe. ¿No lo entiendes? —estaba muy enfadada, perdida y con una sensación tremendamente extraña.

—Recoge tus cosas que nos vamos —dijo abriendo la puerta.

—Aún me queda una hora antes de terminar, me voy a mi oficina —dije saliendo.

—Espera —Me agarró del brazo y se puso cara a cara conmigo—. Ve a la oficina, coge tus cosas y te espero en los aparcamientos.

—Voy a tardar una hora —protesté.

—Vas a tardar cinco minutos y no me hagas llamar a Mauro para ir a

buscarte —me soltó y se fue para la puerta de salida a los garajes.

¿A Mauro? ¿Que le iba a decir que fuera a buscar a la que se folló el fin de semana? Di un puñetazo en la mesa al llegar. ¡Mi puto jefe! No podía ser más desgraciada.

Por mí que llamara a los GEOS, yo no iba a salir de mi despacho hasta las dos en punto, mi trabajo y horario lo iba a cumplir a raja tabla.

Diez minutos después Mauro llamó a la puerta que estaba abierta y se asomó.

—El señor Tiago le está esperando en el parking.

—Gracias —sonreí falsamente.

Seguí a mi rollo, hasta que no vinieran los GEOS o fuera mi horario de salida no me pensaba mover, encima yo, el capricho del jefe, un mojón para él si pensaba que iba a ir así tan fácilmente.

Veinte minutos después volvió a asomar la cabeza Mauro.

—El señor Caruso la sigue esperando.

—Gracias —volví a decir sonriendo.

Me puse a responder email y a las dos menos cuarto asomó la cabeza por la puerta Mauro.

—El señor Caruso está aquí... —dijo y se marchó.

Tiago entró con el rostro serio por la puerta y se sentó frente a mí.

—¿Te gusta hacer esperar a la gente?

—Aja... —seguí escribiendo —¿Me vas a despedir?

—No es mi campo lo de los despidos, me dedico a cosas más importantes. ¿Te queda mucho?

Miré el reloj.

—Siete minutos.

—Te espero en los aparcamientos...

—Puedes decirme lo que quieras aquí, luego llevo algo de prisa...

—¿Prisa? ¿Dónde vas?

—No es problema de la empresa lo que yo haga en mi tiempo libre y con mi vida.

—Nada de esto tiene que ver con la empresa, no vayas por ahí. Te espero en la puerta de tu casa, ve para allá, aparca tu coche, sube a por una bolsa con ropa para el fin de semana y te espero aparcado en la acera de enfrente.

—Pero...

—Pero te agradecería que te fueras ya —dijo saliendo por la puerta y dejándome con la palabra en la boca.

Joder, joder, joder... Mi jefe Tiago ¿Esto era una broma? Resoplé hasta dejar con agujetas mi mandíbula, todo esto era una locura y si Tiago era Caruso ¿Quién era Saúl? ¡Ay Dios! Tenía que ir al despacho de Emmy.

—Hola, Emmy —dije entrando como loca.

—¿Pasa algo? —preguntó preocupada.

—¿Sabes que Tiago es el jefe, el señor Caruso?

—Aja...

—¿Aja? ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde el lunes que Saúl me contó todo, pero prometí que no te diría nada ya que Tiago te quería dar una sorpresa.

—¿Sorpresa? ¡Por Dios! Que me he estado tirando a mi jefe —levanté las manos quejándome—. A ver, termina de sorprenderme ¿Quién es Saúl?

—Yo me llevo la peor parte —se puso las manos en la cara—. Saúl es la mano derecha de Tiago, pero no son socios, solo que es la persona de confianza en los negocios de él, son grandes amigos.

—Esto es para alucinar en colores.

—¿Pero cuál es el problema?

—¿En serio me preguntas eso, Emmy?

—Es que no veo dónde está el problema...

—¿En serio? Es mi jefe, un trabajo por el que he luchado para llegar hasta aquí y si ese tío se encaprichó conmigo, lo mismo que me tuvo, me puede mandar de una patada a mi casa, a todo esto añadir que estoy enamorada hasta la médula de él. ¿Te parece normal?

—Aja...

—¿Aja? ¡Paso! Me voy, hoy me vais a volver loca entre todos —dije saliendo hacia el parking para coger mi coche.

Conduje hasta mi casa, ahí estaba él en la cera montado con su flamante coche, aparqué el mío y me dirigí a la ventanilla del suyo.

—No voy a ir a ningún lado, Tiago.

—Haz lo que te pedí, por favor, prometo no tocarte ni hacer nada que no desees, solo vamos a hablar.

—¿Y para hablar tengo que coger ropa para dos días?

—Por favor... Solo te pido que confíes en mí.

—Está bien, pero solo vamos a hablar y cuando terminemos quiero que me traigas de vuelta, sea esta noche, mañana o el domingo, pero solo quiero hablar.

—Vale —dijo con tono seguro y un poco de enfado.

Subí a mi casa, me duché tranquilamente sin importar que me estuviera esperando de nuevo, preparé una bolsa con algunas mudas y bajé hacia el coche.

Tiago arrancó y salió de Vigo en silencio, exactamente lo mismo que yo, que iba mirando por la ventanilla todo el entorno, mientras pensaba que hacía ahí con mi jefe, eso me partía el alma, mi jefe.

Un rato después estábamos en Oporto, eso de tener Portugal pegado a Vigo hacia fácil el llegar al país vecino.

Le recogieron el coche en la puerta de un lujoso hotel de la costa, nos acompañaron a la habitación directamente, se notaba que lo estaban esperando.

Una suite impresionante con las vistas al mar más lujosas que había visto en mi vida, pero que iba a esperar si estaba con mi jefe, ese al que le salían los billetes por las orejas, ese que me había enamorado siendo un total extraño que se suponía que no tenía relación con nada perteneciente a mi vida...

Tiago dio una propina al maletero y me sacó a la terraza en la que ya había una botella de vino y dos copas. La abrió y sirvió, me dio una sin decir media palabra y luego se giró con su copa a mirar al mar.

—¿A qué tienes miedo? —preguntó sin girarse.

—Mira, paso de responder preguntas absurdas —dije sentándome en una de las sillas que había alrededor de la mesa de la terraza.

—No entiendo qué tiene de absurda. ¿Mi posición empresarial es lo bastante grave como para que no quieras saber de mí? —seguía sin girarse, hablaba en tono indignado, con rabia.

—No lo entiendes, no debiste mentirme, el día que me preguntaste dónde trabajaba y te lo dije, debiste de ser sincero, darme la libertad de decir si así me interesaba arriesgar a una velada contigo o no, además, ya hasta creo que sabías quien yo era antes de darme el pisotón.

—¡No! No lo sabía, no tengo ni idea de quiénes son las miles de personas que trabajan para mi empresa, lo supe cuando tú me lo dijiste y no te lo conté por miedo a que te fueras.

—¿Lo ves? Me estás dando la razón al porque estoy así, tú también tenías miedo a esta posibilidad, no es normal que yo esté en tus brazos, mi esfuerzo laboral ya no es lo mismo, ahora todo depende de ti. ¿No lo entiendes?

—No, no te equivoques, para salvar tu culo haría lo que fuera, pero para joderte, jamás, no me conoces, no soy esa clase de persona, no mezclo lo laboral con lo personal y si lo nuestro saliera mal, yo no tengo ni porque asomarme por las instalaciones, es más, hasta ahora no me has visto por allí.

—No digas tonterías, debías de habérmelo contado en su momento, ahora me siento imbécil —dije enfadada.

Se giró y vino hacia mí, apoyó su copa sobre la mesa y se puso de cuclillas apoyado sobre el apoyabrazos de mi silla.

—Abigail —comenzó a buscar mi mano con la suya hasta agarrarla—. no sé cómo saldrá esto, no sé ni lo que somos, solo sé que me gustas, me haces sentir bien, me haces tener una sonrisa en la cara, deseo estar contigo, no sé qué pasará, pero al menos podríamos descubrirlo.

—¿Descubrir qué? ¿Cuántos polvos somos capaz de echar en una noche? ¿Cuánto tiempo durará esta locura?

—Para —apretó con cariño mi mano para tranquilizarme—. Descubrir si deseamos estar juntos...

—Eres muy ambiguo —puse los ojos en blanco con semblante enfadado.

—Quédate conmigo este fin de semana, luego prometo que todo dependerá de ti y haré lo que me pidas.

—Esto es una locura —apreté su mano y me la lleve a mi cara, comencé a llorar de impotencia, de rabia, de saber él porque estaba así y no poderlo explicar.

—Confía en mí, Abigail —dijo besando mi cabeza.

—Échame otra copa, necesito beber.

—Vale —su tono era flojo, triste, cabizbajo. Me echó otra copa y se volvió a poner a mi lado de cuclillas.

—Quiero que la tierra me trague —dije justo antes de beberme media

copa de un trago.

—Ven, levanta —tiró de mí para ayudarme y me puso frente a él que se había apoyado en la barandilla de la terraza—. ¿Sabes que te tengo mucho cariño, verdad?

—No te conozco —dije de forma aniñada, estaba que no me aguantaba ni yo.

—Pero yo a ti sí y sé que esto es dolor por miedo, un miedo que no debes de tener, no debes de pensar en cosas que no tienen vela en este entierro —metió la mano por dentro de mi camiseta y me abrazó por la espalda pegándome a él.

—Tiago...

—Abigail —comenzó a acariciarme y a besar mi cuello—. no me digas que no...

Cerré los ojos mientras él comenzaba a despojarse de su camiseta, dejándome con el sujetador y el pantalón corto, pegada a él, que me miraba con ojos de deseos.

—Tiago, por favor...

—Si me dices para, lo haré, pero de lo contrario quiero que sepas que te deseo —quitó el botón de mi pantalón, bajó la cremallera y los empujó hacia bajo.

Sus manos comenzaron a acariciar cada recodo de mi piel, me quitó el sujetador, las bragas, me cogió en brazos y me metió a la suite, me puso sobre la cama y comenzó a besar todo mi cuerpo, hasta llegar a mis parte intimas, consiguiendo con su lengua y dedos hacerme llegar a otro de esos orgasmos brutales, para luego seguir con su penetración y volverme a hacer sentir en una nube.

Así era él, de mirada noble, seductor, cuerpo escultural y un rostro que hacía perder el norte, mi señor jefe, el causante de todos mis dolores de



cabeza.

De ahí nos duchamos y salimos a cenar, yo estaba rara, el cariñoso y llevando la situación, menos mal si no aquello sería un velatorio, pero a pesar de haber vuelto a sentirme entre sus brazos me sentía frágil, sin igualdad, me notaba fuera de juego y de lugar, antes era diferente, a pesar de intuir que era un hombre poderoso, no me daba la inseguridad que lo hacía al saber que a pesar de todo, era mi jefe.

Cenamos en un sitio precioso frente al mar, la noche acompañaba, el vino hacía falta y el entorno era de lo más exquisito, motivo para estar feliz, pero no, no me salía esa sonrisa que perdí en aquella reunión.

El marisco estaba delicioso, tenía un sabor intenso, a pesar de no tener mucho hambre probé todo, el vino me estaba ayudando a relajarme, a este paso y a su lado me volvía alcohólica.

—Estoy por vender las acciones de la empresa para no perderte —dijo bromeando, cosa que me hizo escupir el vino en toda la mesa, ese que estaba tomando—. ¡Dios! Has puesto bonito todo —soltó una carcajada.

—¡Perdón! —dije mientras me limpiaba la camiseta que menos mal que era negra y al mirarlo a él —¡Dios! Eso sí que no va a salir... —me puse la mano en la frente.

—No te preocupes, nos tendremos que tomar las copas en la habitación, no estoy para ir por la calle de este guiso —dijo señalando su camisa toda manchada.

—Es que soltaste una burrada muy grande —reí.

—Por esa sonrisa merece la pena esto —señaló a su camisa.

—Qué zalamero eres —negué con la cabeza.

Después de la cena volvimos a la habitación, Tiago se duchó y se puso el pantalón de pijama con su camiseta de mangas cortas blanca, yo hice lo mismo, nos fuimos a la terraza y nos tomamos una copa de ginebra con

tónica.

Un rato después estábamos revolcándonos de nuevo, bajo su control, hasta caer rendidos.

El sábado nos trajeron el desayuno a la suite, así que lo hicimos en la terraza, con los primeros rayos de sol y bajo el cielo de un día totalmente despejado y bonito.

Miré el móvil, tiré una foto al desayuno y las vistas, la subí al Facebook, cosa que nunca solía hacer y puse un texto;

“No es lo que se ve, es lo que se siente.”

A tomar por culo, puse el móvil a un lado y le sonreí como si no pasara nada.

Él entró a Facebook y lo vio.

—Joder, es raro que tú pongas algo, me sorprende... ¿Qué sientes?

—El aire fresco en mi cara —le saqué la lengua.

—No me lo vas a decir, ¿verdad?

—Me encanta desayunar jamón —mordisqueé la tostada.

—No confías en mí —negó con la cabeza.

—¿Debería de hacerlo?

Me miró y no me contestó, noté como tristeza en su mirada, como si en esos momentos me quisiera decir algo de lo que no se atrevía, pero era normal, viendo lo cortante que yo estaba era como para pensar mucho las cosas.

Nos fuimos a pasear por la ciudad, Oporto estaba lleno de vida, sus comercios y calles eran preciosas para pasear.

—Me encanta —dije mirando un gorro tipo vaquero, con la marca a un lado en cuero, era de lo más coqueto.

—Vamos, te lo regalo.

—Ah no, ya me lo pago yo solita, para eso trabajo.

—No, te lo voy a regalar yo, para eso soy un caballero —hizo un gesto gracioso con el rostro—. Por cierto, se me olvidó decirte que ya solo trabajas a un turno de mañana, de seguido, como querías, manteniendo las mismas horas, entra una hora antes y sales una hora después, ya tienes todas las tardes libres.

—¿Qué dices? —dije siguiéndolo al interior de la tienda —Espero que no te hayas atrevido.

—¿Con quién me tenía que atrever?

—Tiago, no te metas en mi trabajo, por favor.

—No lo haría, solo ha sido un pequeño cambio —se giró y miró a la dependienta—. Buenos días, quisiera aquella gorra que hay en el escaparate, por favor.

—Ahora mismo —dijo entrando al almacén para traerla.

—No me quiero enfadar —protesté.

—No me voy a meter en nada, solo quise que hicieras lo que deseabas, tus turnos de seguido...

—Pero Tiago...

—Ya, prometo no meterme en más nada.

—Gracias de todas formas —puse rostro de enfado.

—Por cierto, hice lo mismo con Emmy, pero ella se ve que está más contenta.

—Claro, ella solo se tira a la mano derecha del dueño de la empresa —puse los ojos en blanco.

—Aquí tienes—dijo metiéndolo en la bolsa de la firma, son noventa euros.

Tiago sacó su tarjeta y pagó, yo miraba queriéndolo matar, pero no iba a formar un numerito en aquel lugar.

Salimos de allí y Tiago sacó el gorro, me lo puso y tiró la bolsa en una

papelera.

—Estás preciosa, además con ese vestido blanco te queda genial.

Llevaba un vestido blanco de tirantes, tipo ibicenco, por la rodilla y con una correa de piel ancha, además de unos zapatos de caña del mismo color que la correa, que combinaba a la perfección con el gorro.

—Ven —me pasó la mano por el hombro y puso su móvil para hacer un selfie—. sonrío.

Nuestro primer selfie, además quedó preciosa la foto e hice que me la pasara.

Pasamos el día por la ciudad y por la noche volvimos al hotel donde nos perdimos entre las sabanas, llevados por el deseo y desfogando esa tensión que habíamos acumulado por el día.

Por la mañana nos fuimos a desayunar a un bar cercano, dimos alguna vuelta, comimos por la ciudad e hicimos el camino de vuelta a Vigo, durante todo ese tiempo el haciendo muestras de cariño y atención, acariciando mi mano y llenándome de mil palabras cariñosas.

Al llegar a la puerta de mi casa se bajó a despedirse.

—Espero que no me saques de tu vida —dijo dándome un abrazo y un beso en la frente.

Subí a casa con una sonrisa de oreja a oreja, pero con una parte de ese dolor que me causaba el saber que él era mi jefe, esa maldita palabra que no se me quitaba de la cabeza.

Llamé a mis padres y quedé en verlos al día siguiente, mi hermano estaba muy feliz y me echaba de menos, así que prometí pasar toda la tarde del lunes con él.

Luego llamé a Emmy, seguía en una nube, feliz con Saúl y sobre todo contenta del fin de semana tan maravilloso que había pasado, en el fondo lo

pasamos las dos, a pesar de eso que me atormentaba yo era feliz al lado de Tiago.

Me quedé dormida tarde, me costó conciliar el sueño, todo aquello en el fondo me estaba superando, era una mezcla de felicidad e inquietud que me arrastraba a las dos puntas.

## Capítulo 8



Me daba miedo ir a la oficina, tenía la extraña sensación de que nada iba a ser igual, a pesar de que sabía que Tiago no estaría por allí.

Al llegar un ramo de flores sobre mi mesa, casi me da algo.

—¿Quién dejó eso? —pregunté a la chica de recepción.

—No lo sé, lo trajo el mensajero pero no dijo nada más de que eran para ti —sonrió.

—Gracias —volví a mi oficina.

No podía ser otro que Tiago, pero ¿por qué? Si sabía que yo no quería mezclar nada... ¿Cómo se atrevía?

Me dieron ganas de ponerle un mensaje, pero como nunca lo había hecho, no lo iba a hacer ahora.

Tiré una foto y la subí al Facebook, al final me iba a aficionar a exponer mi vida, así que añadí un texto.

“Todo aquello que no se entiende pero que pellizca el corazón.”

Hala, ni yo me entendí bien, pero eso era lo que puse, un rato después él le había dado un like a la publicación.

Me puse a trabajar como loca, ni pensar quería, aquello me estaba superando y yo sentía que tenía ganas de él, pero me daba miedo, mucho miedo.

Cuando salí fui directa a casa de mis padres, me esperaban con una deliciosa pasta sobre la mesa y mi hermano estaba muy feliz de verme, no paraba de contarme entusiasmado las brillantes notas que había sacado y los

planes de disfrutar que tenía para el verano, en la urbanización con sus amiguitos.

El martes cuando llegué al trabajo tenía otro ramo de flores sobre la mesa, puse los ojos en blanco y sonreí, lo coloqué en la ventana, junto al otro.

Foto al Facebook y comentario.

“Uno más uno, son dos.”

Tontería a lo grande, pero es como me sentía, como una niña tonta a la merced de un hombre que la había conquistado de una forma brutal. ¿Por qué no me llamaba? Ni una nota, ni un mensaje, nada de nada.

Miércoles, otro ramo, a la ventana y al Facebook, así también el jueves, pero el viernes no, no hubo ramo y eso me puso triste. ¿Pasaría ya de mí? ¿Habría encontrado otro capricho?

Me pasé la mañana nerviosa, triste, mirando el móvil, con una sensación rara de que me faltaba algo, con la sensación de que necesitaba una señal de Tiago, por muy tonta que fuera, por muy poca, pero una señal que me devolviera la alegría a mi cara, una señal que me hiciera sentir que no me había olvidado.

Salí del trabajo con la misma sensación de tristeza que había tenido durante toda la mañana. Por más tonto que pareciera, estar sin saber nada de él me ponía en ese estado. Fui a abrir la puerta del portal de mi edificio cuando una voz me paró. Temblé al oírlo y suspiré de alivio, notando cómo la ansiedad de la que había sido presa desaparecía por completo.

— Hola, Abigail...

Me giré y lo miré intentando que no notara todo lo que estaba sintiendo por dentro, era como una mezcla de alivio y de ganas de asesinarlo por aparecer y desaparecer de esa manera.

— Estás vivo... —dije con ironía, adiós a mi intento de mantenerme calmada.

Me miró con las cejas enarcadas y sonrió. Yo apreté mis labios, evitando poner una sonrisa tonta en mi cara porque joder, estaba más guapo que nunca, o el alivio de volver a verlo y saber de él me hacía verlo así.

Eso y que estaba más que pillada por él...

— Claro que estoy vivo y vine a buscarte.

— Ya veo...

— ¿Qué tal la semana? —se acercó a mí y se paró bastante cerca de mi cuerpo.

— Bien, ¿y la tuya?

— Liado con el trabajo.

— Entiendo...

— Pero pensando en ti.

— Aja... —dije como la que no me lo creía, pero en el fondo, mi yo estaba dando triples saltos mortales al escuchar eso de la boca de ese hombre.

Seguía sonriendo con picardía, alargó la mano, la puso sobre mi nuca y acercó mi cabeza a la suya hasta que nuestros labios estuvieron unidos y me dio un beso que me dejó sin respiración. Al terminar, lo miré como tonta, ya no había rastro de mi cabreo por ningún lado. Puse mentalmente los ojos en blanco, era demasiado fácil para él cambiarme el humor.

— ¿Qué haces aquí? —pregunté.

— Vine a por ti. Haz la maleta para el fin de semana, no tardes mucho.

— Espera —me reí—. ¿Piensas aparecer todos los fines de semana y hacerme preparar la maleta? —porque parecía eso.

— ¿Quién sabe? —se encogió de hombros, divertido—Este sí, así que no tardes mucho, tengo ganas de llegar y ponerme cómodo —me guiñó el ojo.



— ¿Pero dónde vamos?

— A mi casa, ya sabes que allí podemos estar tranquilos.

— ¿Y tú haces los planes sin preguntar si yo puedo?

— Abigail... No tardes. Te espero en el coche.

Se giró, dándome la espalda cuando soltó esa orden encubierta. Que en realidad, de encubierta tenía poco. Y yo, quizás, tendría que oponerme un poco más, pero después de tantos días sin verlo, no iba a poner ninguna pega a pasar el fin de semana de nuevo con él, además era en esa casa que tanto me había gustado.

Entré en casa y preparé una bolsa de viaje rápidamente. Ni siquiera me detuve a mirar en qué metía y en qué no, yo lo único que quería era montarme en ese coche y ver qué era lo que nos deparaba las próximas cuarenta y ocho horas juntos en su casa. Sexo..., pensé con una sonrisa tonta.

Me cambié de ropa y me puse algo más cómodo. Con todo listo, bajé. Él estaba apoyado en la puerta del copiloto, la abrió al verme y tras dejarme sentarme y cerrarme la puerta, fue hacia el otro lado, entró en el vehículo y arrancó con rumbo a nuestro destino.

— ¿Una semana muy ocupada? —pregunté cuando llevábamos un rato en silencio en el coche, solo con la música de la radio de fondo.

— No te lo puedes ni imaginar...

La verdad era que sí podía hacerlo. Debía de ser un caos su vida laboral, entendía de más cómo es que apenas tenía tiempo para otra cosa que no fuera trabajo. Aunque claro, también es que él era un poco extraño, seguro que algo obsesivo con el tema, eso también me lo imaginaba.

— Bueno, un poco sí que puedo. Si para mí es estresante y soy una simple empleada, puedo imaginar lo que tiene que ser para el dueño.

— La gente piensa que por ser el dueño tienes a todo el mundo trabajando por ti y nada más lejos de la realidad.

— Hombre, supongo que no, pero siempre puedes delegar y no tienes que dar explicaciones a nadie —me encogí de hombros—. Tendrá sus ventajas y desventajas, como todo en esta vida.

— ¿Y qué ventajas tienes tú?

Por el modo en el que me hizo la pregunta, supe que no se estaba refiriendo a nada relacionado con el trabajo. Así que como yo tenía más cara que espalda y lo de achicarse ya le había demostrado que no iba conmigo, iba a darle una respuesta acorde a lo que él estaba esperando escuchar.

— Pues ventajas muchas... Una mujer como yo no es fácil de encontrar.

Miré al lado y vi cómo sonreía. Esperaba algo así y yo no lo había decepcionado.

— Créeme, eso lo sé bien —al final estalló en una carcajada.

— Uy, espero que para bien —dije haciéndome la ofendida.

— Para bien o para mal... Eso es algo que aún tengo que descubrir —dijo bromeando.

Le di en su hombro, como si su respuesta me hubiera sentado mal, pero terminé riéndome también. Y eso eliminó la mayoría de la tensión que aún quedaba en mi cuerpo.

Desde ahí, el camino se hizo más ameno. Aunque no me contó en qué había estado liado esa semana ni nada que tuviera que ver con su vida, permanecía igual de hermético, y yo preferí no insistir. Pero ya estábamos los dos más relajados, o al menos yo, porque dudaba que ese hombre hubiera estado tenso o nervioso en algún momento. Ya lo estaba yo siempre por los dos, pensé.

Le di un poco de volumen a la radio y me centré en la música cuando nos quedamos en silencio. Miré por la ventanilla y disfruté del paisaje que nos ofrecía cada lugar por donde pasábamos y, cuando pude darme cuenta, ya

estábamos llegando al lugar donde ya habíamos compartido algunas cosas antes, a esa casa que, sin querer, en solo unas horas allí se había convertido en mi lugar favorito del mundo.

Y eso era así porque era él quien estaba conmigo.

Ese hombre que había aparecido en mi vida y del que me había enamorado sin darme cuenta.

Estaba más que loca, eso seguro.

Deshice la pequeña bolsa de viaje que llevaba y me acerqué al salón, donde él ya nos tenía servida una copa de vino para cada uno.

— Tengo que darte las gracias... —le dije al coger la copa y tomar asiento en el sofá, donde se sentó a mi lado.

— ¿Por una copa de vino? —bromeó.

— Bueno, el vino está bueno —reí al beber un poco—. Pero no por eso, las gracias por las flores. Me encantaron. Todas.

— ¿Flores? ¿Qué flores? —preguntó extrañado y yo no sabía si es que fingía muy bien o...

— Pues las flores que me has enviado estos días —dije sonrojada por tener que explicar lo obvio.

— Yo no te envié flores —estaba muy serio y vi en su mirada que ni el comentario de que me habían mandado flores le había sentado muy bien y que, además, estaba más que sorprendido, así que ¿él no había sido? —¿Te han enviado flores?

— Bueno, sí. Pensé que eras tú y... —me callé y seguí bebiendo, mi mente intentando pensar en si no había sido él, ¿entonces quién?

— Aja...

— ¿Aja?

— No he sido yo, Abigail —dijo con la mandíbula apretada.

— Ah...

— ¿Un admirador?

— O una broma —me encogí de hombros, intentando restarle importancia.

— Ya veo...

Se quedó callado y bebió de su copa. Mierda, yo estaba más que segura de que había sido él. En mi vida no había nadie que pudiera regalarme algo así y no solo una vez. Pero al ver lo tenso que se había quedado, sonreí mentalmente por la satisfacción de pensar que... ¿Celoso?

Gracias a Dios, en ese momento el timbre nos salvó de seguir hablando del tema.

— ¿Esperas a alguien? —pregunté extrañada.

Él sonrió de nuevo, dejó su copa en la mesa y se levantó a abrir. Y yo me levanté rápidamente al escuchar la voz de mi amiga.

— Emmy. ¿Qué haces aquí? —pregunté riendo al verla entrar, dejé mi copa, me levanté y fui rápidamente a saludar a mi amiga.

— ¡Sorpresa! —gritó ella y me abrazó.

— Y tanto que es una sorpresa —reí.

— Venimos a pasar el fin de semana con vosotros, Tiago nos invitó.

— ¿Y ahora me lo dices? —pregunté con la boca abierta.

— Bueno, tenía que ser una sorpresa —me sacó la lengua.

— Sí, ya estoy viendo que se te da muy bien guardarme secretos —dije como enfadada, pero al ver su cara de angelito, me tuve que reír. La pobre parecía que nunca había roto un plato, aunque yo la conocía bastante bien para saber que de angelito tenía más bien poco, un demonio pícaro era.

— Saúl... —me acerqué a él y lo saludé.

Tiago fue por dos copas más y las llenó de vino, nos sentamos y tomamos un poco mientras Emmy me contaba que llevaba toda la semana

sabiendo lo de ese fin de semana y yo negaba con la cabeza por lo fácil que le era no contarme las cosas y la ponía de mala amiga.

Una vez descansados y con el vino ya en nuestros cuerpos, Saúl, quien ya conocía la casa de más, se fue con Emmy hacia el dormitorio que iban a compartir. Tiago se acercó a mí y casi haciendo que me tumbara de espaldas en el sofá, con su cuerpo encima del mío, me besó.

— ¿Te gustó la sorpresa? —preguntó sobre mis labios.

— Uhum... —dejé que me besara de nuevo—Gracias.

— Bueno, por esto sí te dejo dárme las —rio.

Puse los ojos en blanco, en ese momento lo que menos me apetecía pensar era en quién me había estado enviando flores si él no había sido.

— No se te ve muy contenta —dijo escudriñando mi cara.

— Pues ves mal... —esa vez fui yo quien lo besó, elevando la temperatura de nuestros cuerpos—Es solo que me ilusioné en tenerte solo para mí.

— ¿Y crees que no seré solo para ti? —preguntó seductoramente.

Su mano bajó por mi pierna, rozando mi zona íntima, lo cual me hizo gemir.

Me olvidé en segundos de que no estábamos solos, mi cuerpo necesitaba a ese hombre. De repente, él se levantó y fui a protestar cuando me tendió la mano.

— Vamos al dormitorio —ordenó.

— Pero... —fui a decirle lo obvio, “no estamos solos”.

Él negó rápidamente con la cabeza, haciéndome callar en el instante.

— Tenemos todo el día de mañana para estar con ellos, así que vamos a la cama.

— No es de buena educación —reí, pero agarré su mano y lo dejé ayudarme a levantarme de allí.

— Tampoco la tienen ellos, ¿o piensas que Saúl va a dejar que ella salga de ese cuarto en las próximas horas? —rio.

— Vaya... Parece que conocéis muy bien las costumbres del otro — dije con ironía.

— No vayas por ahí —negó con la cabeza, me pegó a su cuerpo y me besó—. Te voy a enseñar a no pensar, imaginar y dar por hecho tanto.

— ¿Y eso cómo lo vas a hacer? —terminé la pregunta gimiendo, había agarrado mi trasero y me había pegado a su cuerpo, haciéndome notar su erección en mi entrepierna.

— No dejándote pensar —dijo con voz ronca y volvió a besarme.

Y segundos después yo, lo que menos hacía, era pensar en nada que no fuera en cada sensación que sentía con su cuerpo desnudo encima del mío. Temblaba con cada roce, con cada beso de sus labios en cualquier lugar de mi cuerpo, con cada momento en que entraba y salía de mí mientras sus manos me acariciaban con destreza y con tranquilidad, como si quisiera aprenderse de memoria el tacto de mi cuerpo. Lo mismo que yo estaba haciendo con el suyo mientras ambos moríamos de placer.

El sábado, tras el desayuno y con la sonrisa que todos teníamos en los labios, señal de que habíamos disfrutado de una buena noche de sexo, Emmy y yo salimos al jardín. Con una taza de té en las manos, nos sentamos en un par de sillones que había en un apartado, un lugar que estaba segura de que iba a convertirse en uno de mis favoritos si volvía a ir por aquel lugar.

Se veía toda la casa, toda la extensión de terreno y se respiraba una paz y una tranquilidad impresionante.

— Veo que te está yendo muy bien con Saúl —miré a mi amiga.

— Ay, Abi, creo que me he enamorado de ese hombre —suspiró, pesarosa.

— ¿Crees? —reí.

— Joder, es que es pronto, después de lo de Julio...

— No, no es pronto. Si te ha pasado, es porque era tu momento.

— Sí, supongo que sí. Solo es que me da miedo a veces.

La entendía, por más descarada que fuera, el miedo a volver a sufrir era algo que debía de llevar dentro y pasarlo ella sola y no tenía que ser fácil.

— Con los miedos tenemos que vivir, Emmy, pero se superan.

— ¿Y si no?

— Si no... Pues se aprende a convivir con ellos.

— ¿Tú no tienes miedo?

Pensé en la pregunta y suspiré.

— Claro que lo tengo, eso no se puede evitar —dije sinceramente.

Sí, lo tenía y mucho más de lo que yo misma quería reconocer. Él era el dueño de la empresa donde trabajaba, apenas nos conocíamos y yo ya me había quedado más que loca de amor por él. Y ese hombre era más que un misterio. No sabía qué hacíamos ni qué sería de nosotros, si es que llegábamos a ser algo. Tenía, seguramente, muchos más miedos que mi amiga, porque además se me sumaba el miedo a sufrir una decepción tan grande como la que ella había vivido y yo sí que no tenía referentes para poder superarla. Al menos ella sabía lo que dolía, tenía experiencia..., pensé, en un intento ¿de qué? Quizás de reconocirme a mí misma que estaba más que asustada con todo lo que estaba pasando tan rápidamente con Tiago.

En eso miré al frente y lo vi, apoyado en la puerta de la casa, hablando por el móvil y mirándome a mí. Entonces todos esos miedos se fueron, ocupados por los nervios de sentir su mirada penetrante sobre mí, haciéndome temblar sin tocarme.

Me aguanté de gemir cuando los recuerdos de la noche anterior tomaron

mi mente y salí de mi ensoñación particular cuando escuché la risita de mi amiga.

— Pues sí, es normal que tengas miedo —empezó a reírse a carcajadas, como si hubiera adivinado lo que se me había pasado por la mente. Y la verdad es que no era muy difícil de conocer qué era lo que yo estaba pensando, así que... Sin poderlo evitar, me reí con ella. Las dos, a carcajadas y con las lágrimas saltadas por poder leernos la mente la una a la otra de esa forma.

Entre risas, así estuvimos todo el día. Y con Emmy no era para menos. Mediodía, los chicos... No, la verdad es que vamos a empezar por el principio. Los chicos iban a preparar la barbacoa, ya sabéis, por eso de “son cosas de hombres”. Tenían la carne preparada en bandejas, la sal... Todo lo necesario. Yo solo veía y pensaba en comerme todo aquello, así que no estaba pendiente a lo que era cocinarla en sí.

— No, esperad —esa fue la frase dicha por Emmy que lio la del siglo.

Tiago y Saúl se quedaron con las bandejas de carne en las manos, se dieron la vuelta y miraron a mi amiga ante de salir por la puerta hacia el jardín donde la barbacoa estaba más que lista para poner esas riquísimas piezas de carne a hacerse.

— ¿Qué? —preguntó Tiago. Saúl nos miró, a ella y a mí porque me metió en el lote.

— Nosotras lo haremos —dijo ella.

— ¿Haréis qué? —preguntó Saúl esa vez.

— La barbacoa —Emmy puso los ojos en blanco, como si fuera más que evidente. Y yo dejé de rezar, porque había estado pidiendo silenciosamente que no fuera eso, ¿para qué complicarnos? Con poner la mesa teníamos más que suficiente.



— Bien... Si sabéis hacerlo... —Tiago se encogió de hombros. Le hice señas con la mirada para que se negara, pero pasó de mí. Y no es que no supiera hacerlo... A ver, que nunca lo había hecho, ¿pero tan difícil no tenía que ser, no? Pero la verdad es que prefería quedarme repartiendo en los platos la cantidad de comida que había allí y preparando en sí la mesa que liarme con el fuego de una barbacoa.

— Claro que sabemos, me crie en un pueblo —resopló mi amiga.

— Vale —dijo Saúl, se acercó a ella y le dio su bandeja, Tiago hizo lo propio, dándome la suya.

— Vosotros podéis... —señaló a la encimera donde estaba todo fuera—Cortar la empanada, preparar el queso... En fin, que ya sabéis.

Y tan pancha, mi amiga salió, los chicos se pusieron manos a la obra y yo, tras poner los ojos en blanco, la seguí.

Y en maldita hora lo hice...

— ¡Fuego!

El grito salió de mi garganta un momento después y sonó desgarrador. No me había dado tiempo a terminar de gritar la palabra cuando Tiago apareció con un extintor y roció toda la barbacoa, con la mitad de la carne dentro, con esa espuma...

Saúl nos había separado del lugar, habían aparecido como si fueran dos bomberos dispuestos a salvar a las bellas doncellas y yo, cuando por fin pude mirar el desastre de la carne cubierta de espuma, los dos chicos cogiendo aire y aún en alerta y mi amiga con la cara descompuesta... Cogí aire y, sin poder evitarlo, empecé a reírme a carcajadas, acabé en el suelo, doblada de la risa y limpiándome las lágrimas que salían de mis ojos.

— ¡¿Pero qué mierda ha pasado?! —gritó Saúl, ¿ya más calmado?

— Nada... Fuego —dije entre risas. A mí se unió Emmy. Miramos a esos dos y los vimos delante de nosotras, con los brazos cruzados y con ganas de querer matarnos, pero yo es que no podía parar de reír.

— Fue... Una chuleta —rio Emmy.

— El ataque de la chuleta —me iba a dar algo si seguía riendo así.

— El ataque de una chuleta... —repitió Tiago.

— Sí —dije como pude—. No sé qué hizo, tiró una chuleta al fuego y eso soltó una llama...

— ¿Tiró? —preguntó Saúl—Las cosas no se tiran a la barbacoa, ni al fuego, se pone en... —miró y señaló hacia el lugar cubierto de espuma, pero resopló al ver que la rejilla donde se ponía la carne seguía a un lado en el césped—¿Y tú eres la que habías hecho barbacoa antes?

Emmy no contestó, ni siquiera se avergonzó. Ella solo no podía parar de reír.

— Sí, en su pueblo —dije yo descojonada de la risa, llorando y sin poder dejar de mirar el desastre que se había formado con la primera chuleta.

Al final del susto, los chicos no tuvieron más remedio que unirse a nuestras risas.

— ¿Y si mejor dejamos la carne para otro día? —dijo Emmy sonando como un angelito cuando, por fin, pudo dejar de reír.

— Mejor, sí... —suspiró Tiago, invitándonos a sentarnos a la mesa y a que, mejor, nos quedáramos quietecitas.

Y así nos tuvieron durante el almuerzo y hasta la hora de la cena, controladas en todo momento para que no volviéramos a liarla.

— Pero que me meo —resopló mi amiga cuando, por la noche,

mientras ellos cocinaban la cena, seguían controlándonos.

— Un segundo que voy contigo —dijo Saúl.

— No, no vas a venir conmigo a mear, ni en broma —resopló de nuevo.

— Sí que lo haré, no me fío de ti.

— Que solo fue una chuleta, no seas exagerado.

— Uhum... Que te esperes...

Pero Emmy ya corría hacia el baño y Saúl tuvo que seguirla, dejando de lado la comida. Y a mí volvió a entrarme la risa floja.

— De esta no nos invitas más a tu casa —dije mirando a Tiago.

Me miró y se acercó a mí. Abrí el frigorífico, cogí una lata de refresco y al cerrar la puerta, ya lo tenía sobre mi cuerpo.

— A ellos puede que no. ¿A ti...? Depende —me besó en el cuello y me hizo gemir.

— Oh... ¿Y de qué depende?

— De cómo te portes esta noche. De eso depende que te perdone.

— ¿Esta noche? —gemí al notar sus manos por mi cuerpo.

— Esta noche... En mi cama... Tu cuerpo desnudo...

— No veo la hora de demostrarte que puedo ser buena —dije entre gemidos.

— ¿Buena en la cama? De eso no tengo dudas —dijo roncamente en mi oído.

No, me refería a buena de ser un angelito, pero un angelito de verdad, no como lo era Emmy. Pero mi amiga y su chico volvieron, Tiago se separó de mí sin que pudiera explicarle. Y para el caso, ¿a quién le importaba?

A mí ya, en ese momento, lo único que me interesaba era en tener su cuerpo desnudo sobre el mío.

Lo demás... Lo demás me estaba sobrando ya.

Al final, la cena se alargó, las risas estuvieron en todo momento porque con Emmy era lo lógico. Tenía cada cosa...

Cuando nos fuimos a dormir, ya era bastante entrada la madrugada. Al día siguiente nos levantaríamos pronto para volver a casa, así que no íbamos a dormir mucho.

— ¿Adónde vas?

Tiago me paró cuando fui a coger el pijama para entrar en el baño y ponérmelo.

— A ponerme el pijama...

— ¿El pijama? No creo que te haga falta...

Metió las manos por dentro de mi camisa y acarició mi espalda. Me hizo retroceder hasta que mis piernas chocaron con la cama.

Y ya, como siempre me pasaba con él cuando tenía sus labios devorando los míos, todo se me fue de la mente. Todo lo que no fuera sentirlo. Tocar. Besar... Y temblar con sus manos por mi piel mientras me despojaba de cada prenda de ropa y me tumbaba en la cama mientras él se desnudaba para mí.

Era más que erótico ver cómo las prendas desaparecían y dejaba ante mi vista su perfecto cuerpo desnudo. Un cuerpo que no tardó mucho en estar sobre el mío, haciendo que un escalofrío me recorriera por sentir su piel y un gemido saliera de mi garganta cuando su miembro rozaba mi clítoris.

— Despacio, no tengas prisa —dejó de besarme y me agarró por la cintura para que dejara de moverla, era mi forma de pedirle que lo necesitaba dentro ya.

— No quiero esperar...

— Pero lo harás, porque yo quiero disfrutarte con tiempo.

Y lo hizo. Me tocó, me acarició y me besó cada rincón de mi cuerpo. Su lengua me lamía y yo no podía dejar de temblar, deseando sentirlo por

completo.

Pero él parecía no tener prisa. Me hizo darme la vuelta, girarme y jugó con mi espalda. Con mi trasero...

— Tiago...

— Shhh... Tranquila.

Se quitó de encima de mí y me hizo ponerme a cuatro patas.

— Así quiero tenerte hoy —dijo con voz ronca, colocándose entre mis piernas y acariciando mi trasero con sus manos.

— Como quieras, pero ya...

— ¿Ya? —preguntó con voz ronca pero en tono divertido.

— Por favor...

Acabé la súplica ahogadamente. Entró en mí de una embestida y yo me quise morir del placer. Lo sentía por completo.

— Quiero tocarte —no había dejado de moverse, el orgasmo iba a llegar y yo necesitaba tocarlo.

No tuve que decírselo dos veces. Salió de mí, me tumbó boca arriba, con su cuerpo encima del mío y volvió a penetrarme mientras me besaba sin parar. Sin dejarme respirar. Besando, mordiendo... Haciéndome sentir como nunca lo había hecho.

Acabé gritando cuando el orgasmo se adueñó de mi cuerpo. El suyo cayó sobre mí cuando terminó y nuestras respiraciones intentaban normalizarse.

— La próxima vez te quiero a mi merced —me besó el cuello y se tumbó a mi lado.

— ¿A tu merced?

Sí. Te quiero por horas. Hoy nos teníamos demasiadas ganas, pero quiero disfrutar bien de tu cuerpo.

¿La próxima vez? —pregunté. Eso significaba que volveríamos a

vernos entonces, ¿no?

Descansa, preciosa, en un rato hay que levantarse —me besó, ignoró mi pregunta y nos acomodó a ambos para dormir.

Y yo cerré los ojos con una sonrisa en los labios.

Sí, aunque no me lo hubiera dicho directamente, eso significaba que habría una próxima vez.

Y con la misma sonrisa me desperté a la mañana siguiente. Un café rápido, una ducha y nos marchamos de aquel lugar que, cada vez, me gustaba más.

Fui en silencio y Tiago tampoco habló mucho, pero esa manera encubierta que había tenido de decirme que habría una próxima vez, me sirvió para que el momento de despedirme de él en la puerta de mi casa no fuera tan amargo como imaginé, en todo momento, que iba a ser.

Esa noche, ya en mi cama, reviví cada momento de ese fin de semana con la misma sonrisa en los labios.

Tiago no me había prometido en realidad volver a vernos, no me había asegurado nada... Quizás solo había metido la pata con ese comentario...

Las dudas comenzaron a asaltarme, pero decidí dejar de pensar. Ya los próximos días me aclararían si volvería a verlo o no.

Y yo iba a confiar en que eso sí iba a pasar.

## Capítulo 9



Lunes, vuelta al trabajo. Vuelta a la rutina.

Lunes... Volvía a recibir un ramo de flores en la oficina.

Puse los ojos en blanco y, sin pensármelo, le escribí un mensaje a Tiago.

“¿De verdad que no son tuyas?”, pregunté tras ponerle una foto de las flores.

Su respuesta no se hizo esperar.

“No, no te envié eso. Pero ten por seguro que averiguaré quién es...”

Me quedé sin saber qué contestarle y decidí centrarme en mi trabajo para no ponerme a pensar de más. Si él no era, ¿Quién?

El día lo tuve complicado, así que pude mantener mi mente ocupada. Por la noche, ya en casa, la decepción se adueñó de mí.

Lunes... Ninguna noticia más del hombre del que me había enamorado. Ni un mensaje más. Volvía a mantenerse callado. ¿Hasta cuándo?, me pregunté antes de cerrar los ojos.

El martes comencé fatal. Ese día no solo recibí otro ramo de flores, sino que, además, esa vez venía con un sobre. Lo abrí y me quedé en blanco cuando de él cayó un anillo. No podía ser. Con él entre mis dedos, leí lo que tenía grabado: “Te amaré por siempre”.

Mi primera reacción fue coger el móvil y preguntarle si eso tampoco era suyo, pero respiré y conseguí no hacerlo. Tenía que ser de él y no entendía por qué me lo estaba negando.

Un poco enfadada, eso sí, el anillo era precioso, así que me lo coloqué y me centré en mi trabajo. Porque estaba segura de que ese día tampoco iba a

tener noticias de él.

Como no las tuve en toda la semana...

El jueves me acerqué al salir del trabajo por casa de mis padres. Mi padre había salido con unos amigos y mi madre estaba allí, cosiendo mientras mi hermano Abel veía la televisión.

Ver la cara de felicidad de él al verme era lo que necesitaba para alegrarme un poco ante la nueva desaparición del hombre que me iba a volver loca.

Jugamos al Spyro, nos peleamos y reímos porque me ganó y mientras él se iba a estudiar un rato ante la insistencia de mi madre, me quedé con ella tomando un café. Me encantaban esos momentos que pasaba así, contándole mis cosas y por la cara con la que me miraba sabía que no iba a tardar en preguntarme qué era lo que me pasaba. Como ella decía, me había parido. Me conocía demasiado bien.

— ¿Y bien? —preguntó, dándome la razón.

— Nada...

— Abigail... —puso los ojos en blanco—¿Quién es él?

— ¿Cómo puedes saber que hay un él?

— Porque te parí...

— Entiendo... —reí—Es mi jefe, el dueño de la empresa donde trabajo —se lo solté así, como una bomba y la vi pestañear sin poder creérselo.

— ¿Tu jefe?

— No es nada serio, mamá. Solo nos conocimos, no sabía que era mi jefe ni él que lo era... Y pasó y ya. Pero nada serio.

— Hija, los jefes no se lían con las empleadas.

— Mamá...

— Te lo digo en serio. Un hombre así, dueño de una empresa así...



Lo siento, cariño, pero no me da buena espina. Algo hay...

— ¿Algo de qué?

— No sé. ¿Está casado? ¿Es eso y no me lo quieres decir?

— No. No está casado. Soltero. Pero que no es serio.

— ¿Y has corroborado que...?

— Mamá —puse los ojos en blanco, no haré de espía.

— Pues deberías, hija. Porque un hombre así... Lo siento, pero no se lía con una empleada sin tener una doble vida.

Y con esa frase, lo único que consiguió es que lo que me quedara de semana, y además sin noticias de Tiago, me hiciera sentir aún peor.

Pero a veces pensaba que mi madre tenía razón, ¿no? Un hombre así...

O quizás sí era posible, ¿por qué no? Era joven, soltero. ¿Por qué no fijarse en mí?

Casi no había podido dormir esa noche pensando en eso. El viernes en el trabajo seguía y seguía dándole vueltas a lo mismo y en el camino a casa...

A la mierda, pensé, porque me iba a volver más que loca.

— ¿La maleta lista?

Me sobresalté, cómo no, al oír esa voz. No me dio tiempo a meter la llave en la cerradura del portal, me giré y ahí estaba el desaparecido que iba a hacer que perdiera la cabeza.

— No me lo puedo creer... —dije—Vas a volverme loca —puse los ojos en blanco.

— Sube. La maleta —dijo después de acercarse a mí y darme un beso que me supo a gloria.

— ¿Esto se va a convertir en costumbre? —le pregunté de nuevo.

— ¿Quién sabe?

— ¿Vamos a tu casa?

— No... Prepara una buena maleta.

— ¿Pero dónde vamos?

— Cogemos un avión, solo te digo eso, no tardes.

Entré en el portal refunfuñando, me iba a quedar para el psiquiátrico con ese hombre y sus desapariciones y apariciones. Pero al final bajé con mi maleta hecha y una sonrisa en la cara que mantuve hasta llegar al aeropuerto.

— ¿París? —pregunté cuando vi el vuelo en la puerta de embarque.

— Nos espera un fin de semana especial —me guiñó el ojo, me puso su brazo sobre los hombros y me besó, haciéndome caminar para embarcar en un vuelo que nos llevaría, como él decía, a un fin de semana especial. ¿Cómo no serlo en la ciudad del amor?

Nunca había estado en París, era uno de los destinos que tenía pendiente. Así que cuando pisé suelo francés, no pude creérmelo. Iba como si fuera una niña pequeña, sentada en el coche que nos había recogido a la salida del aeropuerto galo y mirando todo por el camino. Llegamos al hotel y la verdad era que ni tiempo tuve a impresionarme por lo lujoso del lugar, yo solo quería salir de allí, de aquella habitación y conocer esa ciudad tan especial.

Claro que era ya casi de noche, así que poco pudimos hacer.

Eso sí, estrenar esa habitación después de la cena haciendo el amor con el hombre que amaba, era más que suficiente para mí.

El sábado nos levantamos temprano. Teníamos mucho que conocer y muy poco tiempo ya que el domingo volvíamos por la mañana a España.

— Siento que el viaje sea tan relámpago, no te dará tiempo a verlo todo.

— No me importa, estar contigo ya es más que suficiente —le dije, sin poder ocultar mis sentimientos.

Cogió mi cara entre sus manos y me besó.

— ¿Entonces lista para un tour rápido por la ciudad de la moda?

— Lista para lo que quieras enseñarme —le guiñé el ojo.

Y empezó el día más especial de mi vida hasta entonces. Notre—Dame, El Arco del Triunfo y los Campos Elíseos...

Todo, todo lo que veía me fascinaba.

Nada de compras. Ni una tienda, ni un momento de relax. Ni siquiera paramos para comer, yo no quería perder el poco tiempo que nos quedaba allí.

— Y ahí está... —dijo señalando a la joya de la corona.

— Dios mío... —miré a la Torre Eiffel con la boca abierta, era más que perfecta—Sé que es tarde —había anochecido, el día se había ido sin que me diera cuenta—. Pero por favor, dime que podemos subir.

Tiago sonrió, agarró mi mano y tiró de mí. Llegamos a la taquilla e hizo una llamada de teléfono. Hablando en francés, lo siguiente fue que un seguridad nos buscara y nos dejara entrar.

— ¿Tienes enchufe? —pregunté.

Él me sacó la lengua y tiró de mi mano de nuevo. Cuando llegamos arriba y me asomé a mirar... Los ojos como platos y la boca abierta ante la visión más hermosa que había tenido en mi vida.

París.

Todo París. Iluminado. Vivo. París en su esplendor.

— Es precioso... —suspiré.

Tiago se acercó por mi espalda, me abrazó por detrás y habló en mi oído.

— Sí que lo es...

Me giré entre sus brazos y lo miré.

— Gracias —dije emocionada—. No olvidaré este viaje nunca.

— Espero que nunca olvides nada de lo que hemos vivido juntos.

— Te aseguro que no lo haré...

Me jugaba el cuello, no podría olvidarlo jamás. Me besó y allí, en lo alto de la Torre Eiffel, me sentí con el derecho a poder soñar que quizás lo nuestro podría ser algún día algo. Porque... Yo no quería ni imaginar que ese hombre que había robado mi corazón no era, definitivamente, el hombre de mi vida.

Nos besamos y nos quedamos en silencio, abrazados, mirando la inmensidad de la capital de la antigua Franquia.

Esa noche en la habitación, abrazaba al hombre que tanto me hacía sentir, suspiré pensando en que eso ya se había terminado.

— ¿Estás bien? —preguntó besando mi cabeza.

— Sí...

En ese momento sonó su móvil. Fruncí el ceño. Un poco tarde, ¿no?

— Necesito hablar... —me hizo señas para que supiera que en privado y afirmé con la cabeza.

Se levantó, se puso el bóxer y salió al balcón. Se apoyó en la barandilla y me miró mientras hablaba.

En ese momento recordé cuando lo vi hablar en su casa, apoyado en la puerta. Me miraba de la misma manera, intensamente. Pero... Sí. Su rostro estaba igual. Serio mientras hablaba.

Suspiré. Casualidades de la vida. Su forma de responder a las llamadas suponía.

Me giré y cerré los ojos. Poco después noté que se acostaba en la cama, me abrazaba por detrás y me besaba en el cuello.

— Gracias... —susurré, más que agradecida por todo lo que había vivido en tan pocas horas.

— Duerme, preciosa. Mañana volvemos a la realidad.

Sí, se acababa el sueño. Pero se quedaría grado para siempre, a fuego, en mi memoria.



## Capítulo 10



Llegar al trabajo y comprobar que esta vez no había ramos de flores, no sabía si me entristecía o me aliviaba, aún quería creer que eran de Tiago, seguía negándomelo y no me preguntó por el anillo que llevaba puesto desde el día que lo recibí.

Saludé desde mi despacho a Emmy, que estaba en el suyo hablando por teléfono, estaba feliz por ella, su conducta depresiva cambió desde aquella noche que conoció a Saúl, por no decir un rato antes cuando apareció por mi casa.

Una niña de unos siete años corría por los pasillos de esa planta, yo la miraba y le sacaba la lengua, ella se reía.

Se paró delante de mi puerta.

—Hola —dijo sonriendo.

—Hola, preciosa —sonreí sorprendida devolviéndole la sonrisa.

—¿Trabajas aquí?

—Creo que sí —puse los ojos sorprendida.

—Mi mamá se va a hacer una oficina aquí.

—¿Una oficina aquí? ¿Tu mamá?

—Sí, quiere trabajar, le va a dar una sorpresa a mi papá cuando tenga montada la oficina, está hablando con los que la van a preparar para decirle cómo la quiere, allí al fondo están.

Me quedé sorprendida, esa oficina era para algo por parte de dirección.

—¿Pero tu mamá es de la plantilla? —tenía curiosidad por saber si

habían ascendido a alguien.

—Nunca quiso trabajar, pero ahora sí, mi papá es el dueño.

—¿Tu papá el dueño de qué, cariño?

—De esto —levantó los brazos.

—¿Quién es tu papá? —no entendía nada.

—Mi papá es el Señor Caruso.

En ese momento sentí que me iba a desmayar, no me podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Eres hija de Tiago?

—Sí, lo que pasa que hemos estado viviendo en Londres, pero cuando he terminado ya el cole nos hemos vuelto para Vigo para estar con papá, así que mi mamá ha decidido que quiere tener una oficina y trabajar.

—¿Así que tu mamá es la mujer del Señor Caruso? —pregunté para que me quedara claro que aparte de una hija que me había ocultado, estaba casado.

—¡Sí! —exclamó riendo.

—Hola —dijo una mujer joven y guapa, agarrando por los hombros a la pequeña. —Soy la mamá de Coral. Bueno, a partir de Septiembre estaré por aquí, me presento, soy Jimena.

—Encantada, soy Abigail —dije sonriendo, aguantando el tipo por no comenzar a partir todo lo que tenía en la oficina.

—Estoy haciéndome el despacho del final del pasillo, Tiago no sabe nada, se lo quiero enseñar cuando esté acabado —dijo emocionada.

—Eso está genial.

—Pues un placer, nos volveremos a ver. ¿Abigail? —preguntó intentando de recordar antes de irse.

—Sí, Abigail —sonreí para ocultar mi tristeza.

Hijo de..., era un cabronazo, un perro asqueroso, un mujeriego, un tío

sin corazón ni respeto, un... ¡Lo quería matar!

Me encerré en el baño a llorar como una niña pequeña, no era justo lo que me había hecho, no era de un hombre haber engañado también a su mujer, tener una hija, una familia y me había estado llevando cada fin de semana con él, ahora entendía porque no me enseñó nunca su casa principal de Vigo, donde no podría esconder las fotos de su vida, o tapar la casa familiar que era.

Fui a decírselo a Emmy, pero antes de llegar lo pensé dos veces, no lo iba a hacer, ella se lo diría a Saúl, Saúl a Tiago y este vendría a intentar contarme una milonga, o lo que era peor, me echaría de la empresa o no sé qué otra cosa haría, pero sabiendo que no era trigo limpio, no me fiaba ni un pelo, ahora iba a jugar yo, esto no se iba a quedar así, no me daba la gana y no lo iba a permitir, ya tenía el corazón roto y estaba destrozada, ahora me tocaba devolvérsela de otra forma.

Salí a desayunar a la calle y entré a una floristería, me compré una rosa de estas preparadas de lo más bonita y la lleve al despacho.

Foto y al Facebook.

“Recibir esta rosa y que en ella te pidan una semana en el Caribe, no es para pensarlo. ¡Acepto!”

A la mierda, la primera en la boca, le pensaba dar la vida mártir, por todos lados, además estaba a una semana de coger mis primeros quince días de vacaciones, este se iba a enterar.

Eché la mañana como buenamente pude, triste, llena de rabia y dolor, cayéndome las lágrimas a borbotones, sintiéndome la tía más desgraciada del mundo, se habían reído de mí de una forma despiadada y lo que era peor, no me hacía ilusiones con un futuro a su lado, pero al menos que lo que durase hubiera sido de verdad, no con una doble vida, no con una hija, no con todo lo que había tapado sin pudor, sin pensar que le iba a hacer mucho daño a



personas, incluida su familia.

Fue un día duro, al medio día me encerré en casa y la pasé en el sofá llorando, lo hacía sin poder evitarlo, el engaño era algo que no entraba en mis planes y me sentí así, además de no tener ningún consuelo.

El martes miré el Facebook y había puesto una cara de enfado en mi estado de la rosa. ¿Será hipócrita? Le iba a dar por todos los lados, cogí unos pendientes que mi madre me regaló por reyes y no había estrenado, de oro con un diamante, le tiré una foto y al Facebook.

“No es el valor de las cosas, son los detalles con los que me enamora cada día.”

A la mierda, ahí llevaba su regalo.

La mañana fue un desastre, no podía concentrarme, estaba planeando el viernes que era mi último día de trabajo salir directamente para Dublín, así que llamé a Anaís y me dijo que por favor ni lo pensara, así que compré un billete de avión y me iría directa a ver a mi amiga.

Los siguientes días lo pasé igual de mal, no le conté nada a Emmy, ni siquiera que me iba a Irlanda, así que el viernes metí las cosas en mi coche fui a trabajar y de ahí directa al aeropuerto, pedí salir una hora antes.

Quizás, como cada fin de semana me estaría esperando en mi casa, o esta vez no, al estar su mujer en España quizás no tenía pensado escaparse conmigo, fuera lo que fuera, me daba igual, no pensaba ser un muñeco en sus manos, no iba a permitir que por muy Caruso que fuera, se permitiera el lujo de jugar conmigo.

Llegué al aeropuerto metí la maleta, pasé el control y me tiré una foto justo antes de embarcar, sin que se viera el destino, la subí a Facebook, puse un texto antes de apagar el móvil.

“Una rosa, unos pendientes y este viaje. No puedo estar más feliz.”

A joderse, señor Tiago, tenía claro que por muy cabrón que fuera, eso le

iba a joder, que no pensara que yo iba a estar llorando por las cuatro esquinas, aunque así fuera, no lo iba a saber.

Me acomodé en el avión, me puse los auriculares y rumbo a Irlanda, a ver a mi mejor amiga, Anaís, a contarle las penas y que ella me consolara, así aprovechaba para conocer un poco de aquel país, había viajado poco en mi vida y esto era una ocasión para conocer algo más.

No dejaba de venirme a la mente la imagen de Coral, esa preciosa niña que no tenía culpa de nada, también de Jimena, que no entendía cómo no se daba cuenta del marido que tenía y podía vivir tan tranquila en otro país, que quizás por eso era por lo que desaparecía de lunes a viernes, porque se iría a estar con ella a Londres entre semana, pero ahora la tenía aquí, a ver si así conseguían encauzar a Tiago, ese puñetero mujeriego que me había destrozado el corazón.

## Capítulo 11



Salí del aeropuerto y ahí estaba mi preciosa Anaís, nos abrazamos chillando como locas, como dos personas que se quieren mucho y estaban deseando volverse a encontrar.

Fuimos a su coche y por el camino le conté toda la movida, ella estaba flipando, no se lo podía creer, le dije de todo menos bonito.

Cogí su móvil y llamé a mis padres para decirles que ya estaba aquí con ella, pasaba de encender el mío, no quería saber nada del mundo, no quería tener noticias de nadie.

Llegamos a su apartamento, precioso y muy coqueto, en una calle muy céntrica. Antes de subir compramos unos Kebab, nos encantaba a las dos y ella ya tenía localizado un sitio que estaban de muerte, así que nos lo pillamos para cenar.

Esa noche charlamos como cotorras, lloré como una niña, reí como una loca, hasta quedar dormida.

Desperté el sábado y ya Anaís tenía el desayuno casi listo, le di un beso y me senté en la cocina con ella, que estaba feliz y con una sonrisa de oreja a oreja de tenerme allí, en el fondo aunque ya había conocido a gente, le faltaba ese vacío de estar lejos de los suyos.

—¡Qué pinta!

—Quiero que comas todo, así que empieza a comer tostada con todos esos patés, que no quiero que caigas mala por un capullo así.

—Que le den... —dije a punto de derrumbarme de nuevo.

—Llevo dándole un rato vueltas al tema, no sé cómo puede haber

hombres de ese tipo, con tan pocos sentimientos y tanta falta de respeto a su familia.

—Parecía diferente, te lo juro —negué con la cabeza.

—Diferente es, ¡asco de tío!

—Me he llevado un palo impresionante, te juro que no lo veía como mi futuro esposo ni nada de eso, pero creía en él, en sus sentimientos cuando estaba conmigo, no es que me dijera que me amaba ni nada de eso, pero había algo en él que me transmitía mucho.

—Un mentiroso y esos saben cómo engatusar sin tener el más mínimo remordimiento.

—Bueno, pues intentemos olvidar hoy todo y vamos a que me enseñes este precioso lugar —dije mordisqueando la tostada.

—Claro, no lo dudes, hoy nos vamos a tomar todas las cervezas del mundo, verás qué de irlandeses guapos nos topamos por el camino —me hizo un guiño.

—No, hombre no. ¡Por favor! —solté una carcajada.

—Un rollito de una noche a lo irlandés —bromeó mi amiga sacándome la lengua.

—Ni de una noche ni de un rato —puse los ojos en blanco.

—Bueno, te voy a llevar a unos pubs muy chulos y vamos a pasarlo en grande.

—Eso sí, cerveza, música, despejar la mente...

—Tirarnos a un irlandés...

—¡Anaís! —resoplé muerta de risa.

—¿¿¿Qué??? Una alegría irlandesa para el cuerpo —se encogió de hombros.

—No quiero hombres en mi vida, me voy a volver monja de clausura.

—¿Monja? ¿Por un desgraciado como Tiago?

—¡No! Por lo imbécil que soy —protesté.

—Anda, vamos a cambiarnos y perdernos por el alcohol que nos proporcione la ciudad —rio.

Un rato después estaba paseando por ese bello lugar, lleno de color, de vida, las calles estaban a reventar de personas de allí y de turistas.

Llegamos a un pub y la música era de lo más animada, lleno de gente, barriles en la calle para apoyarse, tuvimos la suerte de coger uno, lo habían acabado de dejar. Anaís entró a por dos cervezas mientras yo me aseguraba de que no nos quitaran el sitio.

—Aquí estoy —dijo poniendo dos vasos gigantes sobre la mesa.

—Wow, con un par de estos caigo en redondo —reí.

—Mira los rubitos esos de la mesa de al lado, disimula, están hablando de nosotras, ¡hemos ligado! —exclamó de forma bromista.

—No estoy para hombres —negué con la cabeza riendo, en el fondo no podía quitar de mi cabeza a Tiago, aunque intentaba disimular me causaba un dolor bastante grande.

Una cerveza, dos, tres y ya estaba yo que parecía que me habían soltado de un convento de clausura después de unos años.

Me moría del hambre y pedimos un par de hamburguesas en el local de al lado que nos comimos en el mismo barril que llevábamos toda la mañana tomando cervezas.

La música, las bromas de Anaís que me recordaban a Emmy, los chicos que no paraban de lanzarnos miradas y risas, todo perfecto si no estuviera sufriendo la decepción tan grande que me había causado Tiago.

Borracha como una cuba encendí el móvil, tenía muchas llamadas y WhatsApp de Emmy preguntándome donde estaba, le respondí a uno diciendo que de vacaciones perdida por el mundo que en unos días cuando volviera la llamaba, que no se preocupara y que necesitaba reflexionar

tranquila.

Tenía nueve llamadas de Tiago y dos mensajes preguntando que dónde estaba, lo ignoré, quise ponerle que con mi marido, pero pasé de contestarle, no se merecía ni un minuto más mío, que se jodiera.

Me puse en un frontal de piedras con la cerveza, que no pusiera en ningún lado nada que hiciera presagiar el lugar donde estaba, me tiré un selfie y lo subí al Facebook.

“Una cerveza para el cuerpo por las vacaciones que estoy teniendo.”

Hala, subido y apagado el móvil de nuevo. Eso es lo que había si quería juego yo le iba a dar todo el del mundo, pero conmigo no se iba a comunicar, no le iba a dar ni un minuto de mi vida.

De ahí terminamos en otro pub y así hasta las doce de la noche que ya no podíamos más y nos fuimos para su casa, borrachas como cubas, directas al sofá donde nos quedamos dormidas, una en cada uno, sin cambiarnos de ropa, como dos quinceañeras que lo habían dado todo en su primera salida, eso sí, no dejé que ningún tipo se nos acercara.

Por la mañana despertamos ese domingo de resaca que no podíamos con nuestras vidas, pastillas, café y sobre la hora de la comida ya volvíamos a ser personas.

Salimos a comer a un restaurante típico de allí, estaba triste y Anaís lo notaba, solo tenía ganas de llorar y de maldecir el día en que conocí a Tiago.

Pasamos el resto del día paseando, tomando una riquísima merienda en una cafetería que parecía de revista, preciosa.

Por la noche pillamos de nuevo dos kebabs y nos fuimos para el apartamento, vimos una película y dormimos pronto, aún teníamos la resaca del día anterior.

Lunes por la mañana, mi último día allí, Anaís lo había pedido libre para pasarlo conmigo, ella no estaba de vacaciones, así que salimos esta vez a

desayunar a la calle, el día era precioso, el sol resplandecía con un brillo especial, nos fuimos a pasear y de compras, llevaba regalos para mis padres, hermano y a Emmy, no sabía cuándo la volvería a ver, quería estar mis dos semanas de vacaciones desconectada, estaba pensando en regresar a Vigo y pillar en los siguientes días un avión a cualquier destino, despejarme y conocer mundo, era lo que me apetecía.

Anáis se movía de lo mejor por esa ciudad, se había habituado a ella, estaba feliz, así que se pasó todo el día enseñándome los sitios más emblemáticos.

Por la noche cenamos en casa de dos compañeras tuyas de trabajo, Anna y Elisabeth, simpáticas, vivían juntas, compartían ese piso, cosa que Anáis podría irse con ellas también, pero era más independiente.

Pasamos una velada divertida, me contaron muchas cosas que me hacían descubrir un poco sus estilos de vida, me cayeron muy bien, prometí volver en breve otro fin de semana para que saliéramos todas juntas.

Esa noche estaba muy nerviosa, no podía pegar ojo, encima tenía que madrugar, a las seis de la mañana salía mi avión.

Dos horas dormí y ya estábamos de camino al aeropuerto, ella me dejaba y se iba a trabajar, así que nos despedimos quedando en vernos pronto.

La vuelta fue de lo más idiota, todo el camino llorando, las azafatas hasta me trajeron servilletas, yo intentando controlar el llanto y más lo hacía, tenía una sensación de dolor, rabia, decepción y sobre todo me sentía humillada, eso era lo que realmente definía la sensación que soportaba.

## Capítulo 12



Llegué a Vigo y fui directa a casa de mis padres, me recibieron muy felices, mi hermano estaba loco con sus regalos, le habían encantado.

Estuve con ellos comiendo y luego por la tarde me fui para mi apartamento.

Se me caía el mundo encima, se me iba la vida con aquellas lágrimas que no podía frenar de ninguna manera y que encogía mi corazón sin piedad.

Me tiré en el sofá sin desarmar la maleta y ahí me quedé hasta la mañana siguiente.

No podía con mi vida, no podía con mi dolor, no quería estar sola, la casa se me caía encima, así que me preparé un café y me preparé para ir a dar una vuelta por el centro de Vigo, tenía que tomar el aire.

Encendí el móvil cuando iba saliendo por la puerta.

—Buenos días, Abigail —Di un sobresalto al escuchar la voz de Tiago.

—Buenos días, Señor Caruso —dije seriamente mirándolo fijamente a los ojos.

—Tenemos que hablar. ¿Me acompañas? —señaló a su coche.

—No puedo, tengo una cita —mentí.

—¿Qué clase de cita?

—No creo que sea de tu incumbencia.

—Móntate, te llevo...

—Ah no, no, estaría bonito que apareciera contigo, ya otro día si eso tomamos un café —me di la vuelta para irme pero me agarró del brazo.



—Móntate en el coche, por favor...

—No quiero.

—Te vas a montar en el coche, vamos a ir a un sitio tranquilo a tomar un café y hablar, luego te dejaré donde quieras.

—Es que no tenemos nada que hablar. ¿No lo entiendes?

—Dime que de un día para otro dejaste de sentir por mí, dímelo mirándome a los ojos.

—Y tú. ¿Me dijiste algo que fuera verdad? —pregunté muy enfadada.

—No te he mentado en nada...

—Eres un gilipollas —tiré fuertemente para que me soltara y me fui.

—Abigail...

—¡Que te den! —Le saqué el dedo mientras andaba, fue lo más bonito que me salió.

Anduve un rato por las calles, como perdida, sin rumbo, con la cabeza hecha un bombo que parecía que iba a explotar.

Un rato después mirando un escaparate otra vez me sobresalté.

—Abigail...

Pude verlo, por el cristal, detrás de mí.

—Me vas a perseguir, por lo que veo.

—Solo quiero hablar contigo, te prometo que te dejaré en paz una vez que lo hagamos.

—¿Hacer qué? ¿Un polvo de despedida?

—Abigail, por favor...

—Señor Caruso, haz el favor de dejarme en paz —dije volviéndome y mirándolo de forma intimidatoria.

—Abigail, no te voy a dejar en paz, vamos a hablar, acompáñame al coche, por favor, y vayamos a un sitio tranquilo.

—No es no y no pienso ir contigo ni a la esquina.

—¿De la noche a la mañana y estás así? Algo tuvo que pasar...

—Pasó que conocí a alguien, me enamoré y me voy a casar en Septiembre. Sé que es una locura, pero lo amo tanto... —hice gesto de manos en el corazón y frase irónica.

—Vamos —dijo echándome la mano por encima.

—Suéltame —me retiré de su lado.

—Abigail, por favor, no me lo pongas difícil.

—Hay que tener los huevos muy gordos para decirme eso... —me estaba poniendo de los nervios y al final sacaba la leona que había en mí y le daba para el pelo.

—No sé qué te pasa, pero no te voy a dejar en paz hasta que me lo digas —su tono era ya de muy enfadado, pero vamos, como si se ponía a patalear, conmigo no iba a poder.

—A ver, que te enteres, puedes tener todo el dinero del mundo, las mejores casas, los mejores coches, pero yo tengo unos valores que tú no has conocido en tu puta vida, así que si me permites... —lo aparté y me fui.

Pasé un día muy malo, llorando, me encerré en casa y empecé a sentir que se me iba la vida, lo quería, lo amaba, pero no pensaba ser la otra, no me habían criado para eso ni yo lo iba a permitir.

## Capítulo 13

No sabía si era por la cantidad de lágrimas que había derramado esos últimos días que a la mañana siguiente me desperté hasta con energía. No energía de esa de decir: venga, vamos a ponernos a correr y a bajar esas cartucheras. Primero porque yo cartucheras no tenía (o vamos a creernos que no...) y segundo porque correr no era lo mío, yo más vaga no podía ser. Conmigo era la frase de: si hay que correr se corre, pero correr para nada...

Pues ya veis. Yo es que nunca le había cogido el sentido a eso de...

Primero ni de despertarse uno temprano. ¿Qué sentido tenía? Ahí, con el frío en invierno, sudando en verano y con el humor de haber podido dormir en toda la noche por el calor. Por no hablar de las ojeras por dormir poco. Joder, no sé, el que inventó la siesta, que fue inteligente, podía haber cambiado también los hábitos de sueño.

En definitiva. Que yo era muy vaga y no iba a levantarme para correr. Pero energía tenía, así que me calcé mis deportivas, un look de gimnasio... Y me fui a comprar churros. No había mejor manera de gastar todo el exceso de energía que sentía.

Con mis auriculares por la calle y la música conectada en el móvil, iba más feliz que una perdiz. Eso sí, la caminata, a lo tonto, me la di, porque la churrería no estaba precisamente cerca...

De vuelta con mis churros, comiéndome uno (o varios) por el camino, iba ensimismada en disfrutar de ese momento que ni cuenta me di de que en el portal estaba esperándome alguien.

- ¿Qué haces aquí? —gruñí, si es que se puede decir así a protestar con la boca llena de comida.
- Buenos días, Abigail.
- Para ti no creo que sean buenos —dije cuando tragué. Saqué las llaves y me dispuse a abrir la puerta del portal para entrar e ignorarlo.
- Para mí hace días que no son buenos, sí...
- Aja... —joder, la maldita llave no entraba...
- ¿Te vas a comer todo eso sola?
- ¿Todo eso? ¿Qué quieres decir con todo eso? Son unos cuantos churros, no un todo eso como si tuviera obesidad mórbida y me comiera ¡todo eso! —adiós a mi energía y mi “buen humor” de

esa mañana... ¿Me estaba llamando gorda?

- Lo siento, no quise decirlo de esa forma. Lo decía por si me invitabas a desayunar...
- Eh no, lo siento pero me quedé sin cianuro, ya si eso otro día, cuando me dé tiempo a comprarlo.
- Abigail... —intentó coger mi mano, esa que aún no había metido la llave en la cerradura, pero la aparté—Abigail, por favor, tenemos que hablar.
- Ya te dije que tú y yo no tenemos nada de lo que hablar.
- Sabes de más que sí, necesitas explicarme...
- ¿Que yo te explique? No seas cínico... Pero está bien, aunque no lo merezcas, voy a explicarte algo. No. Quiero. Volver. A. Verte. Jamás.

Y por ayuda divina, pude meter la llave y abrir la puerta. Ignoré su llamada y entré rápidamente, cerrándole la puerta en las narices. A la mierda, ya me había fastidiado el día. Entré en casa y me preparé un café. Sentada en el sofá, con la taza de cafeína en la mano, los churros comenzaron a desaparecer. Total, si me ponía gorda, ¿qué más daba? Si la vida era una mierda de todas maneras.

Cuando abrí los ojos, miré la hora en el móvil y eran casi las dos de la tarde. Me había quedado dormida en el sofá, cosa lógica después de la cantidad de grasa que me había metido para el cuerpo. Me levanté y me di una ducha, me arreglé un poco y salí de casa, dispuesta a comer algo por ahí. Necesitaba que me diera el aire de nuevo, no quería quedarme encerrada mientras me comía la cabeza por el traidor embustero de Tiago.

- Buenas tardes, Agustina...

Mi vecina, la mayor alcahueta del edificio, una mujer que tenía que tener

más años ya que Tutankamón pero que está más ágil de lo que yo lo había estado en toda mi vida, estaba en el portal, mirando la correspondencia de su buzón.

- Hola, Abigail. Hacía días que no te veía...
- Sí, estuve fuera, visitando a una amiga.
- Ah, pues muy bien. La vida es corta y hay que disfrutarla.
- Pues sí, eso intentamos —sonreí, dirigiéndome a la salida.
- Oye, Abigail...
- ¿Sí? —me giré a mirarla antes de poner la mano en el pomo de la puerta.
- Es que fui a casa de Enrique, el presidente de la comunidad.
- Aja...
- Pero no estaba. En realidad hace días que no está, quizás su hija ya dio a luz.
- Ah, no sabía...
- Sí, la mayor. La madre del niño negrito —me miró feliz por el chisme.
- No sé...
- Bueno, es que su hija mayor se acostó una noche con uno y bueno, se embarazó, tuvo un niño de color, muy lindo el bebé. Pero el padre... No se hizo cargo de él. Y ahora estaba embarazada de otro.
- Entiendo... —yo no entendía nada, ¿qué me interesaba a mí ese chisme?
- Pues será por eso por lo que no estará Enrique...
- Puede ser —¿me daba la vuelta y me iba o por qué seguía yo

escuchando a esa mujer? – Tengo prisa...

- Espera. Lo que te iba a decir —me agarró del brazo y resistí la tentación de resoplar—. Fui a buscarlo porque es que hay un hombre fuera que me da muy mala espina.
- ¿Un hombre?
- Sí... No es la primera vez que está rondando el edificio, pero es que hoy lleva varias horas dentro del coche sin dejar de mirar hacia aquí y... ¿Y si es un psicópata o algo de eso? —la mujer se veía tan asustada que me estaba asustando a mí también.
- ¿En un coche?
- Sí, mira, ponte aquí —me colocó cómo y dónde quiso para que mirara “disimuladamente” a través del cristal—. Está en ese coche de allí.

El miedo que había empezado a sentir se me convirtió en... ¿Rabia? ¿Ganas de reír? ¿Era el coche de Tiago?

- Verá, Agustina, no tiene que preocuparse por ese hombre...
- ¿Cómo que no? Si no se mueve, está como al acecho. Hay que llamar a la policía.
- Sí, deberíamos —dije entre dientes—. No, verá, es un amigo mío...
- ¿Lo conoces?
- Sí...
- Pues hija, vaya amigos tienes si pasan horas ahí afuera...
- Tuvo problemas en el trabajo y está algo deprimido y a mí me aburre escucharlo ya y...
- Entiendo —la mujer me miró, afirmando con la cabeza y comprensiva—. Que le has dado calabazas.

- Algo así —dije riendo sin remedio—. Lo que sea con él, me avisa a mí, pero no debe de preocuparse.
- Está bien, hija, ya me quedo más tranquila. ¿Vas a salir?
- Sí, a tomar el aire. Que tenga un buen día, Agustina.
- Tú también, guapa, tú también...

¿Yo también? Yo iba a matar a alguien. Salí del portal y me dirigí rápidamente hacia su coche. Él me abrió la ventanilla del copiloto al ver cómo me acercaba.

- ¿Pero eres idiota? Acabo de evitar que una anciana te denuncie por acosador. ¿Qué haces aquí?
- Te dije que tenemos que hablar, Abigail.
- Pero bueno, y yo te dije que no tenemos nada de lo que hablar, así que hazme el favor de ¡dejarme en paz!

Comencé a caminar mientras refunfuñaba. Es que era para matarlo... Que lo intentara lo que quisiera, ya se aburriría, pero él y yo no teníamos nada de lo que hablar.

¡Habrase visto! ¿En serio iba a estar con la tontería de quedarse ahí hasta que hablara conmigo? Pues la llevaba clara, ya se aburriría, porque conmigo no iba a hablar nada. No tenía que explicarme nada. Cínico acosador embustero...

- ¿Perdón?

Miré al hombre que se paró en mitad de la calle y me puse roja como la grana.

- Esto... No era a usted, perdón... —me disculpé, mierda, lo había dicho en voz alta.

El hombre me miró como si estuviera loca y... En fin... Así o peor me iba a quedar.

Paré un taxi, me monté en él y me dejó en el Centro Comercial al que solía ir. Unos montaditos, una vuelta por las tiendas de ropa y...

- ¿Pero qué haces aquí? —yo no sabía ya si reír, si llorar o si ponerme a chillar como una histérica. Me había sentado tras pedir los montaditos y me encuentro al cínico acosador embustero ¡sentado en la mesa de al lado!

- Hola.

¿Hola? ¿Eso es lo que iba a decirme? ¿Hola?

- Tiago, me estás empezando a enfadar...

- Mira, ya somos dos. Porque a mí no me está sentando nada bien que me ignores.

- Joder. ¿Me quieres dejar en paz?

- Cuando hables conmigo, Abigail.

- No hablaré contigo, no hay nada de lo que hablar, te lo repito por enésima vez. Por favor, no me sigas, no...

- Solo fue casualidad que nos encontremos aquí...

- ¿Me estás tomando por idiota?

- No, jamás.

Y una mierda, pensé, bien que había hecho la idiota creyendo que era un hombre libre.

- Espera, ¿dónde vas? —preguntó cuando me vio levantarme.

- Se me quitó el hambre...

El hambre y las ganas de todo, porque estuviera en la tienda que estuviera, mirara hacia donde mirara, ahí estaba él. No me lo podía creer...

Llegué a casa con ganas de llorar. No sabía si de la ansiedad por no haberle podido dar en la cara con dos sillas o por la ansiedad de ver las “ganas” que tenía de explicarse.



Pues no iba a escuchar explicación alguna de labios del cínico embustero ese.

Así que viendo cómo aparcababa detrás del taxi del que me bajé, subí rápidamente a mi casa dispuesta a tranquilizarme. Había perdido un día siguiéndome, debería de estar más que aburrido ya.

Sí, seguro...

Jueves, salgo de casa y ahí está... Dios, dame paciencia. A punto de ponerme a golpear algo ya, tal como salgo, vuelvo entrar. Pues nada. Yo en casita ese día y él... Él que se pase el día en el coche haciendo guardia si es lo que quiere.

Pero verme, no me va a ver.

Y aburrirse se tenía que aburrir, ¿no?

Lo que estaba seguro es que a las cuatro de la tarde yo me subía ya por las paredes. Necesitaba aire, pero el imbécil ese, por lo que veía a través de mi ventana, ¡seguía dentro del coche! Pero vamos a ver, ¿ese hombre no tenía necesidades fisiológicas o qué? Porque qué capacidad de aguantar tantas horas... Y el culo lo tenía que tener...

Su culo... Mejor no pensar en eso.

Ni el café, ni una tila, ni la ducha... Yo iba a perder la cabeza si seguía encerrada allí. Así que haciendo una locura, encendí mi ordenador y busqué el primer vuelo barato que saliera a la mañana siguiente.

Ahí estaba. Una ganga a Roma. ¡Pues a Roma que me iba! Pero que yo me quitaba a ese hombre mentiroso de encima, lo hacía.

A ver si para entonces, se le había pasado la necesidad de hablar nada conmigo.

Suspiré cuando compré el billete. De la rabia no había vuelto a llorar, sobre todo porque no había dejado que mi mente estuviera al mando. Pero el dolor seguía ahí, dentro de mí, como grabado a fuego.

Y eso no pasaría tan fácilmente. Porque sufrir sabiendo que el hombre del que te enamoraste te mintió de una forma tan ruin, no es algo que pueda taparse o curarse en horas. Solo el tiempo podría apaciguar el dolor. El tiempo y el no tener que verlo constantemente. Porque verlo ahí, en ese coche, esperando a hablar conmigo, no calmaba, para nada, el dolor que sentía por su engaño.

Me levanté y preparé la maleta. Saldría temprano, así que dejando todo listo... ¡Roma me esperaba!

## Capítulo 14



Viernes por la mañana... Aún ni había amanecido. Mi maleta y yo saliendo del portal de mi casa con rumbo a Roma, donde pasaría los siguientes días sola, relajada y comiéndome la cabeza yo sola sin tener que aguantar la sombra de Tiago, el mentiroso que me había roto el corazón.

—Buenos días, ¿a dónde vas?

Todo lo que he dicho antes no ha sido más que una bonita ilusión...

—No me lo puedo creer —gemí, casi llorando, cuando escuché la voz de Tiago a mis espaldas. Me giré y lo vi, detrás de mí, mirándome con las cejas enarcadas.

—¿A dónde vas tan temprano? ¿Y con una maleta?

—No te importa... —me giré para irme, pero se puso delante de mí, cortándome el paso.

—Sí que me importa. ¿A dónde?

—No tienes derecho a hacerme pregunta alguna. Déjame en paz. Además, soy yo la única que puede preguntar... ¿Qué haces aquí?

—Vine a buscarte, tenemos que hablar.

—¿A las seis de la mañana? Tiago, por favor, déjalo ya...

—Cuando hables conmigo. ¿A dónde vas? —insistió.

—Me voy con mi prometido a pasar unos días.

—No hay ningún prometido, Abigail, dime la verdad.

—Claro que lo hay... Pero no sé qué hago dándote explicaciones. ¿No

tienes nada que hacer?

—Sí, irme contigo.

—¿Conmigo dónde?

—Adonde sea que vayas. ¿Vas en tren? ¿En avión?

—En avión, sí, y te agradecería que me dejaras irme ya, no quiero perder el vuelo.

—Pues vamos.

—¿Cómo que vamos? —estaba perdiendo la paciencia.

—Al aeropuerto, voy contigo.

—¿Qué vas conmigo adónde?

—A llevarte.

—Tiago... ¡Déjame en paz!

Grité. Sí, grité. Grité porque me había sacado ya de mis casillas, me fui corriendo y entré en el taxi que llevaba un rato esperándome. Ese que había llamado antes de bajar y de encontrarme con el acosador cínico embustero que me había roto el corazón y que ahora se había convertido en mi sombra para... ¿qué? ¿Para explicarme qué? No tenía nada que explicar. Las cosas estaban muy claras.

Ya bajándome del vehículo en el aeropuerto, me fumé un cigarro antes de entrar, estaba de los nervios. Miré mi billete, el cual de repente, desapareció de mis manos. Con el susto en el cuerpo, sobresaltada, cuando me di cuenta de lo que estaba ocurriendo, no pude reaccionar.

—Roma, bonito destino.

—Oh, Dios —gemí, Tiago estaba allí, con mi billete en la mano... ¿Pero eso era una pesadilla o qué?

—Ciao, bella —me besó en la mejilla y desapareció. Miré a mi alrededor, suspirando de alivio, tal vez ya se había quedado tranquilo sabiendo el destino e iba a dejarme en paz. Aunque no tuviera sentido

ninguno, pero es que nada con ese hombre lo tenía.

Otro cigarro más y pasé el control de seguridad. Iba con el tiempo justo, así que no tardé mucho en embarcar. Ya cómoda en mi asiento, mirando por la ventanilla, con mis auriculares en la mano preparados para escuchar música cuando ya estuviéramos en el aire... Las compuertas del avión a punto de cerrarse para despegar...

—Pues tendré que comprarme algo de ropa allí.

Cerré los ojos, gemí y no quise abrirlos. No quise mirar a la cara a dueño de esa voz. No porque iba a ¡matarlo!

Me levanté, dispuesta a perder el dinero del billete, pero a salir de ese avión como fuera.

—Señorita, siéntese, estamos a punto de despegar —me dijo la azafata que se acercó rápidamente a mí.

—Ya, verás, es que yo no puedo volar...

—¿Tiene miedo? ¿Una fobia?

—¿Qué? No —negué.

—¿Se encuentra bien? —insistió la chica, preocupada.

—Es solo que está algo mareada, no se preocupe, le suele pasar —intervino Tiago, tranquilizando a la azafata y haciendo que yo me sentara.

—Sí, es el ambiente que me da arcadas —dije mirándolo a él.

—Bueno, no se preocupe, nada más que despeguemos, le traeré una pastilla para ver si se relaja, de todas formas el vuelo no es demasiado largo, pasará pronto.

—Gracias —sonreí como pude mientras tomaba asiento de nuevo.

—¿Ahora te doy arcadas? —rio Tiago.

Refunfuñé y lo ignoré. Me había cogido un vuelo para deshacerme de él unos días porque estaba algo pesadito y yo no quería ni verlo y ahora, sin saber cómo ni por qué, me lo encontraba sentado a mi lado, con destino a

Roma. Se estaba pasando con el tema acosador...

—¿Quieres algo de beber? —me preguntó a mitad del vuelo. Me removí en mi asiento, donde me estaba haciendo la dormida y lo ignoré—¿Un café? Aunque la verdad que muy bueno no está. Pero un refresco sí que podemos tomarnos —yo en silencio...—Sé que no estás dormida, Abigail, te va a dar un dolor de cabeza si sigues apretando tanto los párpados para intentar fingir... Bueno, pues nada, me la pido para mí, pero la podemos compartir.

—Déjame en paz...

—Ya, bueno, no hasta que hablemos te lo dije. Además, nos quedan unos días juntos por delante.

—¿Cómo que juntos? —abrí los ojos de par en par.

—Sí, volvemos en el mismo vuelo —me miró y se encogió de hombros—. Conoceremos la ciudad juntos.

—Tú y yo no vamos a hacer nada juntos. Además, yo voy con mi futuro marido, así que...

—Así me lo presentas.

—Que te lo presente... —me empezó a entrar un calor por el cuello que parecía que iba a darme algo.

—Estás muy roja, espera, ya viene el refresco.

—¡Que me dejes!

Eso era mucho pedir, no se calló en todo el vuelo. Menos mal que, según la azafata, era corto, porque a mí ninguno se me había hecho más largo y pesado como ese.

Cuando aterrizamos, no pude librarme de él. El imbécil quiso hasta llevarme la maleta, tuvimos que pelear con ella hasta que un seguridad se acercó y conseguí cogerla y salir disparada de allí.

Estaba en la cola para coger un taxi. Me tocaba ya. Le di al conductor las indicaciones del hotel y me monté. Cerrando la puerta del vehículo, vi

cómo Tiago entraba por el otro lado.

—Pero ¿qué haces? —iba a explotar cual olla exprés.

—Compartir el taxi, vamos al mismo lugar.

—¿Y cómo es que sabes dónde voy? —tomé aire antes de ponerme a chillar.

Él simplemente se encogió de hombros. El conductor arrancó y ni tiempo a bajarme del coche me dio. Joder, otro trayecto con él.

Por el camino estuvo en silencio, cosa que agradecí ya que yo estaba embobada, como siempre, mirando por la ventanilla cada lugar por donde pasábamos. El coche paró delante de un motel que se veía que no era de mucha calidad, pero era lo que tenía viajar con poco presupuesto. Y a mí no me importaba, mientras tuviera una cama y una ducha... No pensaba parar allí para nada más que ducharme y dormir.

Así que...

Con mi maleta en la mano, entré en el motel. Con Tiago convertido en mi sombra...

—Buenos días, tengo una reserva...

Lo bueno que tenía Italia es que en español te entendían en todos lados, porque el italiano no era mi pasión, la verdad.

—¿Nombre? —preguntó la chica con una enorme sonrisa, muy educada.

Tras darle mis datos, miró a mi jefe y después a mí.

—Pero la reserva es para uno...

—Sí, para mí —sonreí—. A él no lo conozco —mentí.

—Ah, lo siento, pensé que venían juntos —dijo azorada.

—No por ahora —recalcó Tiago.

Por mí como si decía misa, yo cogí la llave de mi habitación y subí. Entré en ella y cerré con pestillo, que ese era capaz de colarse en la habitación.

Deshice la maleta, cogí un cigarro y salí al pequeño balconcito que tenía. Eso me gustaba, por eso elegí ese lugar, de vez en cuando necesitaba tomar el aire, fumar y pensar como si me sintiera en la calle, pero en la seguridad de una habitación.

Encendí el cigarro y me puse a toser, a punto de morirme...

—¿Pero qué haces aquí? —dije como pude, con la voz estrangulada por la tos.

Tiago estaba apoyado en la barandilla del balcón contiguo y yo pensé, por un instante en si me haría mucho daño al saltar desde ese segundo piso...

—Casualidades de la vida... Tenían esta habitación libre.

—Ya... Eso o los has sobornado.

—Qué mal concepto tienes de mí, Abigail —rio.

—Ujum... —refunfuñé.

—¿Y qué planes tenemos para hoy?

—Yo los míos, tú puedes hacer balconing sin protección desde aquí si quieres...

—Me encanta cuando te pones borde —seguía riendo.

—Pues que no te encante tanto —resoplé.

—¿No ibas a encontrarte con tu prometido? —preguntó con sorna.

—Tiago... ¡que te den!

Entré en la habitación, me fumé el cigarro ahí, preparé mi bolso y salí. Era mejor tomar el aire fuera...

Caminé por el barrio donde estaría instalada los próximos días, con mi GPS en el móvil en todo momento, me gustaba de todas formas conocer un poco de las cercanías, me hacía sentir más segura.

Me paré en un pequeño restaurante que vi no muy lejos, tenía mesas fuera, así que decidí sentarme a comer algo. No me había dado cuenta de lo hambrienta que estaba hasta ese momento. Un poco de pasta italiana y como



nueva.

—Lo mismo para mí —dijo Tiago sentándose frente a mí.

La camarera lo miró, anotó y se marchó. Miré a mi pesadilla, me iba a dar el viajecito...

—¿También mientras cómo? —es que ya no sabía ni qué decirle.

—Estoy hambriento, iba a pararte por el camino para decirte que nos paráramos a comer, pero decidiste hacerlo por tu cuenta, chica lista.

—¿Me has seguido? —aunque ya ni me sorprendía.

—Pues claro —se encogió de hombros—. A ver si no tarda mucho la comida.

—Dime una cosa, Tiago. De verdad... ¿Qué quieres?

—Hablar contigo, ya te lo dije.

—Es que no tenemos nada de lo que hablar.

—¿De verdad crees que no? ¿Ya no sientes nada por mí?

—Esa no es la cuestión y lo sabes...

En ese momento llegó la camarera con el vino, Tiago lo sirvió y le di un buen sorbo a la copa.

—Tiago, déjalo ya... —insistí.

—Cuando hablemos —se encogió de hombros.

Encendí otro cigarro pensando en cómo lo apagaba en la mitad de su frente. Ese hombre iba a despertar mi lado de psicópata que no sabía que tenía y, además, un lado muy gore al conocer las ideas que se me pasaban por la cabeza de cómo asesinarlo y hacerlo desaparecer...

Tenía que actuar como si no estuviera, no podía hacer otra cosa. Hablar con él solo le daba más juego, como si todo fuera un reto. Quizás si me mantenía en silencio... Tenía que aburrirse en algún momento, ¿no? La ignorancia no es algo que le guste a nadie y la mayoría de los seres humanos no la soportamos.

Sí, tenía que ser eso, llevaría adelante esa táctica. A ver si acababa marchándose de una vez por todas, porque lo que más me jodía es que por más que me doliera lo que me había hecho, el tenerlo cerca de esa forma era una mala medicina porque mi mente traicionera imaginaba que quizás...

Y no, no había ningún quizás ni ninguna posibilidad ante su engaño. Y no podría haber, nunca, perdón por mi parte.

El daño que me había hecho con esa mentira era demasiado para pasarlo por alto. Nunca podría perdonarlo, eso lo sabía. Así que las ilusiones tontas de un quizás... Eso tenía que ser borrado de mi mente.

Y así me quedé ese almuerzo, callada mientras él no dejaba de alabar la pasta, el vino, que estábamos en Roma... Tuve la idea de ponerle los espaguetis por sombrero, pero me quedé quietecita, con la imagen mental que se me formó, era más que suficiente en ese momento.

Intenté pagar, pero se me adelantó. Lo que me faltaba ya... Desesperada de la vida, decidí caminar de vuelta al hotel y tumbarme en mi cama a ver si podía relajarme. Es que ni a fumar salí en toda la tarde con tal de no verlo en el balcón.

A la mañana siguiente, salí dispuesta a tomar un buen desayuno y a realizar todas las visitas que había programado la tarde anterior mientras estuve tumbada en la cama.

Primera parada, la Fontana di Trevi.

Había estado en Roma unos años atrás, con Anaís. Hicimos un viaje exprés y volvimos a España con los pies destrozados por andar tanto, pero la ciudad me encantó. En esa segunda visita, esperaba aprovechar un poco más, no estar tan estresada, tomármelo como un viaje calmado y visitando algunos de los sitios que más me habían gustado.

Esa era mi idea hasta que mi sombra se me unió, claro...

Salí de mi habitación y cerré la puerta para no hacer ruido. Suspiré de

alivio al ver que no salía de su dormitorio y mentalmente hice un gesto de triunfo. ¡Sí! Me podía librar de él.

Bajé por las escaleras rápidamente, no iba a arriesgarme a pulsar el botón del ascensor aunque no sonara demasiado fuerte. Salí del hotel confiada, seguía sin encontrármelo.

—Buenos días —dijo cuando pisé la calle.

Mierda, pensé...

—¿Adónde vamos hoy?

—Tú te puedes ir al infierno —refunfuñé de malos modos.

—Abigail... Deja ya el mal humor. Tenemos que hablar y no me lo estás poniendo fácil.

—No, si después de todo, también tengo que ayudarte poniéndotelo fácil.

—Sé que me echas de menos, no lo niegues.

No, no iba a negarlo, lo poco que habíamos vivido para mí había sido muy intenso, pero también una mentira. Y no entendía por qué él estaba haciendo eso. ¿Qué quería? ¿Que lo perdonara? Es que no lograba entenderlo...

—¿No vas a hablarme? —preguntó cuando me siguió—Está bien. Llevo un rato abajo, esperándote, iba a subir ya a preguntarte si se te pegaron las sábanas —puse los ojos en blanco—. Vale... ¿Pero dónde vamos? Porque te recuerdo que vengo sin ropa, necesito comprarme cosas —como si fuera mi problema...

Me acerqué a una parada de taxi cercana y, cómo no, mi sombra se montó también en él.

—Ah, la Fontana di Trevi, bonito lugar —sonrió Tiago cuando le dije al taxista—. Yo he estado varias veces allí. Hay una cafetería cerca donde hacen los mejores cafés de toda Italia, tenemos que pararnos allí.

—Solo si tienen cianuro —dije por lo bajini.

Tiago rio y yo, no sé por qué, acabé sonriendo. El taxista nos dejó lo más cerca que pudo del lugar. Aquello, como siempre, repleto de turistas. Se oían todos los idiomas imaginables, la gente haciéndose fotos, tirando las monedas en la fuente para, como decía la leyenda, volver a aquel lugar. Sonreí, yo era una de las que había vuelto. Por casualidad, pero ahí estaba. Quizás de eso se trataba, ¿no?

Y qué decir de esa espectacular fuente Barroca, a nivel monumental, una delicia para la vista.

Tras caminar por las cercanías, acabé, o mejor dicho, acabamos sentados en un lateral de la fuente. Me quedé observando el vaivén de la gente, los murmullos de los turistas, la fascinación que mostraban los ojos de todo el que se acercaba a aquel lugar. Cosas que no ves cuando viajas por primera vez a conocer algo, pendiente a ser tú quien disfrute de cada detalle. Tanto la primera vez como volver, son experiencias únicas, pero tan diferentes... Se sienten y se viven de otra manera.

—Tenía dieciséis años la primera vez que viajé a Roma —dijo Tiago—. Fue en un viaje de estudios, pero recuerdo que no disfruté de nada. Para mí solo era estar solo con los amigos, aunque los profesores nos tenían bien atados en corto, pero nos sentíamos rebeldes. Cuando volví, años después, es entonces cuando sentí la esencia y la importancia de todo.

No iba a hablarle, pero entendía muy bien lo que estaba diciendo. Aunque lo ignoré durante todo el día, tanto en la Fontana como cuando estuvimos en la Plaza de San Pedro (Vaticano) y en el Castillo de Sant Angelo, la verdad es que estaba embobada escuchando todo lo que contaba. Anécdotas de su vida. Pero, sobre todo, en la sensibilidad que mostraba con sus sentimientos. Algo extraño y que me chocaba después de lo hermético que había sido conmigo. Claro que, recordando a su esposa y a su hija, tenía

razones para hacerlo. Ese pensamiento amargo me hizo suspirar de tristeza.

El día pasó, volvimos al hotel después de cenar y la noche se me hizo larga. Sobre todo porque por más que intentara odiarlo, yo aún seguía amando a ese hombre. Era un mentiroso, sí. Pero estaba ahí, al otro lado de la pared, durmiendo a solo un toque en la puerta.

Los recuerdos de nuestros momentos íntimos inundaron mi mente, haciéndome llorar cuando los sentimientos me desbordaron. Secándome las lágrimas, me levanté de la cama, cogí un cigarrillo y salí al balcón. Ahí estaba él.

Ni una palabra...

Miró mis ojos, adivinando, supuse, que había estado llorando. Pero no dijo nada. me fumé el cigarro en silencio, mirando al frente. Sintiéndolo cerca y sabiendo que ya, nunca más, volvería a sentirlo mío. Y la verdad es que nunca lo fue.

Siempre había sido de otra.

Apagué el cigarro en el cenicero improvisado que tenía en el balcón, una maceta grande, y fui a entrar cuando sus palabras me dejaron de piedra.

—Te echo de menos, Abigail...

Cerré los ojos, esas palabras me dolían demasiado. No quería oírlas, no porque mi corazón había saltado en el pecho con la esperanza de que quizás... Y no había ningún quizás.

El domingo me lo encontré igual que el día anterior, esperándome en la puerta del motel. Lo vi con ropa nueva, así que supuse que como la tarde antes llegamos temprano, se habría acercado a comprarla. O había mandado a alguien, a saber...

Esa noche volvíamos a España. No nos quedaba mucho allí, después de almorzar saldría para el aeropuerto y esperaría con tiempo.

Pero no quería despedirme por segunda vez de Roma sin ver uno de mis

lugares favoritos. El Panteón de Agripa, un templo impresionante que me impactó la primera vez que estuve allí.

Ya con la maleta en el taxi, nos montamos y le di la dirección al conductor. Tiago, como en las ocasiones anteriores, empezó con sus anécdotas. Y yo, tonta de mí, lo escuchaba embelesada, pero sin mostrárselo.

Y así seguimos hasta estar en el aeropuerto, esperando a embarcar.

Y como ya no me sorprendió, tenía el asiento al lado del mío.

—¿No es la primera vez que estás en Roma, verdad? —me preguntó cuando el avión ya despegó con rumbo a España.

—No... —respondí, hablando por fin.

—Se nota. Como se nota que te gusta.

—Sí... ¿Como se nota que tú no me gustas? —pregunté con ironía.

—No, Abigail. Sé lo que hay entre nosotros. No entiendo qué te pasa, pero... Tienes que hablar conmigo.

¿Que no lo entiendes?, pensé. Joder, pues fácil era. ¿O es que esperaba que no me tomara a mal enterarme de lo de su mujer?

—No tenemos nada que hablar.

—Sí, y lo haremos —aseguró.

No, lo dudaba. Cerré los ojos y me dispuse a ignorarlo durante todo el vuelo. Ya en suelo español, montada con él en el taxi que me llevaba de vuelta a mi casa, hice lo mismo. Cuando me bajé, él también lo hizo, pagó al taxista y me siguió hasta la puerta del portal.

—Bueno, ha sido un viaje interesante. ¿Ves? Lo improvisado sale mejor —sonrió.

—Tiago... En serio, no he tenido más remedio que aguantarte, pero ya estamos de vuelta a la realidad. Por favor, para con esto —le rogué, temiendo que en cualquier momento me fallaran las fuerzas y esos quizás que tomaban mi mente de vez en cuando, se convirtieran en la ilusión de una posibilidad

que no existía. ¡No era un hombre libre! Me había mentido y yo jamás iba a ser la otra.

—Pero tenemos que hablar, Abigail. No tienes que mentir, sé que no hay nadie más.

—¿Mentir? ¿Tú me hablas a mí de mentir?

—Yo no te he mentido en lo que siento contigo.

—Ah no —reí cínicamente—. Ni lo harás, porque tú y yo no tenemos nada.

—Sí tenemos y mucho.

—Eres mi jefe, nada más. Desearía que nuestra relación fuera como la de antes, inexistente, la de dos desconocidos. Si me disculpas...

—No —me agarró de la mano y tiró de mí hacia él, pegándome a su cuerpo—. No voy a hacer como si no te conociera. No me vas a pedir que te olvide porque no es posible. Y no vas a negar lo que hay entre nosotros.

—No hay nada.

—Hay. Y mucho. Y está bien, te he seguido la broma estos días, pero no vas a negarme a la cara lo que tenemos.

—Que no tenemos nada.

—¿No? Dime que no estás deseando que te bese tanto como yo deseo besarte, dime que no me echas de menos como yo a ti... —acercó sus labios a los míos y temblé, cerrando los ojos. Deseando tanto que me besara como que no—Tiemblas, deseas que te bese —susurró sobre mis labios, rozándolos con los suyos—. A mí no me engañas, Abigail. Te he tenido entre mis brazos, en mi cama. Ahí no has fingido. Ahí te he hecho sentir.

—Déjame... —supliqué débilmente, temiendo caer en su hechizo.

—Por hoy —me dio un tierno beso en los labios y me miró a los ojos—. Pero tú y yo vamos a arreglar esto.

—Es que esto no tiene arreglo, ¿no lo entiendes? —joder, ¡que estás

casado!, quise gritarle la obviedad, eso no iba a arreglarlo de ninguna forma.

—No, no lo entiendo —pues sí que eres zopenco, pensé—. Descansa, porque tenemos una charla pendiente.

—No...

Tapó mi negativa con un beso que me dejó, esa vez sí, temblando de deseo. Me maldije mentalmente por permitirlo y por sentir de esa forma.

Y por fin lo vi marcharse, sintiendo alivio y, además, para mi desgracia, sintiendo un vacío enorme de nuevo. Un vacío que sabía que nunca nadie iba a poder llenar. Solo él, el hombre del que me enamoré como una tonta. El hombre en quien confié ciegamente y que me engañó, que me usó, que me trató como a una amante ocultándome su estado civil y que era el padre de una niña.

El hombre que aun sabiendo que me había engañado, insistía en... ¿En qué?, me pregunté. ¿Qué demonios quería? Porque las explicaciones sobraban y, además, me las podía haber dado ya y no lo hizo.

Mi cabeza era un hervidero de pensamientos. De preguntas y, sobre todo, de sensaciones contradictorias.

Porque lo mismo que lo odiaba por haberme mentado, la verdad es que seguía queriéndolo como a nadie.

Estaba bien jodida y mientras él siguiera cerca de mí, la cosa no iba a mejorar.

Suspiré y entré. Vuelta a la normalidad. Vuelta a comerme la cabeza preguntándome: ¿por qué lo hizo?

Aquí era yo la única que no entendía nada...



## Capítulo 15



Amanecí angustiada, había tenido un extraño sueño en el que yo estaba casada con Tiago, pero también su mujer, vivíamos los tres felices y él dormía un día con cada una.

Me eché agua por la nuca y me miré al espejo. ¿Qué me estaba pasando? ¿Cuánto tiempo más iba a durar esto así?

Salí a la calle a desayunar, me apetecía un poco de sol y aire, pero cómo no, mi queridísimo Tiago ya estaba ahí en su coche, esperando a que yo apareciera, pero hoy le iba a dar para el pelo, no iba a salir corriendo, no iba a huirle, iba a imitarle, así que me fui directa al asiento del copiloto, me senté, me puse el cinturón y al lío.

—Buenos días, jefe —sonreí con ironía. —¿Dónde vamos?

—A desayunar, a desayunar —dijo felizmente. —Buenos días, preciosa. ¿Mejor?

—Estupendamente bien —levanté las manos haciendo el teatro.

—¿Pasó algo que deba saber?

—Claro. ¡Me caso!

—¿Conmigo? —preguntó feliz y me lo puso a huevo.

—Contigo no, hijo, recuerda que tú no puedes —dije riendo en plan graciosa con gesto de cabeza incluido.

—¿Y por qué no puedo yo? —dijo ofendido.

—Nada, nada —sonreí dándole una palma en el hombro, metida en mi

papel de graciosa—. tú mira para adelante, que no quiero dejar un viudo antes de tiempo.

—No me gustan las dobleces...

—¡Uy! Qué mono, no le gustan las dobleces, precisamente a él —lo señalé con el dedo gordo.

—¿Estás borde?

—¿Yo? —me hice la ofendida—Para nada, estoy de lo más feliz de estar aquí contigo.

En ese momento me sonó el teléfono, era Emmy.

—Hola, preciosa —respondí alegremente.

—Menos mal que me coges el teléfono —dijo enfadada.

—Estaba de retiro espiritual, aunque no lo conseguí...

—No me torees. ¿Qué pasó para que no quieras saber nada de Tiago?

—Para, hay alguien que te quiere saludar —puse el manos libres e hice señas a Tiago para que saludara.

—Buenos días, Emmy —dijo a modo simpático.

—Buenos días, Tiago.

Quitó el manos libres y me lo puse en la oreja.

—¿Qué decías, Emmy? —pregunté con ironía.

—Nada, ya hablaremos.

—Cuando quieras...

—Pasadlo bien.

—Gracias.

Se la notaba enfadada, tenía razón para estarlo, pero yo también la tenía al saber que era como pensé, que hablarían y demás, por eso prefería no contar nada a Emmy, aunque lo hiciera sin maldad se lo iba a cascar a Saúl y este a su amigo.

Llegamos a las afueras de la ciudad, a desayunar a la posada que me

llevó la primera vez que nos conocimos.

—Me encanta este lugar —dijo sentándose en la terraza.

—¿No me digas? —ironicé.

—Así es —sonrió devolviéndome el sarcasmo.

Vino el camarero y pidió por los dos, para que me iba a preguntar si sabía perfectamente lo que desayunaba...

Me miró y sentí que iba a soltar un disparate, no me equivoqué.

—Vengo a hablar por primera vez en plan jefe. ¿Es posible?

—¿En serio? —esperaba que me dijera que estaba bromeando.

—Totalmente en serio. ¿Es posible? ¿Podemos hacerlo sin que la respuesta esté embocada a lo que sucedió entre nosotros?

—Me estás acojonando —dije seriamente, me salió del corazón.

—Necesito que irrumpas tus vacaciones por unos días, luego las puede retomar, pero te necesito para un tema laboral que sé que eres la persona idónea para hacerlo.

—Explícate...

—Necesito que mañana me acompañes de primera mano en un viaje de negocios de la empresa y necesito que expongas los datos de los gráficos de tu departamento para los componentes de esa reunión, es para coger un patrocinador para nuestra nueva marca, confío plenamente en ti para que me ayudes a cerrar el contrato.

Lo miré alucinando en colores.

—Me has pedido que separara lo que pasó y lo sopesara como trabajadora. Está bien y lo veo correcto, además agradezco que confíes en mí para exponer los gráficos y conseguir mejora para la empresa. Acepto con una condición, pero antes ¿De cuántos días se trata y a dónde vamos?

—Siete días, ya que la primera reunión es el segundo día de llegar y en caso de que acepten, preparan contrato y firma para dos o tres días después,

así que para asegurarme, iremos siete días. Es en República Dominicana, allí tienen su sede.

—¿Al Caribe? ¿Estás hablando en serio?

—Aja.

—¿Y podré tener los días esos sueltos libres para tirarme en una hamaca con un mojito en las manos?

—Aja...

—¡Acepto! —joder, trabajar en el caribe, mi sueño era conocerlo, que mejor que ya, aunque tuviera que aguantar a este los siete días siguiéndome, pero el viaje me lo llevaba yo en el cuerpo.

—¿Cuál era tu condición?

—Nada, ya nada... Por cierto, si puedes, ya que vamos, coge allí un hotel de esos en la playa con la pulsera que puedes comer y beber a reventar —dije sonriendo en plan graciosa.

—Sí, un All Inclusive, un todo incluido en español... —rió —vale, lo tendré en cuenta, pero eso sale muy caro, mejor una habitación para los dos.

—¿Desde cuándo miras por el dinero? —negué con la cabeza—. Dos habitaciones y no hay más que hablar —me encogí de brazos.

—Veré qué puedo hacer... Cambiando de tema, podríamos ir a un centro comercial y comprar algo de ropa para el viaje —me guiñó el ojo.

—Vale, acepto —me venía de muerte, me quería comprar algo de ropa, estaba alucinando, lo quería matar, lo odiaba, lo amaba, lo deseaba... —¿La ropa también la paga la empresa? —sonreí.

—Si duermes en la misma habitación que yo, te pago todo lo que compres hoy, todo, puedes pasarte, además prometo dormir en una cama diferente y no tocarte.

—Hombre, lo de no tocarme... ¡Tenlo claro! —giré a un lado la cabeza —Pero vamos que paga, paga, que yo te aguanto en la misma habitación —

mordisqueé la tostada.

—Ahora que ya tenemos claro que mañana nos vamos, que ya he mandado el mensaje a Silvia para que nos prepare los vuelos y que vamos en son de paz. Volvemos a ser tú y yo sin trabajo por medio. ¿Me vas a decir qué te pasa?

—¡Hombre, Tiago! Ya volvió el terror de las nenas.

—Qué graciosa estás hoy —hizo una mueca negando con la cabeza pero sin dejar de sonreír.

—No pienso contestarte a nada, me he llevado una gran decepción contigo —me sinceré —me he sentido traicionada, engañada, humillada...

—¡Para! ¿De qué diablos me estás hablando?

—No pienso hablar, tú eres consciente de lo que pasa, de lo que tapaste y lo que hiciste, pero si yo lo llego a saber, no hubiera entrado en tu juego. No quiero hablar más. ¿Ok?

—A mí no me dejas así, a mí me dices de qué estás hablando.

—De verdad, Tiago... Ya ¿Ok?

—No puedes decir esas cosas tan duras, dejarlas caer y que me digas que ya, no, Abigail, a mí me dices porque te has sentido así, que hice para que te sintieras de esa forma —decía con los ojos llenos de dolor, cosa que me dejó flipada el don de actor que tenía.

—Hacemos un pacto. ¿Te parece?

—Dime... —dijo con tono de tristeza.

—Yo no te trato con indiferencia y tú no me preguntes más, si quieres estos días nos sinceramos fluidamente y hablamos lo que quizás antes no hicimos. ¿Te parece?

—No entiendo nada, pero está bien —dijo cabizbajo.

Cabizbajo pero estaba casado y tenía una hija, así que no podía sentir lastima por alguien que había jugado conmigo y lo que era peor, con su

familia.

Desayunamos ya casi en silencio y después nos fuimos a un centro comercial, estaba más risueño pero se le notaba preocupación ¿Sabría que yo podría saberlo? ¿Hasta cuándo fingiría el no saber a qué me refería? ¿Por qué no tenía las agallas de decirme la verdad sobre su situación personal?

Comencé a coger vestidos cortos de tirantes, bikinis, un sombrero de paja precioso, con un lazo blanco, pantalones cortos, camisetas, me volví loca cogiendo de todo en una tienda que me encantaba, él iba aguantando las prendas, bromeando, incitando a comprar más y yo, me dejé llevar.

Llegó la hora de pagar y por supuesto pagó él, mi cuenta lo agradeció, me había pasado tres pueblos, pero había quemado parte del estrés que llevaba sosteniendo esos días.

Toda la tarde en el centro comercial, al final me llevó a mi casa y nos despedimos hasta el día siguiente.

Al Caribe, me repetí una y otra vez mientras hacía la maleta con todas las prendas nuevas, hasta la ropa interior llevaba para estrenar.

Pero recordaba su traición y se me quitaba la sonrisa de la cara, me dolía tanto saber que me había engañado y que tenía una vida, que era algo que no podía superar.

## Capítulo 16



El timbre del telefonillo sonó repetidamente, así que me asomé por la ventana y vi a Tiago riendo, señalando el reloj.

—¡Ya voy! —chillé como una ordinaria.

Le di mi último trago al café y bajé apresuradamente, maleta en mano.

—Estás preciosa —dijo mientras cogía la maleta para meterla en el coche.

—Tú tienes cara de estreñido —me dirigí a mi asiento aguantando la risa.

—Qué mala boca tienes —negó con la cabeza acomodándose para conducir.

—Despídeme —me encogí de hombros.

—No tienes remedio...

—¿Dónde cogiste el hotel? —pregunté curiosamente, ya la noche anterior vi la isla por Google Maps, me informé también en algunas que lo más turístico era la conocida Punta Cana y ahí quería ir yo.

—En playa Bávaro, en la zona de Punta Cana —dijo sin mirarme.

Me dieron ganas de tocar las palmas, pero preferí comportarme, estaba muy emocionada, hasta de ir con él, para que me iba a mentir, a pesar de que me dolía inmensamente en el alma lo sucedido, pero lo amaba, esa era la verdad.

La noche anterior había llamado a mi madre para decirle a donde iba, ella se quedó igual de alucinada, ahora me había puesto un mensaje recordándome que me cuidara y que lo pasara genial.

Facturamos las maletas y fuimos directos a buscar la puerta de embarque, tomamos un café esperando y cuando avisaron entramos los primeros, teníamos preferencia y primera clase, yo estaba flipando en colores.

Los asientos eran más cómodos que los de mi casa, reí al comprobarlo, nos recibieron con copas de champán y éramos los únicos en aquel habitáculo.

—Qué asco ser rico —dije aguantando la risa.

—Aún te puedo mandar a clase turista... —se encogió de hombros.

—Ah no, yo voy aquí calladita, aguanto tanto confort, total, son pocas horas de vuelos —dije con ironía recordando las casi diez horas que nos quedaban por delante.

El vuelo despegó y seguidamente nos pusieron la comida, a elegir y todo, en plato de cerámica, nada de plástico, eso era un restaurante de cinco estrellas en el aire.

Me puse los cascos, al igual que él y nos pusimos a ver una película de las muchas que daban a elegir esas pantallas individuales, él escogió la misma que yo, una de acción.

Entre películas, charlas que tuvimos sobre la empresa y en la que me preguntó y le pregunté muchas dudas, cafés y merienda, por fin estábamos aterrizando en Punta Cana.

Bajamos los primeros y un cochecito tipo de los que se usa en los campos de golf nos recogió, nos llevó a inmigración y a por las maletas.

La calor era sofocante, sobre todo la humedad, necesitaba respirar aire fresco, creía que me iba a ahogar.

—Este clima del Caribe es una mierda —me quejé mientras lo seguía al coche después de recoger las maletas y que un chico de color con un cuerpo de ropero empotrado nos la llevara.

—Te adaptarás —sonrió tirándome del brazo.

—No me toques, que te emocionas rápido —separé mi brazo con risa



irónica.

—Tranquila —levantó las manos mientras negaba con la cabeza.

—Yo me ahogo—dije metiéndome en el sillón de atrás del flamante Mercedes que nos llevaría al hotel—. Qué alivio —por fin sentía el frescor del aire acondicionado.

El camino hacia el hotel lo hicimos escuchando al chofer explicándonos que hacer en aquel lugar, algunas opciones para disfrutar de aquella isla, aunque viendo la cara de Tiago, ese llevaba más que pensado todo.

Llegamos al resort y vinieron a por nuestras maletas, ni pasamos por recepción, directamente nos llevaron a un bungalow precioso, con vistas al mar, era impresionante, aquello era el paraíso.

Ya estaba atardeciendo, así que nos duchamos y nos fuimos a cenar a la playa, junto al mar, un espectáculo de gusto, todo aquello estaba preparado de película, yo miraba todo, a pesar de ser de noche la sensación era de estar en otra parte del planeta.

—¿A qué hora tenemos mañana la reunión? —pregunté cuando el camarero se apartó de servirnos el vino.

—¿Qué reunión? —dijo un trago.

—La de trabajo, a la que hemos venido...

—Ya...

—¿Tiago? —pregunté temiéndome lo peor.

—Ajá...

—¿¿¿Ajá??? ¿Me has vuelto a engañar? —mi cara era un poema, la de él de lo más relajado.

—Ah no, es la primera vez que te digo una mentirijilla pero por un motivo, jamás te he mentido en nada.

—Bueno, mentir no, vale, pero me has ocultado cosas más duras que una mentira.

—Hasta que no me digas qué te pasa, no me puedo defender, así que disfruta de tus vacaciones en el Caribe e intentemos pasarlo lo mejor posible.

—¡Estás loco! —en el fondo me daba igual y me importaba un pepino la reunión, no sabía si tomar esto como un halago o enfadarme por otra mentira, de todas maneras se había currado el rollo para traerme a la otra parte del mundo.

—Relájate, por favor, podemos pasar unos días de descanso en son de paz, no te tocaré, no te agobiaré pero podríamos intentar tener la fiesta en paz.

Di un trago a la copa y la vacié de golpe, Tiago me la volvió a llenar inmediatamente.

—Si te piensas que me voy a emborrachar y voy a caer en tus redes, te equivocas —dije chulescamente y volví a dar un gran trago.

—¿Qué mierda tendrás en tu cabeza para estar así? —preguntó ya en tono enfadado.

—¿Yo? —solté una risa sarcástica.

—De verdad, si me lo quieres decir me lo dices, si no, no lo hagas y sigue con tu película, pero deja de atacar, duele mucho.

—¿Duele mucho? ¡Esto es de circo! Me engaña como una gilipollas, me cuentas una vida a tu antojo, maquillándola como te viene en gana, pasando por alto cosas que deberían ser importantes para un hombre con valores y me hablas de dolor... ¡Esto es de coña! —dije enfadada.

Nos trajeron una mariscada, yo no tenía ni apetito, la cara de Tiago era de velatorio y yo me estaba calentando solita, era una olla exprés a punto de estallar.

—No puedo más, me he dejado la vida los últimos días siguiéndote por Vigo, por Roma, por todos lados. He querido traerte para solucionar las cosas...

—Engañada, me has traído engañada... —me encogí de hombros.

—Engañada, sí, no quería pasar las siguientes dos semanas detrás de ti como un perro, no sé qué hacer ya para que me creas, para que veas que me importas, para que me digas eso tan grave que se supone que te traicionó por mi parte. ¡No es justo! —se le vieron los ojos brillantes como para llorar.

—Venga, hombre, lo que te faltaba hacerte actor, no puedo más yo, que has tenido una doble vida, involucrando a mi persona en ella, sin permiso, sin preguntar, arrastrándome a una traición en la que yo sin saber estaba siendo traicionada.

—¿Qué doble vida? Mira Abigail, háblame claro porque te juro que estoy perdiendo la paciencia.

—¿Por qué no llamas a Jimena y le dices que estás aquí, en el Caribe, intentando acostarte con otra? Y de paso que se lo cuente a Coral. ¡Valiente! —dije enfadada dando un trago, soltando la rabia que había dentro de mí.

—No sé qué sabes de ellas, pero no tienen nada que ver en esto. ¿Piensas arrastrar a mi familia en nuestros problemas?

—Las arrastrares tú traicionándolas —dije señalándole con el dedo a gritos pelados.

— Yo jamás las traicioné, eres muy mala persona si dices eso, yo amo a mi sobrina y adoro a su madre, las quiero como si fueran parte de mi ser, desde que mi hermano murió me hice cargo de que no les faltara de nada, Coral me ve como un padre y no voy a permitir que tu ni nadie diga que las traicioné, las ayudé en todo y lo seguiré haciendo siempre. No me esperaba esto de ti —se levantó enfadado y se fue hacia el interior del resort.

¿Su sobrina? ¿La mujer de su hermano? ¡Ay, Dios! ¡Gilipollas! Eso era yo. ¡Gilipollas!

Me bebí la botella sola, llorando, maldiciéndome, recordando lo que ese hombre al que yo amaba se había arrastrado hacia mí, no tenía consuelo, ni

perdón, era consciente de ello.

Un rato después fui a la habitación y ahí estaba durmiendo, a un lado de esa gigante cama, pegada a la mía.

Me dejé caer en la mía, cerca de él, sin hacer ruido pero llorando como una niña pequeña, hasta caer dormida.

## Capítulo 17



—Buenos días —dijo seriamente al escuchar cómo me levantaba. Estaba sentado en la terraza fumando un cigarro.

—Buenos días, Tiago —dije acercándome a él y encendiendo otro—. Perdóname, sé que merezco que me des dos patadas, me odies, no me quieras hablar, pero perdóname, los otros días conocí por casualidad a Coral y Jimena, por lo que me dijo la pequeña interpreté que eras su padre y esposo —mi cara era de no saber dónde meterme.

—¿Todo eso por una suposición tuya? ¿Te das cuenta el daño que me has hecho? ¿Te das cuenta él porque estaba solo? Mi vida cuando murió mi hermano cambió, ni ganas de mujer ni de nada, solo ayudar a su familia, esa que había dejado huérfana de padre y una viuda destrozada porque lo amaba. Me enamoré de ti de verdad, me dejé arrastrar por algo que no busqué y he sufrido estos días como un perro tirado suplicando un poco de tu atención. ¿Te das cuenta lo que hiciste?

—Perdóname —dije llorando—. Te hice daño a ti y a mí misma, pensando que me habías engañado, he sido una idiota, no me merezco que me hables, ni que me mires, solo puedo pedir perdón.

—Eres tonta, de verdad, eres tonta. ¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó con rabia y dolor.

—Porque soy tonta...

—Vístete, vamos a desayunar, a que nos dé el aire —dijo cabizbajo.

Eso hice, ponerme el bikini, una falda corta blanca con dos volantes y una camiseta del mismo color de tirantes, sin hablar, reprochando a mi misma

lo idiota que había sido y lo mal que me había portado con el pobre Tiago que estaba derrumbado, con su rostro lleno de dolor.

Fuimos a desayunar al buffet, aquello parecía un velatorio, no hablábamos, ni nos mirábamos, parecíamos una pareja a pique, bueno a pique estábamos, pero aquello era lamentable, aquella situación no tenía justificación y la había causado yo solita.

De ahí nos fuimos a la playa, a tirarnos a una hamaca, le pedí al camarero una cerveza, él se pidió otra y me quedé mirando al horizonte, escuchando la música latina que animaba el lugar, la gente estaba feliz, menos nosotros, que parecíamos dos extraños predestinados a pasar unas vacaciones juntos.

El día lo pasamos en el resort, comiendo, tomando algo en la hamaca y en silencio, no hablamos en todo el día más que para decir de ir a comer o preguntar que iba a tomar el otro para llamar al camarero.

Lamentable, de pena, a Tiago se le notaba que no podía ni con su vida, que estaba sufriendo en silencio, la decepción que había sentido por mi culpa se notaba que le había hecho mucha mella.

Por la noche cenamos por el hotel y nos fuimos rápido a dormir.

Esa noche sí que me costó coger el sueño, era la vez que peor me había sentido en mi vida.

Otro nuevo amanecer, esta vez me levanté yo antes, aquello era madrugar, los rayos del sol y el cambio de horario no dejaba pasar más de las siete de la mañana en la cama.

Me senté en la terraza y me encendí un cigarro, Tiago no tardó, me escuchó y se vino junto a mí.

—Buenos días, Abigail —dijo tocándome el hombro.

—Buenos días, Tiago —dije apartando con el pie la silla para que se sentara.

—¿Qué tal dormiste?

—Bueno, una vez cogido el sueño bien, pero me costó. Lo siento mucho —dije poniéndome a llorar como una magdalena.

—Ya pasó, de todas formas yo quería que supieras que en mis planes entraba contarte en breve esa parte de mi familia que aún no te había hablado, pensaba hacerlo, conforme lo nuestro era cada vez más continuo sabía que lo tenía que hacer, pero no me dio tiempo...

—No te tienes que justificar, yo soy la culpable de cómo ha terminado esta situación.

—No llores —comenzó con sus manos a secar las lágrimas de mis mejillas—. —es una lástima cómo hemos terminado encauzando algo que estaba siendo tan bonito, pero bueno, todo pasa por algo. Te propongo que pasemos un día en alta mar, alquilo un barco pequeño, yo tengo licencia para llevarlo, podemos meter alguna botella de vino, cervezas, algo de comida que encarguemos y vamos a relajarnos fuera de este bullicio que ahora no me apetece.

—Me parece buena idea —me rompía el alma que se sintiera así.

Fuimos a desayunar, el silencio dolía, sabía que a Tiago le había dolido mucho que hubiera presupuestado algo que era incierto y encima, algo que adoraba, cuidaba desde la muerte de su hermano.

Después del desayuno Tiago fue a recepción y pidió la contratación del barco además de lo que quería que hubiera de bebida y comida. En un rato nos lo tendrían listo, así que fuimos a la habitación a por las toallas y demás cosas que íbamos a llevar.

Nos trasladaron hasta el muelle donde nos esperaba nuestro flamante Yate, aquello era digno de revista, lástima que en vez de a navegar parecía que íbamos de entierro.

Nos adentramos mar adentro en ese plato que ese mar, Tiago abrió una

botella de vino y sirvió las dos copas, yo lo miraba en silencio, no me atrevía a decir ni media palabra, me daba la sensación que ya lo que íbamos a hacer era dejar pasar el tiempo hasta volver a España, era como si sintiera que él era lo que estaba esperando, regresar y olvidarse de la loca de Abigail, para él solo debía ser eso en estos momentos.

Puso música en su móvil, lo dejó sobre la mesa, con Vanessa Martín de fondo y su tema “Sin saber por qué.”

Esa letra de me siento torpe... Se me volvieron a caer las lágrimas, disimulé poniéndome en la barandilla apoyada, mirando al mar. ¿Se sentiría como la canción? ¡No! Dios, me quería morir.

El barco o yate o lo que fuera se paró, echó el ancla y se tiró a bañarse, yo lo observaba desde arriba, triste, echándose el pelo hacia atrás, mirando al horizonte, en medio de ese mar cristalino y yo sin saber que hacer.

Bajé y me puse junto a él.

—Tiago, sé que no me merezco tu perdón, ni que me hables, ni que me mires siquiera, me merezco una patada en el culo y que me dejes tirada como una mierda, como siento ahora mismo que es lo que soy...

—No digas eso —clavó sus ojos en los míos.

—Me siento tan mal...

—Ven, dame un abrazo —me empujó hacia él y yo me derrumbé a llorar como una niña pequeña.

—Lo siento, de verdad...

—No te laments más —dijo abrazándome, pero nada más allá que un abrazo de necesidad no hacía nada por besarme ni nada más allá que abrazarnos para paliar el dolor.

Estuvimos en medio del mar abrazados un buen rato, luego volvimos a subir y sirvió otras dos copas de vino.

— Prueba eso —dijo señalando a unas langostas.



—Ahora —sonreí tristemente.

—No te castigues más.

—Tiago, no me merezco ni el vino que me estoy tomando —volví a llorar.

—Escúchame —se sentó a mi lado y me rodeo con su brazo que estaba apoyado en mi respaldar—. lo he pasado muy mal, pero se me pasará, lo hablaremos tranquilamente, pero ahora debemos de cambiar un poco el chic y empezar a disfrutar un poco del viaje. ¿No crees?

—¿Te puedo preguntar algo?

—Claro...

—Si pudieras te volvías mañana mismo, ¿verdad? —pregunté con miedo a esa respuesta que ya daba por sentada.

—Si quisiera nos podríamos ir ahora mismo, cambio el vuelo y ya, pero no, el mismo dolor que he sentido lo tendré aquí, allí o donde vaya —decía tocando mi antebrazo con su mano—. Aunque no lo creas, me apetece estar aquí a tu lado, aunque esté mal por lo sucedido, pero prefiero pasar esto a tu lado que solo.

Ahí terminó de apretar mi nudo de garganta y me abracé a él, llorando a mares, sin poder retener ese dolor que sentía tan grande por lo que yo había ocasionado, él me acariciaba el pelo, encima intentaba aplacar mi dolor, ese que él también sentía.

—Te propongo algo —dijo poniendo mi flequillo detrás de la oreja.

—Lo que quieras —dije en voz cabizbaja.

—Hagamos borrón y cuenta nueva, como si nos hubiéramos acabado de conocer, ni para lo bueno ni para lo malo miremos atrás, disfrutamos estos días de vacaciones y desconectamos del mal rollo que tenemos en el cuerpo. ¿Te parece? —seguía acariciando mi pelo, a modo cariñoso, sin ninguna pretensión más.

—Olvidar todo... —puse los ojos en blanco mientras me intentaba secar las lágrimas que seguían saliendo a borbotones —Lo intentaré, pero me va a costar sacar de la cabeza la metedura tan grande mía de pata y olvidar lo mal que te traté mientras tú lo único que hacías era preocuparte por estar conmigo.

—Venga —se levantó —, voy a la cocina a por la botella de Vodka y los vasos de chupito, ya que estamos aquí nos dejamos de velatorio.

Me quedé apoyada sobre la mesa, con las manos sobre la frente, quería despertar de esa pesadilla, pero tenía claro que no lo era, que era tan real como la vida misma, la metedura de pata más grande que había tenido en mi vida.

Cambié la cara y sonreí cuando volvió, sirvió los chupitos y brindamos por las vacaciones, bueno, lo hizo él, yo esperaba que dijera algo más como que también por nosotros porque todo volviera a ser como antes, pero obvio que no, eso no lo iba a decir.

Tenía un sentimiento tan raro y contradictorio que me dejaba muy mal cuerpo, me sentía totalmente idiota, con la sensación de haberme cargado lo que podía haber sido una de las historias más bonitas de mi vida.

Me tomé dos chupitos seguidos, tenía la necesidad de perder un poco la cabeza por el alcohol, esperanzada que en ese estado dejara el sufrimiento un poco de lado.

Pasamos el día charlando de cosas que no tenían que ver con nuestras vidas, cosas tales como la vida en otros países, las culturas, las civilizaciones, las razas, religiones, cosas de las que menos se hablarían en unas vacaciones, pero ahí estábamos nosotros, con dos cojones, hablando de todo con tal de no acordarnos del desastre que habíamos vivido los últimos días.

Por la noche llegamos a la habitación y nos acostamos, boca arriba, volvimos a charlar sobre las curiosidades de la tierra, del universo y de todo,

menos de nosotros, eso era lo que más me partía el alma, eso era lo que me causaba un dolor y sobre todo sentir que echaba de menos al Tiago de antes, ese que me abraza con deseo y que hacía vibrar cada recodo de mi piel.

La charla fue durante un rato, estábamos rendidos, cansados del día de sol en alta mar, cansado de no hacer nada, eso era lo más gracioso e inexplicable, cansarse de no hacer nada...

## Capítulo 18



Había tenido pesadillas esa noche. Recordé alguna que otra vez en la que Tiago susurraba cosas en mi oído, diciéndome que me relajara, que solo era un sueño y me abrazaba para consolarme. Odiaba esos momentos porque no podía pararlos. Me ocurría desde que era pequeña, un mal día o demasiadas cosas en la cabeza y las pesadillas se sucedían unas tras otras. La mayoría de las veces no las recordaba o eran cosas sin sentido, nada que ver con lo que en realidad me preocupaba o me tenía en ese estado de estrés mental, pero otras veces sí y eran tan reales...

No recordaba las de esa noche, solo tenía clara una cosa sobre ellas: eran sobre Tiago y cómo lo perdía. Normal que mi reacción, después de lo mal que lo había pasado esos días atrás pensando que me engañaba y que todo entre nosotros no era más que una farsa... Y, además, el saber que todo había sido un malentendido y que yo era gilipollas.

—Deja de llamarte gilipollas.

Escuché su voz entre la neblina del sueño y me removí en sus brazos hasta ponerme cara a cara con él, mirándolo.

—Buenos días —dije un poco avergonzada.

—No deben de ser muy buenos para ti, no creo que descansaras mucho.

—Ya, las pesadillas... —suspiré.

—¿Las tienes muy a menudo?

—No, solo cuando me siento mal o hay algo que me preocupa en demasía, pero en general las sobrellevo.

—Entiendo... Pues esta noche te han superado.

—Bueno, estoy acostumbrada.

—Todo está bien, Abigail. No tienes de qué preocuparte —dijo tras darme un dulce beso en la frente.

Sí, podía ser, pero yo eso no lo sentiría exactamente así hasta que lo tuviera realmente entre mis brazos, como antes. No de esta forma que éramos, más bien, dos buenos amigos. Aunque como él decía, se le pasaría, ¿no?

—Te dije ayer que borrón y cuenta nueva —me recordó—. Así que... Como si nos volviéramos a conocer. Y por cierto, señorita, está usted preciosa recién despierta —dijo bromeando.

Me puse roja, me abracé más a él y escondí mi cabeza en el hueco de su cuello, avergonzada y sonriendo cuando escuché su risa llenar la habitación.

—Venga, arriba, ducha, bikini y nos vamos a desayunar al aire libre que me muero de hambre.

—Ya podías comerme a mí —dije bajito, pero me escuchó.

—Tranquila, que cuando te coma, te voy a comer bien —dijo con voz ronca, en mi oído, era una promesa que me ponía el vello de punta nada más con imaginármelo.

—Ducha. Fría, sí —gemí y me levanté detrás de él, quien reía a carcajadas.

Sonreí mientras entraba en el baño, era como volver a tenerlo, escuchar su risa me hacía más que feliz. Y pensar que estuve a punto de cargarme todo por un malentendido... Me ponía de mal humor solo con recordarlo.

—Gilipollas, que eres gilipollas —me dije a mí misma varias veces esa mañana.

El sol, el sonido del mar, de la gente disfrutando de la vida... Era todo un espectáculo desayunar así.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —Tiago me acercó otro café.

—Pues aunque no lo creas, estoy reventada de no hacer nada ayer —reí—. ¿Podemos quedarnos por aquí, solo disfrutar de la piscina, del mar... No sé, descansar.

—Uhhh... Me parece bien, es para lo que hemos venido —me guiñó un ojo—. Pero con una condición.

—A estas alturas, las que quieras —puse los ojos en blanco. Después de mi metedura de pata...

—Que los que nos queda aquí no estemos ni un día más en las instalaciones. Hoy el día de relax y déjame preparar las próximas excursiones. Hay sitios impresionantes que quiero enseñarte.

—¡Hecho! Pero hoy nos quedamos aquí —reí.

—Hoy sí, así que disfruta del relax porque no volverás a estar descansada hasta que vuelvas a casa.

—Dios, eso ya no me gusta tanto —reí.

Pero era un trato justo. Además, yo también quería conocer todo lo que ese maravilloso lugar al que quizás nunca más volvería me deparaba. Con un día de relax recargaría las pilas suficiente para lo que estaba por venir, que además, estaba deseando vivirlo. Una no viajaba bien hasta que los pies le dolían y se le llenaban de ampollas. El estar tirado siempre me llegaba a aburrir. Un día y no más, como se solía decir.

Nos tomamos el café que Tiago había traído y él se levantó.

—Voy a organizar las excursiones.

—Espera, voy contigo.

—No, ¿no querías relax? Pues no muevas el culo de la silla. O de la hamaca. O de la playa... De donde quieras estar, pero sin hacer nada.

—Pero Tiago, eso no significa que esté tumbada todo el día.

—Ah, ¿no?

—Pues no... —pensé que ya me subía por las paredes. Estar en relax

era... Vale, sí, un rato de no hacer nada, pero lo demás, aunque fuera mentalmente, podía hacer algo, ¿no?

—No hay quien te entienda —rio.

—Lo sé —puse los ojos en blanco—, pero voy contigo.

—No, quiero que sea una sorpresa.

—Pero si de todas formas va a ser una sorpresa, yo no conozco nada de este lugar...

—Abigail...

—Está bien, me quedo en esa hamaca bebiendo mojitos hasta que regreses. ¿Así está mejor?

Se agachó y me dio un beso en los labios.

—No sabes cómo me pone que seas obediente —dijo sensualmente.

—Ouf, pues a este paso de ponerte poco, porque yo de obediente tengo... —puse los ojos en blanco.

Tiago se rio a carcajadas.

—¿Qué voy a hacer contigo?

—Hombre, Tiago, yo alguna que otra idea tengo...

Me miró a los ojos, los suyos quemaban.

—No creo que llegue al nivel de lo que yo tengo en mente...

Y tan tranquilo, se marchó. Dejándome así, ardiendo por dentro. Pues a la mierda, ¿así quién iba a relajarse?

—Mierda de hamaca... —resoplé un rato después, cuando después de darme la tercera vuelta, no cogía postura.

—¿Se encuentra bien?

Me di la vuelta rápidamente y miré al tremendo morenazo que estaba de pie, delante de mí y mirándome con preocupación. Yo en ese momento no podía hablar, se me había atascado el aire en la garganta. Madre del amor hermoso... Eso no solo era una tableta de chocolate...

—¿Qué? —pregunté, yo y mis luces...

—Que si se encuentra bien, la veo incómoda.

—Ya, bueno, es que lo estoy —me senté, bajé mis gafas de sol un poco y le di un repaso de abajo arriba—. Es que ya podían hacer estas cosas más cómodas, ¿no cree?

—Bueno, está sentada en el área de la piscina, tal vez si se pusiera en las que están allí, en la línea de playa, no son tan duras como estas.

—Oh —pues sí que era gilipollas, pensé, ni cuenta me había dado—. Gracias.

—De nada. ¿Quiere tomar algo? —preguntó señalando a la copa que tenía vacía a mi lado.

—Esto... Sí, gracias, pero ya si eso voy yo.

A ver, que el muchacho estaba muy, pero que muy bien, pero no era Tiago, qué se le iba a hacer. El mío estaba mejor, la verdad.

—Sí, ya va ella o ya, si eso, voy yo.

La voz de Tiago nos sorprendió a los dos. Lo miré y tenía la mandíbula apretada mientras miraba al morenazo.

—Lo siento, no quise... —intentó disculparse el muchacho.

—No pasa nada —Tiago le dio una palmada en el hombro, pero que escondía más una amenaza, a mi parecer, que un gesto de amistad—. Pero si nos disculpas...

El chico hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se marchó de allí, dejándonos solos.

—No puedo dejarte sola, por lo que veo —se sentó a mi lado.

—¿A mí? Pero si yo no hice nada, el chico solo fue amable.

—Ya, claro. Como son amables todos los de aquí con las turistas —torció el gesto.

—¿Celoso? —me reí, no pude evitarlo.



—No —negó inmediatamente—. Yo no soy celoso.

—No, ya veo —las carcajadas salían de mi garganta—. Tranquilo, nadie me saca de quicio como tú.

—Vaya, eso sí es una tranquilidad —puso los ojos en blanco—. ¿Quieres tomar algo?

—Sí, pero voy... —con su mirada supe que no iba a dejar que me moviera de ahí—¿Ni para mear? —pregunté, entendiendo su mensaje oculto —Está bien, lo que quieras traerme, pero antes dime, ¿ya preparaste todo?

—Sí, tendremos un guía que nos acompañará a todos los lugares que quiero enseñaros.

—¿Enseñarnos? ¿A quiénes?

—No pensarías que yo iba a perderme semejante viaje a este lugar paradisíaco, ¿no?

Me levanté de un salto y me puse a chillar como una loca.

—¿Emmy? ¿Pero qué haces aquí?

Me abalancé sobre mi amiga y la abracé.

—Ya ves, Saúl y sus planes de última hora.

—Y tú que pusiste muchas pegas —dije irónicamente, entre risas.

—Sí, un montón —rio—. Me trajo por los pelos.

—Seguro...

Abrazada a mi amiga, riendo por la felicidad de tenerla allí y chillando mientras saltábamos como dos niñas pequeñas.

—Cualquiera diría que solo conmigo no disfrutas viajando —se quejó Tiago.

—Ouf, eso es porque te vio con aquel morenazo, ¿no? —rio Emmy.

—No —dijo él.

—Algo así —reí yo, llevándole la contraria.

—Lo suponía —rio Emmy.

Emmy y Saúl se sentaron con nosotros. Habían venido a pasar esos días que nos quedaban en aquel maravilloso lugar. Y yo no podía dejar de sonreír. Nos lo íbamos a pasar en grande, de eso no había duda.

Una copa por aquí, Emmy sin parar de hablar de todo lo que le había pasado en el vuelo... Eran demasiadas horas para que mi amiga no la liara. Planes para los próximos días... Ahora sí que iba a ser una escapada para recordar. Aunque cada momento a solas con Tiago también lo era.

Unos días después, de camino a casa, en ese vuelo eterno donde parecían que las horas no pasaban, me acordé de ese momento en el que pensé que todo sería perfecto desde que mi amiga llegó.

Perfecto fue, pero un perfecto desastre...

Emmy y libertad era sinónimo de catástrofe. Eso yo lo tenía más que claro. Y los chicos, desde el día que casi incendia media casa en los Pirineos, también lo sabían bien. Pero claro, a la pobre se le da un voto de confianza porque es algo torpe. Así que la culpa no es de ella, la culpa es nuestra. Sobre todo de Saúl, quien con tal de darle todo lo que quiere, es capaz, no solo de poner su vida en riesgo, si no la de todos los demás que los acompañamos.

Y no exagero, os juro que estuve temiendo por mi vida y en más de una ocasión. Eso sí, cuando ya la cosa pasaba, las risas de haber salido ilesos nos duraban horas.

Para que os hagáis una idea, os contaré cada suceso mientras estoy sentada en ese cómodo asiento del avión que nos lleva de vuelta a la realidad, con una sonrisa en la cara y, por qué no decirlo, con la alegría de poder volver y seguir vivos.

Todo comenzó al día siguiente al que Emmy y Saúl llegaron al hotel donde nos encontrábamos Tiago y yo. El día de su llegada fue el relax que Tiago exigía. Mucho alcohol, comida e irnos a dormir temprano con la borrachera que todos teníamos encima.

Lo que significaba levantarse con resaca al día siguiente.

Y resaca y Emmy no eran, precisamente, dos cosas compatibles... No cuando su imaginación se unía.

Primer viaje desastroso.

Os pongo en situación: Isla Saona. Un lugar de la República Dominicana al que teníamos que ir, obviamente, en barco. El objeto de la posible muerte: un tiburón.

*—Las palmeras de ese lugar son impresionantes. Y los corales ya ni os cuento —decía Saúl, contándonos cosas mientras nos acercábamos al lugar que iba a ser nuestra primera excursión.*

*Tiago estaba hablando con el comandante del barco y Emmy y yo escuchábamos las anécdotas de Saúl mientras tomábamos una copa de vino.*

*—¿Has estado muchas veces aquí? —le pregunté.*

*—¿En el Caribe? Varias, a Tiago le gusta venir y solemos escaparnos casi cada año unos días —respondió él.*

*—Pues ya somos cuatro que nos escaparemos —rio Emmy—. Por cierto, ¿queda mucho?*

*—Un ratito aún. Seguramente paremos la embarcación un rato para tomar un baño.*

*—¿Un baño en medio del mar? Ni de coña —dijo ella.*

*—¿Por qué no? Mira qué aguas —dije yo, sintiéndome como la próxima protagonista de una película que nada en plan sirena por esas aguas cristalinas.*

*—No, quita esa mirada que me la conozco —me advirtió ella—. Ni eres una sirena —dijo, adivinando mis pensamientos—ni lo que puedes encontrarte ahí abajo son delfines como imaginas. Ahí, lo que hay en esas aguas que tú ves tan bonitas, son tiburones. Grandes y asesinos tiburones —dijo con voz tenebrosa.*

—Tiburones... —intenté no reírme.

—Sí, tiburones.

—Amor, ahí no hay tiburones, no hay peligro, confía en mí —rio Saúl.

—Mira, Saúl, yo puedo confiar en ti todo lo que tú me pidas, pero en eso no. ¿Es que no veis la televisión? Es el lugar perfecto para que un bicho como ese aparezca y salgamos en las noticias internacionales de los telediarios españoles con el titular: Cuatro jóvenes... Bueno, así no, porque vosotros no es que seáis muy jóvenes —enfaticó para risa de los dos—Sería más bien: Cuatro españoles que disfrutaban de unas distendidas vacaciones en el Caribe, mueren entre los dientes de un tiburón blanco que tras semanas de búsqueda, aún no fue capturado. Ahora, los pobres inocentes, descansan en paz en el estómago del feroz y asesino animal que se cebó, descuartizando y tragando cada parte de su cuerpo...

Saúl y yo nos miramos y acabamos estallando en carcajadas.

—Emmy... —negué con la cabeza.

—Pero bueno, ¿es que no le tenéis miedo a la muerte? —preguntó ella ofendida.

—Esa muerte es demasiado novelesca para que sea real —reí.

—Y una mierda. Os lo advierto, yo no pienso convertirme en energía para ese bicho. Así que no, no bajo y punto. Vosotros haced lo que queráis, ya me encargaré de prepararos un buen funeral...

—Bueno, chicos, ¿os apetece un baño? —preguntó Tiago, interrumpiendo la conversación y sin tener ni idea de que ya estábamos todos más que acojonados.

Tiago me miraba, esperando la respuesta. Saúl carraspeó y yo miré hacia otro lado.

—¿Qué os pasa? ¿No sabéis nadar? —rio Tiago, por hacer la broma.

—Bueno... ¿no vais a tomaros ese maravilloso baño en aguas

*cristalinas? —preguntó Emmy, mirándonos con las cejas enarcadas.*

*—Esto... Verás, Tiago —comencé—, es que bebí mucho y no me atrevo.*

*—Abigail, estaré contigo, no te preocupes.*

*—Como si eso me librara del ataque del tiburón —refunfuñé por lo bajito.*

*—¿Qué? —preguntó Tiago, que no me había entendido.*

*—Nada, Tiago. De verdad es que no me apetece.*

*—¿Y vosotros? —preguntó a Saúl y Emmy.*

*Ella ni respondió, miró a su chico.*

*—Ya tendremos oportunidad de hacerlo otro año —dijo Saúl, intentando restarle importancia.*

*—¿Estáis bien? ¿Pasó algo que no sé? —inquirió Saúl.*

*Todos negamos con la cabeza. Nada que le fuéramos a contar porque seguramente se reiría de nosotros. O eso o Emmy era capaz de acojonarlo también. Así que mejor nos quedábamos calladitos y con el suspiro de alivio de que al menos, por esa vez, no saludaríamos a San Pedro.*

Así fue como la primera excursión se quedó manchada por el miedo. Miedo por culpa de la imaginación de Emmy que provocó que ni Saúl ni yo pudiéramos poner ya un pie en ese mar. Ni siquiera en la orilla. Para matarla...

Segundo viaje frustrado.

Lugar: Plaza Bávaro. Objeto del desastre: un souvenir.

*Estábamos paseando por ese precioso lugar, conociendo pubs, bebiendo toda clase de cosas, comiendo hasta reventar. Con puestos de objetos artesanales, nos parábamos en cada uno de ellos, haciendo que los chicos fueran con las manos llenas de bolsas con detalles para cada español que habíamos conocido desde nuestra infancia.*

*Era la tercera tienda que visitábamos y sabíamos que aún nos quedaba*

*medio día por estar allí, eso si la imaginación de mi amiga no me volvía paranoica.*

*—¿Para qué vas a comprar eso? —me preguntó. Tenía en la mano una especie de concha de cristal rellena de arena.*

*—Para mi madre, no lo entiendo, pero le encantan estas cosas —me encogí de hombros.*

*—¿Y tu madre está bien?*

*—Sí, ¿por qué?*

*—¿No cree en brujería o en cosas así?*

*—¿De qué hablas, Emmy?*

*—A ver, Abigail, aunque no creas en esas cosas, todo el mundo sabe que traerte cosas con arena de algún lugar, no es bueno.*

*—¿Por qué no? Es arena.*

*—Es mala energía...*

*—Anda, déjame ya —me reí, pero en el fondo ya me había puesto nerviosa. Yo no creía en nada de eso, pero tampoco quería comprobar si era real o no, cuanto menos supiera, mejor para mí.*

*—Bueno, como quieras, pero a mi prima...*

*—Ah, no, si me vas a contar algo tenebroso, mejor te callas —le advertí, puse la jodida concha sobre el mostrador en plan cabezota, me la iba a llevar sí o sí.*

*—Vale, pero después no digas que no te lo advertí...*

*—Joder, Emmy, ¿que me advertiste qué?*

*—Pues que esas cosas son satánicas.*

*—Y si son satánicas, ¿por qué las venden en todas y cada una de las tiendas? —resoplé.*

*—Porque el mundo es el infierno, señora.*

*Miré al anciano tras el mostrador, con ese pelo largo y con esos dientes*

*que no tenía... Y llamadme paranoica, pero me dio tan mala sensación, que acabé saliendo de la tienda rápidamente, sugestionada todo el día por culpa de las “bromas” de mi querida amiga. Con una borrachera impresionante y, cómo no, con otra noche de pesadillas en las que lo único que veía eran demonios que venían a por mi alma.*

Tiago, cuando se lo conté, no podía dejar de reír. Pero os juro que a mí me jodió el día de compras de regalos. La iba a matar...

Y como eso... Lo único que puedo decir es que disfruté de las vacaciones, sí, pero desde otra perspectiva bien diferente.

—¿Estás bien?

Volví a la realidad con la pregunta de Tiago. Me había quedado dormida nada más despegar mientras recordaba algunos de los momentos desastrosos del viaje.

—Sí. Hola... —sonreí mirándolo.

—Tenías una pesadilla —acarició mi cara.

—Ah —me puse roja y normal, pensé, entre tiburones y demonios, entre otras cosas, lo que no sabía era como seguía cuerda y sin asesinar a la loca de mi amiga—. Lo siento, debe ser el cansancio.

—Bueno, no habéis querido hacer la mayoría de las cosas que os propuse, tampoco estarás muy cansada —bromeó.

—Si tú supieras... —suspiré.

—¿Qué?

—Nada, que digo que estoy más cansada de lo que piensas.

—Será porque no descansas bien. Pero espero que hayas disfrutado del viaje.

—Pues sí —sonreí, la verdad que quitando los momentos desastrosos, me había reído como nadie, había bebido para acabar con mi hígado de por vida y, lo que más me gustaba, había disfrutado bien de Tiago. No tanto

como me hubiera gustado, pero el tiempo que habíamos pasado entre las sábanas, iba a ser uno de los mejores recuerdos que me llevaría de aquel lugar y que nunca olvidaría.

Mi mente, en segundos, ya había pasado de las pesadillas al deseo cuando recordó a Tiago desnudo, entre mis piernas, tomando todo de mí...

—Hace calor aquí, ¿no? —de repente me había entrado una calentura por la entrepierna y el cuello que parecía que iba a darme algo.

—¿No tuviste suficiente con lo de anoche? —me preguntó con voz ronca y en mi oído.

Lo de anoche...

*Mi mente ya viajó unas horas atrás, cuando Tiago y yo estábamos en el balcón de nuestra habitación disfrutando de una copa de vino en la que sería nuestra primera noche en aquel inolvidable lugar. Y, aunque increíble, era cierto que no había pasado nada entre nosotros además de algún que otro calentón de palabra y un beso por aquí, un beso más profundo por allá... Y yo estaba que en cualquier momento o ardía o me abalanzaba sobre él.*

—Ya se acaba todo... —dijo mirándome.

—Gracias, ha sido un viaje para recordar siempre.

—Todo lo que hacemos juntos es para recordar siempre, Abigail —me quitó la copa de la mano, la dejó junto a la suya, me apoyó en la barandilla y se colocó entre mis piernas.

—Creo que nunca voy a perdonarme por...

—No, no vuelvas a eso. Sé que he estado algo distante, pero me dolió. Y no quiero volver a eso, ya está aclarado.

—Ya, pero...

—Abigail, deberías habérmelo dicho antes, pero ya está. Nos queda una noche en este lugar. No te he tocado en todo este tiempo. La verdad es que lo que menos deseo en este momento es hablar de nada, aclarar nada.



*—¿Y qué deseas? —pregunté, temblorosa, deseando que su cuerpo me deseara a mí tanto como el mío deseaba al suyo.*

*—Recordar cómo es tocarte —se pegó más a mi cuerpo—. Cómo es sentirte —movió sus caderas, clavando su erección en mi entrepierna, haciéndome gemir—. Cómo es saborearte —lamió mis labios antes de devorarlos—. Cómo es... —bajó su mano, levantando mi vestido, metiéndola por debajo de mi ropa interior, acariciando mi clítoris hasta llegar al lugar donde quería tenerlo a él—... cómo es estar dentro de ti —ronroneó antes de meter dos dedos en mí, dejándome sin respiración por la sensación.*

*Quiero recordar cómo es sentirte mía.*

*Joder, con esa última frase ya me había derretido.*

*—Hazlo —le rogué.*

*—Ay, Abigail, hay tantas cosas que quiero hacer contigo...*

*No sabía si sonaba a amenaza o a proposición, pero me daba lo mismo. Conmigo podía hacer lo que quisiera en ese momento. En ese y en cada uno de los que me hacía temblar, tomando el control de mi cuerpo, cuando me hacía sentir, como él decía, suya. Porque en esos momentos, lo único que sabía con certeza es que mi cuerpo no me pertenecía.*

*Mi cuerpo era suyo y él también lo sabía muy bien.*

*Sus dedos siguieron jugando con mi cuerpo. Acariciando, pellizcando. Y su boca perdiendo el control. Devorando mis labios, magullándolos. Los gemidos saliendo de nuestros labios. El deseo hecho dueño de nuestros cuerpos...*

*—Abigail...*

*—Ujum...*

*—Cuidado con lo que recuerdas, te va a escuchar todo el avión gemir — me dijo Tiago en el oído.*

*Abrí los ojos, saliendo de mis recuerdos y volviendo de nuevo a la*

realidad.

Roja como un tomate por la vergüenza, carraspeé mientras pedía que la tierra me tragase. Joder, ¿me había escuchado alguien?

—Tranquila, nadie se enteró —rio Tiago, leyendo mi mente.

—Es tu culpa —me quejé.

—¿Mi culpa?

—Sí, tuya. A ver quién fue el que... —señalé a mi entrepierna, recordando cuando había sacado mis dedos de ahí y los había reemplazado con su boca. Dios, volver a pensarlo me ponía mala. Cerré las piernas para evitar gemir de nuevo.

Tiago volvió la mirada a mis ojos, vi el deseo en ellos, los recuerdos también grabados en su mente. Sin decir una palabra, se levantó y me ofreció la mano.

—¿A dónde vamos?

No respondió. Cogió mi mano y tiró de mí hasta ponerme en pie.

—¿Estás loco? Todo el mundo nos ha visto entrar —estaba más que loco, que nos había metido a los dos, ante la mirada de todos, ¡en el baño!

—Shhh... Calla o sí que se darán cuenta.

—Como si no lo supieran ya... —la última palabra la dije ahogada cuando su mano entró por dentro de mis pantalones y mi ropa interior, tocándome allí donde más lo necesitaba—Tiago...

—Solo disfruta – dijo en mi oído.

Movió su cara para besarme y para tragarse mis gemidos. Sus dedos habían entrado ya en mí y mis piernas iban a dejar de sostenerme. Estaba demasiado húmeda, mi mente ya me había jugado una mala pasada con los recuerdos de la noche anterior, si seguía así, no iba a tardar mucho en alcanzar el orgasmo.

—Tengo muchas cosas en mente para hacer contigo, Abigail...

—¿Cómo qué? —pregunté sobre sus labios, después de que mordiera y jalara mi labio inferior.

—Como follarte en la oficina mientras estamos en una reunión. Los demás sin imaginar qué ocurre. Mi mano por debajo de la mesa, levantando tu vestido, haciendo que te corras mientras tu cara tiene que permanecer impasible.

Gemí, imaginándolo. Aunque conociéndome, no sabía si sería capaz de permanecer sin que se me notara lo que ocurría entre los dos.

—¿Te excita el riesgo? – gemí.

—¿A ti no?

A mí me excitaba todo lo que fuera con él.

—Tiago...

—¿No te gustaría estar privada de tus sentidos mientras hago con tu cuerpo lo que quiera?

—¿Atada? —mi voz sonaba ya estrangulada.

—Atada. Con los ojos vendados. Amordazada... Quizás todo a la vez. Sin saber qué voy a hacerte. Solo a la expectativa mientras yo disfruto de tu cuerpo y te regalo un orgasmo tras otro.

—Oh, sí...

Su mano se movía cada vez más deprisa. Mis gemidos, cada vez más intensos, amortiguados con sus besos. Mi cuerpo empezó a temblar y yo sabía que se acercaba lo bueno.

—Vamos, pequeña, dámelo.

Como si me lo tuviera que pedir... Estallé, gritando en su boca, mis piernas ya ni me sostenían, eran sus manos quienes mantenían mi cuerpo de pie.

—¿Bien? —me besó en la frente

—Sí —suspiré—, pero no pienso salir hasta que me recupere.

Tiago rio, sacó la mano de debajo de mi pantalón y me abrazó. En ese momento de felicidad, el avión se movió a causa de una turbulencia algo exagerada. Tiago, manteniéndome agarrada, agarró con su otra mano la puerta para mantenernos en equilibrio.

—¡¡¡Vamos a morir!!!

Escuché el grito de mi amiga desde el interior del baño. No sabía si asustarme o llorar. Cuando el avión se estabilizó, Tiago me miró a los ojos.

—Creo que te va a tocar salir ya y tranquilizarla.

—Lo que voy es a matarla —puse los ojos en blanco.

—Un poco fantasiosa sí que es —rio.

—¿Un poco? No he parado de tener pesadillas por su culpa.

Las risas de Tiago provocaron las mías. Me puse bien la ropa y el pelo y tras un beso en los labios bastante dulce, salí tras él. En ese momento, gracias a la turbulencia que habíamos pasado, nadie nos hizo ni caso, cosa que agradecí. Volví a mi asiento después de asegurarme de que a Emmy se le había pasado la histeria y viendo que aún nos quedaban unas horas de vuelo, decidí dormir un poco.

—Abigail...

Abrí los ojos que acababa de cerrar, miré a mi lado, abajo, ahí estaba Emmy, en cuclillas.

—Emmy, ¿qué te pasa?

—Abi, este avión va directo al desastre.

—¿Pero qué dices? —resoplé, Tiago, a mi lado, empezó a reírse.

—Sí, eso que ha pasado no es más que la primera señal.

—Era una turbulencia, Emmy, algo normal.

—No, sé lo que es una turbulencia y ya te digo yo que no es normal.

—Emmy, todo está bien, vuelve a tu asiento —Saúl apareció tras ella, intentando llevársela.

—Cuando empiece el desastre, os acordaréis de mí —advirtió. Saúl se la llevó poniendo los ojos en blanco, Tiago no dejaba de reír y yo... Yo ya me había acojonado viva.

En ese momento todas las imágenes de desastres de aviones que había visto tanto en documentales sobre hechos reales como en películas, de ficción, pasaron por mi mente. Y ahí estaba de nuevo mi miedo a ver a San Pedro demasiado joven.

—Abigail. No le hagas caso, sabes que es una exagerada.

—Lo sé, Tiago, pero es que me pone de los nervios.

—Ya y ella lo sabe y lo exagera, no sé cómo aún no os dais cuenta de que se queda con vosotros. Debe de estar muriéndose de la risa por dentro.

Miré al otro lado, a Emmy, me hizo un gesto como diciéndome: estate alerta.

—No, yo creo que es que ella se lo cree.

—No, Abi, se queda con Saúl y contigo y lo hace bien —Tiago rio a carcajadas.

—Sea como sea... La voy a matar un día de estos.

—Si no morimos antes en el avión —Tiago no dejaba de reír y yo puse los ojos en blanco.

Bromeando o no, la cuestión es que esa endemoniada amiga mía siempre conseguía meterme miedo en el cuerpo.

Ya no pude cerrar los ojos en todo el trayecto. La última serie que había visto sobre aviones era de unos pasajeros cuyo avión desaparecía en pleno vuelo, para ellos solo habían pasado unas horas, unas turbulencias, nada extraño. Para el mundo, fueron cinco años. Los habían dado por muertos después de tanto tiempo desaparecidos y cuando aterrizaron, ya sus vidas no eran lo mismo. Su familia y sus amigos habían seguido sin ellos, pensando que estaban muertos.

—Anda, duerme —Tiago me sacó de mi ensoñación.

—No, estoy bien. Mejor... Por si acaso me quedo despierta.

Mejor controlando, porque descansar no iba a poder ya. Maldita Emmy...

Cuando llegamos al destino, lo primer que hice fue mirar mi móvil. Suspiré de alivio, la fecha estaba bien, así que todo correcto. Además, no nos esperaban las ambulancias ni nada parecido al FBI estadounidense, así que... Nada de lo que preocuparse.

—Al final he dormido —Emmy me miró tras bostezar.

La miré, miré a Tiago y otra vez a ella. Iba a ser que él tenía razón.

—¿Has dormido?

—Sí y descansé. ¿Tú no? —preguntó inocentemente.

¿Se estaba quedando conmigo?

—No, yo no. Será que me he imaginado todo tipo de catástrofes aéreas por tu culpa.

—Bueno, pero si ocurren dormida, pues no te enteras —mi amiga se encogió de hombros, sonriendo.

—La voy a matar —le advertí a Saúl.

—Hazlo, porque yo tampoco pude dormir.

Las carcajadas de Tiago se escucharon en todo el avión.

—Si es que... —decía.

Bajamos de avión, recogimos el equipaje y me despedí de Saúl y de Emmy. Tiago y yo nos montamos en el coche que nos esperaba en la salida del aeropuerto para llevarnos de vuelta a la realidad.

Ahí sí pude descansar un poco, apoyé mi cabeza en el hombro de Tiago y cerré los ojos.

—Abigail...

—No, aquí no hay tiburones...

—Abigail —rio—. Despierta, ya hemos llegado.

Suspiré, lo que menos quería es despertar en ese momento. Abrí los ojos poco a poco y resoplé por el cansancio.

—¿Ya?

—Ya. Llega a casa y acuéstate, estás agotada.

—Sí, me tomaré algo para poder descansar sin pesadillas, pero tú recuerda que tienes que despedir a Emmy —me quejé, provocando su risa.

Tiago me dio un beso en la frente y salió del coche, abrió la puerta de mi lado y me ofreció su mano, la cual acepté para salir. Ya mi maleta estaba fuera.

—Gracias —le dije de nuevo—. Me lo he pasado muy bien.

—¿Me das las gracias por haberte llevado engañada? —sonrió.

—Supongo que sí —me encogí de hombros—. Ha sido una experiencia para no olvidar.

—Eso espero, Abigail. Que no olvides nunca nada de lo que hemos vivido.

Fruncí el ceño, no me gustó esa frase para nada. ¿Sonaba a despedida? Aunque con ese hombre, ¿quién sabía? Una nunca tenía la seguridad de volver a verlo al día siguiente. Aunque me había acostumbrado ya a que los viernes apareciera para “secuestrarme” y pasarlo juntos.

Nos quedamos mirándonos y cogió mi cara entre sus manos. Me besó suavemente.

—Venga, sube y descansa.

—Algún día podrías subir —me atreví a decir. Eso conllevaba ya algo más entre nosotros, lo sabía, pero en ese momento necesitaba decírselo.

—Algún día podríamos hacer muchas cosas —dijo enigmáticamente.

—Tiago... —le advertí, pero resoplé, puse los ojos en blanco y me di la vuelta para marcharme.

Sabía ya, por experiencia, que iba a jugar al despiste. No sabía si es que eso le divertía o qué pasaba con ese hombre. Solo que no lo entendía, así que lo único que me quedaba era aceptarlo y esperar que aunque no hubiera nada definido entre nosotros ni ninguna promesa de volver a vernos en los próximos días, él apareciera como por arte de magia, como siempre hacía.

Solo me quedaba soñar.

Entré en casa. Dejé la maleta a un lado en el comedor, ya la desharía al día siguiente. En ese momento solo quería tomar una ducha, embadurnarme en crema, traía la piel demasiado quemada por el sol. Ponerme algo cómodo y sentarme en el sofá con una taza de té.

No tardé mucho en estar así, con el móvil en la mano y revisando las redes. Había pasado de todo eso en esa semana, así que tenía mucho con lo que ponerme al día. Leyendo posts, fruncí los labios. La gente seguía igual: fingiendo amor, felicidad, unos peleándose con otros... En fin, la misma mierda de siempre.

Le hice una foto a mi taza de té y la subí poniendo de título: “Ya de vuelta en la realidad, sin olvidar nunca los buenos momentos vividos.”

No tardó mucho en sonarme el móvil con la entrada de un mensaje. Me quedé extrañada al ver que era de Tiago. Decía: “Quizás algún día preparas dos tazas de esas.”

Me reí, negando con la cabeza. Era así de ambiguo. Lo mismo decía algo para darme a entender que a lo mejor no nos veíamos más, que soltaba otra cosa que era claramente que volveríamos a encontrarnos.

Yo con ese hombre no entendía nada.

Me tomé el té recordando algunos de los momentos vividos con él, sin poder dejar de sonreír.

Una llamada rápida a mi madre para decirle que ya estaba en casa, el reproche de mi hermano por no haberlo llamado por teléfono a diario, el cual



aplaqué un poco diciéndole que tenía varios regalos para él y una charla de:

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Bien, papá, gracias.

... Con mi padre. Me preparé algo rápido de cenar con lo poco que podía usar de lo que tenía en casa, una copa de vino y rápidamente a la cama.

Allí tumbada, miré la galería del móvil, observando cada una de las fotos que había hecho en esa aventura. Tiago salía guapísimo en todas, cómo no. Y yo...

Joder, ¿en serio ponía esa cara de tonta enamorada?, me pregunté a mí misma, indignada, observando mi cara más de cerca al hacerle zoom.

Puse los ojos en blanco. Por Dios, que ni una niña de quince años tenía esas expresiones de loca de amor tipo Julieta.

Negué con la cabeza, dejé de mirar mi cara de idiota enamorada y dejé el móvil en la mesilla de noche. A ver si al final iba a tener pesadillas con mi propia cara...

Acomodada, sonreí. El viaje había sido más que perfecto. Y Tiago... Esperaba que Tiago volviera a aparecer en mi vida. Y como él había dicho: Quizás algún día...

Quizás ese algún día que yo deseaba se hacía realidad.

Pero con él, no había nada seguro. Lo único que estaba claro es que mi amor por él seguía intacto. Ese hombre, sin haberme dado cuenta, ya había cambiado mi vida.

“Ay, Tiago, quizás algún día...”, suspiré y cerré mis ojos.

## Capítulo 19



A los cuatro días de la vuelta me tocó incorporarme al trabajo, no había tenido noticias de Tiago, yo había estado descansando y haciendo un poco de limpieza en la casa, además de visitar a mis padres y hermano.

Lo echaba mucho de menos, vivía pendiente a su Facebook por si cambiaba su estado, además del WhatsApp, a ese que no me atrevía a escribirle.

Llegué a mi despacho y vi a lo lejos a Emmy, estaba hablando por teléfono pero se le notaba agobiada, miré el email, revisé todo y planifiqué las dos siguientes semanas, ya que luego volvía a coger quince días de vacaciones.

Fui al despacho de Emmy que al verme rompió a llorar.

—¿Qué paso? —dije mientras me acercaba a abrazarla.

—La que he liado —lloraba desconsoladamente.

—¿Que hiciste?

—Me preñé —el llanto fue a más.

—¿Que qué?

—Me he preñado de Saúl —dijo poniéndose las manos en la frente.

—¿Estás embarazada? —pregunté incrédula.

—Hasta la medula...

—¿Saúl lo sabe?

—Se acaba de enterar...

—¿Y?

—Está feliz —volvió a romper a llorar.

—¿Entonces?

—Entonces estoy jodida ¿No lo entiendes? ¿Cuánto llevo con Saúl? Está claro que lo amo, pero que en estos momentos ya estaría a punto de casarme con Julio, cosa que me alegro de que no, pero es todo tan rápido... Estoy asustada —no podía dejar de llorar.

—Todo pasa por algo, estoy segura de que dentro de dos semanas será la futura mamá más feliz del universo —le di un fuerte abrazo.

—A ver como se lo digo a mis padres —puso los ojos en blanco.

—Preséntale a Saúl, que se vean un par de veces, le cojan cariño y zasca, le sueltas luego lo del embarazo —era lo único que se me ocurría—es mejor que decirle del tirón lo del embarazo.

—Yo me quiero morir...

—¿Qué dices loca? —solté una carcajada —Me vas a hacer Tita, que morir ni morir —reí apretándola contra mí.

Estuve un rato con ella, hasta que la dejé más relajada, luego volví a mi despacho y acabé todo hasta que terminó mi jornada laboral.

Volví a mi casa, ese día estaba nublado a pesar de ser pleno verano, pero me apetecía comer en la calle, me senté en una terraza y revisé las redes, nada de señales por parte de Tiago.

Algo me hacía sentir que en el viaje hizo de tripas corazón para estar bien, pero que ahora estaría intentando alejarse de mi por lo que le hice, por lo mal que lo traté, por tenerlo como un perro faldero tantos días detrás mía.

Me inundaba la pena, me sentía mal, estaba triste, cabizbaja, con la mente fijada en una sola palabra para definirme: Idiota.

Eso era, una idiota que desconfié de él, que no le dio opción a la réplica, que no le dio opción si quiera a defenderse, esto me lo tenía merecido.

Me fui a casa de mis padres, recogí a mi hermano y nos fuimos al cine, se lo había prometido, así que palomitas, refrescos, caramelos y a ver la

película de super héroes que él había elegido.

Cuando salimos fuimos a un McDonald, mi hermano estaba muy divertido y emocionado, eso me hacía feliz.

Después de dejarlo en casa de mis padres me fui a la mía, puse el manos libres del coche y llamé a Emmy para ver si estaba más relajada.

—Hola —dijo en tono enfadado.

—¿Aún estás así?

—Estoy peor, quiero morirme...

—Y dale con la muerte, bicho malo nunca muere ¿No lo sabías?

—Pues yo me quiero morir —repitió en tono niña de diez años.

—Vale, pero ya otro año, este no me jodas —bromeé.

—Mañana va Saúl a comer a casa de mis padres —dijo sin entusiasmo.

—Eso es genial, deberías ya de cambiar esa actitud.

—Ya, pero es que no me veo dando la teta, cambiando pañales, sin dormir —protestó.

—Desde luego hija, se ve que el instinto maternal no nació para ti —reí —todo eso lo harás sobre la marcha y es una época que seguro disfrutarás mucho.

—Bueno, ya llegó Saúl, fue a por comida china. Mañana te llamo.

—Está bien. Anímate.

Puse la música a todo volumen, Fito, me encantaba, además me levantaba el ánimo un poco.

Al llegar a casa me metí en el baño escuchando esta vez a Malú, estaba más sentimental y profunda, además del tema Deshazte de mí que era muy profundo, así que el baño fue más dramático que relajado, yo cantando con todo el sentimiento del mundo mientras me enjabonaba.

Por la mañana me levanté zombie, de mal humor, con ganas de mandar a la mierda todo, hasta a mí misma, estaba al borde del colapso, necesitaba ver

a Tiago y quitarme este sentimiento tan malo que llevaba encima de mí.

—Hola —Una vocecita se coló por la puerta.

—Hola, Coral —dije sorprendida.

—¿Me dejas un folio y un lápiz para hacer un dibujo para mi papá? — dijo refiriéndose a Tiago, su tío, al que llamaba papá y al que yo le el pollo por ello, solo de recordarlo me daban ganas tirarme por la ventana.

—Claro ¿Quieres sentarte ahí? —le puse el folio y unos lápices.

—Sí. Mi mamá está preparando su despacho.

—Seguro que le va a quedar precioso —le hice un guiño.

—Mi papá está enfadado —dijo para mi sorpresa.

—¿Y eso?

—Porque no quiere que mi mamá trabaje, dice que no le hace falta, pero que ya hablan cuando el salga del hospital y vuelva.

¿Hospital? ¿Volver? Oh no ¿Qué estaba pasando?

—¿Está tu papá malito?

—Sí —seguía dibujando.

—¿Y dónde está tu papa?

—En Cádiz, ahí es donde tuvo el accidente, fue a una reunión y cuando volvía al aeropuerto a coger el coche, un camión se le cruzó.

Yo me quería desmayar.

—¿Y qué le pasó? —pregunté temblando con ganas de llorar.

—Perdió la cabeza unos minutos y luego la recuperó.

—¿Como que perdió la cabeza?

—Si, la cabeza no funcionaba y no hablaba, pero luego sí.

No sabía si quería decir un desmayo, perder el conocimiento, pero cardiaco, pero a mí me iba a dar algo.

—¿Y ahora como está?

—Pues lo están vigilando.

—¿Vigilando?

—Está en observación —dijo Jimena irrumpiendo.

No sabía dónde meterme.

—Coral me estaba contando que su papá había sufrido un accidente — dije intentando parecer una cotilla, se suponía que nadie sabía de mi existencia y de la amistad con él.

—Sí, Tiago tuvo un incidente en Cádiz, bajo en el día para una reunión y se vio en un accidente envuelto. Pero está bien, está en observación pero le darán el alta mañana o pasado. Esto de estar en clínicas privadas, hasta que no están seguros de que todo está completamente normal, no te dejan ir.

—Me alegro de que solo sea un susto.

—Gracias. Nosotras nos vamos, que tenemos que llevar a la abuela al aeropuerto que se va a estar con el enfermo —dijo marchándose y despidiéndose con la mano.

¡Ay! Dios tenía que llamarlo, por esta vez tenía que hacerlo.

Lo llamé y no me lo cogió, lo mismo estaba hablando con los médicos, haciéndose pruebas o durmiendo, esperaba que me devolviera la llamada.

Aproveché para hablar con Saúl, lo llamé y me dijo que tenía constancia de todo, pero que Tiago le prohibió que me dijera nada para no ponerme nerviosa, cosa que le reproché, pero bueno se suponía que estaba todo controlado y marchaba bien.

El día fue un infierno, no me devolvió la llamada, por la noche me dormí con agobio de la impotencia de no poder estar a su lado, no me iba a colar por allí sin ser avisada ¿En calidad de qué? Era para morir de la pena.

Los siguiente días solo tenía la información que me pasaba Saúl, pero era poca, decía que hablaba poco con él, a mí algo me olía mal, había como un pacto de silencio que me estaba matando.

Emmy estaba más animada y asimilando su nuevo estado, pero

preocupada por mí, veía que estaba metida en una ansiedad que estaba dejándome la vida y los kilos por el camino.

Pasaban los días y no tenía noticias de él, era viernes y comenzaban mis otras dos semanas de vacaciones, yo sabía que Tiago llevaba bastantes días en Vigo, pero ni quiso contactar conmigo, ni responder a mi llamada, ni al mensaje que también le envié preguntándole si estaba bien, así que blanco y en botella, pasaba de mí...

No me iba a quedar los quince próximos días encerrada en mi casa recordando una historia que había terminado siendo un desastre, para uno que me gustaba de verdad, que sentía por él mucho, voy y me lo cargo, era para matarme.

Abrí Facebook y un nuevo estado de Tiago, por fin, a la mierda el por fin, una foto de una copa de vino y una reflexión que se la podía haber metido por el culo.

“En armonía con la vida”

¿En armonía con la vida? Qué ataque más fuerte, eso era una indirecta, vamos claramente, que pasaba de mí y que estaba de lo más feliz. A llorar de nuevo, lo iba a pasar muy mal en mis esperadas vacaciones, pero que muy mal, lo veía venir.

Me acosté triste, desganada de todo, sin esperanza alguna, sin motivación, estaba para el traste.

Amanecí de igual manera, pero no lo iba a permitir, así que me hice un café y pensé donde me apetecía ir, iba a gastar un poco de mis ahorros e irme unos días de loca por la vida.

A la playa, me apetecía ir a la playa, así que podía ir en mi coche a cualquier costa de España, me apetecía Andalucía, así que me puse a mirar algún que otro sitio de allí.

De repente me saltó una oferta de vuelo y hotel a la isla de Lanzarote, no

había estado nunca, así que después de sopesarlo mucho, decidí cogerlo, mira por donde iba a ser mi año sabático de recorrer lugares. El vuelo salía en unas horas.

Me fui al aeropuerto en el coche de mi padre que vino a recogerme con mi hermano, me llevaron y me despedí de ellos.

Le había engañado diciendo que una amiga mía ya estaba allí, no quería preocuparlos.

Me monté en el avión y me tiré un selfie con los dedos en V, con mis cascos, con el billete de avión y la subí al Facebook.

“Lanzarote me espera”

Sí, sé que yo no solía hacer esas cosas en las redes, pero este viaje se lo iba a enseñar al mundo, iba a subir millones de fotos y que viera Tiago que mi vida continuaba sin él, que no iba a estar llorando por las esquinas, ya había pagado un precio muy alto, sufrido y llorado mucho, así que ahora, me iban a ver a todas horas.

El vuelo lo pasé arrepintiéndome de haber puesto nada, pero en el aire, sin wifi, poco podía hacer.

Al bajar sonó el teléfono, era la preñada.

—Hola ¿Qué tal estás?

—Abigail ¿Estás en Lanzarote?

—Ajá...

—¿Sola?

—Ajá...

—¿Quieres dejar el ajá?

—Ajá... ¡Perdón! —solté una carcajada —Me he venido a meditar, a mi la vida no me sonrío tan fantásticamente como a ti.

—No digas tonterías ¿No has sabido más nada de Tiago?

—No.



—Yo hace días que no lo veo y como Saúl está mudo últimamente, no me entero de nada. ¿No te escribió ni llamó?

—Nada, así de triste, pero bueno... —me monté en el taxi —al Hesperia Lanzarote, por favor—dije al conductor —Lo que te iba diciendo, que nada, desde que vinimos de Punta Cana, no he sabido de él, solo lo que tuvo el accidente y tal, volvió y según puso en el Facebook está en plan armonía.

—Me da rabia y pena...

—Bueno, a mí me causó dolor, llanto y desgarramiento de corazón —el taxista me miró por el espejo retrovisor al escuchar decir eso y yo le sonreí —pero la vida no acaba aquí, así que me retiro a meditar, a respirar mar y a desconectar de todo lo vivido en tan poco tiempo.

—Manténme informada y te espero a la vuelta para que me acompañes al ginecólogo, el que yo quiero está de vacaciones y no vuelve hasta dentro de una semana, así que te espero.

—¡Perfecto! Me hace mucha ilusión. Cuídate mucho. Besitos

La isla se veía preciosa, el camino era un espectáculo de colores, muy árida, pero mirabas al mar y ese contraste era una pasada.

El hotel era precioso, se veía nada más llegar, con vistas al océano Atlántico, un edificio todo pintado de blanco, la piscina frente al mar, todo era impecable y bonito.

Las habitaciones como las del Caribe, doble cama de matrimonio pegada, una terraza mirando al mar y un baño gigantesco.

Coloqué toda mi ropa, me cambié y bajé a cenar, ya era la hora, así que entré a uno de esos restaurantes que había en el hotel, podía escoger, llevaba la pulsera del todo incluido, al final le iba a coger gusto a la cosa.

Me sentía rara cenando sola, un bicho aislado del mundo, en ese momento se me cayó el techo encima, me había arrepentido de ir, anhelaba mi casa, mi sofá y todo, estaba con una depresión de caballo.

Me metí en la habitación, quería dormir, olvidarme del mundo, entré a Facebook y Tiago había puesto una foto suya igual que la mía, en un avión, cascos, billetes con el mismo destino que había mencionado al copiar mi frase.

“Santorini me espera”

¡Asco! Eso sentí al verme imitarme, ver ese billete con destino a Santorini y ese comentario igual que el mío. Cerré Facebook y puse una serie de Netflix en el móvil.

Por la mañana me levanté y me hice un café en la cafetera de cápsulas que había en la habitación, salí a la terraza a tomarlo con un cigarrillo, no lloraba, pero tenía una sensación de rabia, dolor, frustración, odio por todo, que maldecía el no estar en el sofá de mi casa.

Luego me puse el bañador, me vestí y me fui a desayunar en condiciones, aunque no tenía nada de hambre, pero al menos ir a visitar aquello que tenía derecho con la puñetera pulsera del todo incluido, ahora mismo aborrecía todo.

Llegué a la terraza de desayunos, quería aire libre, había cogido unas tostadas, café y zumo, me senté mirando al mar.

Me estaba rayando, me quería ir de allí, tenía en mente cambiar el vuelo e irme al día siguiente, yo no quería ni ver la isla, ni disfrutar de las playas, ni del hotel ni de nada, yo me quería ir a mi casa a llorar y quedarme en mi sofá.

—¿Puedo sentarme contigo?

La voz de Tiago se escuchó atrás mía y por poco me desmayo. Me giré y ahí estaba, ya apartando la silla para sentarse conmigo. Lo miré y no dije nada, no me salía la voz ¡Santorini! Me había vuelto a engañar ¿Pero que hacía aquí? ¿Qué quería ahora?

—Me alegra saber que te hace tanta ilusión verme —sonrió irónicamente y yo seguía callada —Bonitas vistas —dijo mirando al mar —

Buena elección.

Yo seguía callada, me encendí un cigarro y miraba para el otro lado, no le podía ni mirar a la cara, no sabía si volverme y darle una hostia o de lo contrario un beso de esos que le llegara la lengua al estómago.

—Le has cogido vicio a lo de viajar por lo que veo, es adictivo, te lo advierto.

Respira, me dije mil veces, respira, inspira y...

—¿Por qué no te vas a la mierda? —me salió del alma.

—Wow —puso cara de impresionado —Bonito recibimiento.

—¿Vienes a por un polvo? ¿A contarme de tu accidente? ¿A despedirme? ¿A tocarme las narices?

—Una pregunta ¿Puedo escoger una opción o varias?

Resoplé encabronada.

—Las que te dé la gana —dije a regañadientes.

—Excelente. Luego te contesto —sonrió.

—No, no hace falta —volví a resoplar.

—No veas como me costó sobornar a la directora para que me diera la habitación contigua a la tuya.

—¡Tiago! —chillé desesperada, no podía con él.

—¿Qué?

—Me estás sacando de quicio, te lo aviso —le señalé enfadada con el dedo.

—He alquilado un coche, nos vamos a ir ahora a una preciosa cala que hay un bar animando el lugar con unas zonas chillout alucinante.

—Alucinante es el descarro que tienes.

—Que dices, alucinante el bar ese, ya lo verás.

—Me estás poniendo al límite, no me has visto enfadada nunca...

—¿Debo asustarme? —dio un trago a su café.

—¿Qué quieres, Tiago?

—Playa, copas, relax, fiesta, todo lo que nos brinde la isla.

—¿Y ya? ¿Te aplaudo?

—Me encanta ver con la felicidad que me has acogido —hizo un guiño.

—Estoy que me salen los corazones de subtítulos —sonreí falsamente.

—Por cierto, dentro de tres días nos tenemos que ir.

—Te irás tú, yo tengo el vuelo dentro de siete días —dije recordando que unos minutos antes estaba preparándome para cambiar el vuelo.

—Ah no, ya compré yo los dos de vuelta para dentro de tres días, tenemos un evento importante.

—Lo tendrás tú, yo estoy de vacaciones.

—Lo tenemos los dos —me hizo un guiño con gesto seguro, contando con que me iba con él.

—Tiago, te voy a dar la vida mártir como no me dejes en paz.

—Estoy preparado, hasta un capote traje para torear cualquier imprevisto.

—¡Qué gracioso! Anda y que te den, a ti, tu dinero, tu vida, tus desapariciones y todo lo que desestabiliza a cualquier ser humano.

—¿Estás un poco malhumorada?

—Un poco dice —negué con impotencia la cabeza, no podía con él.

—Venga, vamos, quiero que conozcas ese lugar.

—¿En serio ves normal esto?

—No, normal no, es muy bonito, las cosas como son —dijo desviando la atención por otra vía.

—Algo me dice que si no voy, vas a estar pegado a mí como una lapa, así que vamos, enséñame eso tan bonito que dices, emborrachémonos y si tienes hasta suerte lo mismo follamos ¡Vamos! —dije levantándome chulescamente.

—Ojalá tenga suerte —dijo echándome el brazo por encima.

—No me toques —quité su brazo de forma brusca.

—Joder ¿Hasta qué hora estarás así?

—Hasta que me salga del alma ¿Te parece?

—Claro, claro —dijo abriendo la puerta del copiloto de un Seat 500, me quedé muerta al ver el coche que había cogido.

—¿Qué pasa te gastaste ya tu fortuna que solo te dio para alquilar esto?  
—dije mientras me sentaba.

—Ah no, pero le dije al chico de la empresa que quería el que más pequeño fuera, era una táctica para tenerte lo más pegado a mí posiblemente —sonrió mientras arrancaba.

—Eres tremendo —resoplé.

Condujo por la costa hasta que aparcó en una preciosa cala, aguas cristalinas, azules como el cielo y el bar que él decía dando un ambiente balines de lo más cuidado y detallado.

—¿Te gusta? —preguntó mientras nos acercábamos al bar.

—No está mal —respondí bordemente.

Un chico vino a atendernos, Tiago le pidió una de las camas balinesas que había frente al mar.

Nos acompañaron hasta ella y nos dejaron un timbre sobre la mesa para que cada vez que quisiéramos algo, llamáramos al personal, aquello era exclusivo, de lo más exclusivo.

Dejé las cosas sobre la mesita y me acomodé en la cama gigante esa, me había quedado en biquini y podía ver como Tiago me miraba de reojo, eso a mí me gustaba, aunque quisiera matarlo, eso era un tema aparte.

Unos minutos después nos trajeron dos vasos gruesos con cerveza bien fría, yo me tiré un selfie para subirlo al Facebook, postureo total, pero con la suerte que se hizo el gracioso y se colocó para salir en ella enseñando

cerveza, sonriendo feliz.

Pues se iba a joder.

La subí al Facebook sin decirle nada y lo etiqueté.

“Esto es vida”

Listo, cuando lo descubriera que se jodiera, no se veía en su muro, lo tenía privatizado para cuando lo etiquetaran, revisarlo y aceptarlo o no.

Se tiró a mi lado, apoyó su vaso en una barra fina de madera que había a cada lado de la cama.

—¿Quieres preguntar o saber algo?

—¿¿¿Yo??? ¡Claro! ¿Cuándo me piensas dejar en paz?

—¿Quieres que te deje en paz para siempre? —se giró poniéndose de lado mirándome a los ojos.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, por primera vez me daba miedo contestar a la ligera y a lo loco una pregunta, el tono era de no estar para bromas.

Lo miré fijamente, como desafiándolo.

—Tiago ¿Qué quieres?

—Una sonrisa, una amabilidad por tu parte... No esperaba que me recibieras tocando las palmas, pero tampoco me merezco esto.

—Y yo ¿Me merecía tu silencio por respuesta? ¿No te dolía saber que podía estar sufriendo por tu estado?

—Yo tampoco me merecía estar como un perro detrás tuya todo el tiempo que lo hice, apenas dormía haciendo vigilancia ¿O me lo merecía?

—¿Vas a echármelo en cara toda la vida?

—¿Vas a estar siempre a la defensiva conmigo? —respondió preguntando, típico de estar a la defensiva.

Toqué el timbre de la mesa, necesitaba otra cerveza, me picaba el cuello de los nervios, me estaba entrando de todo.

—Sabes, he querido olvidarte, lo reconozco, demasiado daño me hizo saber que no fuiste capaz de afrontar la realidad y contarme lo que habías según tú descubierto de mi vida. Me tuviste como un perro...

—¿Cuántas veces vas a repetir lo de perro?

—Las que tarde en curar ese sentimiento, ese que solo tú me puedes quitar, tú que me causas ese dolor y a la vez estos deseos, a ti que te he querido apartar de mi vida pero me doy cuenta que sin ti soy un infeliz, tú que me sacas la mejor de mis sonrisas, a la vez que mis lágrimas, tú que no entiendes que estar aquí, ahora, contigo, es porque aquí dentro —se tocó el corazón de un porrazo —hay un corazón que late por ti —estuve a punto de ponerme a llorar cuando soltó una carcajada y cambio la cara de actor que le había salido haciendo esa reflexión que ahora se había cargado.

—No eres más cabrón porque no había universidad especializada en eso —dije enfadada, con ganas de matarlo, aguantando la risa, porque no era para menos y largándome al agua a darme un baño, lo necesitaba.

—No me invites a ir contigooooo —gritó desde la cama.

Le saqué el dedo, sin girarme a mirarlo, esas cosas eran las que me enamoraban, su sentido del humor, su improvisación, sus apariciones sorpresas, pero me mataba cuando me apartaba sin más, a sabiendas que la última vez lo llamaba por preocupación, no por capricho.

Me di un chapuzón y volví junto a Tiago, ya estaban las dos cervezas frescas sobre la mesa y el sentado al borde de la cama con los pies cruzados, sin dejar de mirarme, con ese aire seductor y una media sonrisa.

—¿Qué miras? —pregunté sonriendo mientras cogía la cerveza.

—Lo bonita que eres —me guiñó el ojo.

Le hice una mueca con la cara, en plan sarcasmo.

—Tiago, una pregunta, verás —puse gesto de como si no importara — solo por curiosidad, ¿Los días que no me buscas tienes a otra? —sonreí en

plan no pasa nada.

—Verás, yo trabajo ¿Sabes que es eso o se te olvido? No por nada, pero como estas muy vacacional...

—Un mes de vacaciones al año según ley, ni más, ni menos —sonreí ampliamente.

—No soy como me idealizaste, ese fue tu error —me señaló con el dedo de la mano que sujetaba su cerveza.

—Como no hay mujeres en el mundo, me vino a tocar a mi el pisotón, suerte la mía, acierto el mío ir a ese pub...

—Sí no hubiera sido en ese pub, hubiera sido en el de enfrente —hizo un guiño.

—Pero quizás no hubiéramos coincidido —me encogí de hombros chulescamente.

—¿Quién te dijo que fue una coincidencia? —Dio un trago a su cerveza.

—Lo fue ¿O no? ¡Tiago!

—¿Qué?

—Dime que el pisotón no fue intencionado...

—Lo fue —se encogió de brazos.

—Pero eras la primera vez que me veías...

—Personalmente sí, claro.

—¿Como que personalmente? —me estaba entrando los nervios.

—Nada, nada, ya si eso otro día te lo cuento, otro que tengas mejor humor —dijo sonriendo en plan sarcástico —De todas formas te recuerdo que trabajas en mi empresa y que por mis manos pasa el expediente de los coordinadores de departamentos, por si no lo sabias —me hizo un guiño.

—No me lo puedo creer —me tiré boca arriba y me puse las manos en los ojos.

Me quedé un rato en silencio, con los ojos tapados, pensando en todo,



intentando asimilar la verdad de todo, aunque con el señor misterio era imposible llegar a una conclusión clara, iba a terminar loca del remate y sin remedio.

Vino un camarero con unas gambas y la puso sobre la mesa.

Me incorporé a comerlas, tenía que hacer algo, estaba sin poder reaccionar, me sentía rara y encima verlo en su bañador corto blanco, con ese bronceado, ese torso, esa mandíbula... Me estaba poniendo con unos sudores que no eran normales.

De repente apoyó su mano sobre mi muslo, me dieron ganas de retirársela pero por otro lado que me pusiera el cuerpo encima, así que hice como si no fuera conmigo, le dejé ahí apoyado mientras tomaba su cerveza.

Un rato después estábamos tirados, descansando, el acariciaba y jugueteaba con mi antebrazo y yo como una idiota, más feliz que una perdiz.

Vimos el atardecer en ese precioso lugar, inclusive cenamos allí, a la mierda el todo incluido, eso era vida y lo demás era tonterías.

Llegamos al Hotel pasadas las doce, Tiago me empujó hacia su habitación y no me dejó salir, su objetivo: Pasar la noche conmigo.

## Capítulo 20



Y pasamos la noche juntos...

No pasó nada, yo me acosté en biquini y me levanté con él, eso sí abrazada sobre su pecho y babeando como cuál loca.

—Bueno días, fea... —dijo acariciando mi espalda y besando mi frente.

—Buenos días —me hice hueco acomodándome más todavía.

—¿Un buen desayuno? —acariciaba mi pelo.

—Yo voy a mi habitación a ducharme y cambiarme.

—Claro —una de sus manos ya estaba entre mis piernas.

—Tiago...

—¿Sí? —su mano ya estaba dentro de mi biquini.

—¿Me vas a meter la mano hasta la garganta y luego vas a desaparecer? —protesté poniendo los ojos en blanco.

—No lo sé, según como te portes —sus dedos ya estaban entrando y saliendo de mi interior, comenzando a jugar también con mi clítoris.

La respiración comenzó a debilitarse, a contraerme por el placer que me producía Tiago, el que ya estaba lamiendo mi interior, entre mis piernas, con su boca y manos haciéndome llegar al orgasmo.

Luego me penetró como él solo sabía, mientras me miraba seductor a los ojos, ardiendo en deseos.

Terminamos abrazados unos minutos, sonriendo, negando con la cabeza, no teníamos remedio.

Nos fuimos a mi habitación a ducharnos e ir a desayunar, el día era espectacular, lo pasamos de cala en cala por la isla, como una pareja de

enamorados, sin reprocharnos nada, aunque tampoco prometiéndonos amor eterno, ya sabía cómo era Tiago, ese hombre que venía a reconducir mis días de la forma más imprevista y misteriosa.

Esa noche la culminamos haciendo lo que más nos gustaba, perdernos en las sabanas, entre caricias, sexo y seducción, lo mismo que a la mañana siguiente justo antes de irnos.

Ya estábamos en el avión, despegando para ser más exactos.

—Acabo de regalar por la cara cuatro días de mis vacaciones —dije riendo, negando con la cabeza —para una vez que me decido —reí.

—Yo te la reintegro totalmente, los siete días —hizo un guiño.

—Ah no, no quiero su dinero, me vale con que ese evento sea lo suficientemente importante para compensar esto —le saqué la lengua.

—Miedo me da entonces...

—¡Tiago! No puedo contigo —resoplé.

El vuelo pasó rápido, me llevó en su coche a mi casa, nos despedimos quedando en vernos para el evento.

Mi sofá, mi casa y una cita con el señor misterioso, a un evento que se suponía que tenía que ir muy arreglada pero que no sabía de qué se trataba.

Deshice la maleta y me di un buen baño, la naturaleza me iba a dar una buena lección por derrochar tanta agua, pero era la única forma de relajarme, era como mi propia meditación, meterme en la bañera y disfrutar de esa sensación tan relajada que me proporcionaba.

Me tiré en el sofá con un sándwich que me había preparado, revisé Facebook y cuál fue mi sorpresa que Tiago había aceptado mi etiqueta y aparecía en su muro, además de mil comentario y reacciones a la publicación.

Sonreí como una quinceañera que le habían acabado de dar su mejor regalo.

Miré la foto una y mil veces, además de las que tenía en mi teléfono y

que había ido haciendo en ese corto viaje junto a él.

¿En que terminaría todo esto? No lo sabía, lo único que entendía es que a su lado yo me sentía feliz...

## Capítulo 21



Me miré en el espejo como diez veces. De frente, de perfil. Primero el izquierdo, luego el derecho. A ver ese trasero...

Y la verdad es que el vestido que había elegido para ponerme me quedaba de escándalo. Es lo que tenía el negro, siempre sentaba bien.

Con mi pelo en un medio recogido, un poco ondulado la parte que llevaba fuera del moño, el maquillaje perfectamente marcado... Si eso no era como él quería cuando me dijo que fuera elegante, yo ya no sabía qué más podía serlo.

Cogí la cartera de mano que llevaría, a juego y le metí lo poco que necesitaría esa noche. Me calcé los tacones y mirando el reloj... Ya era hora de bajar.

Y ahí estaba él, cuando salí del portal de mi edificio, enguantado en ese traje de chaqueta a medida que... Madre del amor hermoso, me iba a poner a babear como una bebé a la que le están saliendo sus primeros dientes. Sin poderlo evitar, me mordí el labio inferior mientras me acercaba a él.

—Hola, preciosa. Estás... Sin palabras...

Se acercó a mí, cogió mi cintura con sus manos y me dio un beso en la mejilla. Qué caballeroso...

—Gracias. Tú también estás muy bien.

—Eso parece si me fijo en tu lenguaje corporal al verme —sonrió, burlón.

—No seas creído —negué con la cabeza, pero reí también.

—¿Por qué no? Te gusto.

—Bueno, esas palabras aún no salieron de mis labios.

—No, las palabras no, pero los gemidos que emites cuando te tengo en mis brazos...

—Tiago... —le advertí, como ofendida. Pero en realidad es que con ese comentario y en el tono que lo había dicho, ya mi imaginación había volado más de la cuenta.

—Me encanta hacer que te sonrojes, no importa cuál sea la parte del cuerpo que se te ponga de ese color.

—Como vayas por ese camino, te voy a invitar a subir y a este paso nos olvidamos del evento —suspiré, en tono de advertencia.

—Ojalá pudiéramos, pero a ese evento sí que no puedo faltar.

—Tú no, pero yo... Mi consolador está muy solo arriba —reí.

—Tu consolador va a seguir cogiendo telarañas mientras yo siga por aquí, tenlo seguro.

—¿Eso significa...?

Significa que por hoy, no pienses en él. Ahora vamos —me guio con la mano hacia su coche, aparcado en segunda fila delante del edificio—, el “evento nos espera”.

Lo seguí, me senté en el asiento del copiloto cuando me abrió la puerta y esperé a que tomara él asiento. Con la música de fondo, nos marchamos con rumbo a...

—Bueno, ¿me vas a decir ya a dónde vamos?

—No, pronto lo sabrás.

—Eso no es justo. Decirme que me ponga elegante para acompañarte a no sé dónde sin tener ningún dato sobre nada... ¿Y si hubiera aparecido con un vestido horrible? O mejor, ¿con un saco de patatas?

—Confío en tu buen gusto como para saber que vas a aparecer impecablemente elegante cuando te lo digo —dijo tras reír—. Pero aunque llevaras puesto un saco de patatas, seguirías igual de guapa.

—Sí, claro, se nota que no has visto a muchas con un saco de patatas por vestido —le saqué la lengua, él me sonrió y volvió a mirar a la carretera—. ¿Y una pista, aunque sea pequeña? No sé, algo.

—No, lo vas a saber pronto. Relájate, te lo vas a pasar bien.

—Bueno, si no pues el alcohol ayudará —dije resignada, provocando que riera de nuevo.

Tardamos un rato en llegar a una zona apartada y lujosa de la ciudad.

—¿Es aquí? —pregunté mirando las casas que íbamos dejando atrás, cada cual más lujosa.

—Es... aquí —dijo cuando paró delante de una mansión que ni en las películas.

Dios mío, ¿pero quién vivía ahí? Las puertas principales estaban abiertas de par en par, trabajadores de lo que imaginé era seguridad privada controlando cada entrada y salida del lugar. El jardín que se veía al entrar por las puertas era de infarto.

—Dios mío... —suspiré.

—¿Te gusta? A mí me parece demasiado ostentoso todo.

—No, si lo es, pero quien sea que sea el dueño de todo esto, tiene buen gusto.

—Eso sí, se alegrará saber que piensas eso —sonrió enigmáticamente.

—¿Y me vas a decir ya de quién es todo esto o vas a hacer que se me quede la cara de imbécil cuando me lo presentes?

—Mejor ver esa cara de imbécil —rio.

—Oye... —reí, dándole con mi cartera en el hombro.

—Venga —dijo al aparcar el vehículo—. Es hora de que conozcas a los

anfitriones.

Bajé del coche agarrada a su mano, la cual apoyé en su brazo mientras caminábamos hacia el interior de la mansión más impresionante que había visto en mi vida.

—Señor Caruso... —saludó el ¿mayordomo? que estaba en la entrada, el encargado de la recepción de los invitados.

—James... —Tiago le guiñó un ojo.

—Se nota que te conoce bien, que has venido mucho por aquí.

—Sí, eso parece...

Pero bueno, ¿es que ese hombre no iba a soltar prenda aún?

—Tiago, me estás poniendo nerviosa.

—Pues no lo estés, nadie va a comerte.

—No sé yo... —miré a todos lados y cuanto más miraba, más nerviosa me ponía.

¿Sabéis las casas esas que solo se ven en las películas? ¿Las mansiones que por dentro son tan lujosas que te da miedo tocar algo porque con lo patosos que somos, seguro que nos cargamos el jarrón donde están las cenizas del difunto anciano que era el dueño de toda esa fortuna? Bueno, pues así era la casa, os la podéis imaginar bastante bien, no hace falta que la describa. Solo con decir que me estaba dando miedo hasta respirar, creo que es más que suficiente para que me entendáis.

—¿Preparada?

—No —dije medio morada de contener la respiración.

—Pues ahí está la anfitriona, así que coge aire. Señora Caruso...

¿Qué cogiera aire? El aire se me quedó atascado en los pulmones cuando dijo ese nombre. ¿Señora Caruso? ¿Cuántas señoras con el mismo apellido que él había en esa ciudad? Mi mente empezó a hacer ataduras mentales rápidamente, pero no me dio tiempo a tener clara la respuesta



cuando la mujer se giró y nos miró.

Dios mío, nada más ver ese rostro, sabía quién era. Ahora sí que me iba a quedar sin respirar. Eso si las piernas no me fallaban antes por el susto. Lo iba a matar.

—Hijo, por fin llegas.

Tiago soltó mi mano y abrazó a su madre.

—Feliz cumpleaños, mamá.

—Gracias —dijo con una enorme sonrisa. La mujer era preciosa, era Tiago en mujer. Y con una elegancia y... Ay, Dios, por la mirada que me echó después, recordé eso de que era... ¿Algo quisquillosa?

—¿Y tú? ¿Quién eres? —preguntó mirándome.

Vale, y al parecer algo borde también. Evité poner las cejas enarcadas, porque yo siendo borde era la reina. Entendía su actitud. O no...

—Mamá, ella es Abigail. Abi, ella es mi madre, Erika Caruso —nos presentó Tiago.

—Señora Caruso, un placer...

—Igualmente —me miró de arriba abajo—. ¿Abigail qué? —preguntó mirando a su hijo.

—Abigail nada, mamá... —suspiró este.

Vaya, así que clasista, cosa obvia viendo el círculo en el que se movía.

—Feliz cumpleaños, señora Caruso —intervine yo, también sabía tener clase.

—Gracias —sonrió forzosamente—. Hijo, ha venido la familia Cadwell, con su hija.

—Mamá, tengamos la fiesta en paz —le advirtió él—. Voy con Abigail a tomar algo, nos vamos viendo por aquí y disfruta de tu fiesta. Ah, por cierto, espero que te gustara mi regalo.

—Sí, ya James me lo dio, aunque podías habérmelo dado tú.

—Sí, la próxima vez te lo traeré en persona. Discúlpalos, tengo sed y hay gente que quiero presentarle a Abigail.

La mirada de su madre no fue de aprobación ninguna. Caminé siguiendo a Tiago y observé cómo ponía los ojos en blanco al darle la espalda a su madre y resoplaba por el hastío.

—Tu madre...

—Sí, esa es mi madre...

—¿Estás bien?

—Sí, tranquila, estoy acostumbrado a cómo es. Solo que eso no quita que me siga sacando de mis casillas.

—Bueno, parece que sabes llevarla. Y además, se ve buena persona...

—Sí, lo es. Lo que nunca entendí es esa imagen que muestra al mundo de mujer clasista y fría, de reina de la sociedad, pero bueno, a estas alturas no voy a cambiarla.

—La gente con la edad dice que se ablanda.

—No lo sé, Abigail, supongo que todo el sufrimiento y las carencias de su vida la han hecho crearse esa coraza que muestra al mundo. Y no me importaría siempre que no intentara que yo también entrara en ello.

—¿Como con la familia Cadwell?

Acepté la copa que me ofrecía Tiago y bebí un sorbo.

—Sí, como con ellos. Se empeñó en que casarme con su hija sería una unión beneficiosa para ambas familias y desde entonces, no me deja en paz con el tema.

—Oh...

—Sí, oh. Aún no entiende que yo no formaré un matrimonio por ser más o menos ventajoso y, además, es que odio que ella sea así.

—¿Lo has hablado alguna vez con ella? ¿Le has explicado cómo te hace sentir su forma de ser?

—Hasta la saciedad. Pero para ella... Solo intenta ser útil, hacer el bien. Y solo quiere ser feliz.

—Necesita cariño, apoyo, comprensión... Se ve que es una mujer muy fuerte, pero toda esa seguridad que emana no es real.

—¿Por qué dices eso?

—Es lo que ella quiere mostrar al mundo y tú, por ejemplo, su hijo y quien la conoce bien y en otras facetas, incluso te la crees. Imagina si no que pueden creer los demás. Pero solo es una fachada. Una coraza. Creo que es una manera de llamar la atención, necesita cariño.

—Tiene cariño...

—¿El suficiente? ¿O su hijo ya hace su vida y apenas la ve? Lo siento, Tiago, no quería meterme en tus cosas ni opinar, solo te comento la impresión que me da y lo mismo estoy equivocada —me disculpé, azorada.

Tiago se quedó observándome unos segundos, sonrió, acarició mi mejilla con dulzura.

—No te disculpes por decir lo que piensas o sientes. Estés o no equivocada, ¿qué importa eso?

Acercó su cabeza a la mía y me dio un tierno beso en la mejilla.

—¿Así que el cumpleaños de tu madre? —intenté bromear para quitarle seriedad al momento.

—Sí. Y tengo mucha gente a la que presentarte, así que ¿estás lista?

Me bebí la copa de un trago, respiré profundamente, miré alrededor y después miré al hombre que era mi compañero esa noche, el cual me ofrecía ya su brazo. Apoyé mi mano en él y respirando de nuevo, le respondí.

—Vamos a ello —sonreí.

Y la fiesta, en ese momento, no había hecho más que empezar. Aquello estaba repleto de gente y cuanto más conocía de esa casa, más impresionada me quedaba. ¿Ahí es donde se había criado él? ¿En ese lugar? Era más que

impresionante. Saludamos a un par de personas antes de salir al jardín, donde se congregaba la mayoría de los invitados. Como podéis imaginar, eso también estaba decorado lujosamente. Las luces, la música, todo para disfrutar de la que podía ser la fiesta de un famoso. Y ahí estaba yo, del brazo con él, siendo su acompañante en el cumpleaños de su madre.

No me había imaginado eso cuando me invitó a asistir a un evento, sería lo último que podía pasarse por mi mente. Y, sin embargo, ahí estaba. Me había presentado a su madre. Para alucinar...

Un buen rato después... No me había quedado ni con una cuarta parte de los nombres que me dio. Demasiada gente y, cómo no, todos ellos de lo más selectivo de la ciudad y, al parecer, también del país. Estaba un poco alucinada viendo los círculos en los que se movía Tiago y su familia y aunque lo llevaba bien, no era lugar donde yo me sintiera realmente cómoda.

—Vaya, Tiago, cuánto tiempo sin verte...

Miré hacia la mujer que se dirigía a mi acompañante y me pestañee varias veces. Noté cómo él se ponía en tensión y eso me gustó aún menos. La chica, un bombonazo rubio que me sacaba como dos cabezas, con unos ojos azules enormes y un cuerpo de infarto, eso sí, más operada que Cher, lo miró con deseo.

—Carla...

El saludo de Tiago frío, distante, tampoco se me pasó por alto.

—Hacía mucho tiempo que no sabía nada de ti —siguió ella.

—He tenido mucho trabajo.

—Sí, como siempre... ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? ¿Tu familia?

—Muy bien. Están ahora mismo en Dublín, no pudieron asistir al cumpleaños de tu madre y eso los tiene entristecidos. Ya sabes la buena relación que hay entre ellos —sonrió ampliamente.

—Sí, cómo no... Pero bueno, para el próximo será.

—Sí, seguro. No creo que mi madre puede faltar a otro cumpleaños de su amiga del alma. Pero de todas formas, se verán pronto.

—Claro... —se notaba aburrido, su voz sin emoción.

—Estamos siendo unos desconsiderados. ¿No nos presentas? —esa vez me miró a mí, o más bien quiso matarme con la mirada, para qué mentirnos.

—Disculpad. Carla, ella es Abigail. Abigail, Carla, una amiga de la infancia.

—¿Una amiga de la infancia? ¿Así me presentas?

—Bueno, para mí como si fuera una prima —dijo él, cortándola, cosa que por su expresión facial, no le gustó en absoluto.

—Un placer, Carla —dijo educadamente.

—Sí, lo mismo digo... —volvió la mirada a mi acompañante—Bueno, como te veo ocupado esta noche... ¿Qué tal si quedamos para tomar un café esta semana?

—Lo tengo complicado, pero lo intentaré.

—Haz más que intentarlo—. así, con ese tono de imperativo, se marchó.

—Vaya... —carraspeé—¿Cadwell?

—Sí —Tiago puso los ojos en blanco—. Esa es la nuera que quiere mi madre.

—Y a ti parece que no te gusta mucho —me atreví a decir.

—No la he soportado nunca —dijo en un susurro, casi en mi oído—. En fin, mejor olvidémonos de ella.

—¿Una copa?

—Claro—. ahí sí sonrió, llegándole la sonrisa a los ojos.

Caminamos un rato más por el jardín. Apenas podíamos dar dos pasos cuando Tiago tenía que saludar a alguien porque lo paraban. Si eso siempre era así, entendía el hastío que él mostraba en esos lugares. Quizás la gente no

lo veía, pero yo estaba agarrada a su brazo, notaba la tensión que emanaba de su cuerpo y por su tono de voz, ya que algo lo conocía, sabía que no estaba completamente a gusto, pero sabía fingir bien.

—Es un asco —me confesó cuando pudimos quedarnos en una esquina con una copa en la mano.

—¿El qué? —me hice la tonta.

—El paripé. Mira, ese que te presenté antes...

—¿El calvo?

—Sí, ese —rio—. Es, como te dije, uno de los abogados de la empresa. Muy bueno en su trabajo, las cosas como son,

—A los que en las películas se les llama tiburón —bromeé.

—Exacto —rio—. Pues verás, está casado con la mujer que lo acompaña, como te dije. Pero él hace unos años que tiene una relación con aquella mujer de allí, la morena del escote grande.

—¿Pero esa no es la mujer del otro abogado?

—Exactamente —rio, afirmando con la cabeza—, todo el mundo sabe que esos dos están liados, pero la mujer de él calla porque se ha tirado a la mitad de los clientes de su esposo.

—¿Y el esposo de la otra?

—El esposo de la otra es un... Cómo decirlo. Un ligón de primera.

—¿El metro y medio ese? —pregunté con la boca abierta, refiriéndome a ese otro hombre.

—Del metro y medio ese dicen que tiene un... Bueno, ya me entiendes —carraspeó, refiriéndose a su miembro viril— Más grande que él. Lo que hace que todas estén locas por estar con él, además de ser un amante generoso.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Pero esto es así siempre?

—No, es como en todos lados. Lo que pasa que los chismes pues vuelan, quizás, más rápido.

—Ah... ¿Hay alguien fiel?

—Aunque parezca mentira, la mayoría. Pero un gran porcentaje de los matrimonios son como “concertados”. Negociaciones, por así decirlo.

—Pues vaya mierda —suspiré.

—Sí. Recuerdo que en su día se decían muchas cosas de mis padres, ellos se casaron enamorados. Nunca un engaño entre ellos, mi padre era un hombre leal. Pero claro, se pensaba...

—Ya, entiendo —suspiré—. Y normal que odies eso.

—Quizás entre los jóvenes ya no es así, buscan otras cosas. Menos los más cerrados de mente, pero en las parejas antiguas... Por eso siempre intento no aparecer en nada donde estén los carcamales, por no hablar de lo aburridos que son.

—Pues a mí los chismes me parecen más que divertidos —reí.

—Sí, por un rato. Pero cuando lo vives desde pequeño, te cansas.

—Ya, normal...

—Saúl y yo siempre intentamos escaquearnos de estas cosas, pero el cumpleaños de mi madre sí que es difícil de ignorar.

—Creo que no le caí muy bien —torcí el gesto.

—Mi madre es así, no te preocupes —ríe—. Además, no es a ella a quien tienes que caerle bien.

—Bueno, supongo... Tiago, quizás no debería preguntarte esto, ¿pero por qué me has traído?

Tiago me miró seriamente y, sin pronunciar una palabra, agarró mi mano, entrelazó nuestros dedos y tiró de mí.

Sin decir tampoco nada, ni preguntar adónde me llevaba, lo seguí. En

silencio. Pasamos hasta llegar de nuevo al recibidor de la casa y tiró de mí para que empezara a subir por las enormes escaleras que llevaban al piso de arriba. Caminamos un poco hasta que abrió la puerta de una habitación que era más grande que todo mi piso.

—¿Y esto es...?

—Mi habitación —dijo él—. La que siempre ha sido mi habitación desde que fui un niño.

—Vaya... —solté su mano y empecé a caminar, observando todo. La decoración colorida, aún con algunos posters en las paredes...—¿Fan de Queen?

—Es el Rey—rio, encogiéndose de hombros.

—No, chico, no te confundas, el Rey es Michael —le saqué la lengua.

—Bueno, no te lo voy a discutir —claudicó entre risas.

Me paré frente a un aparador que estaba lleno de portafotos. Él de pequeño, de más adulto...

—Ese es mi padre —dijo mientras miraba una foto de un bebé con un hombre en brazos.

—Lo echas de menos... —no era una pregunta por mi parte, se lo estaba afirmando.

—Sí... Bastante.

—Quizás algún día me hables de él.

—Quizás... —dijo con tristeza.

—¿Y esta? —pregunté cogiendo una foto más divertida en la que estaba lleno de chocolate para que le cambiara la voz.

—Me encantaba el chocolate. Mi madre me encontraba así cada vez que me perdía de vista, terminaba con todo el chocolate que hubiera en la casa —rio.

—Tu madre... No parece la misma.



—No, no lo es desde hace mucho. También echo de menos a ella muchas veces.

—Tiago —dejé la foto en el aparador y me acerqué a él—. Si esto te va a entristecer... Te agradezco mucho que hayas tenido este gesto conmigo, de enseñarme este lugar, pero no te quiero ver triste.

—No sé por qué lo hice.

—¿Por qué hiciste qué?

—Traerte aquí.

—Bueno, no hay que encontrarle respuestas a todo. Gracias por hacerlo, pero ¿y si mejor volvemos a la fiesta y nos emborrachamos y nos reímos de todos eso carcamales?

Tiago rio y yo lo hice también, contenta por haber eliminado esa repentina tristeza que lo había embargado.

—No tenemos por qué volver tan pronto —lo dijo en tono sensual, acercando su cuerpo más al mío.

—Ah... ¿Y qué hacemos entonces?

—Tenía pensado que tú no hicieras nada.

—¿Y tú? —ronroneé cuando besó mi cuello.

—Oh, yo tengo mucho en mente que hacer contigo en esa cama...

—Pero tu madre...

—Mi madre está a lo suyo, olvídate de ella. Ahora mismo, lo único que me apetece, es disfrutar de ti. De tu cuerpo —me besó en los labios—. Hacerte mía.

Yo ya no pude decir nada. Ya las palabras se atascaron en mi garganta. Su boca comenzó a devorar la mía, sin piedad, dejándome sin poder respirar. Su lengua lamía cada recoveco de mi boca, sus dientes mordiendo mis labios. Los dejó libres para bajar por mi cuello. Me lamía, me besaba, me mordía... Y yo estaba ya completamente cardíaca, excitada, necesitando sentirlo dentro.

Nos hizo movernos, nos tumbó a ambos en la cama y siguió besándome, con hambre de mí, pero sin prisas. Disfrutando, acariciando mi cuerpo con sus manos, aún los dos con la ropa puesta.

—Se me va a arrugar todo el traje.

—Aja...

—Y todo el mundo se va a dar cuenta de lo que hemos estado haciendo.

—Pues sí —mordisco en mi cuello de nuevo.

—Tiago... —me quejé.

—Abigail —me miró—, la gente se va a dar cuenta de lo que hemos estado haciendo nada más que te miren y te vean en la cara que te acaban de follar sin piedad.

—¡Calla! —reí.

—Es verdad. Verán el color en tus mejillas, los labios hinchados por haberte devorado esa boca. El brillo en tu mirada.

—No pienso salir de aquí en las próximas horas...

—Por mí bien, más tiempo que tengo para disfrutarte.

—No tienes vergüenza —reí.

—Ninguna, pero creo que de eso ya te habías dado cuenta. Y ahora, ¿puedes callarte y dejarme disfrutar de ti?

Sonreí, cerré mis labios y lo dejé hacer lo que quisiera con mi cuerpo. Desnudarlos, quitarse su ropa y caer los dos de nuevo, en esa cama, piel con piel. Los escalofríos por sentirlo no dejaban de hacerse cargo de mí, los gemidos, aunque intentaba estar en silencio, salían de mis labios sin control.

La intensidad con la que ese hombre me tocaba iba a acabar conmigo.

—He soñado varias veces con tenerte en esta cama...

No sabía si lo decía en serio o por el calor de la pasión, pero a mí, en ese momento, no me importaba.

—Yo también soñé con tenerte en la mía —reconocí.

—Ujumm... Quizás algún día...

Sí, quizás algún día. Porque en ese momento solo estaba para centrarme en las miles de sensaciones que recorrían mi cuerpo con cada toque de sus dedos, con cada caricia de sus manos en mi piel, de sus labios adorando cada rincón de mi cuerpo.

Nos dejamos ir, olvidándonos de todo. De todos. Sin importarnos nada más que el estar juntos en ese momento. Sintiéndome suya y haciéndolo mío.

Y el orgasmo, para ambos, fue espectacular, haciéndonos temblar y dejándonos caer sobre la cama, completamente exhaustos.

—Dios... Ahora sí tengo energía para aguantar a esos carcamales... —suspiró.

—Serás —golpeé su hombro y me reí.

Pero tendría poca vergüenza... Lo peor era que yo me sentía igual, ahora sí podía aguantar todo lo que me echaran por delante.

—¿Hora de volver entonces? —le pregunté.

—Sí, por desgracia, hora de volver...

Tras un beso, nos levantamos de la cama y nos vestimos. Intenté arreglar mi pelo y quedar lo más decente posible.

—Por más que lo intentes, todo el mundo se va a dar cuenta —me advirtió.

Puse los ojos en blanco, flaca ayuda era.

Cuando más o menos me vi en condiciones, me giré, mirándolo y dándole la espalda al espejo.

—Sí, todos se darán cuenta —confirmó tras observar detenidamente mi cara.

—Ay, ¡déjame ya! —reí.

Agarré su mano y salimos de su habitación. En ese momento, en realidad, era cuando empezaba el “evento” al que me había invitado para

acompañarlo.

—El truco está en traer toallitas desmaquillantes en el bolso y en desmaquillarte y maquillarte de nuevo para que la gente no note que acabas de tener el mejor sexo de tu vida.

Cuando escuché el consejo de mi amiga no sabía si ponerme a saltar de la alegría por encontrármela ahí o de reírme a carcajadas por lo que me había dicho y porque ya se hubiera dado cuenta. O llorar, precisamente porque hasta ella se dio cuenta de lo que acababa de hacer.

—Emmy, ¡me encanta verte aquí!

—Sí, lo sé —rio—. Debo de ser la única persona divertida en este funeral.

—Dios, sí... —suspiré.

—¿Y Saúl?

—Se encontró con Tiago cuando iba por la bebida y fueron juntos. Llevo un rato aquí, te estuve buscando pero nada... Pero mirando tu cara, no hace falta que pregunte dónde estabas —rio.

—¿Tanto se me nota?

—Un poco, más que nada porque el pedazo de bruto ese te ha dejado una marca... —señaló su cuello y yo abrí los ojos como platos.

—No habrá sido capaz.

—Oh y tanto que sí —reía mi amiga—. Lo que no sé es si lo ha hecho queriendo o ha sido “fruto del calor de la pasión”. Pero que te ha dejado marcada... —sacó un pequeño espejo de su bolso y me lo dio—Te dejó.

Joder, pensé cuando me miré el cuello. Una marca que me iba a durar media vida. ¡Lo iba a matar!

—¿A quién vas a matar? —preguntó Tiago regresando a mi lado con Saúl y las copas para cada uno en la mano.

—A ti —rio Emmy.

—Joder, tío, haberte cortado un poco —rio Saúl, mirando mi cuello.

—¿Por qué? —preguntó él encogiéndose de hombros.

Puse los ojos en blanco. Si es que además de matarlo por bruto, lo iba a matar por imbécil.

—Tranquila, yo traigo maquillaje. Anda, vamos a tapar eso.

Miré de malos modos a Tiago y lo señalé con el dedo como amenaza antes de seguir a Emmy. Entramos en el baño y me apoyé para que mi amiga me quitara el maquillaje y me maquillara de nuevo.

—Así que te fuiste de vacaciones... —empezó mi amiga.

—Sí, tenía que desaparecer.

—Ya... Pues espero que el lunes me acompañes al ginecólogo —puso un gesto de pena, como de niña desvalida.

—Ay, espera —me separé de ella y la grité—¡Que voy a ser tía!

Reímos y nos abrazamos felices, no podía creerme que la loca de mi amiga fuera a ser madre, tal vez no lo creería hasta el día en que la viera con el bebé en los brazos.

—Dime, ¿cómo lo llevas?

—Estate quieta primero, coño, que así no termino —se quejó—y voy a tener que gastar medio bote de maquillaje para arreglar eso —señaló a la marca de mi cuello. Resoplé, lo iba a matar—. Estoy... No sé cómo estoy —rio—, lo mismo feliz que acojonada.

—Qué fuerte, tía, ¡que vas a ser madre!

—Calla, que no quiero agobiarme hoy.

—Espera, ¿y tú ibas a beber? —pregunté pensando en la copa que le traía Saúl.

—Sin alcohol. Y no te pases, que con el control del futuro padre tengo más que suficiente —se quejó.

—¿Es muy pesado?

—No lo sabes bien... Si es por él, me quedo en camita. Qué cosa más pesada, si lo llego a saber...

—Sí, claro, como si eso se pudiera saber.

—Verás el día que sea Tiago el padre —me quedé en silencio—. ¿Dije algo malo?

—No, supongo que algún día será padre —me encogí de hombros e intenté no darle importancia, pero el comentario me había llegado bien dentro.

—Claro y tú serás la madre de sus hijos.

—¿Pero qué dices, loca?

—Digo lo que será.

—Nosotros no...

—Mira, Abi. Joder, pero cierra los ojos que o si no, no puedo —se quejó y lo hice, riendo—. Él puede decir lo que quiera. También puede ocultar lo que quiera, otra cosa es que consiga hacerlo, que muy bueno no es el pobre ocultando las emociones. Quizás para ti porque estás loca por él, pero no es esa la cuestión. Cierra los labios... Lo que te decía, puede ocultar lo que desee, pero los demás no somos tontos y vemos cómo te mira. Y tú... Bueno, es normal que tengas miedos, tampoco es que lo conozcas, más que nada porque él va de chico misterioso y no te deja conocer, te va dando de él poco a poco, como con cuentagotas. Entiendo que te desconcierte, pero hija mía, no seas tonta. ¿Es que no ves cómo te mira?

—Bueno, eso puede ser deseo...

—No, si deseo hay, doy fe —rio tapando mi marca del cuello—. Pero eso no es todo, Abi. Y sé que hasta que tú no veas las cosas bien o que van en serio o que él te diga algo, no sé, que te dé seguridad, pues no creerás. Es normal y humano. Pero cree en mí cuando te digo que ese hombre es para ti y que por más que él quiera enmascararlo u ocultarlo, esas cosas se notan.

—No sé yo...

—No, ya, porque muchas luces no es que tú tengas tampoco, pero qué le vamos a hacer. Ya estoy yo para encenderte las bombillitas fluorescentes si es necesario. No se lo pongas tan fácil.

—¿Fácil? ¿Qué quieres decir con eso?

—No te me ofendas, no hace falta que uses ese tono...

—Lo siento.

—Nada, tranquila —rio—. Me refiero a que él sabe de más lo que sientes por él, como sabe que tú no tienes ni idea de lo que él siente por ti. Pues a lo mejor tendrías que actuar como si lo supieras...

—Tú estás loca —reí—. ¿Actuar como si estuviera convencida de que me quiere?

—Claro, no es tan difícil.

—No creo que esa sea la solución.

—Bueno, yo solo te dejo el consejo ahí. Quizás algún día te sirva. Pero que ese hombre será el padre de tus hijos, te lo digo yo, verás que no me equivoco.

—Aja...

—Vaya, es que nunca me equivoco. ¡Y deja de moverte, así saldrás como pintada por Picasso!

Resoplé, pero si era ella quien no me dejaba quedarme quieta con tanta conversación profunda y sentimental...

—Lo de estar tan filosófica hablando, ¿es tuyo de toda la vida o es un signo del embarazo? —me burlé.

—El embarazo me va a volver más bruta de lo que soy, así que o te quedas quieta de una vez, o como pierda la paciencia, te voy a dar un sopapo que sí te va a dejar una marca difícil de tapar.

Me reí a carcajadas, tenía un arte diciendo las cosas...

—Bueno, pues lista. Ahora sí que nadie verá el chupetón ese ni sabrá, con seguridad, que has disfrutado de una buena ronda de sexo.

Me di la vuelta y me miré al espejo. Estaba perfecta.

—Gracias —le sonreí.

—Abi...

¿Sí? —me giré a mirarla.

—Te ha traído al cumpleaños de su madre... Te ha traído a conocer a su madre... ¿De verdad piensas que no eres nada para él?

—Emmy, sabes lo que pienso.

—Sí, lo que él te da a entender, claro, porque retrasado mental es un rato. Pero hija, ten un poco más de luces o de sentido común, fíjate en los hechos.

—No sé...

Era la verdad, no quería hacerme ilusiones porque entre nosotros no había nada de palabra, nada serio en realidad y, además, ese hombre aparecía y desaparecía cuando quería. ¿Cómo iba a pensar en que todo eso que me decía Emmy, que era como ella lo veía, era cierto?

Simplemente no podía.

No tenía la seguridad de nada y solo él podía dármela. Y además, incluso dándome esa seguridad de palabra, a saber si seguía desapareciendo... Mister Fantasma le iba a poner de apodo.

—Lo que sea, ahora disfrutemos de la fiesta, el lunes que no se te olvide la cita conmigo... Y dejemos de pensar, ¿te parece? —mi amiga me guiñó un ojo.

—Vamos —le sonreí.

—Por cierto —me agarró del brazo y salimos de allí—. La madre parece la de los perros.

—¿La de los perros?



—Sí, la bruja de los dálmatas.

—No seas bruta —reí.

—¿Que no? Solo que no tiene el pelo blanco, pero todo el estilo de señora estirada... Pues sí. Sé que tienes que respetarla porque será tu futura suegra, pero admitir la verdad no te hará peor persona, Abi.

—Estás fatal —reí.

—Un poco sí, pero es cosa del garbanzo.

—¿Qué garbanzo?

—Pues el que llevo en mi vientre. Leí que eso no es más que una alubia. Pero alubia no iba a llamar al pobre.

—¿Y garbanzo sí?

—Bueno, más bonitos son, ¿no? Al menos dan menos gases.

—Lo que te diga, estás fatal.

—Ya ves... La que me queda hasta que el garbanzo se convierta en potaje. El caldo es lo que saldrá de la placenta y todo eso.

No tuve más remedio que reírme a carcajadas, las lágrimas se me saltaron.

—Bruta... —ni siquiera me importó llamar la atención y que la gente me mirara por mi risa escandalosa.

—Bruta dice. Eso porque no has visto nada... ¿O alguna vez has mirado cómo sale un bebé de ahí?

—No y no quiero...

—Pues lo verás y te juro que me duele con solo volver a imaginármelo...

Desde ese momento, todo fueron risas. La fiesta se nos pasó en un suspiro, los cuatro juntos nos divertíamos, no necesitábamos a nadie más. La madre de Tiago vino un par de veces a saludarnos, pero poco más. Lo que era algo correcto, ¿para qué pedirle más? Además, bastante tenía la mujer con

llevar adelante esa fiesta que ni la Presley...

Ya tarde, nos despedimos de la anfitriona y de Emmy y Saúl, volviéndole a prometer a ella que el lunes asistiría a su primera cita ginecológica como futura madre.

Tiago y yo habíamos bebido bastante, así que uno de los trabajadores de su madre, condujo su coche. Me dejó en la puerta del portal de mi edificio y me dio un tierno beso en los labios.

—Gracias por acompañarme —sonrió.

—No, gracias a ti por invitarme.

Volvió a acercarse a mí y esa vez me besó más profundamente.

—Ahora no me importará volver a dormir en casa de mi madre —dijo bromeando, recordando el rato de intimidad que habíamos pasado juntos en la que siempre había sido su cama.

—Hostias, la cama, no la hicimos...

—¿Para qué? Me iré a dormir allí —me guiñó un ojo y tras otro beso, entré en el portal.

Llegué a casa y caí en la cama. Me sentía en una nube. La noche había sido perfecta, pero la pregunta seguía siendo la misma: ¿cuándo volvería a verlo a él?

Suspiré. Quizás, algún día, eso cambiaría. Pero mientras tanto, no tenía certeza de nada, solo de disfrutar al máximo cada momento que pasara con él. Como si fuera el último.

## Capítulo 22



Lunes, día de la cita de Emmy con su ginecólogo.

Y la verdad es que, con lo loca que estaba, miedo me daba de acompañarla. Pero no iba a dejarla sola.

—Llegas tarde —en la puerta del centro médico, allí estaba apoyada sobre la pared, esperándome.

Miré el reloj y fruncí el ceño.

—La cita es en media hora, llego a tiempo.

—La cita sí, pero la pobre de tu nerviosa amiga que está aquí esperando a que alguien la relaje un poco... ¡Quedó contigo hace como quince minutos!

—Oh, Dios, ¿pero qué te pasa?

—¿Qué me pasa? ¿Qué me pasa? Que vamos a ver a mi garbanzo, eso me pasa.

—Eh, tranquila. Que todo estará bien.

—Un kilo, Abi, un kilo he puesto ya, no me digas que todo estará bien. Un kilo y es un mierda de garbanzo, cuando se convierta en cocido, ¿qué seré? ¿La madre de una tonelada?

—Oye, pero en ese estado no puedes entrar. Mírame. Inspira... Exp...

—Mira, no me digas expira porque la que va a expirar para despedirse de esta vida eres tú como sigas por ahí, que estoy hasta el moño ya de ver vídeos parto...

—Bueno, si quieres me voy y... —me di la vuelta para marcharme, pero

me cogió por el brazo.

—Ah, no, tú no vas a ningún lado —la miré enarcando las cejas y suspiró—. Perdona, es que estoy demasiado sensible, esto de las hormonas es una mierda.

—Pues como tener la regla, hormonas —puse los ojos en blanco.

—Oh, no, mucho peor. Es como tener la regla multiplicado por diez, si lo sabré yo... Venga, respiro y entramos.

—¿Estás mejor?

—No, pero qué se le va a hacer...

Ya un poco más calmada, entramos en la clínica. Dimos sus datos y a sentarnos en las cómodas (ahí la ironía) sillas de la sala de espera.

—Pensé que al ser un médico de pago... No sé, podían tener sillones más cómodos. Que son embarazadas, entre otras, las que se sientan en ellos.

—Sí, ¿verdad? —Emmy estaba de acuerdo conmigo—Le diré a Saúl que esta clínica no me gusta y no vengo más.

—¿La eligió él?

—No, la elegí yo pero porque me puse en plan cabezota, no quería nada ostentoso, que es una visita rutinaria.

—A ver, muy rutinaria no es, que es tu primera visita embarazada.

—Ya, pero leí mucho, eso aún no es nada... Tampoco es que se vaya a ver mucho.

—Entiendo... Es como un garbanzo.

—En realidad no será ni eso. Ay, yo qué sé cómo será, pero que no es para tanto. Lo que te decía —dios, suspiré, estaba nerviosa, se notaba por cómo de rápido hablaba, porque callar, no es que callara nunca—, él se empeñó en que fuera a la clínica de no sé quién, pero yo me negué, le dije que iba por la seguridad social y claro, él se negó. Total, que entre enfado y enfado, claudiqué a venir a una de pago pero que yo solita pudiera costearme.

Y ya ves... —torció el gesto.

—Haberte quedado en la seguridad social —reí.

—Sí... Mejor dejo que él me lleve a donde quiera la próxima vez, total, también es su hijo, que gaste lo que quiera.

—Claro...

—En fin... ¿Has visto los vídeos?

—¿Qué vídeos? —ya me había perdido en la conversación.

—Los vídeos del embarazo y del parto que te dije en la fiesta.

—Esto... Pues no tuve tiempo.

—Mejor, así los vemos aquí mientras esperamos.

—Emmy, nos queda poco para entrar.

—No pasa nada, nos da tiempo...

Yo no sabía cómo decirle que no quería ver vídeo ninguno, que yo era muy aprensiva y que podía darme algo allí mismo, eso como cogerle pánico a tener hijos alguna vez. Y, además, conociendo a mi amiga, decirle era como no decirle, no iba a escucharme. Y mierda, ya tenía la pantalla de su móvil delante de la cara.

Ahí estaba, eso... Abriéndose...

—¿En serio eso se nos abre así? —pregunté con la voz estrangulada.

—Oh, sí y solo acaba de empezar, tiene que salir la cabeza, que dicen que es lo que más duele, pero también los hombros aunque claro, en ese momento estás tan dolorida que ya ni lo sientes, supongo.

—Entiendo...

—Mira, mira, ¡ahí se le ve el pelo, la cabeza!

Yo no miré nada más, yo no sé qué pasó, solo que lo próximo que yo vi, por decirlo de alguna manera, era oscuridad.

Abi, por Dios, despierta...

¿Era Emmy quien me estaba hablando?

—¿Señora? ¿Nos escucha?

—Abi, como no despiertes ya, te juro que llamo a Tiago y que venga él y te dé algún que otro sopapo.

Tiago...

Abrí los ojos lentamente y miré a mi alrededor. ¿Pero quiénes eran todos estos?

—¿Estás bien, Abi?

—Sí... —intenté incorporarme y me ayudaron a hacerlo—¿Qué pasó?

—No sé, estábamos emocionadas viendo el vídeo del parto y de repente ya no estabas. Menuda leche te has dado, me tienes preocupada.

El vídeo del parto... Recordarlo casi me hace desmayarme otra vez. Joder, mira lo que había provocado el dichoso vídeo.

Me senté en la silla con la ayuda de la gente y tomé un poco del agua que me ofrecían.

—Estoy bien, solo fue un mareo...

—Sí, un mareo... Abi, tú...

—¿Yo qué? Mira, si te toca ya, mejor entramos. Estoy bien y cuanto antes nos vayamos de aquí, mejor.

—Sí, ella tiene razón —dijo la enfermera—, necesita aire y parece que está bien. Si me acompañan por aquí, podrán marcharse pronto.

Esperamos un par de minutos para ver si yo realmente me encontraba en condiciones y me levanté.

—¿Pero no necesitará ella que la revise un médico? —preguntaba Emmy.

—No, Emmy, además, no es un ginecólogo, en todo caso, quien tendría que revisarme.

—Lo suyo sería que sí, pero el paramédico que la atendió no vio nada anormal.

—¿Que me atendió cuándo? —pregunté.

—¿Ve? Si ni se acuerda... —protestó Emmy.

Pues no, no me acordaba, pero yo me quería ir de allí a la de ya.

—¿Señora? ¿Cómo se encuentra?

Eso me preguntó el ginecólogo a mí cuando entré. Pero bueno, se había enterado todo el mundo de que me había desmayado. ¡Que solo había sido un desmayo!

—Bien, solo fue un mareo.

—Debería mirárselo —me advirtió.

—Sí, eso le digo yo, doctor. Soy quien tiene la cita —le dio la mano al médico—. Así que, viendo lo visto, le cedo el puesto a ella.

—¿Le cede el puesto?

—¿Me cedes el puesto para qué o qué?

—Para que mire si estás embarazada, claro.

Claro..., pensé, de nuevo, con ironía. Puse los ojos en blanco, si así iba a ser la cita, íbamos mal.

Un buen rato después, tras pelear con Emmy porque me negué a que me hiciera un test de embarazo, cuando por fin la convencí para que fuera ella quien se tumbara donde debía, salimos de allí con una sonrisa sabiendo que estaba bien.

Salimos de la clínica y fuimos a tomarnos un café, a ver si se me asentaba el estómago que aún tenía fatiga por lo que había visto. En esas, Emmy llamó a Saúl.

—Hola, cariño... Sí, ya hemos salido, todo está bien, después te lo explico, pero tenemos un problema. Sí... Aja... Pues que Abi se desmayó y yo creo que está embarazada, pero no se quiere hacer la prueba.

Dejé de caminar y me paré en medio de la calle, mirándola como si estuviera loca o, mejor dicho, como si la fuera a matar.

—Sí, ¿verdad? Eso creo yo, pero Tiago tendrá que saberlo.

La mataba, lo juro, de esa no salía. ¡Que no estaba embarazada! ¿Pero en qué lío me estaba metiendo esa mujer?

La cuestión era que al final, con tanto que me dio, acabé comprando un test de embarazo en la farmacia de al lado y usándolo en el bar donde nos íbamos a tomar el café...

Para demostrarle a mi querida amiga lo que yo ya sabía, ¡que no estaba embarazada!



## Capítulo 23



¡Hostias! Di un grito al ver entrar una piedra por el cristal de mi habitación.

Me levanté de la cama y me asomé para ver qué pasaba, sujetando en la mano la piedra que se había colado por la ventana.

Lo mataba...

—Tiago ¿Eres tonto tío? ¡Para haberme matado! —dije devolviéndole con mala leche la piedra que había tirado.

—Venga, vístete, te espero —dijo a carcajadas.

—Desde luego —negué con la cabeza con cara de asco —más tonto y no nace. — ¿Quieres subir?

—Ah no, mejor cuando prepares un evento —me hizo un guiño.

—¡Estúpido! —grite antes de meterme para dentro.

Me vestí rápidamente, cogí el bolso y me marché junto a él.

—Tiago, te voy a decir algo claro —me puse el cinturón —No puedes estar apareciendo a tu antojo, sin avisar, yo necesito un poco de organización, poder planear, no sé, una vida como la de una chica de mi edad —protesté.

—¿Y?

—¿Eres tonto?

—No lo seré cuando tú estás aquí, a mi lado, sin poder hacer planes, improvisando por la vida —sonrió irónicamente.

—A todo esto ¿dónde vamos?

—¡Y yo que sé!

—¿No sabes a dónde vamos?

—No...

—¿Y?

—Te queda aún 8 días de vacaciones ¿Qué te preocupa?

—Mira Tiago, no me toques las narices, no me preocupada nada importante, pero tú tienes un serio problema.

—¿Sí? —rio —el problema lo tienes tú, que no vas a volver a tu casa hasta una noche antes de tu incorporación al trabajo y reza para que no te regale un mes más vacacional —guiño de ojo en plan jefazo.

—Si hombre, que voy con lo puesto, tienes cada cosa —puse los ojos en blanco.

—Así mismo fui a Roma por tu culpa —se encogió de hombros.

—Ya pero tu tiene una cuenta corriente que puedes permitirte comprar todo tipo de ropa para los imprevisto —le hice una mueca.

—¿Tan mal está la tuya? —arqueó la ceja.

—Mira pensando que me pagué unas vacaciones que no disfruté...

—¿Otra vez me lo vas a decir? —negó con la cabeza riendo.

—¡Déjame acabar! —exclamé nerviosa porque nunca me dejaba terminar sin protestar —Pues eso, me di ese capricho, además de estar mucho de shopping para apalear las penas, además de... No, no está temblando mi cuenta, para ti sería calderilla, para mi es suficiente —sonreí falsamente, ya quisiera tener reunido un poco más.

—¿Cuánto tienes en la cuenta?

—¡A ti que te importa! —solté una carcajada.

—Quiero saber que es calderilla para mí...

—Yo lo que quiero saber es a donde vamos, por ahora veo la autovía que lleva a Madrid... —puse los ojos en blanco.

—¡Acertaste! Wow...

—Tiago, me estás poniendo nerviosa —resoplé.

—Relájate y disfruta del viaje —subió la radio que en ese momento sonaba un tema de Pablo Alborán, así que me tarareó el trozo que decía “no te atrevas a decir que fue solo un sueño”

Tuve que reírme, total, todo lo que dijera no iba a servir de nada, este me iba a llevar donde quisiera, encima yo estaba deseando que me raptara, estar con él, sin que me dejara en casa y no saber cuándo volvería a volver.

—Una cosa, en Madrid hace mucha calor —sonreí.

—¿Eres igual de pesada siempre?

—Perdone, señorito —hice una mueca de burla.

Paramos a tomar algo, llevábamos tres horas de coche y por lo visto faltaba un rato más para llegar al destino ¡Por lo visto! Ya que el señor misterio no me daba ni la más mínima pista de a donde íbamos a ir.

Retomamos la carretera a ritmo de Cadena Dial, mi emisora favorita. Cantando y disfrutando del camino.

Aeropuerto de Barajas, coche metido en el parking y yo flipando. ¿Dónde cojones íbamos a ir ahora? No había movido este cuerpo más veces en mi vida...

Sacó dos maletas del coche.

—¿Y esto?

—Lo compré todo antes de lo del cumpleaños, en el centro comercial principal, estoy seguro de que he tenido buen gusto —hizo un guiño dándome mi maleta rosa, a juego con la suya que era en blanca.

—¡Estás loco!

—Te vas a cagar —dijo entrando a la zona de facturación y esa frase en la boca de él, me ponía muy nerviosa, además de esa risa misteriosa.

—¿Alguna vez dejarás de ser misterioso?

—Quizás tu eres un poco impaciente...

Puesto de facturación, cartel de destino “Venecia”

—¿Nos vamos a Venecia? —pregunté flipando.

—Ajá...

—¿Ajá? Yo te mato, te juro que te mato —dije mientras la azafata pesaba las maletas y le ponía las etiquetas.

—¿Algún problema? —preguntó mientras andaba para la zona de control.

—Ninguno, total, imagino que para los ricos el coger aviones continuamente y vivir así es algo normal.

Puso los ojos en blanco y se quitó el cinturón para dejarlo en la bandeja del control de seguridad.

Yo iba detrás de él siguiendo por toda la terminal, él iba haciéndose el interesante, me paré delante de una tienda observando un bolso que me parecía precioso, de una marca que me encantaba.

—Espera, me voy a dar un capricho... —reí señalando al bolso y me metí en la tienda.

Tiago se adentró conmigo en la tienda, la chica me lo preparó y a la hora de pagar ya le había dado él su tarjeta.

—¡No! —grité.

—¿Quieres que te cuente el viaje que comienza en Venecia durante el vuelo? —me preguntó chantajeando para que me callara.

—Paga, paga —reí.

La chica de la caja se rio mientras le daba el ticket y la bolsa.

Entramos al avión y nos acomodamos.

—Escupe —dije para que soltara por la boca el itinerario.

—Venecia, Santorini, Mikonos, Dubronik...

—¿¿¿A todos esos sitios vamos a ir???

—Ajá...

—¿Pero cuánto tiempo?

—Una semana —sonrió.

—Vamos a dar más vueltas... —negué con la cabeza.

Tiago sonreía y yo pensaba, que esto solo les pasaba a las actrices en las películas, un ligue rico, viajar y todo esto que un ser normal como yo, no se imaginaba ni en sus mejores sueños.

Llegamos a Venecia y un chofer con un cartel con el nombre de Tiago nos recibía.

Nos montamos y nos llevó a nuestro...

—¿¿¿De verdad??? —dije alucinando, viendo en frente un gran crucero.

—Ajá... —sonrió.

—¿Nos vamos de crucero? —seguía incrédula.

—Claro, vamos —dijo dándome la maleta y despidiéndose del chofer con una propina.

Nos recibieron en el barco como en las películas, nos acompañaron a la recepción y de ahí a...

—¡Qué pasada de Suite!

Estaba alucinada viendo esa preciosa habitación, con un gran cuarto de baño, salón y una terraza con dos hamacas y una mesita en medio.

El chico que nos acompañó a la habitación nos dejó allí una vez que nos explicó todo.

—Champan y fresas con chocolate ¡Esto es vida! —cogí una del plato que habían dejado sobre la cama —¿A qué hora sale el barco? —mordisqueaba aquella delicia mientras Tiago abría la botella y servía las copas.

—Pasado mañana —arqueó la ceja.

—¿Y qué vamos a hacer aquí dos días parados? —Bueno hacer, yo haría

mil cosas y sin salir del camarote, pensé soltando una risa.

—Ahora ducharnos, arreglarnos, cenar en el barco, tomar algo... Y mañana, salir todo el día a pasear por Venecia.

—Eso mola ¿Bajaremos en todas las paradas?

—Claro, mujer no te traje para estar encerrada —rio.

—Lo mismo querías disfrutar del barco —hice una mueca burlándome.

—Ponte en pelotas —dijo sin más, como el que te pide un café.

—Ponte tú, mira este... dije chulescamente soltando una carcajada por lo que me había acabado de soltar.

—Tienes un minuto... —su serenidad me ponía nerviosa.

—¿Y si no?

—Juégatela —dijo desafiante.

—¡Tiago! —protesté riendo.

—Treinta segundos...

—¡A la mierda! —me quité todo en menos de cinco segundos —¿Así? —dije en plan borde de pie encima de la cama abriendo los brazos.

—Ahora vete a la ducha que tenemos que ir a cenar —me guiñó el ojo.

Solté una carcajada y lo miré de forma asesina.

—Tiago tienes un minuto para ponerte en pelotas y ducharte conmigo y comenzó hace cinco segundo —dije marchando a paso de modelo, con giro incluido antes de entrar al baño.

—¿Y si no?

—Te tengo a dos velas todo el crucero. Por cierto, te quedan veinticinco segundos —dije inventándome el transcurso del tiempo que había pasado.

—Me la juego, pero te garantizo que la llevas muy mal...

—¡Lo que tú digas! —dije gritando mientras abría el grifo.

Ese era él, en su esencia, siempre sorprendiendo y tirando por donde menos lo esperas, esa era mi chico, el que por unos días tendría la

tranquilidad de tenerlo a mi lado, sin esperar que apareciera, sin saber cuándo, ni porque...

Salí de la ducha y Tiago entró a ella, yo me quedé en el baño secando el pelo mientras él a modo provocador cantaba una canción que no había escuchado en mi vida y que decía “Pedirás arder en deseos, arrastrando por todo mi cuerpo...”

Lo miré y le saqué el dedo. Él se puso a cantar más fuerte aún la canción, mientras sonreía tan pancho.

Coloqué toda la ropa en el armario, estaba flipando con los trajecitos y ropa que me había elegido Tiago, inclusive la ropa interior, que aparte de ser preciosa se veía de confort.

Nos vestimos y salimos a cenar al restaurante que había al aire libre, en la última planta del barco.

Una chica cantando canciones latinas conocidas animaba la cena, además del servicio de mesa, era impresionante, pendientes a todo y a la velocidad de la luz.

Un vino y Tiago mirándome seductor y misteriosamente.

—¿Qué miras?

—A ti —me guiñó el ojo mientras jugueteaba con la copa.

—¿Tengo monos en la cara?

—Tienes una belleza espectacular, estas preciosa con esos labios rojos.

—¿Qué vas a hacer una semana sin sexo?

—Una semana sin sexo... ¿Me estás hablando a mí?

—Ah perdón, aún puede caer alguna de tripulación o de los pasajeros —sonreí.

—Mira, vas a caer tú, esta noche y todos los días del crucero —guiñó el ojo.

—Te vas a comer un mojón —le saqué la lengua.

—Intenta hablar más flojo —dijo mirando a una mesa que había al lado con una pareja que me había escuchado y habían comenzado a reírse.

Tengo que decir que soy muy educada, así que miré a la pareja y les devolví la sonrisa.

Además estaba graciosa en ese momento, entre el champán de la habitación y ahora el vino, estaba con ganas de marcha.

—Tiago ¿Qué me vas a comprar de recuerdo en Venecia?

—Lo que tú quieras —dijo aguantando la risa pues sabía que esa pregunta llevaba trampa, pero yo sabía que me iba a seguir el juego.

—No sé, había pensado en un anillaco de oro, grandote, con diamantes, de esos que llevan las actrices a la alfombra roja —aguanté la risa.

—Claro, mañana lo compramos ¿Algo más?

—Nada más, ya te pediré algo de recuerdo de la siguiente para Venecia, que no es por nada, es solo por llevar algo así chiquitito de recuerdo, algo que me dure toda la vida —me moría de la risa interiormente y yo en el papel metida.

—Claro, lo veo genial, además algo para toda la vida, pues mira, unos buenos pendientes en una de las paradas, en otra una gargantilla y en otra la pulsera, así te llevas el juego entero —sonrió divertidamente.

—Pues lo veo, además si algún día me despides, vendo todo, que seguro que me dan más por las joyas que por la liquidación de la empresa —solté una carcajada.

La cena era exquisita, el punto que yo tenía era buenísimo, el humor de Tiago era espectacular, el vino acompañaba, era todo una noche de ensueño.

Cuando terminamos de cenar nos fuimos a una parte apartada del barco con dos copas de gin tónica.

—Qué bonito se ve el mar con la luna iluminando —dije mirando hacia el horizonte.



—Verás cuando estemos navegando, es una pasada.

—¿Has hecho muchos cruceros?

—Un par de ellos —sonrió.

—No quiero que me cuentes, prefiero pensar que es a la primera que traes —solté una carcajada.

—Eres a la primera...

—¿Qué pasa viniste de Single? —volví a reír.

—Vine con mi madre, es una aficionada a hacer cruceros —sonrió.

—Yo alucino, de verdad Tiago, si esto me lo dicen hace unos meses, hubiera pensado que era imposible, no te imaginas la intensidad de todo, ha sido como poner mi vida patas arriba y descubrir cosas que antes las veía lejanas. Yo para ir un fin de semana en otro provincia gallega, me llevaba un mes preparándolo —me mordí el labio negando con la cabeza y sonriendo.

—El ser humano es más complicado de lo normal, hacer locuras, improvisar, es señal de estar vivos...

—Y de tener dinero, tiempo y la vida que tú tienes ¡No te jode!

—Pero hay personas con sus vacaciones, fines de semana libre, que se pueden permitir viajar de vez en cuando y no lo hacen, se acomodan a una vida y no salen de ella.

—Eso es verdad...

—Me alegro de haberte enseñado un poco más allá de lo que tenías como tu mundo —sonrió y sus ojos transmitían felicidad.

—¿Qué va a pasar cuando acabe el verano? —pregunté con melancolía, la culpa era del alcohol.

—Pues recibir al otoño —hizo un gesto como de no entender nada.

—¡Tonto! ¿Qué será de nosotros?

—¿Qué quieres que sea?

—No quiero que llegue el día en que ya no te vuelva a ver...

—¿Crees que eso pasara?

—No sé, además, no sé ni lo que somos ¿Amigos? ¿Follamigos? ¿Amantes? ¿Novios? —solté una carcajada.

—¿Qué te gustaría ser? —dijo poniendo la otra mano que no sostenía la copa sobre mi culo.

—No me toques que te emocionas y te recuerdo que no vas a mojar en todo el crucero, por lo del desnudo, te lo recuerdo por si se te olvidó —sonrió —Fuera de eso, no sé lo que me gustaría ser, o sí, pero eso no lo decido yo, pero ser algo, no solo de estar a la expectativa de que pasará mañana.

Quitó mi copa y la puso sobre un escalón, la suya también y me abrazó fuertemente.

—¿Sientes esto?

—Sí.

—Eso soy... —entonces me beso apasionadamente y yo me derretí, a pesar de que seguía sin entender, que era para él.

Volvimos al camarote, el día había sido largo y queríamos levantarnos temprano para pasear por la ciudad de los canales.

Me puse un camisón corto de tirantes que me había comprado Tiago, en blanco, con un cordón en la cintura, era muy coqueto, me encantaba.

—Ven —dijo con voz ronca, él estaba sentado al filo de la cama.

Me acerqué a él y me agarró la mano para ponerme más cerca, luego me agarró por la cintura y comenzó a bajar sus manos.

—Tiago, estás castigado.

—Yo, pero tú no —dijo metiendo la mano por debajo del camisón y bajando las bragas.

—No es justo —sentí ya sus dedos en el interior de mis partes, llegando a lo más profundo y comenzando a mover suavemente mientras me miraba a los ojos.

Ahí de pie, con sus dedos recorriendo cada parte de mi zona más íntima, haciéndome jadear mientras apretaba mis pechos con su otra mano.

Caí casi desplomada, me tuvo que agarrar, el orgasmo había sido brutal, como todos lo que me hacía sentir.

—Ahora puedes dormir —dijo tirando a mi lado.

—No, te toca a ti, tan mala no soy...

Me fui hacia él que ya estaba en camiseta y calzoncillos, directa a su zona, esa que comenzaría a jugar con ella y lamer, hasta llevarlo a eso que conseguí fácilmente, el orgasmo de esa noche.

Dormimos abrazados, con mi cara en su cuello ahuecada, con el olor de su piel impregnada en mi nariz, así era como quería envejecer, en esos brazos que me daban la vida.

Amanecer y volvernos a amar, eso es lo que hicimos, teníamos un enganche sexual muy fuerte, sobre todo yo, que ya fantaseaba con tirármelo por todos los rincones del planeta.

Desayunamos en la terraza exterior, sonriendo, charlando, bromeando y luego nos fuimos a perdernos por Venecia, esa ciudad que uno no se puede morir sin conocer.

Olía un poco mal, para que nos vamos a mentir, nos dijeron que en verano era normal.

Nos montamos en una góndola y el chico nos cantó y todo el O Sole mío, yo no sabía dónde meterme, Tiago que estaba de espalda al barquero lo imitaba con gestos y yo aguantando la risa para que no pareciera que nos estábamos cachondeando de él.

Saqué el móvil y empecé a tirar fotos, selfies y ver aquella preciosidad de ciudad que tenía tantos preciosos rincones de ese gran canal.

Pasamos por un puente que se llamaba Ponte dei Sospiri, por lo que nos contó el chico, era el puente que atravesaban los presos de la cárcel para ir a

ser ejecutados ¡Mal rollo!

Luego nos bajamos y compramos dos helados, unos “gelati” los mejores que había probado en mi vida, nos pusimos a pasear por algunos barrios.

Por fin llegamos a la Piazza San Marcos, situada en el corazón de Venecia, la más importante, estuvimos viendo un rato aquello y luego nos fuimos a comer a un restaurante que nos llamó la atención, así que llenamos el estómago charlando sobre la ciudad y nos volvimos a ir a pasear.

Pasamos delante de una joyería y Tiago me señaló para entrar.

Pidió que le sacaran todos los anillos con diamantes, yo lo miré queriendo matarlo, le hice un gesto de negativa pero él me miró desafiante.

Le dije que lo sentía que me iba a fumar un cigarro, él me dijo que quería mirar un reloj, le dije que lo hiciera que lo esperaba fuera.

Salió diez minutos después, con su bolsita en la mano y enseñándome el reloj.

—Debiste aceptar que te comprara el anillo...

—Ni de coña, fue una broma, no lo permitiría.

—Quería que tuvieras ese recuerdo...

—Tiago, quita esa cara de enterrador, demasiado todo lo que me compraste y para rematar mi antojito del bolso.

—No me vuelvas a dejar tirado así ¿Entendido? —me cogió un pellizco de la mejilla.

—¡Auch! Eres un bruto... —reí rascándome la mejilla.

Pasamos todo el día en Venecia, cenamos y todo allí, llegamos al crucero cerca de las doce de la noche, habíamos pasado un día estupendo.

Nos fuimos a dormir no sin antes volver a disfrutar de nuestros cuerpos, hasta caer agotados de placer y dormir abrazados como tanto me gustaba.

Por la mañana me levanté y ya el barco había zarpado para Mikonos, donde llegaríamos a la mañana siguiente, así que ese día era de navegación.

Salí a la terraza y Tiago fue a abrir la puerta, luego apareció con un chico del servicio y un carro con un delicioso desayuno que había pedido para la habitación.

—¡Hay de todo! —dije emocionada mirando todo lo que había para comer, a parte del café y los zumos naturales —¿Y esto? Parece de juguete —dije mirando una manzana pequeña, como de decoración, preciosa, brillante, se apreciaba una línea en medio y yo cotilla de la vida la abrí — ¿¿¿Qué es esto??? —Miré a Tiago con ganas de matarlo.

—Ni idea, dijeron que era para ti.

—No debiste hacerlo —dije mirando aquel precioso anillo, con media bola de oro llena de pequeños diamantes.

—Espero que sea el primero de muchos regalos —dijo cogiendo mi mano y poniéndome el anillo.

—Ya me regalaste un bolso —puse cara de avergonzada.

—El bolso no es para toda la vida...

—Lo bueno de esto es que si algún día tengo un apuro económico, voy y lo vendo —solté una carcajada mirando el anillo y preguntando ¿En calidad de qué? Mejor ni pensarlo.

—El oro siempre es dinero y si es con diamante más —me guiñó el ojo —espero que no tengas nunca ese apuro económico —sonrió.

—No me eches de tu empresa —reí.

—¡Ni de mi vida! Anda come la tostada que está el pan exquisito.

—Tiago ¿Siempre tienes tanto tiempo libre para viajar y todo?

—¡No! Es el primer año que cojo tantos días seguidos —soltó una carcajada —Viajo mucho pero en épocas como Semana Santa, Navidad, unos días en verano, fin de semana... Pero ¡me tienes descentrado! —rio.

—¿¿¿Yo??? Serás... —negué—Tiago el único que me has descentrado has sido tú, yo solo me limité a estar a tu merced —hice una mueca con el

labio.

—Y a tenerme como un perro...

—Eso también —soltamos una carcajada.

—Me encanta la sensación esta de estar navegando y desayunando en la terraza del camarote ¡Asco de ricos!

—Hoy en día hay inmensidad de cruceros a precios muy asequibles, así que no digas tonterías.

—Claro, pero me juego el pescuezo que no es igual de lujoso y con tanto detalles como este.

—Pero tampoco tienen mucho que envidiarle.

—¿Cuál sería el viaje de tus sueños?

—Pues mira, siempre soñé con ir a algún destino de Asia, Tailandia, Camboya, Vietnam, Japón, India, Corea del Sur...

—Sí porque a Corea del Norte no lo veo yo muy factible —bromeó.

—Uf, cualquiera se atreve a ir allí, el país más hermético del mundo, con un dictador que está como un cencerro.

—¿Sabes que para ir allí hay que pedir un permiso y si te lo aceptan toda la estancia debes de estar con dos del gobierno vigilándote?

—¿Cómo dos del gobierno? —pregunté intrigada.

—Ellos te ponen dos hombres las 24 horas, para que no hables con la gente ni fotografíes todo aquello que no quieren mostrar al mundo.

—¡Están locos!

—Pues eso... —soltamos una risa.

—¿Cuál es el plan que tenemos hoy en alta mar?

—Comer, beber, bañarnos en la piscina, ver algún espectáculo, creo que hoy hacen un show tipo espectáculo de Teatro, una actuación italiana, si no me equivoco.

—¿Y que es típico de Italia a parte de cantar el O sole mío, el barquero

de la góndola?

—Habrás que ir a descubrirlo...

—Yo si no me gusta me salgo del trabajo, yo soy muy tiquismiquis para esas cosas...

—¿Tiquismiquis?

—Sí —le saqué la lengua mientras él se reía.

Un desayuno de dos horas, café y más café, charlar, alta mar, brisa, aquello era vida, cuando volviera al trabajo iba a coger un trauma al recordarlo, me reí solo de pensarlo.

—¿Qué estás pensando? —preguntó curioso al verme reír.

—El trauma que voy a coger cuando vuelva al trabajo y me acuerde de todo esto —volví a reír.

—No vuelvas, tomate un año sabático...

—Sí claro y la hipoteca me la pagas tú —bromeé.

—La hipoteca y el sueldo ¿Te apetece? —su tono no sabía si era de broma, o en serio.

—Anda, anda, anda, calla que estás peor que el de Corea del Norte. Vamos a tirarnos en las hamacas de la piscina y nos tomamos el día probando cocteles.

—Eso lo hablaremos —dijo levantándose.

—¡Estás loco! —negué con la cabeza saliendo de la habitación.

Me fui para la barra que había al lado de piscina, me senté y Tiago hizo lo mismo.

—¿Ya vamos a empezar a empinar el codo? —ríó mirando el móvil que marcaban las doce de la mañana.

—Estamos de vacaciones —dije mirando al camarero.

—Buenos días ¿Qué desean?

—Buenos días —dijimos de forma sincronizada.

—Dos copas de Rioja de aquel reserva, por favor —dijo señalando una botella que estaba en exposición.

—Ahora mismo.

—¿Ya le vamos a dar al vino?

—¿Y por qué no? ¡Estamos de vacaciones! —Dijo devolviendo mi contestación.

El camarero nos sirvió las copas, la puso delante de nosotros en la barra y ahí nos quedamos sentados fumando un cigarrillo y viendo como se anima la cosa.

—Perdone ¿me puedes dar fuego? —preguntó una exuberante y provocadora rubia, directamente a Tiago.

—Claro —dijo dándole el mechero que teníamos en la barra.

—Gracias —le volvió a dar el mechero sin dejarlo de mirar fijamente.

Se fue cual descarada feliz después de haberse dejado ver.

—Le has puesto cachonda —dije riendo irónicamente.

—A mi la única que me pone cachonda eres tú —me guiño el ojo.

Vi como esa chica se tiraba en una tumbona con su amiga, en la otra parte de la piscina, riendo por algo que podía ser por el atrevimiento de haber venido un poco lejos a pedir fuego, teniendo gente fumando alrededor.

Quise olvidar eso, seguimos charlando animadamente mientras tomábamos la copa de vino.

Veinte minutos después la misma rubia pidiéndole fuego. La misma maniobra y la misma cara de zorra.

—¿Me vas a decir que no te está buscando?

—Abigail...

—Ni Abigail, ni hostias ¿No tiene para comprarse un mechero? ¿No se lo puede pedir a los de su alrededor? Vamos, no me jodas —dije encendida.



—No dejes que esas tonterías te estropeen el viaje.

—¿Estropear? Reza para que no vuelva...

Tiago soltó una risa mientras negaba con la cabeza y pedía seguidamente otras dos copas de vino.

Un rato después, la vi venir de nuevo y ya me preparé yo.

—Esto de no tener mechero, tendré que bajar a la tienda a comprar uno —dijo mirando a Tiago.

—No, toma —dije dándole yo el mechero —llévatelo ya que tengo en el neceser más y así dejas de dar por saco.

—No lo quiero —dijo ofendida por mi contestación.

—Pues hala, vete por donde has venido —dije guiñándole el ojo.

—Eres un poco estúpida —dijo chulescamente.

—Y tu un poco buscona y ahora si no te importa —le señalé con la mano para que se fuera y eso hizo, irse ofendida. Mire a Tiago —Como digas algo te tiro al océano —di un trago de vino.

—¿Yo? ¿Decir? ¡Dios me libre! —dio un trago.

—Mejor, cállate mejor, porque a la segunda le debiste decir que dejara de joder —dije enfadada.

—¿Crees que a mí me importa una mierda esa tía? ¡Qué de las vueltas que quiera! Yo solo tengo ojos para ti.

—Mira Tiago ¡No me chupo el dedo!

—¿Estás celosa?

—¿De una muñeca hinchable como esa, que tiene operada hasta las orejas? ¡Por favor! —sabía que no había colado, que se me veía los celos a lo lejos, pero es que esa gilipollas era una tocapelotas.

Tiago me miraba escuchando mi argumento, aguantando de reír, en el fondo le gustaba verme así, eso le hacía sentir más importante, de eso estaba seguro, pero yo no me arrepentía de haberle dado para el pelo a la tipa esa

descarada.

Nos metimos en la piscina, el pendiente a mi en todo momento y haciéndome gestos de bromas por lo que había pasado.

—No me toques los ovarios con esas miraditas chistosas, tengamos la fiesta en paz —protesté.

—¿Yo? Pero si no estoy haciendo nada —dijo haciéndose el que no había roto un plato.

—No me gusta que te hagas el tonto, me tomas por ingenua.

—Para nada ¿Quién dice eso?

—¡Yo! —hice un gesto de desesperación.

Pasamos el día tomando el sol, viendo a lo lejos a la loca muñeca hinchable observándonos todo el día mientras cuchicheaba con su amiga la Lamborghini, otra operada hasta la médula.

—Deja de estar pendiente a ella, no me interesa, no tienes por lo que preocuparte —dijo dándome otra copa de vino.

—¿Perdona? Son ellas las que están pendiente a cada movimiento que hace tu culo.

—Pues yo solo tengo ojos para ti —me dio un beso.

Un golpe se escuchó cerca de nosotros, cuando miramos, ahí estaba la rubia pesada revolcada en el suelo, había resbalado y al carajo pipa, ahí estaba desparramada.

—Toma Karma —aguanté la risa al decirlo y Tiago sonrió poniendo los ojos en blanco —Ve a ayudarla —hice un gesto con la cara.

—No, tiene muchos ya alrededor haciéndolo —me miraba de forma seductora.

—¡Bendito Karma! —volví a regocijarme de lo que le había pasado a la mujer de plástico.

—Eres mala —bromeó.

—La más hija de puta del mundo, pero no voy a tocar las narices a la gente que están plácidamente tomando algo, sé lo que es el respeto por las parejas.

—¿Somos pareja? —puso cara de interesante.

—Pareja de amantes —sonreí haciendo comillas con los dedos.

—¿Amantes? Suena muy bien —se acercó a mí y me dio un beso en los labios, luego me tocó la nariz.

—Y encima eres mi jefe ¡Dios! Qué suerte la mía —sonreí levantando las manos en plan desquiciada.

Pasamos todo el día así, bromeando, besos, pendiente a lo siguiente que iba a hacer la mujer de plástico, eso sí, nos dio el día, que sí fuego, que si caída, que sí persecución, era una imán para seguirnos, me tenía de los putos nervios.

Por la noche hicimos la cena en la terraza de la habitación, por mi salud mental, no quería volver a ver a la rubia de bote hasta la salida del crucero, hasta el día que volviéramos, me había sacado de quicio.

Me despertó Tiago, avisándome desde la terraza que saliera a ver eso.

Santorini, estábamos en medio del mar en la isla de Santorini, aquello era un espectáculo y el desayuno ya estaba sobre la mesa de la terraza.

—Esto es la hostia ¡Qué maravilla!

Casas blancas en el pico de la isla, acantilados a los lados, era un espectáculo para la vista.

—Lo es —dijo sirviéndome un café.

Estábamos a los pies de la isla, ni siquiera atracados en puerto, no se podía llegar ya que no había profundidad para el barco, así que unas lanchas servían de transporte entre el crucero y el muelle.

Veía ya marchando a la isla a los primeros turistas, mientras que yo tomaba el café embelesada con aquella belleza que tenía ante mis ojos.

—Allá van las Lamborghinis —dije señalando a la lancha que estaba transportando a otro grupo de turistas.

—Salúdalas —me animó con los ojos haciéndose el gracioso.

—No te estarás enamorando de ellas ¿No? —hice una mueca.

—A mí solo me han enamorado dos mujeres en la vida.

—¡Qué guay! —ironicé intentando que no me contara por Dios de sus enamoramientos o ya lo tiraba por la borda.

—Una me dijo que me iba a enamorar de ella antes de veinticuatro horas y le sobraron veinte...

—¡Suerte la suya! —exclamé de forma sarcástica.

—La otra lo consiguió cuando me dijo su primera frase...

—Pues sí que dio de lleno. Qué te dijo. ¿Aquí me tenés? —puse los ojos en blanco.

Soltó una carcajada, yo me estaba muriendo de la risa, pero en el fondo lo quería matar, lo peor de todo que no sabía si era verdad lo que me había contado, pero prefería no saber, ni siquiera contemplaba la opción de que yo fuera una de ellas.

—Yo no me enamoré de nadie en mi vida, solo de uno y le faltó un pisotón para conquistarme —sonreí.

—¿Estás enamorada de mí? —puso cara de macho ibérico.

—¿Crees que eres el único que me metió un pisotón en la vida? —solté una carcajada.

—Qué graciosa es mi niña —me sacó la lengua —Venga vamos, que tenemos que ir a seguir a las Lamborghinis —tiró de mí hacia dentro.

—Como me encuentre sobre todo a la rubia, te juro que la tiro montaña abajo —hice un gesto de enfado con las manos.

Tiago se reía, pero a mi esa tía me ponía enferma, era mucho mejor que no me la encontrara.

Salimos del barco en la lancha que nos llevó a tierra, allí nos esperó un coche que bordeando la isla nos llevó al punto más alto, por el que ya nos bajamos y comenzamos a pasear por esa preciosa isla, de la mano, como dos... ¿Enamorados? Por mi parte era claro que lo estaba hasta la médula, por la suya, no lo tenía claro, pero sentimientos era obvio que los había, eso se notaba en la mirada y la de él era de que estaba feliz a mi lado.

El mar a nuestros pies, la belleza del lugar, el blanco reluciente del que presumían esas calles.

Paseamos tranquilos, mirando todo, parando a tomar un vino, en alguna tienda, hasta que entramos en una que había un precioso vestido blanco corto hecho de croché, lo miré imaginándome con el puesto, era de tirantes y con un escote que formaba un dibujo en el pecho precioso.

—Me puedes poner ese vestido —dijo Tiago a la dependienta.

—Pero si no me lo he probado —puse los ojos en blanco.

—No te hace falta, es el tuyo, te va a quedar genial —me hizo un guiño mientras sacaba su tarjeta.

—No te rebato el pagar pues te lo vas a pasar por el forro de los huevos ¿verdad?

—Me encanta tu calidez lingüística —dijo dándome su brazo para que me agarrara a él al salir de la tienda.

—¡Ay Dios! —dije mirando al fondo a las Lamborghinis.

Tiago me echó la mano por encima.

—No hay nadie que me provoque la sonrisa que me provocas tú, así que por favor, levanta la cara, sonrío y demuestra al mundo que no hay nadie que rompa la felicidad del momento tan bonito que estamos viviendo.

—¿Te has vuelto poeta?

—Tu eres el motivo de mi inspiración —me agarró la mano y tiró de mí. Pasamos por delante de las plásticas, sin mirarlas, ellas sentadas en la

mesa de una terraza de bar, notaba que nos miraban, pude verlo por el rabillo del ojo, a esa tía le ponía cachonda Tiago, aunque en el fondo era normal, era un tipo que llamaba la atención a simple vista, buenorro, guapo, elegante, tenía una percha con mucha clase.

Comimos en la isla, frente al océano, aquello era de lo más romántico, tomando vino, yo ya estaba muy achispada, pero luego un buen paseo, un café y un delicioso pastel, nos hizo volver más frescos.

—Tenemos dos opciones para llegar abajo, una es un teleférico y la otra en burro —hizo un gesto de que eligiera.

—¿En burro? ¡Ni de coña!

—Es muy divertido...

—¡Ni de coña!

Ni de coña...

Ahí estaba en lo alto del burro, pálida, asustada, sin hablar, ante la atenta mirada e Tiago que iba en otro burro tirándome millones de fotos, riendo como un energúmeno y preguntándome que como estaba, yo ni contestaba, yo no paraba de rezar a todos los santos que había escuchado de boca de la gente, ya que yo muy creyente no era.

Cuando llegamos abajo miré a Tiago que aún seguía descojonado y le solté una barbaridad.

—Ya podía haber montado a tu madre, hijo de la gran china —dije dirigiéndome a la lancha.

—¿A la Erika en burro?

—A esa misma —dije enfadada.

Que mal trago había pasado ese fatídico camino en el puñetero burro que no tenía culpa de nada el pobre, pero que mal lo pasé, en mi vida me montaba en ningún animal más.

La cena esa noche en el barco era fiesta de blanco, así que me vino

genial el vestido que me compró Tiago unas horas antes en la isla.

Fuimos a la cena y luego de allí para la terraza exterior, nos gustaba aquel rincón, nos sentamos en la barra y pedimos dos cocteles.

—Un ron con coca cola —La voz de la rubia provocadora sonó a mi lado.

La miré con asco, Tiago ni levantó la cabeza, sabía que se buscaba llevarse un rapapolvos.

—Pues eso cariño —dije preparando para soltar una indirecta, además en alto para que se enterara bien —que la novela que me regalaste es buenísima, ella una loca con manía persecutoria que se cree que va a engañar a su nueva víctima.

—¿En serio? —preguntó siguiendo el juego ante la atenta oreja que tenía puesta la rubia en nosotros.

—Ajá... Se siente poco valorada, un juguete para todos, que realmente por desgracia para ella, todos los hombres la ven así —miré hacia la rubia y me estaba mirando con cara de asco. Yo le sonreí.

—Hay cada loca... —dijo Tiago provocando una risa en mí que fue el detonante para que la Lamborghini saliera con su copa pitando de ahí.

Nos reímos un rato, Tiago tuvo mucho arte para seguirme el juego.

—Pon la mano aquí sobre mi pierna y cierra los ojos, no puedes abrirlo hasta que yo te diga.

—¿Qué dices Tiago? ¿Ahora vamos a jugar? —dije protestando.

—Venga —cogió mi mano y la puso sobre su rodilla —Cierra los ojos —ordenó con cara de sargento.

Ahí fui yo, ojos cerrados y noté que me ponía una pulsera.

—¡Estás loco! —dije abriendo los ojos y mirándola.

—No te dije que pudieras abrirlos aun —protestó.

—Es preciosa, pero no quiero que te gastes el dinero en estas cosas —

dije mirando alucinada esa pulsera tan bonita, elegante y a la vez discreta, nada ostentosa.

—Claro, no me vaya a arruinar —puso los ojos en blanco—Ya tienes un recuerdo de Santorini para toda la vida.

Volvimos al camarote a media noche, estábamos cansado y al día siguiente queríamos disfrutar de la isla de Mikonos.

Por supuesto, antes de dormir alegría para el cuerpo, con él me apetecía a todas horas y Tiago, no perdía la oportunidad nunca de poner sus manos en mis zonas más calientes, para empezar un juego en el que siempre terminaba temblando cada rincón de mi piel.

Amanecimos en Mikonos, otra vez desayunando en nuestra terraza, con las vistas impresionantes a la isla.

Salimos a pasear, esta vez me obligó a entrar a una joyería y me compró una gargantilla fina como la pulsera, yo no quería pero... ¡Simplemente Tiago!

En mi vida había tenido tantas joyas, aunque es cierto que mi madre me regaló muchas cositas de oro a lo largo de mi vida, cadenas, colgantes, pendientes, cositas normales, no alta joyería mezclada con diamantes, eso era cosa de otra envergadura.

Lo mismo que al día siguiente en la imperiosa y atractiva Dubrovnik, esa ciudad costera de Croacia, llena de cultura y de la que me llevaría un precioso recuerdo para toda la vida, unos preciosos pendientes que me compró, ya llevaba el juego entero, reía de pensarlo, estaba como una cabra, pero me encantaba.

De allí volvimos a Venecia, donde despedimos al barco y nos alojamos en un hotel dos días.

El crucero había sido espectacular, todo había salido de ensueño, ahora tocaba disfrutar un poco más de Venecia, esa que había descubierto el primer



día de crucero y que me había dejado tan buen sabor de boca.

Dejamos las cosas en el hotel a media mañana y nos fuimos a pasear, yo estaba antojada por comprar la típica máscara veneciana, la quería para mi apartamento y como recuerdo de ese día.

Estuvimos viendo cientos de ellas, probándola, haciéndonos selfies, hasta que me decidí por una blanca, con dibujos en tonos tirando a dorados, me encantaba era especial, tenía algo que salía de las demás, por supuesto la pagó el míster, yo ya no recordaba ni el color de mi cartera, era imposible sacarla estando al lado de él, eso era como tocarle su orgullo machote.

El día era de lo más bonito, romántico y... ¡Sus muelas! Ahí estaban las Lamborghinis con unas latas de refrescos en las manos, bebiendo con una cañita y mirándonos descaradamente.

—¡Dios! ¿Nos están siguiendo? —Refunfuñé.

—Vamos vida, pasa de ellas...

—¿Vida? Lo miré extrañada y él se hizo el tonto.

Me agarró de la mano y salimos a una calle a perder a las plásticas de la vista, estaba a punto de cometer un asesinato si me la volvía a encontrar.

Luego cenamos en un Yate, si en uno que estaba atracado siempre y reformado en plan restaurante, era una preciosidad, un lugar con mucho encanto, una cena de esas que ya no olvidas en la vida.

Esa noche fuimos hablando gangosos a la habitación, con un calentón de mil demonios, solo nos faltaba darnos un revolcón en cualquier esquina, pero cuando parecía que ya íbamos a estallar... ¡Llegamos a la habitación!

Bueno no, la verdad que teníamos que coger el ascensor y ya cuando se cerraron esas puertas, nos metimos manos hasta la saciedad y lo hicimos allí, estando un buen rato mandando el ascensor de la primera a la última planta. A punto de que alguien nos hubiera pillado, pero como ya digo, el calentón no aguantó el minuto que faltaba a la habitación y terminamos follando como

locos ahí mismo.

Al día siguiente estuvimos de shopping, todo el día de tienes por Venecia, compramos un montón de recuerdos para mi apartamento y para su casa, o casoplón, o mansión, ya sabría donde la pondría, solté una carcajada solo de pensarlo y como siempre, Tiago me miraba con cara de que le soltase lo que estaba pensando.

—Tiago tengo una pregunta —dije mientras lamía ese helado que estaba de muerte.

—Dispara...

—¿Y mañana cuando volvamos que? —seguí comiendo el helado a sabiendas que su respuesta podía hacer que me atragantase.

—Pues mira, te llevaré a mi casa conmigo, tenemos que preparar un evento para el sábado.

—¿Como que me llevaras contigo? ¿Qué es eso de otro evento? Tiago... ¡Qué te conozco! —dije tirando el helado a una papelera —explícame —me crucé de brazos y Tiago miraba a la papelera, al helado que tan felizmente me estaba comiendo.

—¿Has tirado el helado? —preguntó lentamente sin dejar de mirarlo y señalándolo.

—Sí, ahora cuando se me pase el susto vas y me compras otro —dije sonriendo de forma enfadada —Explícame eso de irme contigo y evento. Viniendo de ti... Veremos que me lías ahora.

—Nada, confía en mí —dijo metiéndome su helado en la boca mientras sonreía.

—¡Quita! —fui tan brusca que su helado fue a parar al suelo. Lo miré poniéndome las manos en la boca —Ahora vas a por dos —sonreí.

—Ya veo... —soltó una carcajada —Voy a por ellos —salió corriendo como alma que lleva el diablo, evitando contestar a toda costa mi pregunta.

Nada, no hubo forma de sacarle en todo el día palabra, ni al día siguiente mientras regresábamos para España, para su casa concretamente, porque si algo me había dejado claro es que a la mía no me iba a llevar hasta que no preparáramos ese misterioso evento y se celebrara.

Evento y Tiago, eso era un coctel molotov de esos que iba a estallar a lo grande, no me cabía duda, así que solo me quedaba descubrir de que se trataba y prepararme para ello.

## Capítulo 24



En su casa de los Pirineos, colocando la ropa que nos lavaron en Venecia y a dormir, habíamos llegado a las once de la noche y estábamos agotados.

Nos levantamos a las diez de la mañana, raro en nosotros que éramos los reyes de madrugar.

—He soñado contigo —dijo dándome un beso en la frente.

—¿Bueno o malo? —puse los ojos en blanco.

—Bonito, tú estabas en el sofá con nuestros ocho hijos jugando alrededor y yo os echaba fotos...

—Eso tu rascándote los cojones ¿Seguro que era yo la del sueño?

—Totalmente seguro —afirmó felizmente.

—No veo eso yo claro ¿Eh?

—Pues yo lo vi clarísimo, me dio hasta pena despertarme —frunció la cara.

—Tiago, más vale que me prepares ya el desayuno, porque como no me tome un café va a estallar la tercera guerra mundial —dije poniendo cara de guardia civil.

—Voy, voy —dijo saliendo de la cama, desnudo, lo que me hizo recordar que me despertó a las cuatro de la mañana e hizo conmigo eso que tanto me gustaba.

Fue al baño a asearse antes de bajar y yo tras él, poniéndole todo el rato caretos tras el cristal, a él se le caía la baba con mis cosas, eso era innegable.

Después del desayuno se puso a preguntar a un servicio de catering por

diferentes menú, al final cogió uno que ni entendí, pero sonaba bien.

Resulta que Tiago tenía servicio en su casa, las veinticuatro horas, pero cuando me llevaba los mandaba a todos a sus respectivas casas, pero en este caso para el evento les ordenó que estuvieran todos, cosa que sería al día siguiente.

—Llama a tus padres y dile que estén mañana aquí con tu hermano a las ocho de la tarde.

—¿Mis padres? ¿Qué vela tienen en este entierro?

—¡Llama! —ordenó mordiéndose el labio.

Y los llamé, les dije que vinieran a cenar que sonaba mejor, ellos se sorprendieron pero aceptaron sin muchas preguntas.

—¡Te mato! No sé porque los involucro en esto —me quejé mientras cogía una copa de vino que había sobre la mesa.

Incógnita todo el día y al siguiente también.

El servicio tenía preparado todo, una mesa redonda gigante, era la única que había para cenar. Me giré hacia dentro y veo a Tiago riendo y un precioso traje de color blanco sobre la mesa.

—¿Te va el blanco no? —pregunté mirando aquella preciosidad de vestido que había sobre la cama, de cuello de barco, mangas bien cortas, por la rodilla, con un cinturón dorado, el traje era de película, de boutique, de firma, se notaba.

—Te sienta genial y es acorde con el evento.

—Acorde con el evento... —puse los ojos en blanco.

Me puse el precioso vestido, me quedaba de muerte, me veía espectacular, con unos tacones dorados, como el cinturón, Tiago tenía muy buen gusto. El pelo recogido en un moño desenfadado.

Bajamos y en esos momento llegó Erika, junto a Jimena y Coral, con su talante bien altivo, pero un poco simpática. Seguidamente llegaron mis

padres con mi hermano que aproveché para presentar, justo antes de que aparecieran Saúl y Emmy, a la que abracé y toqué su barriguita.

—Ya estamos todos —dijo Tiago ante mi asombro mientras los camareros nos traían una bandeja con vinos y refrescos —Quiero daros las gracias a todos por venir —Tiago me miraba sonriente mientras yo lo asesinaba con la mirada.

—¡Vivan los novios! —bromeó Emmy que se cayó seguidamente al ver mi cara.

—A eso iba... He conocido a una preciosa mujer que cambió mi vida con solo una frase —dijo cogiéndome de la mano ante mi rubor y sorpresa — Ella se piensa que yo la hice vivir unas emociones que en otras circunstancias no hubiera descubierto pero que, lo que no sabe que yo llevaba una vida tranquila volcado en mi trabajo... Esas emociones de las que ella habla son nuevas para mí también —una sonrisa se dibujaba en su rostro y yo creía que iba a desmayar —¿Qué hombre se ve haciendo improvisadamente de detective dos semanas? —La risa de Emmy sonó en todo el jardín —¿Qué hombre se inventa de la noche a la mañana un viaje de negocios al Caribe para llevarse a la mujer que le hace latir el corazón más rápidamente? ¿Qué mujer consigue que un hombre deje todo y se vaya a seguirla a una isla a la que se ha ido de loca? Pues eso, hice unas locuras las últimas semanas que no había hecho en mi vida, pero que eran para estar a tu lado, pero ya me cansé —se encogió de hombros y todos miraban expectante a que terminara de hablar. Tiago se sacó un anillo de compromiso del bolsillo —No quiero hacer más de detective, no quiero inventar más viajes para estar a tu lado, solo quiero estar contigo ¿Aceptarías ser mi mujer y casarte conmigo?

Por poco me desmayo, Erika sonreía fingidamente, mirando a Jimena que aunque era distante estaba emocionada, mirando a Coral que iba a su rollo y no se enteraba de nada, Erika aguantaba el tipo que no era poco. Mi

madre lloraba como una niña chica, mi padre estaba emocionado y Emmy... Saltando como loca, olvidándosele que estaba embarazada.

Todo me miraban y yo hacía lo mismo, estaban deseando que hablara, pero yo estaba en shock.

Miré a Tiago que esperaba sonriendo, no dejaba de observar cada gesto o movimiento que yo hacía.

—Tiago ¿me has llevado por medio mundo para pedir que me case contigo? Podías habérmelo dicho en una cafetería de Vigo y haberte ahorrado el dinero —soltaron todos una carcajada, yo negaba riendo con la cabeza — ¡¡¡Sí quiero!!! Una y mil veces, claro que quiero —dije besándolo fuertemente con mis manos en su cara.

Me puso el anillo y yo miraba lo bonito que quedaba junto al otro que llevaba en el dedo corazón, aquel que me regaló en aquel viaje.

Mis padres se abrazaron a Tiago, dándole la bienvenida a la familia, yo charlaba con Emmy que no paraba de bromear y Erika con Jimena.

No podía creerme lo que había pasado, estaba que no cabía en mí, al fin parecía que se iban a ir desapareciendo las dudas y que ya teníamos un compromiso oficial.

—¿Y la boda pá cuándo? —preguntó Emmy cantando a lo Jennifer López.

Saúl soltó una carcajada.

—Septiembre —dijo Tiago ante mi asombro.

—Tiago, eso es el mes que viene —dije alucinando.

—Tenemos la casa —señaló a donde estábamos, lo que daba por supuesto que viviríamos ahí —podemos celebrarla en estos jardines, con nuestra gente más íntima ¿Qué más necesitamos para prepararla? —rio — además, estoy seguro de que esta misma semana encuentras el vestido de tus sueños —me hizo un guiño.

La cena fue animada, luego nos tomamos unas copas, se marcharon primero Jimena, Coral y Erika, un rato después mis padres, que nos transmitieron su felicidad y apoyo.

Nos quedamos con Saúl y Emmy, que ella estaba tirada en la hamaca, con un zumo de manzana y una rebeca porque la noche refrescaba.

Saúl, Tiago y yo seguíamos a vinos. Hablamos de lo bien que había salido todo.

—Tiago, eres increíble —dije medio borracha mirándolo embobada.

—Este tiene un arte —dijo Saúl señalando al que ya era mi prometido.

—Me tranquiliza que os caséis a un mes vista —dijo Emmy como si no fuera con ella la cosa.

—¿Qué es eso de a un mes vista? —reí.

—La mía se puso con un año de antelación y mira donde estoy, en esta hamaca preñada de ese, que no era mi prometido —dijo tan pancha y todos soltamos una carcajada.

—Mirándolo así me dan ganas casarme la semana que viene —puse los ojos en blanco.

—Yo no soy así —puso un gesto burlón.

—Bueno, por si acaso —reí bromeando.

Seguimos charlando animadamente cuando nos dimos cuenta de que Emmy dormía plácidamente, reímos en flojo pero ella era como era y estaba en todo.

—Iros a tomar por culo —dijo sin moverse y mucho menos abrir los ojos.

Al final Emmy se fue a dormir a la habitación de invitados y nos quedamos los tres tomando más vino animadamente y Saúl nos desveló sus propósitos.

—Cuando nazca nuestro bebé, le pediré que se case conmigo.



—Eso es genial ¡Felicidades! —dije emocionada.

—Me alegro —Tiago le dio un beso en la coronilla.

—Se va a venir a vivir conmigo ya, lo hemos hablado y no quiero que pase el embarazo sin mi cariño y apoyo.

—Es increíble como la vida nos unió a todos —dije soltando aire en plan enamoradiza.

—Bueno eso y... ejem —Saúl miró a Tiago.

—¡Lo mato! —dije recordando la indirecta que me echó días atrás.

—No lo mates, ahora que lo vas a poner derecho por fin...

—¿Derecho? Este no tiene remedio —solté una risa mientras negaba con la cabeza —Espero que a partir de ahora los misterios desaparezcan —dije señalándole con el dedo.

—Claro que sí, guapi —dijo sarcásticamente.

—A mí no me hables así que te comes la copa —dije riendo entre dientes.

—Está nervioso ¿No lo notas? —dijo Saúl buscando a Tiago.

—No, no me di cuenta —sonreí mirándolos fijamente.

—¿Aún puedo salir corriendo? —preguntó bromeando mi chico.

—Salir de tu propia casa, eso pinta bien y me la quedo yo, más que nada que si me quedo compuesta y sin novio, tener algo para consolarme —bromeé.

Nos dieron las tres de la mañana bromeando ahí y luego nos fuimos a dormir, ellos se quedaban en la habitación de invitados así que quedamos en vernos en el desayuno, esta vez ya estaría el servicio de la casa.

Tiago y yo, borrachos como cubas, intentando quitarnos la ropa sin caer de boca, aparentando que no pasaba nada, no sé cómo, ni en qué momento pero conseguí hacerlo y caí en coma, literalmente en coma, pasando directamente al quinto sueño.

Al día siguiente nos levantamos con una resaca de campeonato, pasaron el día con nosotros, comimos y merendamos juntos, sin alcohol, por supuesto, ya habíamos consumido para un mes la anterior noche.

Esa noche me llevó a mi piso, quedamos en vernos todos los días para preparar la boda, los fines de semana me iba de nuevo con él a la que iba a ser nuestra casa, así iba llevando cosas.

Me compré el vestido de mis sueños, me lo regaló mis padres, estaban tan emocionados que no dejaban de comprar cosas y de preguntar que más necesitaba.

Los mensajes eran constantes, las llamadas, ya por fin desapareció el Tiago misterioso que me había tenido en jaque todo el tiempo atrás.

Echaba de menos a menudo a Anaís, aunque Emmy estaba y no me dejaba ni a sol ni sombra, mi amiga de siempre fue Anaís, sabía que estaría en mi boda, pero la eché en falta en muchos momentos de los preparativos.

Recordaba a cada instante como había conocido a Tiago, por los momentos que habíamos pasado y sobre todo que nunca imaginé que terminara pidiéndome que fuera su mujer y que pasara el resto de mi vida a su lado.

Fueron días de nervios, ilusión, sueños, y de... No volví al trabajo, era algo obvio, no me dejó hacerlo, me dijo que ya después de la boda y la luna de miel, esa que eso sí, iba a ser también misteriosa, ya que no soltaba prenda y decía que era una sorpresa, como todo lo que le rodeaba a Tiago, una sorpresa detrás de otra.

Realmente Tiago me estaba preparando una oficina en casa para que trabajara desde allí, es lo único que le pedí, quería seguir trabajando, seguir siendo de algún modo independiente, pero sabía que después de eso trabajaría de diferente forma, llevando otros temas más serios e importantes, no me iba a quedar estancada en ese departamento, debía velar por la empresa y eso me

hacía escalar inmediatamente.

Unos días antes de la boda me fui a pasar la mañana a las instalaciones de la empresa, a mi despacho, a despedirme de la gente, saludarla, había un revuelo desde que se enteraron de que me casaba con el jefe.

Todos me recibieron con aplausos y risas, bromeando, pero muy felices.

Había sido los últimos días la comidilla de las oficinas, desde que Emmy contó lo de mi compromiso y mi inmediata boda con el Señor Caruso.

Todos estaban con mucha curiosidad, me hicieron contar como lo conocí y yo que estaba feliz y suelta de lengua, les conté todo la historia, viajes incluido, lo del mal entendido con Jimena y Coral, todos reían y se emocionaban al escuchar mi historia, esa que por mucho que diera detalles solo había sentido yo, esa que cambió mi vida de la noche a la mañana.

Nos fuimos unos cuantos a comer, de la planta, de los que hacíamos más entre nosotros, los que teníamos más feeling.

Emmy se tiró contando anécdotas toda la comida, por supuesto más y de Tiago, así como suya y de Saúl. Todos escuchaban atentos, estaban flipando con todo, como para no, flipábamos hasta nosotras que aún no nos creíamos el giro que habían dado nuestras vidas.

Ese día fue todo lleno de reflexiones, la verdad que me ponía a analizar todo y aunque fuera una verdadera locura, todo cobraba sentido, mis miedos, sus insistencias, sus misterios, sus cosas... todo, en general todo ya cobraba sentido.

Me acosté pensando que esto podría ser perfectamente el guion de una película de esas de comedia romántica, era difícil de asimilar que a una persona como yo, de lo más normal, con la vida más corriente, le pasaran estas cosas, pero me pasó, contra toda incredibilidad que pareciese, ahí estaba, a punto de casarme con uno de los hombre más poderosos económicamente de España, y no por dinero, eso nunca me llamó la atención

a pesar de que a nadie le amarga un dulce.

Lo conocí sin saber que era, aunque por su porte se dejaba entrever que tenía dinero, pero si hubiera sido un fontanero, un chico del super o cualquier otra cosas, también me hubiera enamorado de él.

Mi casa cada vez estaba más vacía, pero yo no quería irme hasta ser su mujer, quería empezar una nueva vida el día de mi boda, hacerlo todo de forma sincronizada como mandaba la tradición.

Era realmente feliz, estaba viviendo el momento más bonito de mi vida y sobre todo, estaba convencida de que estaba haciendo lo correcto, mi corazón latía a mil por horas y estaba segura de que aquello que sentía dentro de mí y que provocaba esa risa en mi mejilla, no era otra cosa más que una palabra llamada amor, así que no cabía duda, estaba completamente enamorada de Tiago.

## Capítulo 25



Sábado, el día de mi boda...

No podía creerme que me encontrara en ese punto. Habían pasado tantas cosas desde que conocí al que ese día se convertiría en mi esposo, que lo último que podía imaginar es que ese momento lo viviría. Pero ahí estaba, desde el día anterior, preparando los últimos detalles en la casa de los Pirineos que pronto también sería mía.

Los invitados habían empezado a llegar esa misma mañana, eran pocos, solo los familiares y amigos más cercanos, así que se quedarían ese día a dormir allí, la boda iba a durar bastante. La fiesta iba a ser íntima, pero para recordarla siempre.

Mis padres y mi hermano y la madre de Tiago, Erika, habían llegado esa mañana bien temprano. Solo Saúl y Emmy estaban allí, con Tiago y conmigo, desde el día anterior. Sí, Emmy, a quien ya había querido estrangular más de una vez.

Se suponía que la embarazada estaba ahí como apoyo, no para ponerme más nerviosa. Pero solo a mí se me ocurría pensar en ella como alguien en quien apoyarme cuando me quisiera subir por las paredes. Estaba a punto de darme una taquicardia por su culpa.

—Son las once y treinta uno —dijo.

—Sí, un minuto más de la última vez que lo dijiste, que eran las once y media justo.

Me miró con mala cara, si podía era ella la que me mataba en ese momento.

—Aún no llegó todo el mundo...

—Normal, Emmy, aún queda una hora para la ceremonia.

—¿Normal? Pero bueno, la gente qué piensa, ¿venir con el tiempo justo? Pues casi que sí, ¿qué pintan aquí antes? Ponerme más nerviosa, solo eso.

—¿Nerviosa tú? Pero si eres un témpano de hielo, cualquiera diría que te casas hoy, ¡si tengo yo más nervios que tú!

—Las hormonas del embarazo...

—No, ni las hormonas ni leches. Que mi ex —garbancito...

—Espera, ¿cómo que ex?

—Porque el pobre ya es tamaño pera, así que como va a ser un niño, pues es un pero, ya dejó de ser garbanzo.

—Aja...

—Eso me lleva a pensar que ya no pariré un cocido.

—Claro...

—Ahora viene siendo algo así como parir una compota de frutas.

Yo me reí a carcajadas, acabé tumbada en la cama con la mano sobre mi estómago, doblada por la risa. Esas cosas solo se le ocurrían a ella.

—Y el plátano ya lo pone el padre —dije con las lágrimas saltadas.

—Pero no llores, ¡el maquillaje! —me riñó. Parecía la típica abuela pendiente a todo.

—Si es que me va a dar algo...

—Oye, Abi, que estaba pensando yo...

—Miedo —reí.

—No me tienes paciencia ninguna. Y por cierto, ¿vas a ponerte el traje de una vez?

—No, diez minutos antes de salir está bien —para ella, como para la mayoría, no me lo ponía y no estaba nerviosa, la verdad era que no me lo quería poner aún porque estaba hecha un flan. Si me lo ponía, era capaz de salir corriendo de allí con un ataque de pánico. Pero bueno, parecía que podía ocultar mis emociones mejor de lo que pensaba.

—Eso, ¿para qué antes? ¿Para ser una novia normal y corriente? Claro que no... Además, se te puede arrugar el traje —dijo con retintín.

—Eso mismo —afirmé, me senté de nuevo en la cama, ya no sabía cómo permanecer quieta para que me creyera, como ella decía, un témpano de hielo—. Así que dime, ¿en qué estabas pensando? —pregunté, aún a riesgo de saber que conocer la respuesta a esa pregunta solo iba a ponerme, seguramente, más nerviosa.

—Estaba pensando en cuánto nos ha cambiado la vida en tan poco tiempo.

—Sí, la verdad es que sí. Lo he pensado muchas veces también.

—¿Pensaste alguna vez que algo así pasaría? —preguntó tras sentarse a mi lado.

—No. Pensé que me iba a quedar soltera toda la vida —reí.

—Mentirosa eres.

—En parte es cierto, nunca imaginé una boda y todo eso.

—Y con un hombre que te adora.

—Sí, eso parece —le guiñé un ojo.

—Ay, qué bonito es el amor.

—Sí, no tanto el cocido o la compota de frutas —me burlé, provocando la risa de las dos.

Estuvimos las dos un rato en silencio y cogí aire para decirle que ya estaba preparada, cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —dije.

Sonreí al ver a Anaís asomando su cabeza. Ahora sí que podía ponerme, por fin, el vestido de novia.

Y después de los gritos, los besos y de que casi me deje sin maquillaje con tantos besos que me dio, mis dos mejores amigas me ayudaron a ponerme el vestido con el que iba a darle el “Sí, quiero” al hombre de mi vida, ese que me había enamorado desde el primer momento y que, aunque no me lo había puesto nada fácil con tanto aparecer y desaparecer y sin darme, desde el primer momento, esa seguridad que tanto necesitaba, me había demostrado, como no pensé que nadie podría hacer nunca, cuánto me amaba.

Y en unos minutos, delante de todos nuestros seres queridos, en un lugar que ya consideraba mío y que tantos momentos buenos había compartido con nosotros, nos convertiríamos los dos en marido y mujer.

Ya con el vestido de novia puesto, el maquillaje y el peinado perfecto, mirándome en ese enorme espejo, todos los nervios que tenía guardados dentro empezaron a aflorar. No pude contenerlos, salieron sin control, haciéndome llorar a lágrima viva.

—Ay, no, ¡el maquillaje! —se quejó Emmy.

—Por Dios, Abi. ¿Pero no podías haber llorado antes? —refunfuñó Anaís, buscando pañuelos de papel para darme.

—Lo siento, ha sido ahora cuando...

—Si ya decía yo que tan de hielo no podías ser —suspiró Emmy.

—¿Esta de hielo? Pues te la ha pegado bien —rio Anaís.

—No, ya lo veo —rio Emmy.

—¿Queréis dejarme llorar en paz?

No lo hicieron. Se unieron a mí y acabamos las tres abrazadas, llorando y sollozando. Bonitas íbamos a estar para aparecer en la boda...

Tuvimos que retocarnos un par de veces antes de salir de ese dormitorio.



En la puerta de la casa que daba al jardín donde habíamos preparado la ceremonia, estaba mi padre. Me miró emocionado y noté que no podía ni hablar.

—Abi, ¡¡¡Abi!!! —gritó mi hermano, acercándose a nosotros—Vaya, Abi, pareces una princesa —dijo con los ojos abiertos de par en par.

—Gracias, enano —le removí un poco el pelo.

—Abi, tenemos un problema —dijo mi hermano.

—Oh, no, problemas no es lo que queremos escuchar —dijo Emmy, quien estaba, junto a Anaís, detrás de mí.

—¿Qué pasa? —preguntó Anaís.

—El novio —dijo mi hermano muy serio.

Me entró de todo por el cuerpo, me puse en tensión y pensé que me iba a dar algo. Esa noche había dormido con Tiago, pero nos levantamos temprano, nos tomamos junto con Saúl y Emmy el café y, desde ese momento, no volví a verlo.

—Ay, Dios —susurré.

—Pero niño, ¡habla!—. veces agradecía que Emmy no tuviera paciencia.

—Es el novio, mi cuñado. Es que como mi hermana no aparezca ya, creo que le va a dar algo. Saúl lo está aguantando, pero está demasiado nervioso.

Se escuchó un susurro colectivo de alivio.

—A ver si aprendes a tener más tacto —Anaís le dio una colleja a Abel, fruto de conocerlo durante toda su vida.

—Auch... —se quejó este.

—Auch vas a decir como te pille yo. Anda, tira para adelante —resopló Emmy, saliendo tras Anaís para colocarse en su lugar.

Cogí aire repetidas veces.

—¿Estás lista? —me preguntó mi padre.

—Sí —suspiré.

—Abi... Sé feliz.

—Lo seré, papá —sonreí.

—Y por cierto, sí que pareces una princesa. Estás preciosa.

Le di un abrazo y un beso a mi padre, emocionada de nuevo.

—Vamos, que al final a ese pobre hombre al que embrujaste le da algo —rio mi padre, haciéndome salir hasta el jardín.

Estaba todo precioso, tal como lo había soñado. Y allí, a lo lejos, el hombre que se iba a convertir en mi marido.

No miento si digo que no vi a nadie. Mis ojos solo estaban para él, mi atención centrada solamente en él. Se removía, nervioso, mientras me acercaba. Mordí mi labio para evitar llorar y levanté un poco más la cabeza, esperando que eso me diera un poco más de seguridad, pero las lágrimas que ya inundaron mis ojos me dejaron claro que tenía la batalla perdida. Ellas iban a comenzar a caer, quisiera yo o no.

—Tiago... —mi padre paró al lado del hombre de mi vida, quien no dejaba de mirarme a los ojos, hasta que, por fin, miró a mi padre—Te entrego a una de las personas más importantes de mi vida. Hazla feliz, cueste lo que cueste.

—Para mí ella ya es la persona más importante de mi vida, no dudes de que pondré todo mi empeño en hacerla feliz.

En ese punto, ¿quién se aguantaba las lágrimas?

Delante del improvisado altar, al lado del hombre que amaba, la ceremonia comenzó. No duró mucho o eso me pareció a mí, que no escuchaba nada, solo a Tiago dar el “Sí, quiero” y, posteriormente, confirmarlo yo.

Nos besamos con todo el amor que sentíamos y los vítores de la gente era la melodía predominante. Bajando del altar, saludando a todos y cada uno

de los que nos acompañarían en ese día que solo acababa de empezar, dio comienzo la otra parte de la boda: la celebración que no olvidaría nunca.

—Ay, Abi, ¡todo está saliendo perfecto! —gritó Emmy, acercándose a mí.

Estábamos a punto de cortar el pastel de bodas y, mientras tanto, yo daba un paseo por el jardín saludando a todo el mundo.

—Sí, más que perfecto —confirmé.

—Pero ahora queda el momento clave.

—¿El baile?

—No seas antigua, eso ya no es como antes, que parece que vives en la época de mi abuela.

—Pues ilumíname, porque no sé qué momento clave es —reí.

—Pues el de estamparle la tarta en la cara —puso los ojos en blanco, una sutil manera de llamarme idiota por no saberlo.

—¿Y eso no es antiguo? —pregunté tras una carcajada.

—Abi, no te burles de mí que es burlarse de mí pero también.

—El pero acabará convirtiéndose en una sandía, lo sabes, ¿verdad?

—Ea, gracias por los ánimos, ya no como tarta —se fue enfurruñada, pero yo sabía que solo bromeaba, como ella lo hacía conmigo.

—Que yo tenga que andar detrás de mi esposa cuando no llevamos ni dos horas de casados...

—Hola, amor —sonreí a Tiago. Se pegó a mi cuerpo y me besó—. Estaba metiéndome con Emmy.

—Sí, la vi irse muerta de la risa.

—Pues pensé que se iba enfadada —bromeé—. No sabes cómo me tiene con las hormonas.

—Te la devolverá.

—¿A mí?

—Tú también estarás de esa forma con las hormonas, ¿o es que no...?  
Sabía lo que estaba preguntando, pero...

—Sí, supongo que sí, ¿pero podemos dejar que pase un poco de tiempo a ver si se me olvida lo del vídeo?

La carcajada de Tiago me hizo reír.

—Yo no tengo prisa, pero empezaremos a intentarlo esta noche.

—¿Hasta esta noche me harás esperar? —ronroneé.

—Señora Caruso, es hora de partir la tarta —rio.

Cogió mi mano y fuimos a cumplir con la tradición para que ya empezara, oficialmente, la fiesta. Lo que significaba: ya era hora del alcohol y de dejar las formalidades a un lado.

Con la música de fondo, la gente bebiendo y bailando... La fiesta había comenzado.

—Ey, prestadme un poco de atención —Tiago hizo callar a todo el mundo hablando por el micrófono. El DJ que teníamos contratado, bajó el volumen de la música y Tiago me buscó entre la multitud—. Ah, allí está mi esposa —me señaló—. Señora Caruso, puede usted acercarse un poco hacia aquí —sonreí y lo hice, quedando delante de él—. Sí, perfecto, ahí está bien —me sacó la lengua—. Nuestros votos han sido muy cortos, supongo que por los nervios del momento, pero no quería quedarme con las ganas de decirle a esta mujer que hoy me ha hecho el honor de convertirse en mi esposa, todo lo que siento —todos se mantenían en silencio y yo estaba hecha un flan, ¿pero qué iba a decir? No me imaginaba a Tiago dando un discurso súper cursi, la verdad—. Veréis, me he comportado como un capullo con ella, esa es la verdad —la gente lo abucheó y después se rieron—. Pero era por miedo. Ella lo sabe. Miedo a lo que me estaba haciendo sentir—me miró a mí fijamente—. Me enamoré de ti desde el primer momento en que te vi. No sabía qué era eso que provocabas en mí, o no quería imaginármelo. Pero aunque estaba

seguro de que era bueno, la verdad es que asustaba. Supongo que te pasó igual o que así nos pasa a todos. Pero por más miedo que sintiera, nunca quise dejar de intentarlo. Sé que te hice dudar muchas veces, nosotros sabemos lo que hemos vivido, pero aquí estamos.

Hoy te has convertido en mi esposa, me has hecho el hombre más feliz del mundo y no tendré vida para demostrarte lo feliz que me has hecho. Mi único objetivo en la vida es hacerte feliz. Que esa sonrisa que tienes en el rostro no se te borre nunca, que cada día sea mayor. Quiero que llores, siempre y cuando sea de felicidad. Quiero que cada día te levantes sintiéndote la mujer más feliz del mundo. Solo así podré ser feliz yo.

No hay mucho más que tenga que decirte, Abi. Que te amo y que eso nunca va a cambiar —se escuchó un “Ohhh” colectivo y después los aplausos. Tiago vino hacia mí y nos fundimos en un beso que me dejó con ganas de mucho más.

—Yo también te quiero —le dije entre lágrimas.

—Lo sé, tranquila que lo sé —sonrió.

—Podéis dejar esas cosas para la noche de bodas —nos interrumpió Emmy.

—Cariño, déjalos —rio Saúl.

—No, porque es que la calentura que me traen es contagiosa. A ver, iros un rato. Yo después te retoco el maquillaje. Pero por Dios, que vais a avergonzar a la gente.

—Exagerada —reí.

—Son las hormonas —se defendió—. Ya te tocará y me reiré yo de ti. Por cierto, amor, el pero dice que quiere más.

—¿Más qué? —preguntó Saúl.

—Más pastel, ¿qué más puede ser?

Y ahí estaba Saúl, saliendo a toda prisa para buscarle el trozo de tarta a

su chica y a su bebé. Me reí y en el fondo me sentía feliz de verlos a los dos así.

Miré a mi alrededor, feliz de ver a mi familia riendo, a la familia de Tiago. Erika, Coral y Jimena habían hecho piña con mis padres y mis hermanos y eso de sentirlos a todos como una familia unida, riendo y bailando juntos, me hacía sentirme más que feliz.

La fiesta fue todo un éxito, los invitados ya estaban casi todos en sus dormitorios, la mayoría estaría ya durmiendo y, por fin, Tiago y yo entramos en el nuestro.

—Tengo los pies destrozados —me quejé, quitándome los zapatos de tacón.

—A ver, déjame a mí.

Se agachó entre mis piernas y terminó de quitarme el otro zapato, cogió mi pie y lo masajé un poco.

—Oh, sí... —gemí.

Las manos de Tiago dejaron mi pie y comenzaron a subir por mi pantorrilla.

—Ese oh, sí, quiero escucharlo de otra manera – su mano llegó al interior de mi muslo, provocándome un escalofrío.

—¿Y de qué manera es esa?

Quitó su mano, se levantó y se tumbó a mi lado.

—En la manera en la que te hago mía. Estando dentro de ti. Haciéndote suspirar de placer. Llevándote al éxtasis.

—Dios, voy a llegar solamente escuchándote.

—¿Serías capaz?

—¿De qué?

—De terminar solo con mi voz.

—Sabes que sí.

—Hmmm... Pues probemos algo.

—Uy, muy mal empezamos el matrimonio, probando cosas, ¿dónde quedó lo de toda la vida? —bromeé.

Se levantó y me miró fijamente.

—Levanta.

Entendí la orden y que era un juego, así que tras mirarlo sensualmente, me puse de pie, frente a él. Se separó un poco de mí y me miró de arriba abajo.

—Quítate el vestido. Lentamente, sin dejar de mirarme a los ojos.

Enarqué las cejas y sonreí. Si eso es lo que quería... Así lo hice. Poco a poco, me deshice del vestido, dejando que cayera al suelo, quedando, ante su vista, con la sexy ropa interior que había comprado para ese día. Noté cómo se quedaba sin aire y cuando volvió a mirarme a los ojos, tuvo que carraspear antes de volver a hablarme.

—Ponte en la cama, apóyate en el cabecero. Sí, así... Dobla las rodillas y abre las piernas un poco...

Hacía cada cosa que me pedía, excitándome, de paso, yo misma.

—Ahora quiero que te toques. Sin dejar de mirarme. Quiero que lo hagas mientras yo me desnudo. Mientras te miro. Mientras me toco para ti. Quiero verte llegar al orgasmo así.

—¿No vas a tocarme?

—No ahora, ahora quiero mirarte. Después te devoraré. Pero ahora... Ahora dame lo que quiero. Si es que lo quieres.

Yo, con él, quería todo. Cualquier cosa me excitaba, siempre que fuera con él. Bajé mi mano hasta mi entrepierna y lo escuché aguantar la respiración.

Así empezaba nuestra noche de bodas, con retos, jugando, con placer. Y sabía que el final sería mucho mejor.

Ese día y esa noche no iba a olvidarlos jamás.

Como nunca dejaría de amar a ese hombre, el único amor de mi vida.



## Capítulo 26



—¿¿¿Vietnam??? —dije mirando la pantalla de facturación con el cartel anunciando el destino “Hanoi” (Capital de Vietnam)

—Ajá —dijo mientras ponía las maletas sobre la cinta del mostrador.

No podía creer que íbamos a Asia, siempre lo había soñado, se lo hice saber con anterioridad y tomó al pie de la letra mi deseo en un futuro, ese que ya estaba ahí, iba a pisar ese continente que lo veía de lo más exótico y llamativo.

El vuelo era con una compañía asiática, todo un lujo, las azafatas vestidas con unos atuendos supero elegantes, haciendo referencia a su cultura, íbamos como no en primera clase.

—¿Cuántas horas de vuelos son, como a República?

—Un poquito más —sonrió.

—¿Cuánto es un poquito más?

—Tres horitas y pico más —sonrió.

—Dios, dime que traes algo para dormir —resoplé.

—Podrías mostrar más ilusión —negó.

—Aún estoy con la resaca de la boda, que fue tan larga que pensé que me estaba casando con algún hijo de él de los chichos, estoy cansada, pero claro que estoy ilusionada.

—Pues aprovecha el cansancio para descansar, tienes un buen asiento que se hace totalmente cama, no me obligues a que haga que caigas rendida —dijo mientras se quitaba el cinturón —ya el avión estaba estabilizado en el aire.

—¡Hazlo! —lo desafié pensando que me iba a dar algo para relajarme.

—Espera a que comamos —dijo mientras señalaba con la mirada a la azafata que nos traía el almuerzo.

Comimos, luego pusimos todo oscuro, estábamos solos en un especie de habitáculo, era todo un lujo esa primera clase.

Me echó la manta por encima, ya había puesto mi sillón totalmente lineal, me puse los cascos e iba a ver una peli cuando...

—¡Tiago! —su mano estaba por debajo de la manta, entre mis piernas, llegando a mi zona interior.

—Schhh... Vas a dormir plácidamente —su mirada me callaba siempre.

Me relajé y cogí aire, comencé a excitarme y aguantar el no emitir ningún ruido que llegara a los oídos de las azafatas.

Llegué al orgasmo mordiendo la manta, ante la mirada orgullosa de mi marido y esa sonrisa tan picara que hacía volverme loca.

Me quedé dormida casi al instante, a la mierda la película, ya la vería después. El vuelo pasó rápido, gracia a que pasé las tres cuartas parte de él durmiendo y la otra viendo dos películas, ante los mimos y caricias de Tiago.

Aterrizamos en Hanoi, allí eran las seis de la mañana, nerviosa porque era la primera vez que estaba en el sudoeste Asiático. Nos montamos en un taxi y directos al hotel, pronto me di cuenta de la vida de aquella bulliciosa ciudad, la población se veía juvenil, además veía unos contrastes impresionante, mucho exotismo como imaginé, además todo lleno de motos.

Dejamos las cosas en un precioso hotel que eran bungalows, a los pies de la entrada una piscina privada, aquello era precioso, enclavado en la ciudad.

Nos fuimos a pasear, el olor del incienso fue una explosión impactante para mi olfato.

Alguien nos dijo que allí había unos ocho millones de habitantes, yo

estaba flipando, gente por todas partes, parecía una hormiguita en tanto bullicio, pero me atraía, lo hacía especial.

Nos fuimos al barrio viejo, era de lo más turístico pero fue todo un acierto para adaptarse al aterrizaje en ese caótico país.

Luego cogimos un taxi que nos llevó a la primera universidad del país, llamado hoy día el Templo de la literatura de Hanoi, algo muy emblemático y donde estuvimos un buen rato, nos llamó mucho la atención.

Paseamos, probamos comida típicas de allí y volvimos al hotel por la noche, cansados del viaje y el primer día en aquella ciudad.

—Tiago ¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí? —pregunté intrigada.

—Duerme...

—Bueno pero dime si nos vamos a mover a otro sitio o si toda la estancia será aquí.

—A dormir... —Estaba claro que no iba a soltar prenda.

Me acomodé para quedar entre sus brazos, como se dice la cucharita, con un cansancio que no tardó en hacerme caer en coma.

Templos, callejuelas, compras, así fue el siguiente día, recorriendo aquella ciudad, donde los sabores y olores los hacían únicos.

Era nuestro segundo día allí y parecía que comenzaba a adaptarme, me olvidaba del bullicio y sentía que formaba parte de él, de locos, pero impresionante.

—¿Como elegiste este lugar? A ver, porque como digo yo, me encanta y haber pisado este continente es un sueño cumplido, pero, de luna de miel en la ciudad, no sé es extraño, igual de atractivo, pero normalmente se va uno a una playa a relajarse, hacer el amor, beber y esas cosas —dije como la que no quería la cosa.

Me miró como diciendo que no me iba a contestar y tiró de mi brazo para dentro de una tienda, quería comprar algo de recuerdo para la casa.

—¿Por qué no compramos un Non La? —dije señalando al sombrero típico de allí —Podemos ponerlo en la sala pequeña de relax.

—Pues sí y lo colgamos en la pared, una buena idea. Hay que conseguir uno de buena calidad —dijo haciéndose el interesante.

—Calidad la que yo te daba todo los días... —dije provocándolo.

Pasamos el día comprando eso y unas sabanas de sedas, se le habían antojado al señorito, así que le seguí el rollo para que eligiera rápido y salir para el hotel, ya estaba agotada.

Nuestro tercer día y a madrugar.

—¿Dónde vamos tan temprano? —me quejé.

—Al aeropuerto...

—¿Pero no será otro vuelo largo? —dije con ojos como platos.

—¡Vamos!

—Joder Tiago, el día que me dé a mi por volverme misteriosa ¡Te vas a cagar! —dije con cara de desespero.

Sonreía, él era así y tan feliz, me daba cuenta de que necesitaba poco a pesar del privilegio que gozaba, pero era feliz, con poco, mirándome a los ojos ya derrochaba felicidad, con mis cosas, bromas, contestaciones, él era feliz.

—Y ahora a Camboya —dije mirando el cartel que anunciaba su capital “Nom Pen”

—Aja...

—Estoy de los ajá hasta el mismísimo —resoplé.

Un vuelo muy corto y ya estábamos aterrizando en la ciudad. Taxi y para el hotel a dejar las cosas y perdernos por otro país asiático.

No me llamó la atención tanto como Hanoi, esta tenía sus encantos, tales como algunos templos a lo largo del río Tonle Sap.

Estuvimos dos días, me llevaba como recuerdo mis paseos por la

avenida Preah Sisowath, la más importante de aquella ciudad.

De allí nos llevamos una talla en plata, preciosa, también para la pared, a modo templo, era una pasada y los dos nos quedamos mirando la misma, sabiendo que tenía que ser nuestra.

Tiago ni regateaba, yo ni me metía, así que a los que tenían la suerte de vendernos algo, hacia el día con nosotros.

Tenía una sensación rara, me miraba la mano, en la izquierda el anillo de compromiso, en la derecha el de bodas, el que me regaló en el cruce no lo llevé, quería pasar más desapercibida.

Tiago había tomado como habito que al llegar a la habitación había que tener un orgasmo, así que si se me olvidaba algo, me jodía y me callaba, porque si volvía él venía atrás y zasca, no es que me disgustara, pero se estaba pasando tres pueblos.

La última mañana antes de irnos, Tiago puso toda la habitación llena de pétalos de rosas que encargó y le escondieron en alguna parte de la habitación. Un gran corazón en el suelo y lleno de velas, así me despertó, por supuesto como postre otro revolcón.

De ahí nos fuimos al aeropuerto y cogimos un vuelo para el que iba a ser nuestro destino de verdad, esto había sido un punto de primer contacto para ver un poco de la capital de esos dos países, pero el destino perfecto estaba a punto de comenzar, una semana de relax en la isla Tailandesa “Ko Samui”

—Muero por este lugar —dije pisando esa isla que sería nuestro hogar durante los próximos siete días.

Tailandia se respiraba diferente, en casi todo, era un cambio brutal, además esa isla era una pasada, de aguas cristalinas, bares de maderas en la playa donde la música y el entorno hacían de aquello un lugar espectacular, las barcas con los lazos de colores en la orilla terminaban de formar la postal.

Una cabaña en primera línea de playa, preciosa, impecable, al estilo

tailandés, con un cuarto de baño en piedras como parte de la habitación y una terraza al mar que ponía de lo más romántico a cualquier persona que se hospedara allí.

—Estamos casados ¡Qué fuerte! —dije dando un trago a esa rica cerveza de marca tailandesa.

—Sí, muy fuerte —sonrió a modo resignación.

—¿Ya te has arrepentido? —sonreí irónicamente.

—No, por ahora no, pero estoy —juntó sus dedos—. esto...

—¡Eres tonto! —negué queriéndole matar.

—¿Te gusta este rincón verdad?

—Me encanta, el mar está perfecto, la paz que se respira, el color del cielo, el encanto de todo lo que hay aquí, poder estar una semana descalza, la estampa que se pone en las retinas al mirar al horizonte, a eso añadido tu compañía y que soy la mujer más feliz del mundo...

—¿Estás romántica? —puso cara de sorprendido, haciéndose el gracioso.

—Yo soy muy romántica, el problema es que me tocas mucho las narices y me pongo en mi plan más choni, sacas lo peor de mí.

—Choni... —Afirmó haciéndose el sorprendido.

—Tiago, bebe y no me toques las narices —le hice una burla.

—Defíneme choni —hizo el que no sabía el significado.

—Pues choni es el estado de alteración en el que tú me pones cuando me sacas de quicio, ósea, todos los días, así que cuando te contesto con mala lengua es que estoy en plan choni —dije haciendo un gesto con la cara de ahí lo llevas.

—Así que tengo una mujer choni, es bueno saberlo —afirmaba con la cabeza.

—Y yo un marido gilipollas —dije levantando las manos a modo te cojo

por el cuello y te enteras.

Nos pusimos a reír, en el fondo no sabía quién de los dos era el más payaso, si él con sus misterios y humor, o de lo contrario yo, con mi parte choni.

Estábamos en unas hamacas, cerveza en mano y de lo más melosos y divertidos, las cervezas estaban haciendo estrago en nosotros.

—Abi...

—¿Qué...?

—Te quiero...

—¿Desde cuándo? —preguntaba desganada siguiendo el rollo.

—Desde que ibas en los huevos de tu padre...

—¡Tiago! —Me levanté sorprendida no por el contenido, sino por que saliera de su boca esa frase de tanta bajeza.

—¿Qué? Todo lo malo se pega —se encogió de hombros.

—No me vengas a decir ahora que hablas así por mi culpa, los cojones, que llevas toda la vida al lado de tu madre y no se te pegó su grosería —dije riendo, recordando a Erika.

—Cada tres frases sueltas una burrada ¿Como no se me va a pegar? Por cierto, no nombres a mi madre que capaz de aparecer y arruinarnos la luna de miel —giró la cara hacia un lado pensando en la que se liaría si apareciera ella por aquí.

—Yo me veo a tu madre a ti y me doy dos chocazos contra la cabaña. No es por na', ¿eh? Que ya le tengo hasta cariño. Pero no, terminaría en un psiquiátrico. Para un ratito está bien, pero nada más —sonreí irónicamente.

—Pues ahí viene —dijo señalando hacia atrás mía.

—Ma—to —dije mirando hacia atrás, sonriendo, por lo que pudiera pasar —¿Qué perro eres! —grité al darme cuenta de la broma.

—¿Pero en serio te piensas que iba a permitir que viniera a mi luna de

miel? —rio mordiéndose el labio.

—Con lo misterioso que eres, las cosas que haces tan inesperada y todo lo que llevo visto, sí, pensé que podía ser verdad, pero también pensé que te ibas a acordar de esta isla el resto de tu vida —dije en tono amenazante, bromeando, o no...

—No me conoces aún...

—Hombre, si solo muestras la patita para todo ¡No soy adivina!

—No muestro la patita, solo intento sorprender, que es muy diferente —hizo un guiño además de hacerle señas al camarero para que nos trajera dos cervezas más.

—Pues sorprende, créeme que lo consigues con matrícula de honor, eso no quita que cualquier día me matas de un susto —dije quejándome.

—Mañana vamos a alquilar una barca de esas y que nos lleven a algún sitio.

—¿Tienes pensado el sitio señor misterio? —puse los ojos en blanco.

—No, ya nos darán alguna opción, improvisar es bueno —me hizo un guiño.

—Oye Tiago ¿Cuánto me quieres del uno al diez?

Se bajó las gafas de sol para la nariz para mirarme por encima de ellas.

—¿Del uno al diez?

—Ajá —respondí imitándolo.

—En esa escala, estoy casi seguro de que un nueve —volvió a colocarse las gafas.

—Ya podrías haber fingido y darme un diez —le hice una burla.

—No, no voy a fingir nada —me puso cara de burlón.

—Pues yo a ti un ocho...

—¿Y eso?

—Porque me sale del cho... ¡Tiago! Es que me buscas —me encogí de



brazos haciéndome la ofendida.

—Esa boca no tiene remedio —negó riendo con la cabeza.

—No sé para qué pregunté nada, al final la choni sale y él siente que esto es un maldición que le cayó de tener una bajuna a su lado —resoplé antes de coger de nuevo la cerveza.

—Ven, siéntate a mi lado —dijo señalando a su hamaca.

—No me da la gana, estoy enfadada, me has dado un diez, yo pensé que ibas a decirme un once, para quedar por encima de todas las posibilidades, pero no, ni el once, ni el diez, un nueve ¡Para matarlo!

—Ven...

—He dicho que no ¿Te lo digo en tailandés?

—Venga, no eres capaz —dijo animándome a soltar una de las mías.

—Anda y que te den —volví a acomodarme boca arriba, al final iba a conseguir que le soltara una burrada, pero él lo estaba deseando, a él le iba la marcha.

—Déjame hueco —dijo poniéndose sobre un lado de mi hamaca.

Me eché hacia un lado, aunque estuve a punto empujarlo y tirarlo, pero no era plan de que se diera un mal golpe con la otra hamaca y me lo llevara menos cuerdo de lo que estaba últimamente.

—Te quiero más que a mi vida —dijo en voz suave.

—Sí ya... —puse cara de que me dejara, que no lo creía.

—¿Qué prueba de amor necesitarías?

—Que te volvieras a casar conmigo —dije lo primero que me salió para que me dejara en paz.

—Lo haré —besó mi mejilla.

—Avisa con tiempo —respondí con ironía.

—Claro —él como siempre contestaba metido en el papel, ese que no sabías si estaba o no bromeando.

Aquello era relax, lo demás era tontería, esto era un paraíso para desconectar una buena temporada, encontrarse a uno mismo, respirar pura vida y conectar con plena naturaleza.

Hacerlo por la noche en aquella cabaña donde podías quitar el techo y se quedaba un cristal donde podías ver las estrellas, aquello era indescriptible. La luna formaba algo indescriptible, todo era una explosión de sensaciones que solo se podía vivir en un lugar como este.

Despertamos con el ruido de un estruendo, yo lo miré asustada y me dijo que no me moviera de la cama, él salió hacia afuera para ver que había sucedido y yo vi los rayos del sol entrar por la ventana, así que ya había amanecido, solo quedaba poder saber que había pasado, estaba inquieta, aquello había sonado a explosión.

Tiago no volvía y eso me ponía más nerviosa, me advirtió que no me moviera pero yo no iba a estar ahí esperando a saber qué pasaba o estaba sucediendo ahí fuera.

Me asomé y no vi nada, ni a nadie, debía haber pasado por el otro lado, volví hacia dentro y esperé un poco más, pero nada, así que me vestí y fui sigilosamente a averiguar algo.

Pregunté a un chico que pasaba por allí turista, que si había pasado algo y dijo que una barca perdió el control y se estampó contra una caseta donde se guardaban las bebidas del bar, pero que estaban ya poniéndolo bien y el chico había salido ileso porque saltó antes del choque.

¿Y mi marido? Resoplé, en todo el cogollo de cotilla seguro, me encendí un cigarro y salí a la parte de los sucedido, Tiago no estaba por allí ¿Dónde cojones se habían metido?

Me senté en el bar del hotel, en la playa y me pedí un café con tostadas.

Me estaba poniendo de mal humor, cuando llegara se iba a enterar, dejarme ahí diciendo que no saliera y él sin volver, capaz de haberse

encontrado con las Lamborghinis y que lo hubieran secuestrado. Solté una carcajada nada más que pensarlo, lo que me faltaba a mí eran las plásticos en ese lugar dando por culo.

Un café, dos café, tres café, una tila, una coca cola cero, una denuncia por desaparición.

Me acerqué a una especie de control de seguridad de la isla, vamos ahí no había lo que se llamaba policía, así que aquello era lo más parecido a ello.

Le conté al chico lo sucedido, menos mal que me entendía si no me iba a dar algo.

Tres horas habían pasado desde que Tiago había ido a averiguar que pasaba, a eso añadido que la caseta ya estaba arreglada y él seguía sin aparecer.

Me imaginé mil tragedias, ahogado, secuestrado, desaparecido y que nunca más apareciera, pasé unas horas malísima pensando en todo eso, además de ver como estaban muchos buscándolo y colaborando para encontrar a Tiago.

Los servicios de seguridad intentaban consolarme, yo estaba cada vez peor, estaba ya empezando a pensar en llamar a Saúl y Emmy, eso era una locura.

Una turista mayor comenzó a llamar a los de mantenimiento pues decía que escuchaba un ruido de aporreos en una de las zonas de atrás del hotel, yo fui corriendo hacia allí y escuché golpes.

—¿¿¿Tiago??? —pregunté gritando desde fuera de un almacén del hotel.

—Abigail ¡Por fin! Soy yo —en esos momentos resoplé, puse los ojos en blanco y quise llorar de felicidad, pero también de ganas de matarlo.

—¿Qué coño haces ahí?

—Vine con un trabajador a coger herramientas para ayudar cuando el incidente, pero fue tan aprisa que se fue, esto se cerró y se olvidó de mí.

Solté una carcajada y vi como venían los de seguridad acompañados del director del hotel.

—Está aquí —dije negando con la cabeza.

Abrieron corriendo y lo sacaron, Tiago contó lo sucedido mientras yo aguantaba la risa y el me miraba enfadado.

—Menos mal que había una botella de agua —dijo y ahí estallé a reír, me miró el director y aguantó la risa.

—Me tenía que dar la luna de miel —dije haciendo la gracia.

Fuimos a comer a la playa, estaba hambriento, el director estaba agradecido por saber que lo hizo para ayudar, así que mandó a ponernos todo a cargo del hotel.

—No te rías —decía mientras comía hambriento.

—No —escupí todo el buche de cerveza que tenía en la boca, con tanta puntería que no deje ni un trozo de piel de él sin mojar.

Al otro día alquilamos un taxi boat y nos llevaron a ver maravillosas islas, entre ellas Koh Phi phi, donde esta frente a ella, la isla en la que se rodó “La playa”, la película que protagonizó Leonardo DiCaprio.

Llena de turista plasmado sus recuerdos en fotos en aquella isla al final habían conseguido hacer un lugar muy recurrido diariamente por cientos de turistas.

Pasamos los siguientes días sin ningún altercado más, bebiendo, relajándonos y disfrutando de una nueva vida en común juntos.

La vuelta fue una odisea, el avión salió con cinco horas de retraso, encima cuando íbamos a despegar uno que estaba borracho comenzó a liarla, tuvieron que llamar a la policía y bajarlo del vuelo, eso nos demoró una hora más.

Así que cuando por fin el vuelo despegó, yo ya estaba en coma, con tan buena suerte que cuando desperté, ya estaba aterrizando en España.

Llena de recuerdos, de un viaje que me enamoró y que me quedé con las ganas de volver a ese continente, sin dudas, tan maravilloso y desconocido para la mayoría de las personas.

## Capítulo 27



Hogar, dulce hogar...

Una semana hacía que había vuelto de mi luna de miel, me sentía totalmente en casa, no me había costado nada adaptarme a ese cambio.

Tiago había preparado una habitación para mis cosas, yo quería algo personal para mí, colocar todo en plan como me gustaba, como una exposición de una quinceañera.

Por supuesto que mi vida era en nuestro dormitorio de matrimonio, lo otro era para tener mi maquillaje, perfumes, recuerdos, objetos, etc.... En esa misma habitación que me había puesto un despacho con unas vistas impresionantes.

Habíamos decidido que yo me iba a encargar de analizar los balances de las ventas estrellas de la empresa, yo tenía que hacer algo, lo que sí era que ya trabajaría desde casa, cómodamente, igual que Tiago.

Así que cogí la rutina de levantarme, desayunar y encerrarme en ese precioso despacho durante toda la llamada, revisando correos, haciendo llamada y demás...

Tiago se quedaba en su despacho y me traía algún que otro café, terminábamos dando algún que otro revolcón sobre el sofá que tenía en un lado de la inmensa habitación. Otras veces se iba de reunión, cuando era en otra ciudad y tenía que hacer noche me iba con él, aunque por ahora no surgió, llevábamos muy poco tiempo desde nuestro regreso de las vacaciones

de la boda.

Tiago era de lo más atento, estaba siempre pendiente a que me sintiera bien, a echarme una mano en lo que fuera posible, a volcarse en que me sintiera feliz en ese hogar.

Miraba las fotos que había colocado en mi despacho, de Roma, Paris, Crucero, Asía, Lanzarote, tanto recorrido e historia en tan poco tiempo, eso era intensidad, era vivir de acorde al momento y la situación, que es lo que hicimos nosotros y estábamos contentos con los resultados.

Esa mañana me había levantado más tarde de lo normal, a las ocho solía estar en planta, pero se me pegaron las sabanas y me levanté sobre las diez.

—Buenos días —dijo Tiago apareciendo por la cocina al escuchar el ruido de la cafetera de cápsulas.

—Buenos días —le di un beso —me debiste haber levantado hace rato, ya voy con retraso.

—¿Retraso? —Cogió una manzana y se sentó en sobre la barra de la cocina. —No tienes que vivir con ese estrés de horarios, no es tarde, no tienes por qué tener siempre el mismo horario, debes vivir más relajada.

—Ya sabes como soy —puse los ojos en blanco.

—Prometo no descontar de la nómina el retraso que has tenido por quedarte pegada en las sábanas —mordisqueó de nuevo la manzana.

—Atrévete a descontarme algo y te quedas sin sexo —le hice un guiño mientras tomaba el café.

—No me la juego, lo tengo claro —sonrió sin dejar de mirarme.

—Hoy vienen a comer Saúl y la preñada...

—Lo recordé, le dije a Anne que quería que hoy nos hiciera un cordero al horno.

—¡Qué rico! Se me hace la boca agua.

—Estoy preocupado, Saúl tiene que hablar con nosotros y no sé de qué

se trata.

—¿Te dijo que tenía que hablar con nosotros o contigo?

—Bueno dijo que nos contaría en la comida...

—Me quedo muy intrigada ¿Les pasará algo?

—Le he dado muchas vueltas a la cabeza. Tema económico no creo que sea, me llamaría me pediría lo que fuera y ya, tema de crisis entre ellos, lo descarto, están feliz con la espera de su bebé. No sé, algo se me va de las manos.

—Lo mismo es una tontería, no le demos vuelta y que hablen, si necesitan algo ahí estaremos.

—Por supuesto... —me hizo un gesto con su mano para que me acercara a él.

Metió la mano debajo de mi camiseta, eso era ya malo, algo iba a pasar, así que el llegar Anne de la compra, me salvó de lo que iba a pasar.

Bueno... Hasta diez minutos después que apareció por mi despacho y remató en aquel sofá.

Lo eché, directamente después del orgasmo lo eché, tenía que avanzar, en un rato llegarían nuestros amigos.

El timbre sonó y bajé al escuchar la llegada de ellos, ya Tiago los estaba recibiendo y después de los abrazos lo pasamos al jardín.

Vino para todos menos para la preñada, a ella agua y zumos.

—Bueno sin rodeos —di un trago —¿Qué nos teníais que contar?

Emmy miró a Saúl.

—¡Ay Dios! ¿Gemelos?

Soltaron una carcajada y negaron con la cabeza.

—Verás, este garbancito —se tocó la barriga —necesitará unos padrinos y habíamos pensado....

—¿¿¿Si??? —pregunté chillando, imaginando que iba a decir.



—Sí, queremos que seáis los padrinos, no vemos dos mejores que ustedes... —dijo Saúl.

Me puse a dar saltos, Tiago también estaba muy contento con la noticia, nos hacía mucha ilusión, eso nos hacía más parientes aún, aunque para nosotros eran como nuestra familia.

En ese momento comprendí la verdadera suerte por la que había corrido mi vida, lo afortunada que me sentía y sobre todo, que era feliz con todo lo que el destino me había deparado.

# Epílogo



Habían pasado unos meses desde que Tiago y yo nos dimos el sí quiero delante de nuestros familiares y amigos. Nuestra vida había cambiado algo, sobre todo en el tema laboral. Yo, aunque a él no le gustaba, me la pasaba metida en las oficinas, pendiente a todo. Pero es que si fuera por él, me quedaba como ama de casa, de shopping y yo era demasiado culo inquieto para eso.

—Buenos días —dije al entrar en su despacho esa mañana.

—Hola, cariño. ¿Hoy también por aquí? —se levantó, se acercó a mí y me besó.

—Como todos los días.

—Ya, solo que hoy no es un día como todos —me recordó.

—Ah, no, Tiago, no empieces —suspiré.

—¿Que no empiece a qué?

—A tratarme así, no voy a quedarme en casa.

—Ya, eso lo sé —suspiró él—, pero descansa más, si no es por ti, pues por...

—Ay, ¡que está aquí la madre del futuro garbancito! —el grito de Emmy, quien entró sin llamar, como siempre, nos asustó a los dos.

—La que faltaba —rio Tiago.

Abracé a Emmy mientras reía.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó.

—Pues bien, la verdad es que no noto nada diferente.

—Hija, pues yo desde el minuto uno ya no me sentía yo misma. Claro que

somos diferentes.

—Por suerte —bromeé.

—Pero ven, cuéntame. ¿Nada de nauseas? ¿Mareos? ¿Algún alimento que te dé repelús?

—No, estoy bien.

—Pues yo que me alegro.

—Emmy, por Dios, cógelo tú que no para de llorar —Saúl entró en el despacho cargando al bebé de ambos.

—Normal, si es que esa postura no le gusta —dijo ella, cogiendo al niño como si fuera un muñeco y dándole un meneo que lo hizo dormir en segundos—. Hala —se lo dio de nuevo a Saúl—, ya está callado.

Yo alucinaba, pero mi amiga tenía una habilidad impresionante. No solo para calmar a su bebé, sino también al padre de este.

—No te rías —le advirtió Saúl a Tiago—, que en nada te veo igual.

A mi marido se le cortó la risa rápidamente. Y yo empecé a reírme.

—Bueno, Abi, ¿cuándo empiezas a ir a las clases parto? —preguntó Emmy.

—Pues... ¿Cuando se acerque el parto?

—Ah, no, debes de ir antes. Ya sabes, te vas preparando. Porque con los vídeos no aprendemos mucho.

—No me hables de los vídeos —gemí.

—Y eso que no lo viste en directo —Saúl se puso blanco de repente.

—¿Tú los has visto, Tiago? —Emmy miró a mi marido.

—¿Ver qué? —preguntó este, haciéndose el tonto.

—Los vídeos en los que se ven cómo salen los bebés.

—Eh... No, prefiero no hacerlo, gracias.

—Pues deberías, tienes que estar preparado para ese momento. Tienes que saber cómo actuar y...

—No, Emmy, yo no voy a ver eso. Además, estaré preparado porque contrato a un equipo médico si hace falta para que esté todo el embarazo en casa.

—Bueno, el controlador... —suspiré.

—De controlador nada —replicó Tiago—. Además, mi madre ya lo está organizando.

—¿Tu madre está organizando qué?

—Pues al equipo de profesiones que va a vivir desde hoy con nosotros —dijo él tan pancho.

—Estarás bromeando, ¿no? —le advertí.

—Pues no.

Me llevaba muy bien con mi suegra. Habíamos hecho muy buenas migas, pero esto le estaba restando puntos para toda la eternidad.

—¿Tu madre ha accedido a esto? —no me lo podía creer.

—Pues sí, mi madre hace lo que sea por mi tranquilidad —vale, eso lo sabía, así que sí me lo podía creer.

—Tu madre y tú os vais a estar quietecitos. Aquí nadie va a vivir con nosotros porque solo estoy de una falta, es decir, de cuatro semanas y no, no necesitamos ayuda médica. Ni ahora. Ni cuando se acerque el momento del parto.

—¡Buenos días! —el saludo de mi suegra, al entrar, nos pilló a todos de sorpresa.

—Pero bueno, ¿es que nadie llama antes de entrar? —resopló Tiago—  
¿Y para qué tengo yo una secretaria, ya que estamos?

—La mandé a tomar café —dije tranquilamente—. La tienes esclavizada con la cantidad de horas que pasas aquí.

—Las mismas que tú —me recordó.

—Eso será hasta que nazca el bebé, ya os despediréis del trabajo —

sonrió Saúl.

—Hola, hijo —mi suegra se acercó a mí, ignorando a Tiago—. Ay, mi niña, ¿cómo estás? —me dio un abrazo.

—Hola, Erika. Pues bien, ¿y tú?

—Voy a ser abuela, perfectamente, ¿cómo si no?

Estaba así desde la noche anterior cuando, en el restaurante, les dimos a mi familia y a la suya la noticia de que en unos meses tendríamos un nuevo miembro en la familia. Desde ese momento, todos estaban eufóricos.

—Mamá, ¿llamaste a...?

—Sí, ahora te cuento —lo interrumpió—. Estuve en tu casa —dijo mirándome—, pero, como siempre, no estabas, así que vine hacia aquí. Tenemos una cita y si no salimos pronto, llegaremos tarde.

—¿Una cita dónde? —ya iban a sacarme de mis casillas.

Con el ginecólogo de la familia, te hizo un hueco.

—Es demasiado pronto para eso... —empecé, pero pasaron de mí y Emmy no paraba de reírse por lo bajini.

—No, cariño, no lo es. Tiene que mandarte vitaminas, hacerte una analítica...

—Pero estoy sana...

—... Muchas cosas —seguía mi suegra, ignorándome—Así que venga, os espero en el coche y, por favor no tardéis y ah, que se me olvidaba, después vamos con tu madre a mirar la cuna y lo que necesita el bebé.

—Con mi madre...

—Sí, claro, nos espera en la clínica.

—A ver, Erika. ¿No es mejor esperar a que...? No sé, ¿a que pasen unos meses? —yo ya no sabía cómo decir las cosas...

—No, hazme caso que no. Mi nieto no va a esperar en la vida para nada. Así que venga, los dos, no tardéis, tenéis cinco minutos para estar sentados en

el coche—. se marchó.

Miré a mi marido.

—Te voy a matar —le advertí.

—¿A mí? ¿Y yo qué hice?

—Por algo te pedí que no comentáramos nada del embarazo hasta tener... No sé, ¿cuando ya no se pudiera ocultar!

—Sí, claro, como si fuera eso posible...

—No, contigo está claro que no lo es —suspiré—. Anda, vayamos, que me quedan unos meses...

—Yo diría más bien una vida —rio Emmy—. Vale, ya me callo —dijo cuando la miré con ganas de estrangularla.

Nos despedimos de nuestros amigos y salimos del edificio. Nos montamos en el coche donde nos esperaba mi suegra y fuimos rumbo al primer calvario por ser la futura madre de la familia.

Ya de noche, por fin pudimos llegar a casa.

—No puedo más —me quejé al tumbarme en el sofá.

—Normal, es que tú no puedes hacer tantas cosas.

—¿Que no puedo? —pregunté casi chillando.

—Ya me entiendes... —dijo contrito—Pues mañana en casa y descansas.

—¿Y tú?

—Pues me quedo en casa contigo —se sentó a mi lado, en el sofá y me dio un beso.

—Vale, si es así, no me quejo —me acurruqué un poco—. Reconoce que están locas.

—No sé quién de las dos lo está más...

—Cariño, que ya querían hacer obra en la casa. En nuestra casa.

—Bueno, si no las paras, mañana tienes a los albañiles aquí. Pero no

creas que tu no las va a parar.

—¿No?

—Pues no —rio—. Déjalas, están felices.

—Si me parece estupendo, pero que sean felices ellas solas, a mí que no me metan. Me da miedo parir.

—Normal... Vi un vídeo y...

—Me refería por las dos locas de nuestras madres —reí—. ¿Pero viste un vídeo de un parto?

—Sí, me pudo la curiosidad, así que lo vi. Y no sé cómo no eché hasta la primera papilla.

Me empecé a reír a carcajadas.

—Y yo me desmayé, no sé qué va a ser de nosotros ese día.

—Ni yo tampoco, pero mejor no imaginemos demasiado. Que aún queda.

—Eso de que aún queda a ver si les entra en la cabeza al par de cabras locas.

—Ve esperando —negó con la cabeza—. Yo me veo preparándoles la habitación aquí el último mes.

—Ah, no, por ahí sí que no paso, Tiago.

—Ya verás, ya. Y lo pedirás tú porque te convencerán.

—Y una mierda —me salió del alma y Tiago empezó a reír a carcajadas.

—En verdad aún no me lo creo.

—¿Que vamos a ser padres?

—Sí. Es como... No sé, sé que ocurrirá, pero no termino de asimilarlo.

—Te entiendo, me pasa igual. A lo mejor cuando empiece a sentir al bebé en mi vientre... —puse las manos ahí, acariciándolo—No sé, quizás entonces nos lo creamos.

—Ni siquiera me creo que estés a mi lado, Abigail —Tiago puso las

manos encima de las mías—. Muchas veces pienso en lo estúpido que fui. En lo tonto que fui también.

—Tampoco fue para tanto.

—Un poco sí —rio—. Pero siempre supe que serías tú. Si había una mujer en la vida para mí, siempre serías tú.

Me incorporé un poco y lo miré a los ojos.

—Yo me enamoré de ti creo que el primer día. Tenías algo, no podía sacarte de mi cabeza. A veces también lo sentía como una tortura, sobre todo porque nunca sabía si ibas a volver a aparecer —reí—. Pero volvería a vivir todo de la misma manera para volver a estar contigo.

Me miró intensamente, se acercó y me dio un dulce beso en los labios.

—¿Te he dicho hoy que te quiero? —me preguntó.

Observé esos ojos que me tenían enamorada y sonreí mientras negaba con la cabeza.

—No, no lo hiciste. Y yo tampoco.

—¿Pero sabes que te quiero?

—Lo sé. Como tú sabes que yo te quiero a ti.

Y mirándonos hasta que nuestros labios se unieron, sellamos nuestra promesa de amor diaria.

Nuestra vida no era perfecta, la de nadie lo era. Pero nuestro amor sí era más que perfecto. Y pronto, un nuevo miembro se uniría a nuestra alocada familia para demostrar que eso que sentíamos el uno por el otro era más que perfecto.

Porque el hecho de amar ya es perfecto.